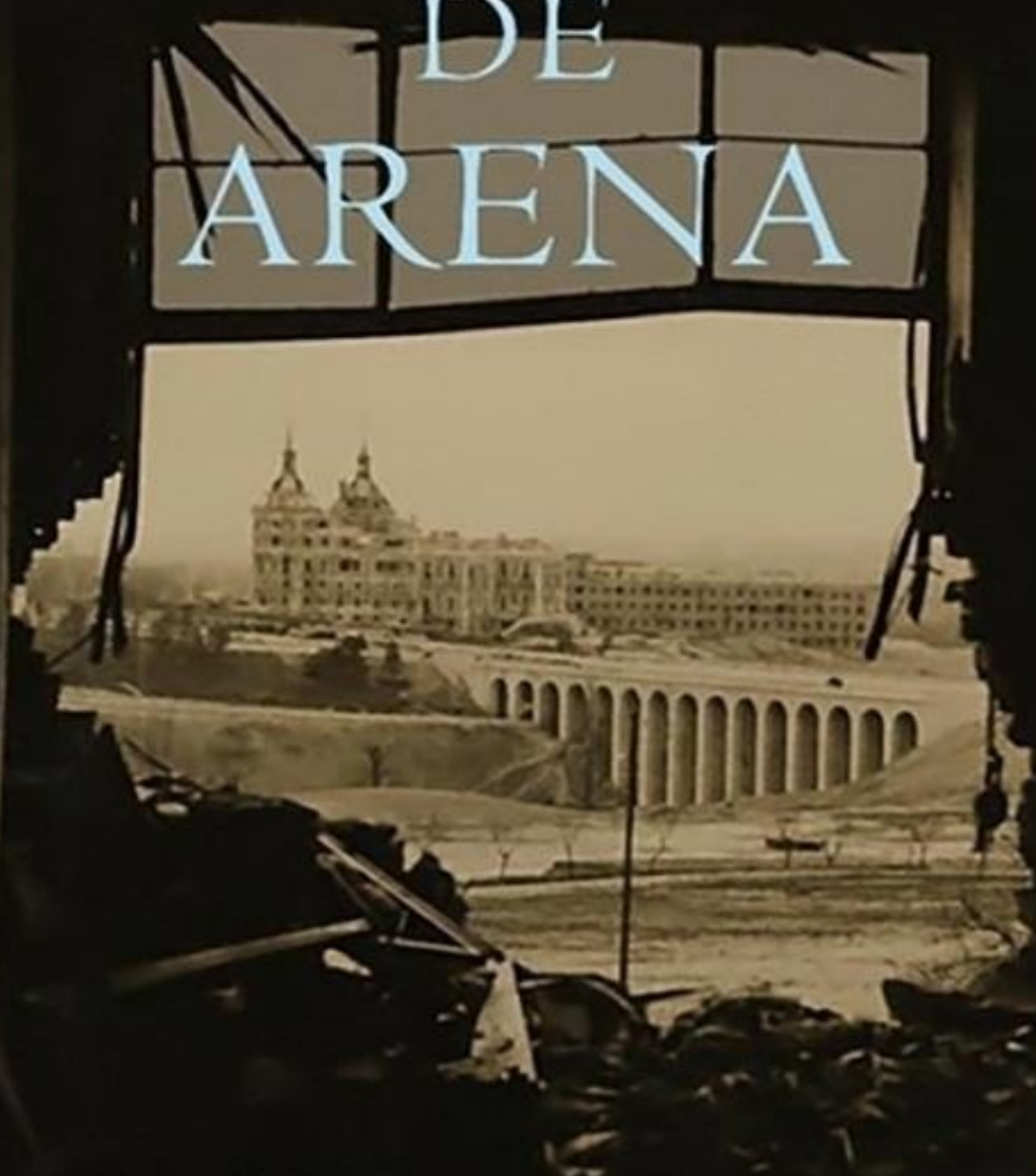


LA
CIUDAD
DE
ARENA



PEDRO CORRAL

Lectulandia

Ambientada en el Madrid de los últimos días de la Guerra, *La ciudad de arena* aborda, desde las experiencias y sentimientos de personajes de ambos bandos, los impactantes episodios que precedieron a la entrada de los franquistas en la capital en marzo de 1939.

Una mujer, Isabel Mercadal, se convierte en el vértice de las vidas de dos militares, antiguos compañeros, enfrentados antes por el amor de ella y ahora también por la guerra: Tomás Broto, teniente coronel de las fuerzas de Franco que asedian la capital, y Luis Masip, capitán del ejército republicano, comprometido en la conspiración del coronel Casado contra el gobierno de Negrín para negociar la rendición de la República. Encontramos también a Francisco Mercadal, hermano de Isabel, un joven oficial comunista que hará frente a la rebelión de Casado en las calles de Madrid.

Lectulandia

Pedro Corral

La ciudad de arena

ePub r1.0

ugesan64 05.08.14

Título original: *La ciudad de arena*
Pedro Corral, 2009

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*A mis hijas Mercedes, Cristina y Beatriz,
por sus sueños*

¿Qué puede el hombre contra la locura de todos?

LUIS CERNUDA

*¿Cómo pueden vivir los que creen que
todo está escrito?*

MAX AUB

I

El teniente coronel Broto despertó bruscamente cuando los chillidos de una rata atravesaron su sueño. Estaba tumbado sobre el catre, con la cazadora de cuero abierta y la camisa impregnada de la fría humedad del búnker. Se incorporó con un sobrepeso de amargura, como siempre que despertaba desde hacía meses, mientras fijaba su primera mirada en el haz de luz eléctrica que entraba en su dormitorio por debajo de la puerta. Alguien deambulaba por la sala principal del puesto de mando y sus movimientos provocaban el parpadeo de aquella luz en la oscuridad del dormitorio. De pronto, se entreabrió la puerta y una vaharada de café penetró con fuerza en la estancia. Vio aparecer el turbante caqui de Ahmed, que no tardó en asomar su cara morena por el resquicio.

—Señor, su café y sus galletas.

Quiso decirle algo, pero el último trago de coñac de la noche parecía haberle dejado la lengua pegada al paladar. Carraspeó para sacudirse la mudez y ensalivar sus primeras palabras del día:

—¿Has matado a esa rata?

—Sí, señor. La morí con la gumía —dijo el moro, mostrando una enorme rata gris trinchada en la punta de su daga, por cuya hoja resbalaba un hilo de sangre.

Ahmed se retiró con su trofeo y luego volvió a entrar en la estancia con una taza de café y un plato de latón con galletas, que dejó en la mesilla, junto al catre. Después apartó la plancha metálica que cubría una aspillera abierta en la pared de hormigón y dejó al descubierto un estrecho vano por el que entró una tenue luz.

—Haber mucha niebla, señor. No virse Madrid.

Se oyó a lo lejos un toque de diana. Miró su reloj. Eran las seis y media de la mañana. Los rojos habrían madrugado más que ellos, porque vivían con una hora de adelanto. Siempre pensaba que era una de las ventajas de ir ganando la guerra: poder levantarse una hora después que el enemigo.

Al saber que había niebla, decidió que aquella mañana no iría al observatorio de artillería de Garabitas, situado junto a su puesto de mando. Allí solía pasar las horas contemplando la ciudad sitiada. Desde Garabitas podía ver desplegada, como la ilustración de un abanico, toda la cara oeste de Madrid, asomada a la vega del río Manzanares, desde la Cuesta de las Perdices hasta la iglesia de San Francisco el Grande, con la mole del Palacio de Oriente dominando los jardines del Campo del Moro.

Tumbado en el catre, con los ojos cerrados, mientras mordisqueaba una de las galletas, comenzó a reproducir en su mente, como si se tratara del cuerpo de una

amante, el paisaje de Madrid que se dominaba desde aquel cerro de la Casa de Campo. Podía recrear aquel paisaje, tocarlo con los dedos, acariciar los edificios devastados, palpar las ruinas de Madrid y sentir al mismo tiempo los estragos de la guerra en su propio ser.

A lo largo de aquellos dos años de servicio en el asedio de Madrid, había llegado a amar y a odiar la ciudad con la misma fuerza. Acababa de cumplir cuarenta y cuatro años, pero aquellos dos últimos años de ansiedad, de espera, de incertidumbre ante la vista de la capital inalcanzable, le habían envejecido como veinte. Sí, a veces pensaba que era demasiado viejo para la vida de las trincheras, demasiado viejo para mandar un regimiento de dos mil hombres, demasiado viejo para ser el responsable de aquel sector del cerco de Madrid, desde el Puente de los Franceses hasta el lago de la Casa de Campo.

A su llegada a aquel frente, en diciembre de 1936, había abrigado la ilusión de una pronta entrada en Madrid. Pero al final había acabado por dar la razón a su ayudante, el teniente Ferrer, que decía que la capital había dejado de interesar al Caudillo desde el momento en que salió de ella el último lingote de oro del Banco de España.

Abrió los ojos y miró con desasosiego la luz grisácea que entraba por la aspillera de su dormitorio. La visión de Madrid se había quedado incrustada en algún lugar remoto de su memoria, como un cristal frío. Ahmed volvió a abrir la puerta. Traía una escudilla con la brocha y la maquinilla de afeitar.

— Señor, ¿afito la barba?

— No, hoy no...

Su mirada se quedó fija en la fotografía enmarcada que tenía encima de una mesa, junto a su pistola. Era la imagen de una mujer siempre entrevista y deseada en la lejanía, como el panorama de Madrid que observaba a diario: una joven de cabello rubio con un elegante traje de noche. La joven ocultaba su rostro con una máscara bajo la que resaltaban sus labios, vivamente dibujados sobre su tez pálida. A la izquierda de ella estaba él, vestido de esmoquin, lleno de energía y fortaleza física, con el cabello engominado y peinado hacia atrás, como no había vuelto a llevarlo nunca más durante la guerra, y que resaltaba su frente ancha, sus rasgos angulosos y su nariz prominente. Al otro lado de la mujer aparecía el teniente Masip, un joven subordinado suyo, también de esmoquin, intimidado, empequeñecido por la belleza de ella.

La fotografía, amarillenta y combada por la humedad, era su único recuerdo de Madrid en tiempos de paz. Había sido tomada en el baile de carnaval del Casino de la calle de Alcalá, en febrero del 36. Todo en aquella imagen era demasiado lejano, demasiado irreal, como de otra vida. Él era entonces capitán y trabajaba en la inspección de cajas de recluta en el Ministerio de la Guerra, junto a la plaza de

Cibeles. Aún creía conservar el atractivo de sus mejores tiempos, cuando a la vuelta de África, en los últimos años de la monarquía, participaba en San Sebastián en los concursos organizados en verano por la Sociedad de Tiro Nacional. Bromear a cuento de la buena puntería demostrada con las dianas, pero también con las Victorias, Marías y Luisas de la ciudad donostiarra, era una costumbre entre los compañeros al volver del concurso en el rápido de Madrid.

Se consideraba un buen conversador y un animado bailarín, salvo cuando se excedía con la bebida, lo que le sucedía la mayor parte de las veces. Entonces se esfumaban sus expectativas de conquista entre las mujeres de la sociedad madrileña, y terminaba siempre entre los brazos de una prostituta, una costumbre que conservaba de sus años en África, donde había contraído aquella sífilis que por suerte no le había dejado secuelas.

Durante su destino en el Ministerio de la Guerra, había seguido ejercitando sus dotes para el galanteo. Ante las jóvenes de buena familia siempre sabía sacar partido a su uniforme de capitán, sobre el que lucía orgullosamente las medallas de la campaña de África. Le gustaba sobre todo presumir del distintivo de observador de aviación en la escuadrilla de Larache. Había conseguido aquel empleo después de realizar un curso en el aeródromo de Cuatro Vientos, donde estaba destinado su hermano Alfonso, capitán de Aviación, del que tampoco había vuelto a saber nada desde el comienzo de la guerra.

En aquel baile de carnaval, cuando el teniente Masip le presentó a la joven Isabel Mercadal, pensó que los cuerpos de aquella pareja no estaban hechos el uno para el otro. Pero, a pesar de ello, envidió profundamente a su subordinado. Aquel oficial tenía por delante todo el futuro que a él se le estaba escapando entre los dedos. En aquel momento habría dado cualquier cosa por ser Masip, con tal de zafarse de su destino y poseer a aquella mujer de ojos azules intensos, cuya belleza simbolizaba todo a lo que él ya nunca podría aspirar. Aquella misma noche supo que con Isabel todo en su vida podía ser distinto. Cuando se dispuso a elegir alguno de los muchos papeles que podía llegar a interpretar ante una mujer, descubrió que la naturalidad de Isabel le ofrecía, por vez primera, la oportunidad de ser él mismo sin tener que pagar por ello.

Bailaron dos veces y al final de la velada se atrevió a invitarla al cine el domingo siguiente. En la sala Capitol le propuso visitar la Casa de Campo, el antiguo cazadero real, convertido en parque público al proclamarse la República. Y en la Casa de Campo se dieron su primer beso junto al lago, donde les distrajo el salto repentino de un enorme pez oscuro. Acababa de relatarle a Isabel su actuación en el Rif, doce años atrás, cuando bajo las órdenes del laureado teniente coronel Claudio Temprano, muerto en la acción, participó en una carga de caballería sobre el río Misal, poniendo en fuga a los rifeños que hostilizaban las columnas que se retiraban de Xauen. Ella

siempre había oído decir a Masip con admiración que aquella carga evitó un nuevo desastre de Annual y por eso le pidió a Broto, llena de curiosidad infantil, que se la contara.

«De Xauen a Dar Akobba, de Dar Akobba a Xeruta, unos las pasan moradas y otros las pasamos putas», se había atrevido a recitar él al recordar aquella acción, ante la sonrisa de ella. Nunca habría imaginado que su galopada sobre el río Misal, bajo un diluvio de balas rifeñas, pudiera abrirle la puerta, tantos años después, a la etapa más feliz de su vida. Lo achacó con superstición al hecho de haber conservado las espuelas que utilizó aquel día, guardadas ahora con su equipaje personal en un arcón de su puesto de mando en Garabitas.

En aquella primavera del 36, antes de que estallara la guerra, su único afán era adelantar su hora de salida del Ministerio de la Guerra para estar junto a Isabel, hasta el punto de descargar sobre el teniente Masip sus propios quehaceres. Nunca habló con su subordinado de su nueva relación con Isabel, pero en la mirada huidiza de aquel teniente apocado adivinó una férrea voluntad por ocultarle su condición de pretendiente despedido.

Isabel Mercadal vivía con su madre y un hermano en la calle de Sagasta. El padre, abogado de La Unión y el Fénix, había fallecido el mismo día que se proclamó la República. El hermano, Francisco, era un joven compositor de ideas políticas «avanzadas», como decían entonces de quien profesaba el credo marxista. Broto había coincidido con él alguna vez, cuando iba a buscar a Isabel. Siempre que veía juntos a los dos hermanos Mercadal, altos, rubios, de ojos azules y piel clara, le parecían un joven matrimonio nórdico de visita en Madrid.

Ahora, asediado por la nostalgia, dentro del búnker de su puesto de mando, mientras le llegaban los ecos de algunos disparos lejanos, sintió en su desesperación el aguijonazo del recuerdo de la última excursión que había hecho con Isabel el fin de semana anterior al alzamiento, antes de que la guerra les separara. Había conseguido que un amigo, oficial del parque automovilístico del Ministerio de la Guerra, le facilitara un coche, con el que al amanecer recogió a Isabel en su casa de Sagasta. Salieron por el paseo de la Castellana hacia la sierra. Una vez pasado el pueblo de Manzanares, dejaron el coche y subieron a pie por un sendero a orillas del río, provistos de una cesta de picnic.

Al cabo de una hora, se detuvieron junto a una gran poza. Aunque era temprano, hacía mucho calor. Él se acercó a un recodo del río para refrescar una botella de vino en el agua y al regresar a la poza vio cómo Isabel, con un bañador azul, nadaba hacia una roca que sobresalía en medio de la corriente, lograba encaramarse a ella y se sentaba con las piernas recogidas, rodeadas por su brazo izquierdo, mientras con la mano derecha acariciaba la corriente cristalina.

Así era como mejor la recordaba, aislada en medio de la corriente, invitándole

entre risas a no temer nada, a atravesar las aguas del joven Manzanares y unirse a ella en aquella roca solitaria. La guerra había querido que ese mismo río fuera el que marcara, a su paso por Madrid, aquella línea infranqueable entre sus vidas, erizada de alambradas, minas, trincheras y nidos de ametralladora. Pero ahora prefería no volver a pensar en ello...

Se había preguntado también muchas veces qué habría hecho la guerra con aquel apocado de Masip. No le conocía inclinaciones políticas, aunque en el Ministerio de la Guerra los oficiales derechistas e izquierdistas le habían intentado captar para sus filas, como hacían con todos los militares jóvenes. Confiaba en que Masip hubiera seguido su consejo de no involucrarse en aquellas conspiraciones de cuarto de banderas y mantenerse al margen de las batallas políticas.

De quien sí había vuelto a saber era de Francisco Mercadal. Fue después de la toma de Cataluña y la salida a Francia de Azaña y del gobierno rojo, que habían multiplicado las deserciones del campo enemigo. Todos los días interrogaba en su puesto de mando a los rojos que se pasaban por su sector. Uno de aquellos desertores, con la cabeza rapada al cero y la boca salpicada de pústulas, dolencia que atribuían al hambre que sufría el campo rojo, le dijo que pertenecía a la 42.^a Brigada Mixta y que su jefe de batallón era un comunista, el mayor Francisco Mercadal.

La descripción que hizo el desertor de aquel mayor Mercadal le confirmó que se trataba del hermano de Isabel. A pesar de encontrarse frente a frente, en trincheras opuestas, fue incapaz de ver como a un enemigo a aquel joven al que ya respetaba antes de la guerra, aun sabiendo que era miembro de las milicias del partido comunista. Con todo, no pudo evitar cierta satisfacción al comprobar su superioridad frente a Mercadal cuando supo por el desertor que este mandaba un batallón rojo, con unos quinientos efectivos desmoralizados, mal vestidos y peor alimentados, mientras que él tenía bajo sus órdenes a tres batallones, con dos mil hombres bien pertrechados, capaces de lanzarse al asalto de Madrid a una orden suya, para terminar la guerra.

Terminar la guerra... Apartó bruscamente la mirada de la fotografía de Isabel. Tomó la taza que le había traído Ahmed y se bebió el café de un trago. Buscó sus botas a los pies del catre y se las calzó con rapidez. Al salir de su dormitorio, vio al alférez de transmisiones sentado ante la mesa de uno de los escribientes, mojado sus dedos en una taza sobre la que escurría un pedazo de pan blanco empapado en café. Pensó de nuevo con repugnancia en la rata que había atravesado Ahmed con su gumiá, preguntándose cómo había podido entrar en el búnker.

—Buenos días, mi teniente coronel. Sin novedad —dijo el alférez poniéndose en pie, con una mirada servil y extenuada por la noche en vela.

No respondió al saludo y se dirigió hacia la salida del búnker. Abrió la pesada puerta metálica, se detuvo en el umbral y respiró profundamente. Dejó que la brisa

gélida le acariciara la frente para borrar sus pensamientos. Oyó el piar de unos gorriones en las encinas y, entremezclada con este, la algarabía con la que los artilleros de la batería de Garabitas saludaban la llegada de los rancheros como si fueran a recibir la paga.

Los cañones Schneider, emplazados a un centenar de metros de su puesto de mando, apuntaban hacia Madrid, en dirección a la torre de la Telefónica, en la Gran Vía. Sus bocas parecían bostezar bajo las redes de camuflaje. Junto a ellos pasaban en aquel momento los centinelas que volvían de su turno de guardia, envueltos en las mantas con las que habían intentado protegerse del frío del amanecer.

Siempre había pensado que si los proyectiles de artillería dejaran un hilo tras de sí, todo Madrid y sus arrabales estarían atrapados bajo una enorme tela de araña. Los duelos de la artillería desde una y otra orilla del Manzanares formaban parte de la rutina del frente. Los rojos tenían la mayoría de sus cañones en La Dehesa de la Villa, la Plaza de España, el Palacio Real y Las Vistillas, mientras que la artillería propia se camuflaba en la Casa de Campo, desde Garabitas a El Batán.

Los disparos de sus baterías no habían dejado de estremecerle desde su llegada al frente de Madrid. Admitía la necesidad de mantener a raya los cañones enemigos que les hostigaban a diario, pero cuando sus baterías tiraban sobre el corazón de la ciudad, haciendo lo que llamaban «fuego de castigo» como represalia por la voladura de una mina o un bombardeo rojos, no podía evitar que algo en su interior se lo reprochara, como si él fuera el responsable de aquellos cañonazos. Así era la guerra, se decía entonces para acallar aquella voz, pero nunca lo lograba, porque reconocía en ella el eco de todo cuanto amaba en aquel Madrid inalcanzable. Había sentido aquel reproche por última vez a mediados del pasado febrero, cuando se supo que Negrín había regresado a Madrid después de salir a Francia por la frontera catalana. Aquellos días, por órdenes de Burgos, hubo una frenética actividad en todas las baterías de la Casa de Campo, incluida la de Garabitas. La capital fue bombardeada durante varias horas para que los madrileños identificaran la presencia de Negrín en la ciudad como un peligro para sus vidas...

Así era la guerra, pensó Broto al recordarlo, mientras le llegaba entre las encinas el ruido del Citroën que traía desde la plazoleta de la Casa de Campo a su ayudante, el teniente Ferrer, y a los artilleros del observatorio. Decidió alejarse del puesto de mando para no tener que saludarles. Cada vez era más brusco y seco con sus subordinados y más retraído y desconfiado con sus superiores. En el fondo, les consideraba responsables del estado sombrío en el que estaba sumido. Se sentía cada vez más atrapado en aquel escenario de guerra, como una figura en el paisaje de un cuadro inacabado.

Al asomarse a la cara norte de Garabitas, vio que la niebla comenzaba a levantar. A sus pies, abandonada como una vieja muda de serpiente, discurría entre los pinares

la línea del ferrocarril Madrid-Irún, que cruzaba el Manzanares por el Puente de los Franceses, junto al Puente Nuevo. Más allá avistó el hipódromo y los dos campos de polo, con las posiciones que protegían las antiguas pasarelas, ahora convertidas en el Puente del Generalísimo, reforzado con muros de hormigón, por el que se abastecían las fuerzas que defendían el Hospital Clínico, la Ciudad Universitaria y el Parque del Oeste.

Ya en la otra orilla del Manzanares, la niebla dejó al descubierto las ruinas del Stadium de la Universitaria, ante cuya vista recordó otro estadio, el Metropolitano, junto a Cuatro Caminos, que sabía también destruido. Al evocar la imagen del Metropolitano, oyó en su memoria el clamor de los veinte mil espectadores que cubrían sus gradas en aquellas tardes de fútbol en las que, vestido de civil, se sentía parte de un tiempo jubiloso, como cuando asistió a un partido del Athletic Club de Madrid en el que Elícegui, el «expreso de Irún», fichado al Real Unión, le metió cuatro goles al Español. Se preguntó dónde estarían ahora aquellos españoles despreocupados. En qué trincheras les habría tocado luchar. Cuántos habrían muerto, cuántos estarían mutilados. Cuántos estarían deseando ahora asistir de nuevo a los partidos de la Liga de fútbol, suspendida por la guerra.

Más allá del Stadium de la Universitaria vio las ruinas de la Casa de Velázquez y de las Escuelas de Arquitectura y Agrónomos, defendidas por fuerzas de su división. A su lado se levantaban las Facultades de Medicina y Farmacia y la Escuela de Odontología, que el enemigo había mantenido en su poder desde los combates de noviembre del 36, cuando fracasó el intento de tomar Madrid.

La niebla se retiraba también de las alturas del Hospital Clínico, el punto más avanzado del cerco sobre la ciudad, guarnecido siempre por legionarios y convertido por las minas y los bombardeos en el esqueleto astillado de un animal prehistórico. A los pies del Clínico se abría la plaza de la Moncloa, bajo la chimenea de la fábrica de las perfumerías Gal. Junto a los siniestros muros de la cárcel Modelo y del Cuartel del Infante Don Juan se empezaban a revelar las primeras casas de Madrid, como las piezas de un tablero infinito de ajedrez, sumidas como él en la tensa espera del final de una partida interminable. Aquel dédalo de tejados negros, grises y rojos, de cúpulas y campanarios, de torres y bloques de hormigón, parecía una ciudad abandonada, silenciosa y vacía, como si de ella hubiera huido la vida. Sólo el reflejo del sol fundido en el cristal de miles de ventanas hacía pensar en un Madrid vigilante, que les miraba a ellos, los sitiadores, con miles de ojos enfurecidos.

Ante la vista de aquel Madrid impenetrable, Broto se sentía un impotente Menelao a las puertas de Troya, suspirando por una Helena que la guerra le había arrebatado y que en los momentos más sombríos pensaba que se habría olvidado de él en brazos de otro hombre. No tenía noticias de Isabel desde hacía tres años, y en el fondo se culpaba de ello, ya que no había querido enviarle nunca una tarjeta de la

Cruz Roja para decirle que estaba vivo. No quería que nadie supiera que dentro de Madrid se encontraba la mujer que amaba. Temía, con la inapelable certeza de un miedo infantil, que su amor se interpretara como una deslealtad a su bando.

Era como si Isabel y él vivieran en dos mundos diferentes, tan lejos y a la vez tan cerca, tan a la vista y al mismo tiempo tan invisibles el uno para el otro. Sufría al comprobar cómo Madrid podía ser una ciudad tan opaca para sus sentimientos, mientras que para los servicios de información de su división llegaba a ser tan transparente. A través de los datos que proporcionaban los desertores y los falangistas y militares emboscados en la capital, a los que Mola había llamado la «quinta columna», conocían la ubicación de los puestos de mando de cada división, brigada o batallón enemigos, los parques de automóviles, los talleres de munición, los depósitos subterráneos de gasolina, las centrales de transmisiones, los almacenes de intendencia o los hospitales. Sabían de la existencia de polvorines en el Teatro Real, las ermitas de San Antonio de la Florida, el campo de fútbol del Madrid en Chamartín o el Casino de Bellas Artes donde había conocido a Isabel. Tenían noticias de que en el ramal del metro entre la estación del Norte y la plaza de la ópera funcionaba un convoy hospital para retirar a los heridos desde el Manzanares, y que el batallón de minadores que reventaba las trincheras bajo sus pies tenía sus depósitos de dinamita y trilita en la Casa de las Flores, en la calle de Hilarión Eslava.

En la lejanía se oyó de pronto una sucesión de cañonazos. Las explosiones le llegaron a Broto entre la niebla como un redoble. Fueron diez disparos que imaginó procedentes de las baterías enemigas de Las Vistillas. Después de los cañonazos, volvió a adueñarse del amanecer un silencio aún más profundo y tétrico, punteado por los ladridos lejanos de unos perros, asustados por los disparos. Cuando se disponía a regresar al puesto de mando, vio venir hacia él al teniente Ferrer, con sus andares marciales, el capote recién estrenado y las botas relucientes, a las que parecía sacar brillo a cada momento. Siempre le había impresionado el parecido de aquel joven valenciano, estudiante de leyes antes de la guerra, con el rey Alfonso XIII.

—Mi teniente coronel, sabía que le encontraría aquí. Le traigo algo que le va a gustar —le dijo Ferrer, mientras le tendía un papel que Broto reconoció enseguida como una octavilla de propaganda—. Es la carta de dimisión de Azaña. Vamos a lanzarla esta mañana con los cohetes de propaganda sobre las trincheras rojas.

Habían sabido unos días atrás de la renuncia de Azaña como presidente de la República, después de que Gran Bretaña y Francia hubieran reconocido al gobierno del Caudillo. En la carta reproducida en la octavilla, Azaña aseguraba que el general Rojo, el mayor estratega del Ejército Popular, había dado la guerra por perdida. Aquella declaración, pensó Broto, suponía un mazazo para la moral de los defensores de Madrid.

Se encaminó de regreso hacia el búnker de su puesto de mando sin cruzar una

sola palabra con su ayudante, mientras veía aparecer, más allá de Humera y Pozuelo, la silueta gris de la sierra de Guadarrama. Se sintió aún más abatido: en el fondo, la renuncia de Azaña podía no significar nada. Sabía que Negrín había vuelto a España hacía menos de un mes para defender la consigna de la resistencia, esperando que el inminente estallido de la guerra en Europa pudiera cambiar las tornas de la contienda. Si Negrín lograba convencer a sus jefes militares de que merecía la pena continuar la guerra, él terminaría de pudrirse en aquellas trincheras de Garabitas.

Al entrar de nuevo en el búnker, se sintió definitivamente vencido por la angustia a la vista de los escribientes recién llegados, que un día más se disponían a retejer en sus máquinas, a golpe de tecla, la malla que lo aprisionaba dentro de aquel escenario inmutable a las puertas de Madrid. Para su desesperación, la guerra había terminado por convertirse en una actividad rutinaria, ajustada a unos horarios fijos, como en su antiguo destino en el ministerio.

La artillería roja solía ser la más madrugadora y rompía el fuego al amanecer, como aquella mañana, para recordar que Madrid seguía dispuesta a vender cara su piel. Las baterías propias tiraban contra la mole urbana a capricho, para recordar a su vez que las fuerzas nacionales seguían a las puertas de la ciudad, listas para el ataque definitivo. Los morteros, que caían en las trincheras a todas horas, marcaban el paso del tiempo como las campanadas de un reloj enloquecido. El anochecer era la hora de los desertores y la madrugada, la de los golpes de mano. Sólo la aviación, que ya era casi siempre la propia, aparecía en escena sin sujeción a horario alguno. De hecho, los únicos sonidos que llegaban a sus posiciones desde el corazón de la ciudad eran los de las baterías antiaéreas y las sirenas de alarma que cruzaban el aire como la respiración de un moribundo. La aparición de los aviones se avisaba en Madrid con toques de sirena largos, y su marcha, con toques cortos. Cuando los aviones descargaban sus bombas sobre la ciudad, las explosiones resonaban en las trincheras del Manzanares como portazos en grandes habitaciones vacías.

Aquella actividad mortal era después mecanografiada sin parar por los escribientes en cientos de partes, notas e informes. Todo se recontaba al final de la jornada. Los disparos de los cañones y los morteros propios y del enemigo. Las toneladas de dinamita o de trilita utilizadas en las minas que estallaban bajo unas y otras trincheras. Los aviones que sobrevolaban la capital. Los camiones y automóviles que se veían pasar entre Madrid, Puerta de Hierro, El Pardo y Fuencarral. Los desertores de las filas contrarias. Las bajas propias por muerte, heridas, enfermedad, permisos, licenciamientos o cursos de capacitación para suboficiales, y las altas por llegada de nuevos reclutas y por regreso del hospital, de los permisos o de los cursos de especialistas en lanzallamas o minas. Se llevaba también a rajatabla el registro de las cantidades de munición empleadas. Los dos mil hombres de su regimiento podían consumir, en un día tranquilo, seis mil cartuchos de

fusil y cinco mil de ametralladora, así como doscientas granadas de mortero y cincuenta de mano.

Cruzó la sala principal del puesto de mando sin saludar a los escribientes, que se habían puesto en pie al verlo llegar. Antes de entrar en su dormitorio, el teniente Ferrer le preguntó si tenía pensado hacer alguna visita de inspección a la primera línea.

—No, hoy no...

Cerró la puerta de la habitación tras de sí y se dejó caer sobre el catre. Después alargó el brazo por debajo de este y tiró de un pequeño arcón. Con la mirada perdida en la fotografía de Isabel, abrió el arcón y palpó el cristal frío de una botella de coñac, que agarró por el cuello para llevársela a la boca. Empezaba a beber por las mañanas, pero era sobre todo a la caída de la tarde cuando más lo hacía, para celebrar el crepúsculo, la derrota del día.

A veces, apoyado en el tronco de una vieja encina, rodeado de la más completa oscuridad, conseguía incluso que Madrid llegara a comunicarse con él, a través de claves que aún no había sabido interpretar, como aquella visión que había tenido el mes pasado y que se había jurado no contar a nadie para que no lo tomaran por loco. Había salido de madrugada a la puerta de su puesto de mando, atraído por un extraño resplandor. Al mirar hacia la ciudad, vio sobre la montaña del Príncipe Pío una nube atravesada por el fulgor de la luna llena. De pronto, el lúgubre perfil de las edificaciones de Madrid semejó una gigantesca pila de cadáveres, de hombres y mujeres, de viejos y niños, entre los cuales, con la fuerza de una premonición, aparecieron también los rostros de sus padres, de su hermano y de los oficiales y soldados con los que convivía todos los días en aquel frente. Desde entonces, todas las madrugadas, enfundado en su cazadora de cuero negro, tenía por costumbre subir al observatorio del Cerro Garabitas para descubrir si su cadáver también estaba allí, tendido sobre las ruinas de Madrid.

II

¿Traidor? No, él no era un traidor. Se tenía por hombre de palabra y jamás había dudado a la hora de cumplir su promesa de fidelidad a la República. El capitán Luis Masip quería que la guerra terminara cuanto antes, eso era todo. Igual que cuando se jugaba la vida en el campo de batalla. Sí, también había desafiado el tableteo de las ametralladoras enemigas al frente de sus hombres para que la guerra acabara lo antes posible. En el fondo, él no había cambiado, salvo por su vestimenta y su cojera. Había sustituido el casco de acero y el mono de campaña por una boina bien ceñida a la frente, guardapolvos beige, guantes de cuero, pantalones bombachos y botas altas de cordones, con los que recorría ahora las calles de Madrid como oficial de enlace, a lomos de su vieja motocicleta Royal Enfield, que siempre parecía que fuera a descomponerse al rodar sobre el adoquinado.

A aquellas horas del amanecer, Madrid siempre le resultaba más vulnerable, como si se desprendiera con recelo de la protección de la noche, temerosa de la luz que la descubriría un día más ante los sitiadores. Los escasos transeúntes caminaban como seres fantasmagóricos por las aceras, al resguardo de los edificios. Los cables de los tranvías tendidos sobre las calles parecían los hilos que les guiaban a través de un laberinto sin salida.

Al enfilar el paseo del Prado, el capitán Masip pensó que esa mañana la niebla iba a dar un respiro a la ciudad. La artillería propia había celebrado la aparición de aquel manto protector con diez cañonazos que le habían sobresaltado cuando sacaba la motocicleta de su portal. Los disparos procedían de una de las piezas de la batería del diez y medio que tiraba contra la Casa de Campo desde Las Vistillas, a unos centenares de metros de su casa. Se había quedado inmóvil en el umbral, con la boca repentinamente seca y los latidos del corazón golpeándole las sienas. Contó los disparos, bajo los cuales la niebla vibró como si fuera a deshilacharse.

Había pensado muchas veces en trasladarse a un barrio más seguro, pero sentía un gran apego por aquella casa de la calle de Don Pedro, junto a la iglesia de San Francisco el Grande. Había sido su casa desde niño, cuando le adoptó un tío materno después de que a sus padres, con los que vivía en Barcelona, se los llevara la gripe española. Su tío, que trabajaba en una joyería de la calle Mayor, se había marchado de Madrid al principio del asedio, cuando empezaron los bombardeos y la joyería fue saqueada por los milicianos.

Abandonar aquella casa significaba dejar indefensos todos sus recuerdos de infancia ante las bombas fascistas. La mayoría de aquellos recuerdos estaban ligados al ama de Trujillo que le había criado y a la que hacía responsable directa de su

carrera militar, porque desde que tenía uso de razón aquella buena mujer le había llenado la cabeza de hazañas guerreras. De niño se había pasado las tardes en el pasillo de la casa de su tío luchando briosamente contra imaginarias legiones romanas, hordas bárbaras, guerrillas incas, mesnadas almohades, tropas napoleónicas o tribus rifeñas.

Al ingresar años más tarde en la Academia de Toledo logró transformar aquellas heroicas ensoñaciones en una extraordinaria aptitud para los estudios militares. Pero al comienzo del asedio, mientras dudaba entre marchar al frente o permanecer en su destino del Ministerio de la Guerra, trabajando en la llamada a filas de las primeras quintas movilizadas por Largo Caballero, prendió de nuevo en él aquella propensión a pensar que la guerra podía ser distinta a como era en realidad. Así, se había llegado a figurar a veces que la amenaza que pesaba sobre la capital era la de una turba de mugrientos tártaros de las estepas, acampados bajo los pinares de la Casa de Campo y los encinares de El Pardo. Había imaginado también masas de africanos que adornaban sus frentes con cabezas de grandes felinos, mientras hacían arder grandes hogueras en las cimas de la sierra de Guadarrama. Y en ocasiones inventaba multitudes de cobrizos aztecas emboscados en los montes de Guadalajara.

Con el paso de los meses, su imaginación había sido vencida por la certeza de que aquella guerra abominable apenas dejaba resquicio para la épica o el honor. En Madrid, se había asesinado a miles de personas por odio, codicia y venganza, incluso por el simple gusto de matar, mientras otros miles de inocentes habían sido muertos o heridos por los bombardeos contra la ciudad, incluidos centenares de niños, masacrados como si fueran combatientes. Apenas quedaba nada de heroico para él en aquella lucha entre españoles, salvo el sacrificio de quienes morían en las trincheras y de quienes se esforzaban por paliar los sufrimientos de los civiles.

Al enfilear la calle Alcalá, después de rodear el búnker de ladrillo que protegía la fuente de la Cibeles, adelantó a un tranvía coronado por un cartel de Agua de Cestona que subía hacia la Puerta del Sol. Su mirada se cruzó fugazmente con la de una mujer que apoyaba su frente en una de las ventanillas. Había visto aquella mirada muchas veces. Era la mirada de un cadáver sobre la ciudad sin alma, extenuada. No, él no era un traidor, volvió a pensar. No era un traidor por aborrecer aquella mirada, aquella guerra.

Redujo la velocidad de la motocicleta ante la verja del Ministerio de la Guerra y alzó el puño para saludar a los dos centinelas de la entrada, inmóviles como estatuas dentro de sus tabardos, con las viseras de sus gorras impregnadas de humedad, brillantes. Después aceleró para subir la cuesta y se detuvo ante la fachada del palacio de Buenavista, bajo los grandes cedros del jardín. Aún seguía montado sobre la motocicleta cuando salió a su encuentro un teniente coronel a quien conocía de su destino en el ministerio en tiempos de paz. Era un hombre alto y grueso, con una

papada que le rebosaba del cuello de la guerrera como un pequeño abdomen hinchado. Tenía una mirada astuta que parecía siempre interrogarle, como si desconfiara de él. Aquel oficial se había dedicado a perseguir desertores de la llamada a filas y desenmascarar a los útiles para el servicio que se habían pasado la guerra en retaguardia enchufados por partidos y sindicatos. Ahora estaba involucrado en el mismo complot que él para acelerar el fin de la guerra.

—Masip, ya va con retraso. Aquí tengo su salvoconducto para la «Posición Jaca». Vaya con mucho cuidado. Los comunistas ya se están oliendo la tostada —susurró el oficial mientras le tendía un cartón sellado.

—Ni que fueran tontos —respondió secamente Masip mientras se ajustaba la boina sobre la frente.

—Nadie ha dicho que sean tontos. Pero tenemos que ser más inteligentes que ellos.

Masip frunció con preocupación sus labios y dio un acelerón a la motocicleta como para intentar disipar sus temores. Negrín y los comunistas iban a jugar sus últimas cartas para continuar la resistencia. Lo más seguro es que sospecharan ya de los intentos del coronel Casado para entablar negociaciones de paz con Franco. En los últimos días había pensado que Negrín no había ordenado detener y fusilar a Casado, aun conociendo sus manejos, porque sabía que el problema no era Casado. El problema era que todo el mundo estaba cansado de la guerra y, aunque el Ejército Popular siguiera en pie, era como un cadáver apoyado en un parapeto para simular.

Masip estaba al corriente de que Franco tenía veinticinco divisiones dispuestas para el asalto de Madrid, con cerca de trescientos mil hombres y una superioridad aplastante en aviación, artillería y blindados. El coronel Casado, como jefe del Ejército del Centro, sólo podía oponerle trece divisiones, con cien mil hombres mal armados. La falta de víveres debilitaba aún más la moral de las tropas, quebrantada ya por la pérdida de Cataluña. A pesar de ello, en la entrevista que habían mantenido en Madrid un mes atrás, Negrín le había pedido a Casado que prolongara la resistencia siguiendo el ejemplo de Madrid en noviembre de 1936, con el «¡No pasarán!». Según los cálculos del ministro de Estado, Álvarez del Vayo, los facciosos podrían fusilar al terminar la guerra a unas veinte mil personas, por lo que había que forzar a Franco a elegir entre una paz sin persecuciones ni represalias o continuar la guerra hasta el último hombre.

—O todos nos salvamos o todos nos hundimos en la exterminación y el oprobio —había sentenciado Negrín.

Masip estaba convencido de que Casado lograría un acuerdo más ventajoso con Franco para poner fin a la guerra que un jefe de gobierno como Negrín, rehén de los comunistas. Sabía que el jefe del Ejército del Centro había establecido ya contactos con agentes de Franco a través de su médico personal, el capitán Medina. Para Masip,

no dejaba de ser un cruel sarcasmo que junto a la cabecera de la República se encontraran dos galenos, el capitán Medina y el doctor Negrín, de opiniones muy distintas sobre la conveniencia de alargar o acortar su agonía.

Casado esperaba conseguir de Franco la promesa de que dejaría salir de España a todo el que lo deseara, a cambio de entregar todo el territorio republicano sin lucha. Aspiraba a acordar una paz sin represalias, en la que unos y otros se perdonaran mutuamente las atrocidades cometidas y unieran sus brazos para la reconstrucción de España. Tenía previsto incluso un final de la guerra apoteósico en Madrid, en el paseo de la Castellana, con la entrada a caballo de Franco a la cabeza de sus fuerzas, mientras las tropas del Ejército Popular le rendían honores. Casado pensaba que España daría un gran ejemplo al mundo con aquel desfile. Su única condición era que en Madrid no entraran moros ni italianos, sólo unidades españolas.

—Esta mañana ha habido cañoneo desde Las Vistillas contra las líneas rebeldes —dijo Masip para ahuyentar de su mente la visión de aquel desfile triunfal.

—Lo sé. Algunos comunistas se sirven de la artillería para recordar a Franco que están dispuestos a afrontar el duelo final. Siempre será mejor que apunten los cañones contra los facciosos, y no contra nosotros. Pero váyase, Masip, se le está haciendo tarde —y el oficial le dio la espalda sin despedirse.

Masip rodó con la motocicleta por la cuesta del jardín y se sintió aliviado cuando salió a Cibeles. Al dejar atrás la Puerta de Alcalá en dirección a la carretera de Aragón, vio a varias personas cargadas con hatillos y cestos caminando junto a la verja de El Retiro. Sabía que se dirigían al mercado de trueque de la plaza de Manuel Becerra para intercambiar los objetos de valor y los enseres de sus casas por comida. Ante la visión de aquella gente volvió a reafirmarse en su voluntad de apoyar la conspiración para poner fin a la guerra.

Que la guerra estaba perdida, Masip lo sabía desde que un tiro en la rodilla izquierda le había dejado cojo, y ya iba para dos años que andaba renqueante por culpa de aquel disparo. Desde entonces, al comienzo de cada batalla, había creído que podía pronosticar la derrota del Ejército Popular por el dolor de su rodilla, y muy pocas veces se había equivocado.

El recuerdo del asalto en el que fue herido le llegaba siempre envuelto en el aroma penetrante de los setos de boj de los parterres del palacio de La Granja, al pie de la sierra de Guadarrama. Había sido el último día de mayo de 1937, en la ofensiva sobre Segovia, planificada para frenar el avance de las tropas rebeldes sobre Bilbao. Masip era entonces teniente y mandaba una compañía creada en Madrid por milicianos de artes gráficas, que después fue encuadrada en su unidad, la 31.^a Brigada Mixta, a la que había llegado como instructor.

Aunque podría haberse pasado la guerra instruyendo reclutas, consiguió que le concedieran mando sobre tropa en el nuevo Ejército Popular, una vez vencido el

recelo de las milicias a servir en unidades regulares y bajo las órdenes de oficiales profesionales. Había pedido aquel nuevo destino llevado por la confianza en una victoria que parecía estar al alcance de la mano. Además, con su marcha al frente, se convertiría por fin, a sus treinta años, en el héroe que siempre había soñado ser, y podría impresionar a la mujer que amaba como habría hecho un chiquillo, con alguna pequeña cicatriz causada por un disparo afortunado.

Lo cierto es que había conseguido impresionar con su pierna vendada a Isabel Mercadal, cuando esta fue a visitarlo por primera vez a la habitación de la sexta planta del Hotel Palace, donde fue ingresado después del ataque sobre La Granja. Ella apareció en la puerta de la habitación con una rebeca azul y una falda gris, el pelo suelto como una colegiala, mirando a un lado y a otro de la estancia con una sonrisa triste. Los quince heridos que compartían la sala con él ya no dejaron de observarla durante todo el tiempo que permaneció allí.

Isabel no le pudo ocultar su conmoción al ver el Palace convertido en hospital militar. Lo primero que había descubierto al entrar fue una montaña de camillas ensangrentadas apiladas en el vestíbulo. La gran rotonda y los salones del hotel se habían llenado de médicos y enfermeras que caminaban con prisa, atareados en su lucha contra la muerte y el dolor. Madres y esposas apenas podían disimular su espanto al pie de la cama de sus hijos o maridos desfigurados y mutilados.

—¿Os han lanzado gases, Luis? ¿Han sido capaces? —le había preguntado, estremecida al ver a algunos heridos con la cara cubierta de vendajes.

—No, pero nos han hecho respirar plomo —le contestó en voz baja para no ser oído, intentando hacerla sonreír.

Después le había relatado el avance de su compañía por los jardines del palacio de La Granja, un escenario absurdo para la guerra, con parterres, fuentes monumentales, estatuas de personajes mitológicos y grandes secuoyas.

—¿Sabes una cosa? Cuando marchaba por aquellos jardines, te sentí a mi lado. Era como si estuvieras escondida entre los árboles, observándome, como en un juego. Al sentirte tan cerca, no tuve miedo —le había dicho.

Ella le había tomado entonces su mano derecha entre las suyas y se la había acariciado con seguridad. Masip, sorprendido por aquel gesto, se olvidó por primera vez del dolor de su rodilla, y se olvidó también, por un instante, de que acababa de mentirle por primera vez desde que se conocían. La verdad era que en aquellos jardines había tenido miedo, un miedo que le había retorcido el estómago hasta el punto de hacerle vomitar sobre un canal de aguas verdosas, con nenúfares y juncos, que desembocaba en un estanque donde se contorsionaban los dragones de una gran fuente. Se excusó ante sus hombres diciendo que le había sentado mal el rancho. Pero después volvió a delatarle el temblor de sus manos al observar con unos prismáticos el palacio, desde un promontorio coronado por un templete romántico.

Los rebeldes habían fortificado la fachada del palacio, cubriendo los balcones con sacos terreros, entre los cuales era fácil descubrir los cañones de las ametralladoras. Pensó en pedir refuerzos, pero luego desistió. Tenía órdenes de atacar aquel palacio con su compañía de linotipistas, componedores y cajistas. Así es que iba a hacerlo, aunque significara enviar a sus hombres al matadero. Se preguntó si en el fondo no era esto lo que les habían enseñado en la Academia de Toledo a él y a los oficiales facciosos contra los que ahora combatía: que podían mandar a sus soldados a una carnicería sin preocuparse mucho por ellos, porque vendrían otros quintos a reemplazarlos...

Isabel le había mirado fijamente. Él advirtió en sus ojos azules un temblor de emoción, como si se preparara para oír un relato heroico. Supo entonces que no merecía la pena que ella conociera la verdad de su bautismo de fuego ni que un puño de bilis le había golpeado de nuevo la boca del estómago al descubrir que sus hombres habían decidido atacar el palacio antes de que él diera la orden. Pero sí le contó cómo sus soldados empezaron a ser acribillados por los fascistas desde los balcones del palacio, y cómo vio caer a más de diez hombres, mientras el resto buscaba protección detrás de los árboles y de los pedestales de las estatuas. Los gritos de los heridos y el tableteo de las ametralladoras empezaron a taladrarle los tímpanos y entonces, sin pensarlo, se lanzó a socorrer a los que habían sido abatidos. Pero a ella nunca le diría que quizás, en realidad, había desafiado aquella lluvia de plomo deseando que le hirieran a él también para no volver nunca más al frente. Quizás, pensaba ahora, lo había hecho incluso para acabar de una vez por todas con la impostura: él nunca sería un héroe y odiaba aquella guerra con todas sus fuerzas, aunque eso significara ser un traidor.

Isabel le había soltado la mano para acercarle un vaso de agua y, de pronto, se había sentido desamparado. Se bebió el agua rápidamente, mientras veía con celos cómo ella miraba y sonreía a los otros heridos. En ese momento, un hombre con la cabeza vendada, que ocupaba una cama en el otro extremo de la habitación, empezó a gemir pidiendo ayuda, presa de un agitado delirio. Isabel se levantó y acudió a su cabecera, le puso su mano derecha en la mejilla y le dijo algo que Masip no llegó a descifrar. El herido se aquietó y pareció quedarse dormido.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó cuando ella volvió a su lado.

—Nada, cosas que decimos las mujeres...

Masip siguió relatándole a Isabel que, nada más salir de detrás del templete para auxiliar a los heridos, sintió un martillazo en la pierna y cayó al suelo. Se echó la mano a la rodilla, palpó el roto que la bala había hecho en la pernera del pantalón y se le manchó la mano de sangre. Estaba sereno, como si el tiro le hubiera vaciado la mente, mientras las balas de los defensores del palacio seguían silbando por encima de su cuerpo e impactando contra las paredes rosadas del templete. Antes de que sus

hombres consiguieran sacarlo de allí, sintió que todo el lugar era invadido por el fuerte olor de los setos de boj de los parterres.

Le atendieron en un puesto de socorro instalado en un lugar del bosque llamado La Cueva del Monje, al borde de una gran pradera encharcada donde se atascaban las ruedas de los camiones ambulancia. Mientras esperaba con otros heridos a ser evacuado hacia el puerto de Navacerrada, vio que en la cuneta de la pista forestal había decenas de cadáveres, como fardos de ropa alineados. La mayoría de ellos habían caído en el asalto al Cerro de Puerco, que dominaba el pueblo de Valsaín. A su lado, en una camilla, estaba tendido un joven de ojos castaños y pelo negro rizado, con la cara blanca como la leche, cubierto con un capote caqui empapado de sangre.

—Qué jodido es morir en un sitio tan bonito —balbuceó de pronto el chaval, mientras bizqueaba de dolor.

A Masip no le dio tiempo a contestarle. Lo último que vio con vida en los ojos del joven fue el reflejo fugaz de la nieve en la cumbre de Peñalara...

Fue así, con esas mismas palabras, como le había descrito a Isabel la muerte de aquel muchacho. Ella había cerrado los ojos, como si rezara. Masip ya no había continuado su relato. Un puño de tristeza se había cerrado sobre su garganta. Entonces pensó que quizá la piedad compartida por la muerte de aquel joven desconocido había comenzado a unir sus vidas.

La noticia de la caída de Bilbao, a las dos semanas del fracaso sobre La Granja, redobló su convicción de que la República sólo podría demorar su derrota. Con la toma de Vizcaya, Franco había puesto en práctica la más importante lección de Clausewitz: el primer objetivo de una guerra es hacer que el contrario pierda toda esperanza de vencerla. Así lo fueron confirmando los dolorosos pronósticos de su rodilla ante las ofensivas de Brunete, Belchite, Teruel, el Ebro, Peñarroya...

A pesar del emplasto que los médicos del Palace le aplicaron en la rodilla, le había quedado una leve cojera que le podría haber garantizado la baja en el servicio y una modesta pensión de invalidez. Pero no se había resignado a ser, a sus treinta y dos años, uno de aquellos lisiados de guerra, reales o imaginarios, que poblaban las calles de Madrid. Gracias a la influencia de un amigo, había logrado que Casado le admitiera como oficial de enlace y le proporcionara una de las motocicletas del servicio.

Aquella Royal Enfield, con la que se dirigía ahora a la «Posición Jaca», se había convertido en el mejor alivio de su cojera y de su desánimo. Al circular por las calles se sentía liberado de algún modo de aquella amenaza invisible que cercaba su vida, como si lograra escapar de la visión de los edificios destruidos por los bombardeos, los carteles que señalaban la entrada a los refugios antiaéreos, las barricadas que protegían las calles más expuestas a las balas perdidas del frente, los sacos terreros que cubrían las entradas de los edificios públicos, de las bocas del metro, de las

tiendas sin género, de los cines...

Sobre todo le gustaba circular por Madrid en las primeras horas de la tarde, cuando se suspendía el servicio de tranvías, al igual que el del metro, por las restricciones de electricidad, causadas por la avería de los generadores del Salto de Millares, en el río Júcar. La ciudad parecía sosegada, reconcentrada en sí misma, como si estuviera tomando fuerzas para seguir resistiendo. Aquellas medidas de ahorro de energía eléctrica eran obligadas a pesar de que la mayoría de los tranvías se hallaban inservibles por falta de piezas de recambio, y los pocos que circulaban no podían hacerlo en cuanto oscurecía, ya que no había bombillas para sus faros, como tampoco las había para el alumbrado de las calles. De noche, Madrid era una ciudad ciega, además de hambrienta, cada vez más hambrienta.

Si ahora estaba implicado en la conspiración era porque creía que sólo Casado sería capaz de salvar las miles de vidas expuestas a la inapelable victoria de los rebeldes. Sorprendentemente, el doctor Negrín había nombrado general a Casado en el último consejo de ministros celebrado en Madrid, antes de que el gobierno se trasladara a Alicante. El ascenso de Casado, aplaudido incluso por los comunistas, se había conocido por la prensa el domingo anterior, hacía seis días. Aquella mañana, Masip había salido a pasear con Isabel por los bulevares. Se habían sentado en un banco de la plaza de Santa Bárbara, al lado de un anciano de larga barba blanca, con boina y abrigo, que estaba leyendo *El Sol*.

—Machado se ha muerto de tristeza en Francia... A mí la tristeza me matará aquí —murmuró el hombre sin mirarlos.

Isabel le señaló a Masip con un movimiento de cabeza la primera página del periódico, donde aparecía la noticia de la muerte del poeta al otro lado de la frontera. Él pudo leer de soslayo que una radio francesa había informado del fallecimiento de Machado en un campo de refugiados españoles en las cercanías de Toulouse. No pudo saber más porque el viejo se levantó del banco con expresión desconfiada y se marchó sin decir palabra. Le impresionó pensar que el viejo poeta hubiera podido morir abandonado y así se lo dijo a Isabel.

Hacía semanas que en Madrid no se hablaba de otra cosa que de la tragedia de los exiliados. Las autoridades francesas decían estar desbordadas ante las más de cuatrocientas mil personas llegadas a través de la frontera con la caída de Cataluña. Sin embargo, habían impedido el regreso por barco, a Valencia o Cartagena, de decenas de miles de combatientes que habían cruzado la frontera. Lo cierto era que Francia no quería cargar sola con el problema de los refugiados y pedía que otras potencias, entre ellas Rusia, asumieran también el pago de los más de siete millones de francos diarios que costaba su atención.

A la vez que se comentaban las penurias de los refugiados en Francia, en Madrid corría la especie de que los dirigentes comunistas habían pasado la frontera con

maletas cargadas de billetes y joyas. Masip no había dado ningún pábulo a aquel rumor. No se consideraba uno de aquellos anticomunistas de nuevo cuño que empezaban a salir de detrás de cada esquina. Sabía de muchos militares profesionales que se habían abrazado a la hoz y el martillo esperando hacer carrera a la sombra de la ayuda soviética. Ahora aquellos mismos militares eran los primeros en renegar del partido, al que achacaban todas las culpas de la derrota de la República, e incluso estaban ya ofreciendo sus servicios a los «quintacolumnistas» para garantizarse la inmunidad cuando Franco entrara en Madrid.

Sospechaba que algunos de esos militares trabajaban junto a Casado en la «Posición Jaca», cuartel general del Ejército del Centro, situado en la finca «El Capricho», cuya densa arboleda empezaba a ver al fin desde la carretera de Aragón. Al llegar a la entrada, se detuvo ante una barricada de sacos terreros para mostrar su salvoconducto a los carabineros de guardia. Después enfiló el paseo de los jardines y cayó en la misma zozobra que en La Granja al ver que la guerra contaminaba como la peste incluso los parajes más amenos.

Detuvo la motocicleta bajo las escalinatas del palacio. Otros carabineros vigilaban la entrada al búnker donde Casado tenía su puesto de mando. Con ellos estaba un joven y risueño teniente con la cara llena de pecas.

—Salud, capitán. ¿Cómo van las cosas por Madrid? —le preguntó el teniente con tono jovial.

—Hambre y más hambre, como siempre —respondió Masip distraído, como si hablara consigo mismo, mientras se desabotonaba el guardapolvo.

Entraron en el búnker y empezaron a descender sus escaleras. Apoyado en la barandilla para evitar un traspie por su cojera, Masip tuvo de nuevo la sensación de estar penetrando en las vísceras de una enorme criatura. Le sucedía siempre en aquel lugar, en el que se escuchaban constantemente los latidos de un motor que bombeaba el agua de una corriente subterránea para evitar que el búnker quedara anegado.

—¿Sabe que Casado se ha negado a volar hoy hacia Alicante para asistir a una reunión con Negrín? —le informó el teniente, mientras bajaban las escaleras

—No, no lo sabía. Habrá temido que fuera una trampa.

—Sí, de hecho Casado le ha devuelto la invitación a Negrín para que fuera el gobierno el que viniera a Madrid a reunirse con los jefes militares.

—Es decir, cada uno ha invitado cortésmente al otro a caer en su trampa, pero ambos han rechazado la invitación —sonrió Masip.

—Sí, de momento todo es cortesía. Ojalá que todo esto termine también así, de buenas maneras, pero lo dudo mucho. Ahora no puedo contárselo, pero hay noticias inquietantes de la base de la flota en Cartagena —remató el teniente con aire de misterio.

Cuando llegaron al final de las escaleras, descubrieron una insólita calma en el

subterráneo. El pasillo central, que comunicaba con las diferentes estancias del búnker, estaba vacío. El latido de la bomba de agua hacía parpadear las luces, y el parpadeo se reflejaba débilmente en los azulejos blancos de las paredes.

En la primera sala encontraron a varios oficiales y enlaces conversando con unos guardias armados con pistolas ametralladoras que debían de pertenecer a la escolta de Casado. El teniente les preguntó por uno de los ayudantes de este, pero le dijeron que estaba reunido. Les invitaron a esperar en la sala de enfrente, donde estaba el servicio de telégrafos. El ruido del motor era allí mucho más intenso.

El teniente aprovechó la espera para ponerle al corriente de la reunión que Casado había mantenido aquella misma mañana con sus colaboradores para anunciarles la definitiva creación del Consejo Nacional de Defensa, la junta concebida por los anarquistas para sustituir el gobierno de Negrín. Contaría con figuras de gran prestigio, como el general Miaja, que sería su presidente, y el socialista Julián Besteiro. En el Consejo estarían representados todos los partidos y sindicatos del Frente popular, salvo el partido comunista.

Casado había dicho que las horas siguientes serían cruciales para España y para el mundo entero. Según el joven teniente, había sido un momento de intensa emoción patriótica, en el que Casado, debilitado por su dolencia de estómago y por los nervios, parecía haber estado a punto de llorar. Todos le habían jurado lealtad, desde su jefe de Estado Mayor, el teniente coronel Otero, hasta el último ayudante.

—¿Y qué me quería contar de la flota de Cartagena? —preguntó Masip, impaciente.

—Hemos recibido noticias confusas sobre una sublevación contra el gobierno en la base naval de Cartagena. Se dice que el teniente coronel Galán, recién llegado a Cartagena después de su nombramiento por Negrín como nuevo jefe de la base, ha sido detenido por sus propios oficiales. Se habla también de una rebelión de la «quinta columna», que se ha apoderado de la radio de la base para lanzar consignas a favor de Franco. Es todo muy confuso.

Masip sabía que la flota era clave para que llegara a buen fin el plan que había diseñado Casado en caso de que fracasaran sus negociaciones con Franco. Se trataba de una retirada escalonada hacia los puertos del Mediterráneo, donde embarcarían en los buques de la flota los dirigentes políticos y militares más comprometidos.

En aquel momento entró en la estancia un carabinero e invitó a Masip a seguirle. Le llevó hacia el fondo del subterráneo, hasta un cuarto de generadores donde le esperaba, con aire misterioso, un oficial con el grado de mayor que reconoció como uno de los ayudantes de Casado. Nunca había cruzado una palabra con él. Tenía la cabeza extrañamente cuadrada, cubierta por una densa mata de pelo negro peinada hacia atrás. Su cara inexpresiva era fácil de olvidar. El oficial le entregó sin preámbulos una cartera de cuero con el escudo de la República grabado en oro, al

tiempo que le decía con una gravedad litúrgica:

—Capitán Masip, confío en que dará su vida antes de que estos papeles caigan en otras manos. Debe esconder esta cartera durante unos días. Si todo sale como esperamos, recibirá instrucciones en su momento para llevarla al Ministerio de Hacienda. Mucha suerte, capitán.

Masip no hizo preguntas y salió de la estancia. Supuso que Casado le había elegido a él pensando que un capitán inválido no despertaría sospechas. Imaginó también que habría más copias de aquellos documentos, y que por precaución se había decidido dejarlas en poder de personas como él, libres de seguimientos indeseables.

Al salir del búnker, pensó que era mejor regresar a Madrid con la luz del día. Le habría gustado despedirse del joven teniente, pero ya no lo vio. Cuando tomó de nuevo la carretera de Aragón, descubrió la ciudad en la lejanía, sumergida en un baño de oro con la caída del sol. Por el camino se cruzó con grupos de mujeres que marchaban a la capital, de regreso de las huertas del Henares, cargadas con cestas y sacos de provisiones.

Las mujeres eran para él las auténticas heroínas del asedio, como lo era Isabel, entregada siempre a los demás para hacerles más llevaderos sus sufrimientos. El coronel Casado medía en el ánimo de las mujeres el pulso de la República, pero después de la caída de Cataluña se había dado cuenta de que aquel pulso estaba exánime. Le había visto emocionarse al hablar de las madres que aguantaban el hambre y el frío en las colas del racionamiento, y que eran capaces de quitarse de la boca el pan y las omnipresentes lentejas con tal de que no les faltaran a sus hijos.

Recordaba la irritación de Casado cuando a finales de febrero él mismo le había entregado en su despacho un parte sobre varias detenciones realizadas por el SIM. En aquel parte, junto a albañiles, labradores, comerciantes y militares encarcelados por derrotismo, figuraban dos mujeres, una anciana y su hija, que habían sido detenidas por criticar al gobierno e insultar a la fuerza pública cuando esta intentaba disolver, por orden del Ayuntamiento, el mercadillo de trueque del metro de la Puerta del Sol. Indignado por la suerte de aquellas dos mujeres, Casado había dado instrucciones para que no se volviera a detener a nadie por manifestar la misma opinión del presidente de la República contra la prolongación de la guerra.

La suerte estaba echada, pensó Masip al entrar de nuevo en Madrid. Pero no le preocupaba solamente la suerte de España o de la República. Pensaba sobre todo en su destino junto a Isabel. La guerra le había dado una nueva oportunidad para conseguir lo que más había deseado en tiempos de paz. Ahora temía que, una vez acabada la guerra, la victoria de los rebeldes pudiera arrebatarla de nuevo.

III

—Atención. Atención. Habla la flota española de Cartagena... pasa a incorporarse a la España nacional... Franco, Franco, Franco... han sido liberados... abiertas todas las cárceles... Cartagena arde en entusiasmo, en el muelle pueden atracar normal... esperamos fuerzas... Franco, Franco... Arriba España...

El papel en el que estaba garabateado aquel mensaje, transmitido aquella misma mañana por la emisora de la flota roja en Cartagena, lo había traído de Móstoles un enlace del cuartel general de la división. Un telegrafista había captado la emisora en el momento en que radiaba la noticia de la toma de Cartagena por las fuerzas nacionales y, después de pasar el mensaje al jefe de la división, el coronel Eduardo Losas, se había dedicado a hacer copias para difundir la noticia por todo el frente.

El alférez Juan Costales estaba leyendo aquel mensaje en su chabola. Estaba escrito en una media cuartilla de papel arrugado y había pasado de mano en mano entre los hombres de su compañía, como si fuera la hoja de su licenciamiento. Y es que significaba tanto como eso. Todos, incluido él mismo, habían visto en aquel papel la noticia de su inminente vuelta a casa.

Se imaginaba tocando el timbre de la puerta, el corazón de fiesta, el uniforme limpio, la gorra de plato ladeada sobre la frente como los héroes. Ya haría calor en Sevilla, doblarían las campanas de la Giralda y el azahar perfumaría las calles y se esparciría con el vuelo de las faldas de las muchachas que pasarían alegres frente a la puerta de su casa. Pero se imaginaba como en una fotografía antigua, como si ya hubiera vuelto hacía muchos años y estuviera recordando el fin de la guerra.

Pensó que en el fondo aquellos tres años de guerra le habían velado para siempre la fotografía de su juventud, sin darse cuenta. Se había presentado a los cursos de alférez antes de su llamada a filas, pensando que así podría llevar mejor vida que la de simple soldado. La noticia de su alistamiento había disgustado a su padre, contable en una fábrica de aceites, al que había escuchado reprobar en su casa, a salvo de oídos ajenos, las alocuciones radiofónicas de Queipo. A su madre, sencillamente, su marcha a la guerra la había trastornado. No podía ver a su único hijo vestido con el uniforme, porque se figuraba que sería la mortaja con la que le enterrarían en cualquier campo de España, en una tumba sin nombre.

Llegó al frente de Madrid el mismo día que cumplía veinte años, lo que le pareció un buen augurio. Había disfrutado de un permiso que le concedieron al terminar su hospitalización por una herida en el codo. Fue un disparo de fortuna durante la batalla por la reconquista de Teruel. En el hospital de Zaragoza se había dejado bigote y perilla, para parecer de más edad, porque tenía aún los mofletes colorados de la

infancia y los labios blandos y redondos de un lactante.

La nueva unidad a la que le habían destinado era el Batallón de Bailén, que llevaba clavado desde hacía meses en el mismo sector, junto al Puente de los Franceses, a menos de un kilómetro de las primeras calles de Madrid. Le asignaron el mando de una compañía del batallón, con un centenar de hombres. Muchos de sus soldados no sabían por qué luchaban ni tampoco les importaba saberlo, como la mayoría de los que tenían enfrente, pero demostraban una resistencia extraordinaria a aquella vida de rutina mortal y de muerte rutinaria que era la guerra de trincheras. Sus hombres vivían como lombrices, unas veces entre el barro que lo invadía todo en los días de lluvia, otras sobre la tierra dura y blanquecina que dejaban las mañanas de helada.

La mayoría eran labradores analfabetos de Castilla la Vieja, que parecían haber llegado allí por equivocación, como para una siega de trigo que nunca comenzaba. Los surcos de la Tierra de Campos, de tanto mirarlos empujando el arado, se les habían quedado marcados en la piel terrosa de sus caras. Algunos tenían más de treinta años y habían cumplido el servicio militar hacía más de una década, en el Marruecos ya pacificado.

Aquel 14 de agosto de 1938, día de su incorporación al asedio de Madrid, hacía ahora casi ocho meses, había hecho un calor infernal. Se había trasladado en la cabina de un camión de intendencia desde Móstoles hasta la plazoleta de la Casa de Campo. Desde allí había seguido a pie por los pinares hasta llegar a las ruinas de unas caballerizas, junto a la cuales estaba la chabola que le habían adjudicado, entre la carretera de Castilla y la vía del ferrocarril Madrid-Irún. Cuando llegó a primera línea, el río era apenas un hilillo de agua y apestaba a charca putrefacta, pero habría dado cualquier cosa porque los de enfrente le hubieran dejado bañarse en él sin freírle a tiros desde los nidos de ametralladoras que tenían al otro lado del Puente de los Franceses y el Puente Nuevo.

Antes de marchar a inspeccionar las trincheras de su compañía, como cada mañana, Costales dobló la cuartilla con el mensaje de la radio de Cartagena y se la guardó en el bolsillo de su mono de campaña. Se ajustó la boina y se santiguó dos veces, como hacía siempre que se dirigía a primera línea, aunque aquella mañana se sentía seguro bajo la protección de la niebla.

En uno de los túneles que cruzaba por debajo de la carretera de Castilla se encontró con cuatro soldados embozados en sus capotes, con los fusiles en bandolera.

—¿Qué están haciendo aquí? —les preguntó.

—Estamos esperando a los de fortificación para reforzar la escolta. Es por la niebla, mi alférez —le dijo uno de ellos, mientras ensalivaba un pedazo de pan en su boca desdentada.

Costales entendió que a aquellos hombres les habían ordenado sumarse a la

vigilancia del batallón de trabajadores, formado por algo más de un centenar de prisioneros rojos, la mayoría asturianos, santanderinos y vascos apresados en la campaña del Norte. Cuando eran conducidos a primera línea a realizar labores de fortificación, siempre existía el riesgo de que pudieran pasarse al lado de sus antiguos camaradas. Muchos de quienes lo habían intentado habían muerto acibillados por los centinelas sin miramientos. El riesgo de fuga era mucho mayor en los días de niebla, por lo que se doblaba la escolta.

Además de los prisioneros, a la actividad de fortificación se dedicaban todos los días, incluido los domingos, dos compañías de zapadores y los hombres libres de servicio de infantería, artillería e intendencia. En las posiciones que cercaban Madrid se había levantado una nueva ciudad de sacos terreros, alambradas, vigas de madera y cemento, que se extendía también por debajo de la superficie, a través de galerías abiertas incluso a veinte metros de profundidad.

Costales aún no podía creer que, para reforzar las posiciones de la división, los zapadores gastaran en un mes más de veinte mil troncos y tablas de madera para los «caballos de Frisia», el suelo de las trincheras, el revestimiento de los pozos de tirador, las vigas de los refugios y las galerías de minas o el encofrado de los nidos de ametralladora. Llegaban a emplear también tres mil sacos de cemento, trescientos de cal y otros tantos de yeso, además de cuatrocientos rollos de alambrada.

Los trabajos de fortificación garantizaban una buena defensa frente al enemigo, pero Costales hubiera deseado que les protegieran también de las ratas, que eran las verdaderas dueñas de aquellos arenales del Manzanares. Cientos de ellas deambulaban con repugnante naturalidad dentro de las chabolas y en las trincheras, olfateando siempre con sus hocicos excitados entre los macutos, los platos del rancho, las mantas y los arcones de ropa. Las cazaban a palos o a tiros después de quemar la pólvora de unos cartuchos a la entrada de sus madrigueras, para que salieran aturdidas por el humo. Las ratas sólo desaparecían con el ruido de la guerra, para reaparecer en tierra de nadie olisqueando las piltrafas humanas arrojadas entre unas y otras trincheras por la explosión de un proyectil de artillería o la voladura de una mina.

Al llegar a la primera línea, salió a su encuentro el sargento de guardia, un chaval de Jaén con la cabeza rapada al cero y el casco colgado del cuello por el barboquejo. Bajo su enorme capote, tenía el aspecto de un monje ermitaño.

—Sin novedad, mi alférez —le dijo el sargento—. Los de enfrente están muy callados.

—Será que la toma de Cartagena les ha dejado mudos —respondió él, forzado.

Cuando emprendieron el camino por las trincheras, se oyeron varios morteros, como para desmentir sus comentarios. Costales buscó instintivamente la protección del talud de la trinchera, con la cabeza entre las manos, mientras el sargento se quedó

inmóvil, con la mirada clavada en la niebla.

—Han caído por la parte de la Casa de Velázquez y el palacete de La Moncloa —dijo este último después de las explosiones, sin inmutarse.

Apenas unos segundos después, se escuchó la réplica de los morteros propios. Era la partida de todos los días.

—Los nuestros han tirado sobre las facultades de la Universitaria —explicó de nuevo el sargento.

Costales no hizo caso. Estaba avergonzado de su reacción ante aquellos morteros lejanos. El sargento no sólo había demostrado tener más experiencia que él, sino también más fortaleza de ánimo. Era esa entereza lo que más envidiaba de sus hombres. Para sobreponerse a su propio miedo, pidió al sargento que le acompañara a visitar las posiciones frente a los campos de polo, a orillas del Manzanares.

Al llegar saludó a dos centinelas, resguardados bajo el talud del parapeto. Quiso mostrarse ante ellos como un jefe con espíritu y coraje, y se asomó simulando despreocupación a una de las aspilleras abiertas a ras de suelo. Observó durante unos segundos el árido paisaje de la tierra de nadie. Más allá de los «caballos de Frisia», erizados de alambradas, se extendía un campo lunar con cráteres de bomba colmados de aguas pestilentes, en cuyos bordes se erguían, como coronas de espinas, los troncos astillados de las antiguas arboledas que crecían junto al río.

Al otro lado de la tierra sin dueño, a doscientos metros de aquellas posiciones, estaban los «rojillos», como les llamaban sus hombres. Llevaban tanto tiempo unos tan cerca de otros que se habían establecido una cierta familiaridad y solidaridad entre los soldados de una y otra trinchera. Dos años atrás, en aquellas mismas trincheras del Puente de los Franceses, había sido relevado un batallón después de que los soldados, ante la mirada atónita de los oficiales, hubieran salido a tierra de nadie a abrazarse con los rojillos como hermanos e intercambiar tabaco por papel y cartas para sus familiares en el otro campo.

El verdadero temor de Costales en aquellas visitas a las posiciones adelantadas era que la tierra se abriera de pronto bajo sus pies. La guerra de minas era para él la peor amenaza y la más enervante. En las trincheras, a los enemigos nunca se les veía la cara, pero se sabía que estaban allí, delante de uno. De los minadores, en cambio, sólo se sabía que habían estado debajo de uno cuando explotaba la mina, cargada con tantas toneladas de dinamita o trilita como para hacer saltar por los aires una completa línea de trincheras, con todo un turno de centinelas dentro. En un abrir y cerrar de ojos, el paisaje conocido dejaba de existir, como si se lo tragara la tierra, y no era raro que, después de la explosión, llovieran cadáveres del cielo.

Costales sabía que a lo largo de casi tres años habían estallado doscientas minas propias y enemigas en la Ciudad Universitaria y el Parque del Oeste. Parecía una guerra entre dos ejércitos de topes enloquecidos. A lo largo de todo el frente se

habían abierto centenares de pozos, desde los cuales se excavaban galerías de varios kilómetros de largo, que servían tanto para cargar minas bajo las posiciones del enemigo, como para detectar las que este preparaba bajo las propias.

El sector que más voladuras había sufrido era el del Hospital Clínico, donde el enemigo, aprovechando su dominio de la red de alcantarillado, había explotado trece minas. Su guarnición había acabado por bromear a cuento de aquel peligro. A Costales le habían contado que, junto al embudo de una mina que había sepultado a cuarenta legionarios de la 6.^a Bandera, alguien había clavado un cartel que rezaba: «Gran Escuela de Aviación: se vuela gratis».

El segundo edificio de la Ciudad Universitaria más castigado por las minas rojas era la Escuela de Agrónomos, parte de la cual había quedado convertida en una montaña de ruinas. El mando rojo siempre había estado obsesionado con el sector de Agrónomos, contra el que había ordenado numerosos ataques con el fin de embolsar a todas las fuerzas nacionales desplegadas entre el Clínico y el Parque del Oeste. A cada mina estallada bajo Agrónomos seguía un asalto masivo de la infantería roja desde Odontología, que siempre era rechazado con el apoyo de las ametralladoras de la cercana Casa de Velázquez.

Hacia sólo diez días que los hombres de Costales habían descubierto que los rojillos estaban excavando una galería bajo sus posiciones en el edificio de Firms Especiales, junto al Puente de los Franceses. Le habían despertado en plena noche para informarle de que un centinela había logrado escuchar los golpes de piqueta que los minadores rojos estaban dando bajo tierra. Al llegar a aquel lugar vio que el centinela estaba tendido en el fondo de la trinchera, con la oreja derecha pegada a una cantimplora apoyada en el suelo.

—Los rojos trabajan rápido, mi alférez. Al menos hay seis hombres dándole a la piqueta ahí abajo —dijo el centinela con extraña serenidad.

Cuando este se levantó del suelo, Costales reconoció a un marinero de Vigo que siempre le había llamado la atención por sus grandes orejas de soplillo. El marinero le invitó a escuchar a través de la cantimplora y él acercó su oreja derecha al frío latón. No tardó en percibir el sonido de las piquetas, que parecía venir del interior de la cantimplora, como si unos hombrecillos intentaran abrirse paso a través de ella.

—Hay que avisar a los asturianos —dijo sin despegar la cara de la cantimplora.

A Costales le gustaba llamar así a los hombres de la compañía de minadores creada durante el asedio de Oviedo. Al ser liberada Asturias, habían llegado al frente de Madrid para hacerse cargo de la guerra de minas en la Ciudad Universitaria, a las órdenes del coronel Petirena. Todo el mundo reconocía que gracias a aquellos asturianos se había logrado aventajar al enemigo en la guerra subterránea. Eran los únicos capaces de medirse bajo tierra con sus paisanos del campo rojo, que habían sido mineros como ellos antes de la guerra.

A la mañana siguiente, los asturianos comenzaron a trabajar en el pozo 273, abierto junto al edificio de Firmes Especiales, para intentar localizar la galería roja. Por precaución, Costales hizo desalojar las posiciones hacia las que parecían dirigirse los minadores enemigos. Sobre las avanzadillas amenazadas sólo dejó algunos centinelas con la orden de que fueran relevados cada cuarto de hora.

Después descendió al pozo por una escala de cuerda para acompañar a los minadores. Al fondo de la galería, de apenas un metro y medio de alto por uno de ancho y con el suelo embarrado, descubrió a un alférez en cuclillas, de cara a la pared. A la luz de la lámpara de carburo parecía un ser viscoso, de piel macilenta, con ojos redondos y negros, de salamanquesa. Sostenía un fonendoscopio tan grande como un pandero, con el que podía percibir los golpes de piqueta de los minadores rojos y establecer con exactitud la distancia a la que se encontraba la galería que estaban excavando, así como la dirección que tomaba.

—Las bombas que tiramos sobre Madrid desde el cielo, los rojos nos las devuelven desde el infierno —oyó decir entre dientes al escucha.

Los minadores asturianos comenzaron a abrir dos galerías paralelas a la de los rojos, a cinco metros de profundidad, siguiendo las indicaciones del escucha. Cuando ya habían avanzado unos cien metros, empezaron a cavar dos túneles en perpendicular al del enemigo. Al final de la jornada habían logrado situarse a unos pocos metros de la galería roja. Entonces colocaron una carga de doscientos kilos de dinamita. A las doce y media de la noche la hicieron explotar. La voladura provocó una sobrecogedora erupción de tierra y fuego que iluminó la noche como un volcán.

A la mañana siguiente, los asturianos lograron localizar entre los restos de la galería roja, excavada desde uno de los campos de polo a orillas del Manzanares, los cadáveres de ocho minadores enemigos. Costales fue testigo del momento en que los propios asturianos los sacaban de las entrañas de la tierra, como figuras de barro cocido, con los ojos y la boca cegados de arena, con el mismo respeto con el que hubieran rescatado a unos compañeros muertos en un pozo de carbón de su tierra.

Costales se estremeció al recordar aquella escena mientras seguía su recorrido por las trincheras de primera línea. Las cortinas de niebla habían empezado a rasgarse, dejando paso a efímeros torrentes de sol que se derramaban sobre la tierra de nadie. Cuando estaba a punto de regresar a su chabola, oyó al otro lado del río el ronquido metálico de un altavoz:

—*Os habla la España leal... la República española tiene un nuevo presidente... actual presidente de las Cortes, Martínez Barrio, se ha hecho cargo de la presidencia de la República... mantenemos la voluntad de luchar por la independencia de la patria ante la invasión extranjera...*

Pensó que lo de la dimisión de Azaña era una noticia conocida, y que lo de

Martínez Barrio les importaba un comino a él y a sus hombres. Si se confirmaba que la flota roja había caído en manos nacionales, como aseguraba el mensaje captado a la emisora de Cartagena, a Negrín no le quedaría otra que rendirse, aunque tuviera un sustituto para Azaña.

Alguien dijo a su espalda que el altavoz debía de estar oculto en la colonia de la Fuente de la Teja. De pronto, como si sus sirvientes hubieran oído aquella indicación, la batería antitanque del edificio de Firms Especiales abrió fuego contra las ruinas de la colonia. La batería hizo dieciocho disparos y el altavoz enemigo enmudeció.

El intercambio de propaganda siempre le había parecido lo más divertido de la guerra de trincheras. A veces llegaba a ser un espectáculo, como sucedía con los lanzamientos de globos y cohetes con octavillas, que alegraban a los hombres como si fueran chiquillos en las fiestas de un pueblo. Cada globo o cohete podía soltar mil papeletas, que caían como confeti sobre las posiciones. Lo de menos eran los mensajes de las octavillas, porque muchos de sus soldados no sabían leer.

Las octavillas que lanzaban los rojillos siempre invitaban a los oficiales a pasarse con sus soldados para «luchar juntos contra la dominación extranjera». Las últimas que habían tirado hablaban de la independencia de España y de la esclavitud a la que Alemania e Italia iban a someter a los españoles cuando terminara la guerra. Ellos, por su parte, les habían arrojado el día anterior panfletos con la carta de dimisión de Azaña, algunos de los cuales habían llegado a las líneas de su compañía a causa del viento.

Costales reconocía que los rojillos eran unos consumados maestros en el manejo de la propaganda del frente, sobre todo la de los altavoces. Todos los días dirigían hacia sus líneas una emisión que empezaba y terminaba con el himno de Riego, y en donde combinaban consignas, pasodobles, cante flamenco, cantos regionales, noticiarios y el parte oficial de su Ministerio de Defensa. Tenían también una sección que llamaban «Ellos y nosotros», con noticias y comentarios de hechos de uno y otro bando. La utilizaban para propagar todo tipo de bulos, como el que hablaba de que un millar de falangistas y requetés encarcelados en Pamplona por su oposición a Franco habían conseguido escapar de la prisión y estaban luchando en los montes de Navarra contra los moros e italianos que el Caudillo había enviado para someterlos.

En otra ocasión, un altavoz de los rojillos se dirigió a los «buenos católicos de la zona de Franco» para decirles que la República respetaba la libertad religiosa, razón por la cual miles de católicos luchaban en sus filas, mientras que Hitler perseguía a los católicos en Alemania, los alemanes eran anticristianos, los moros eran musulmanes y el Papa condenaba la persecución religiosa del fascismo. Algunos de sus hombres respondieron a aquella alocución con ráfagas de ametralladora y disparos de fusil, a la vez que les recordaban a gritos a los rojillos las novicias violadas y asesinadas por sus milicias.

Costales nunca había olvidado un episodio ocurrido en una fría noche de diciembre, con la luna emboscada en nubes tenebrosas. Había salido a inspeccionar las trincheras cuando una voz grave empezó a recitar, a través de un altavoz situado al otro lado del Manzanares, un poema que él conocía. Los versos llegaban entrecortados por el viento y por el ladrido de los perros:

—... *en las últimas esquinas toqué sus pechos dormidos... ella se quitó el vestido, yo el cinturón con revólver, ella sus cuatro corpiños... sus muslos se me escapaban como peces sorprendidos... corrí el mejor de los caminos, montado en potra de nácar sin bridas... sucia de besos y arena, yo me la llevé al río... porque teniendo marido me dijo que era mozuela cuando la llevaba al río...*

No faltaron los gestos soeces por parte de sus hombres, como el de un cabo que simuló desabotonarse el pantalón y cabalgar sobre su fusil ametrallador. Les dejó hacer. Sabía que, en el fondo, aquel poema podía hacer más daño que unas granadas de mortero entre unos hombres atrincherados en la orilla de aquel río de muerte, lejos de sus mujeres o sus novias. A él mismo le recorrió un escalofrío de emoción.

El enemigo, sin embargo, había elegido aquellos versos por otra razón, como pronto descubrió. El hombre de voz grave que los había recitado por el altavoz, comenzó a hablar de nuevo. Esta vez sus palabras llegaron nítidas a través de la noche:

—¡Eh, facciosos! ¿Os ha gustado el poema? ¡Pues al que lo escribió lo matasteis vosotros!

Costales advirtió que sus hombres se encogían de hombros. Muchos de ellos ni siquiera sabían quién era García Lorca. Cuando asesinaron al poeta en Granada, la mayoría de ellos estaba recogiendo la cosecha en los campos del amo. La recluta los había traído a estas trincheras y ahora, después de escuchar aquel poema, habrían dado cualquier cosa por estar lejos de allí, desabrochando camisas y levantando enaguas en cualquier otro lugar. Entonces, antes de que nadie pudiera evitarlo, uno de sus soldados se encaramó a lo alto del parapeto. Reconoció a un muchacho de Madrid pasado a sus filas al comienzo de la guerra, que le había contado una vez que su padre, refugiado ahora en la embajada de Cuba, había compartido celda con Muñoz Seca antes de que los rojos mataran a este. Por un momento pareció que iba a disparar contra las trincheras enemigas, pero se puso a gritar a pleno pulmón:

—¡Rojillos! ¿Y a Don Mendo? ¿Quién mató a Don Mendo?

La propaganda del enemigo se contrarrestaba con charlas en las que se insistía en que los dirigentes rojos sólo pretendían entregar España a los soviéticos, al igual que les habían entregado los ocho mil millones de pesetas en oro robados al Banco de España. A los rojos se les leían también las victorias de las fuerzas nacionales a través del parte de guerra del cuartel general del Caudillo, y se les animaba a desertar, diciéndoles que la guerra la tenían perdida, y que hasta Gran Bretaña y Francia, con

su reconocimiento del gobierno de Franco, les habían abandonado, como harían al final sus dirigentes. Además, se les prometía que los que se pasaran no sufrirían represalias, siempre que no tuvieran manchadas las manos de sangre.

Desde su llegada al frente de Madrid, el goteo de deserciones enemigas había sido incesante. A veces se pasaban veinte hombres de golpe, oficiales incluidos. De noche, los desertores preferían cruzar las líneas junto a los campos de polo a orillas del río, porque era el sitio más cercano a las trincheras nacionales. Si se fugaban de día, preferían hacerlo al atardecer, sobre todo por el Cerro del Águila, aprovechando que el sol cegaba a sus propios centinelas.

Todos los jefes de compañía tenían orden de trasladar a los desertores al puesto de mando del batallón, situado en la Casa de Vacas, junto a la línea del ferrocarril Madrid-Irún. Allí, los mandos les interrogaban por la salud de Negrín o de La Pasionaria, por cómo se veía la situación internacional en el campo rojo o por el paradero en Madrid de los polvorines y talleres de fabricación de proyectiles, preguntas a las que la mayoría de aquellos pobres desgraciados no sabía responder.

A los jefes de compañía les habría interesado más saber, a través de los desertores, el emplazamiento de la ametralladora que peinaba la coronilla a sus hombres a todas horas o la localización del mortero que les encogía el estómago a la hora del rancho. Pero en el puesto de mando nadie preguntaba a los pasados por estas cuestiones y, después de haberles interrogado sobre mil y una zarandajas, les despachaban a un campamento de Carabanchel habilitado como depósito para evadidos. Una vez allí, según su grado de afección a la causa roja, se les dejaba en libertad, se les incorporaba a filas o se les encarcelaba.

Al terminar su ronda de inspección de aquella mañana, felicitó al sargento de guardia por la perfecta organización de los puestos. Estaba seguro de que, un día más, se libraría de ser abroncado por el teniente coronel Broto, cuyas inesperadas inspecciones eran temidas en todo aquel frente, sobre todo si bajaba de su puesto de mando del cerro Garabitas con algunas copas de más.

Los jefes de compañía y de sección, sobre todo los jóvenes recién salidos de alférez como era su caso, temblaban ante Broto como unos escolares ante un maestro duro y exigente. Les imponía su físico algo brutal, la espalda cuadrada bajo aquel chaquetón de cuero negro, y su nariz aguileña, su frente ancha y esa mirada perdida que, sin embargo, podía clavarse fijamente en uno y hacerle sentir como si lo taladrara. Al temor que despertaba su aspecto se unían las leyendas que corrían sobre su ferocidad: se contaba que le había cortado la oreja de un sablazo a un oficial con el que se disputaba el amor de una mujer y que, estando en África, había mandado a sus padres en una caja de madera las cabezas de tres rifeños como recuerdo.

En sus inspecciones por la primera línea, Broto no perdonaba un descuido. Amonestaba siempre de una manera cortante, como si estuviera a punto de

preguntarle a uno por su último deseo antes de fusilarlo. Tenía opinión sobre el estado de cualquier cosa y siempre ofrecía una alternativa para mejorarlo, y lo mejoraba realmente, ya fuera la ubicación de las cocinas, el emplazamiento de una ametralladora, la orientación de las letrinas o el encofrado de una nueva trinchera.

En una ocasión, Costales había visto excusarse a un jefe de compañía ante Broto por la mala colocación de una alambrada, argumentando que había sido tendida de noche como era habitual, para no atraer el fuego enemigo. Broto le había interrumpido bruscamente:

—Si sus hombres no saben tender una alambrada de noche, tendrá que ordenarles que lo hagan de día.

Algunos oficiales comentaban que Broto estaba perdiendo la cabeza. Decían que sus borracheras eran cada vez más habituales y que era frecuente verlo dando tumbos por la trinchera en sus visitas a primera línea. Las noches claras se las pasaba fuera de su puesto de mando, al resguardo de una encina, bebiendo coñac hasta bien entrada la madrugada. Otras veces asustaba a los centinelas de los puestos de avanzada con sus extraños paseos nocturnos, por lo que el día menos pensado se iba a llevar un tiro.

Al mes de llegar al frente de Madrid, Costales había sido testigo de una extraña historia protagonizada por Broto cuando a su regimiento le asignaron el flanco derecho de la Ciudad Universitaria. El teniente coronel que mandaba el otro flanco se ausentó unos días por un permiso y Broto se convirtió en jefe accidental de todo el sector. Como no conocía las posiciones del Hospital Clínico desde las que se dominaban las facultades de Medicina, Odontología y Farmacia, todas ellas en manos del enemigo, decidió hacer una de sus temidas inspecciones a la caída del sol.

La compañía de Costales servía de enlace con las fuerzas de aquel sector, por lo que tuvo que acompañar a Broto. Desde unas trincheras del Clínico situadas sobre el borde de un gran embudo abierto por una mina, Broto había comenzado a escrutar la fachada sur de la Facultad de Medicina con la gorra de plato del revés, la visera sobre la nuca, y un ojo puesto sobre una sola lente de sus prismáticos Zeiss. Repentinamente, sufrió un sobresalto, como si hubiera visto una aparición. Ante aquella reacción, todos los que le acompañaban se pusieron a mirar también los parapetos que cubrían los ventanales de Medicina, entre los que se adivinaban los puestos de ametralladora enemigos, pero no vieron nada extraño.

Broto, sin quitarse los prismáticos de la cara, preguntó entonces con serenidad:

—¿Habían visto ustedes a esa niña alguna vez?

—¿Qué niña, teniente coronel? —dijeron a coro todos los oficiales, mientras algunos se daban codazos de complicidad ante la absurda visión de su superior.

—La que yo estoy viendo ahora mismo en aquellos ventanales de Medicina. Alférez Costales, que nadie dispare un solo tiro, ni siquiera en respuesta al fuego del enemigo. El que lo haga se las verá conmigo.

Asustado por aquel posible ataque de enajenación de Broto, hizo pasar la orden de no abrir fuego. Después volvió a tomar sus prismáticos y se asomó de nuevo a la mirilla... No podía creerlo. Allí estaba, donde había dicho Broto. Era una niña con dos largas trenzas rubias. Vestía una blusa blanca y estiraba los brazos de cuando en cuando para coger algo de encima de los parapetos.

—La niña es de verdad —dijo sin pensarlo y enseguida se dio cuenta de su imprudencia—. Perdón, mi teniente coronel, quería decir que, en efecto, hay una niña.

No tardaron en verla todos los demás. Era una chiquilla de tez muy blanca, de unos diez años. Alguien dijo disparatadamente que podía tratarse de la hija de un «internacional», por su aspecto nórdico, pero los voluntarios extranjeros reclutados por los rusos hacía mucho que habían dejado las aulas y los laboratorios de Medicina. Allí se habían defendido como leones en noviembre del 36, entre los tubos de ensayo y las tablas de disección con los que enseñaba a sus alumnos el mismísimo Negrín, quien, según había oído Costales, había sido catedrático antes de meterse en política.

—Son libros, mi teniente coronel. La cría está cogiendo libros de los parapetos —dijo alguien.

El propio Costales pudo confirmarlo. La niña se alzaba sobre los parapetos de los altos ventanales para recuperar los libros que los milicianos habían sacado seguramente de la biblioteca de la facultad para reforzar sus puestos, como aventuró alguno de los presentes.

—Creo que pocos libros de medicina han debido de salvar tantas vidas como esos —comentó Broto, provocando las carcajadas de sus hombres.

Al rato descubrieron que la niña no estaba sola. Con ella había un hombre con traje y corbata y un niño también rubio. Llegaron a la conclusión de que el hombre del traje debía de ser el padre de los niños, quizá un bibliotecario o un profesor interesado en salvar de la destrucción aquellos volúmenes. Les impresionó que se hiciera acompañar de unos niños tan pequeños para llevar a cabo aquella labor.

Broto ordenó que vigilaran aquellos ventanales y mantuvieran el alto el fuego hasta que se marcharan los niños. Después, cuando prosiguió su inspección por las trincheras, se le oyó decir con voz ahogada:

—Ya saludaremos a esos pequeños valientes el día que entremos en Madrid, si es que entramos algún día.

Al recordar ahora aquella historia, mientras regresaba a su chabola, Costales deseó que algún día Broto le hiciera llamar a su puesto de mando en Garabitas, en las horas previas a la liberación de Madrid, para encargarle la misión de encontrar a aquellos niños. No sabía bien por qué, pero recibir aquella orden se había convertido en su mayor ilusión. Quizá porque eso significaría que la guerra estaba tocando a su fin. O porque así lograba ahuyentar de su mente la idea de que antes o después

tendría que tomar Madrid al asalto, al frente de su compañía. Aquella idea le llenaba de zozobra, y sólo era capaz de liberarse de ella imaginando su encuentro con aquellos pequeños valientes después de que hubiera empezado el tiempo de la paz.

IV

Mateo Linares se despertó antes del amanecer envuelto en su manta, empapada de rocío. Acababa de pasar su primera noche en el frente, dentro de uno de los refugios excavados en el borde de la carretera de Extremadura, junto a la Casa de Campo. A duras penas había podido conciliar el sueño, por la falta de costumbre, por el frío y la humedad, y por el temor a las ratas. Tampoco había logrado habituarse al hedor del refugio, mezcla de sudor, grasa rancia y humo, ni a los empujones y ronquidos de sus tres compañeros de chabola, tendidos como él sobre telas de sacos por todo colchón.

Había soñado con una habitación de paredes blancas, con camas cubiertas con colchas de ganchillo. La habitación tenía una ventana que se abría a un jardín, en medio del cual crecía una gran higuera cargada de frutos, que ahora reconocía como la higuera de la casa de sus abuelos en el pueblo de Toledo donde pasaba los veranos con sus padres y sus tres hermanas mayores. Allí, junto al árbol, a la caída de la tarde, había sido el niño más feliz del mundo, regateando a su propia sombra con un viejo balón de fútbol y metiendo goles en porterías inexistentes entre el clamor del público invisible.

Cuando la luz del amanecer empezó a atravesar débilmente los resquicios del capote beige que colgaba de la entrada del refugio, Mateo se quedó mirando la techumbre y descubrió que estaba formada por tres puertas de madera, combadas por el peso de la tierra. Se figuró la vida en las casas de donde procedían aquellas puertas, las personas que las habían abierto y cerrado, los misterios íntimos de las hermosas mujeres que habían custodiado... Después sacó de su zurrón un ejemplar atrasado del periódico de su brigada, *El combatiente*, y comenzó a leer un artículo dedicado a algunos grandes hombres que habían tenido un origen humilde como el suyo.

Leyó que un tal Linneo había sido aprendiz de zapatero en su juventud. Que un tal Edison había vendido periódicos en su infancia. Que Lutero era hijo de un trabajador de las minas. Que un tal Shakespeare había tenido por padre a un carnicero y otro llamado Demóstenes era hijo de un herrero. Que Epicuro y Viriato habían sido pastores, y Murat, mozo de posada, lo mismo que Virgilio. Molière era sastre y Franklin había trabajado de cajista en una imprenta.

Estaba descubriendo que Esopo, el fabulista, había sido un esclavo, cuando oyó los pasos apresurados de unas botas claveteadas, que se acercaban a la entrada del refugio como un mal presagio. Después vio asomar por un lado del capote la cara del cabo Fraguas, con sus cejas anchas y espesas como mostachos, su nariz aplastada y sus labios gordos e irregulares. Tenía los ojos demasiado juntos, extrañamente juntos, lo que le hacía parecer bizco.

—¡Ojo al parche, novatos! —gritó el cabo con la mirada perdida en la oscuridad de la chabola—. ¡Se han suspendido los permisos en todo el batallón para subir a Madrid, no habrá recogida ni reparto de correo y tampoco tendréis prensa! ¡Y en cinco minutos quiero ver formada a toda la sección, con manta y macuto! —y se marchó de nuevo a la carrera.

—Menudo hijo de puta está hecho —oyó Mateo decir al joven de los ojos verdes saltones que había llegado con él al frente la tarde anterior.

Nadie supo explicarse a cuento de qué venían las órdenes del cabo Fraguas. Cuando ya estuvo reunida la sección, Mateo se enteró por un veterano de que una de las compañías del batallón había sido desplegada a retaguardia de sus líneas, entre el antiguo puente del Rey y el de Segovia.

—¡Novatos, no quiero oír ni una mosca! —exclamó el cabo Fraguas ante los hombres formados—. Tenemos órdenes de reforzar la primera línea en el sector del lago de la Casa de Campo. Ahora os repartirán rancho frío para un día y las máscaras antigás.

Mateo Linares y sus camaradas se unieron al resto de la compañía para el reparto. Los rancheros les entregaron dos chuscos de pan negro y una naranja a cada uno, y una lata de carne rusa para cada tres. Después, los setenta hombres que formaban la compañía se pusieron en marcha por los senderos abiertos entre los escombros de la barriada de la carretera de Extremadura, camino de la Puerta del Ángel.

Al cruzar junto a las chabolas de segunda línea les asaltó la densa fetidez procedente de las letrinas. En la lejanía se oían tiros aislados, cortas ráfagas de ametralladora y algún mortero, amortiguados por la niebla. Mateo había oído disparos y bombazos en Madrid a lo largo de toda la guerra, pero desde su llegada al frente no había dejado de pensar que todos los proyectiles iban buscándole a él. Sólo se sintió seguro al enfilar un túnel que cruzaba por debajo de la carretera de Extremadura y la tapia de la Casa de Campo. Después anduvieron por trincheras excavadas a la sombra de unos pinos enormes, con las cortezas perforadas por la metralla. Le pareció que los tiros, las ráfagas y los morteros sonaban allí como en el cine, tan reales y concretos que parecían figurados.

Recordó entonces el apretón de manos que le había dado su padre antes de marchar al frente, con su mano fuerte y áspera de peón caminero. Se había despedido de su familia el primero de marzo, en el portal de la casa de la calle Goya donde estaban alojados desde el principio de la guerra. Vivían con otras dos familias de refugiados en un piso que había sido incautado como tantos otros para acoger a los que habían perdido sus casas por los bombardeos fascistas. Se decía que el piso había sido propiedad de un matrimonio adinerado que había huido de Madrid, aunque el padre de Mateo sospechaba que a los antiguos inquilinos les habían dado el «paseo».

El día de su marcha al frente fue la primera vez en su vida que su padre le había

estrechado la mano como a un hombre. En ese momento supo que había dejado atrás su infancia definitivamente, con dieciocho años recién cumplidos, para servir a la guerra como soldado. Su madre le había entregado una caja de metal con dulce de membrillo, como si fuera el cofre de un tesoro, y después no había parado de llorar, mientras trataban de consolarla sus tres hijas mayores. Su padre fruncía la boca en un gesto que quería ser de adustez, pero el temblor de la barbilla delataba su emoción. Mateo había heredado de él la nariz pequeña y puntiaguda, las orejas grandes y los ojos alertas. Algún compañero de la escuela le había comparado alguna vez con un mamífero nocturno del que nunca recordaba el nombre.

—Hijo, te voy a decir lo mismo que me dijo tu abuelo cuando me mandaron a África. Procura que no te den un tiro en la barriga, que es una de las heridas más corrientes, pero para ella no hay remedio —le dijo su padre antes de despedirse.

Unos meses antes de que fuera llamado a filas, su padre le había consultado a un sargento de carabineros que vivía en el piso de arriba si Mateo podía acogerse a alguna exención del servicio militar. Su verdadera intención era pedir al sargento, pero con un rodeo, no fuera a ser que le acusaran de traidor y derrotista, que enchufara a su hijo en el cuerpo de carabineros, porque a fin de cuentas la guerra ya estaba a punto de acabar, todo el mundo lo decía, pero temía la mala suerte de que la última bala acertara a su pequeño Mateo. El sargento no se dio por enterado del verdadero propósito de la visita de su vecino y le dijo que, entre los aptos para el servicio, sólo se libraban de ir a filas los hijos de viuda pobre que trabajaran en el campo.

A Mateo y a su familia la guerra les había cambiado la vida al poco de empezar. Una de las primeras bombas que la aviación fascista había arrojado sobre Madrid destruyó su casa en Carabanchel. Por suerte, aquel día habían ido a Fuencarral a visitar a unos familiares. Cuando regresaron, encontraron su casa convertida en una montaña de escombros, de la que apenas lograron sacar algo de ropa y unos pocos enseres. Nunca había visto llorar a sus padres como aquel día.

Durante unas semanas vivieron en la estación de metro de Goya, hasta que en octubre del 36 los desalojaron de allí porque iban a cerrar el túnel de la línea de Diego de León y Lista. Mateo supo después que allí mismo, bajo la calle Torrijos, se había instalado un taller de carga de proyectiles de artillería que resultó destruido por una terrible explosión. Se habló de centenares de muertos, ya que la deflagración provocó una gigantesca lengua de fuego que se corrió a lo largo de varios túneles, abrasando varios convoyes que circulaban en aquellos momentos. Entre los muertos se encontraban decenas de chicas que trabajaban en el taller de proyectiles.

Mateo se había empleado un año antes de la guerra en la carnicería que un primo de su madre, don Melchor, tenía en la calle Fuencarral. Como el racionamiento dejaba poco margen para tener un aprendiz, don Melchor le pagaba a Mateo parte de

su sueldo en especie, con lo que este procuraba algo de carne a su familia una vez a la semana. Aquello había aumentado la consternación de sus padres y hermanas cuando a mediados de febrero llegó la citación para su ingreso en filas. Todos se estaban ya relamiendo con la siguiente paga en especie de don Melchor, pues se había anunciado que en muy pocos días las carnicerías de Chamberí iban a recibir carne de vaca. Al final, el bueno de don Melchor tuvo el detalle de adelantarle el sueldo de un mes, con su parte de carne y butifarrón.

A pesar de todo, Mateo había lamentado que, por culpa de su marcha a la guerra, su familia tuviera que apañarse otra vez con las raciones de tortilla sin huevo, que su madre preparaba con papilla de harina, o los guisos de cardos que su padre recolectaba por las lomas de Fuencarral. El único consuelo era que su hermana mayor había empezado a traer dinero a casa. Decía que había logrado colocarse como costurera en la calle Augusto Figueroa. Mateo sabía que en esa calle había burdeles y, aunque no comentó nada a sus padres, no lograba ahuyentar su sospecha sobre la nueva dedicación de su hermana.

Estuvo unos días en el cuartel de instrucción de la 7.^a División, en una escuela de Cea Bermúdez, donde se presentó con manta, cuchara, plato y botas, tal y como le habían dicho en el centro de reclutas. Lo de tener que llevar sólo una cuchara ya le sonó a hambre, porque a menos que les dieran en las trincheras el cuchillo y el tenedor, significaba que no iba a probar ni un bocado de carne. Antes de marchar a la guerra pudo volver a la casa de Goya a despedirse de sus padres y hermanas. Después tomó el metro hasta la estación de Fermín Galán, donde el teatro de la ópera, para presentarse en la Plaza de Oriente, presidida por un armazón de madera como una gigantesca pajarera que, relleno de arena, protegía de la metralla la estatua de Felipe IV.

A las puertas del Palacio había ya cerca de una treintena de quintos. Todos llevaban su manta, algunos cargaban con maletas y otros con zurrones. Hacía un sol radiante, como el que había lucido sobre Madrid a lo largo del mes de febrero. No descubrió caras tristes en aquellos reclutas, sino todo lo contrario. Quizá todos pensaban para sus adentros que la guerra estaba llegando a su fin y que pronto estarían de vuelta en casa. Pero pronto supo la verdadera razón de aquel contento, al oír cómo el joven con los ojos verdes saltones le comentaba a otro que si le daban a elegir, prefería alojarse en el salón del trono. Aquellos incautos habían creído que iban a ser destinados nada menos que al Palacio Nacional, pero no fue él quien les quitó la ilusión, sino tres tipos que salieron a su encuentro desde el interior del palacio. Dos de ellos iban uniformados, uno con distintivos de teniente y otro de sargento. El tercero parecía un civil, con un gran chaquetón de cuero negro.

El teniente, con cara de desear estar en cualquier parte menos en aquel lugar, les ordenó formar en filas de cinco. Luego paseó entre las filas, a modo de revista, y

finalmente les dio de nuevo la bienvenida a la 7.^a División del Ejército Popular de la República, que mandaba el teniente coronel Joaquín Zulueta, y ya no dijo más. El sargento, que llamaba la atención por su larga barba canosa, les explicó después con acento vasco que serían destinados a la 42.^a Brigada Mixta, que tenía el honor de defender el sector comprendido entre el lago de la Casa de Campo y el barrio del Lucero.

El sargento dijo apellidarse Zanza y les contó que había llegado a Madrid con un batallón de milicianos vascos que se había dejado la piel en el Parque del Oeste en los combates del 36. Ahora ellos debían seguir el ejemplo de los heroicos defensores de Madrid que habían rechazado a los fascistas. Después les anunció que marcharían hasta el cementerio de San Justo, para que se familiarizaran con el frente donde iban destinados. Alguien hizo un chiste que Mateo no oyó bien sobre lo de familiarizarse con un cementerio, pero el sargento no hizo caso. Se puso al frente de la formación, se despidió del teniente y del civil con el puño en la sien, y dio a los nuevos reclutas la orden de marchar.

Cuando estaban cruzando el Puente de Segovia, a Mateo le temblaron las piernas. La guerra había convertido un lugar que conocía como la palma de la mano en un paraje infernal. Allí habían frenado las milicias a los moros y legionarios de África al grito de «¡No pasarán!». En Madrid se recordaba la epopeya de un batallón de peluqueros que resultó diezmado en la Casa de Campo al detener los asaltos de los rebeldes. Ahora había soldados solitarios o en parejas caminando como sonámbulos en diferentes direcciones a través de las pocas calles despejadas de escombros. La mayor parte del barrio se encontraba en ruinas y sólo se veía algún perro famélico como amo y señor de aquella destrucción.

Al llegar a las ruinas de la estación del ferrocarril de Villa del Prado, vieron a seis acemileros con una recua de mulas cargadas con cajas de munición. Después caminaron por la vía del tren, de la que habían desaparecido raíles y traviesas, y salieron a la orilla del río Manzanares, para continuar hasta el barrio del Tercio, donde pasaron la noche en unos barracones.

A la mañana siguiente hicieron instrucción en la Pradera de San Isidro a las órdenes del sargento Zanza. Mateo se divirtió en las prácticas, sobre todo con los ejercicios de tiro sobre siluetas de madera. Hicieron también lo que el sargento llamó «esgrima de fusil», calada la bayoneta, para el combate cuerpo a cuerpo. Mateo se dijo a sí mismo que nunca atravesaría a nadie con una de aquellas bayonetas. Llegado el caso, tumbaría a su adversario de una pedrada, técnica en la que era un auténtico maestro. Una vez llegó a descalabrar a cinco chavales de una pandilla rival de su barrio con un solo canto.

Recibieron también lecciones teóricas para la caza de tanques por pelotones. Había que esperar el paso del tanque, escondidos en una zanja o un embudo de

explosión, para atacarlo desde abajo, fuera de la vista de sus tripulantes. Zanza les dijo que estaba prohibido disparar contra ellos con el fusil porque lo único que se conseguía era revelar la propia posición. La mejor arma contra los carros blindados eran las botellas de gasolina, con las que se lograba inflamar el combustible y las grasas. Las bombas de mano podían causarles desperfectos e incluso inmovilizarlos si dañaban las cadenas.

Al segundo día de instrucción ya les habían asignado sus batallones en la 42.^a Brigada Mixta. Le destinaron con otros diez compañeros, entre ellos el joven de los ojos verdes saltones, al batallón que mandaba un mayor de milicias llamado Francisco Mercadal, del partido comunista. Según el sargento, Mercadal tenía muchas más agallas que Líster, pero muchas menos ganas de figurar, pues de lo contrario habría llegado ya a jefe de todo el Ejército Popular.

Al escuchar a Zanza, Mateo no tuvo duda de que era un auténtico admirador de Mercadal, de quien conocía muchas noticias y anécdotas, como que tenía una hermana guapísima que había sido novia de un oficial faccioso antes de la guerra. Les contó que Mercadal había ayudado a crear el Batallón de Montaña a las órdenes de Raimundo Calvo, que ahora mandaba una división de guerrilleros. Les dijo también que Mercadal había sido la causa del alistamiento en aquel batallón de un poeta sevillano, un tal Cernuda, que según las malas lenguas bebía los vientos por él. Cuando el batallón fue destinado a los puertos de Navacerrada y Los Cotos, el poeta no resistió las duras condiciones de la vida en las trincheras de montaña, y tuvo que despedirse del batallón y de Mercadal, de quien Zanza dijo que nadie discutía su hombría.

El propio Mercadal había terminado abandonando el Batallón de Montaña después del ataque sobre La Granja. Le había irritado que el batallón hubiera sido destinado a varios kilómetros de distancia de aquel fregado, a las alturas de Navahonda, el puerto de Malagosto y Peña Cabra. Pidió permiso a Calvo para dejar la unidad y se presentó como voluntario para abrir brecha con la división de Líster en el ataque a Brunete. Allí le cosieron a balazos en el asalto al cementerio de Quijorna, poco antes de que el pueblo fuera conquistado.

El sargento Zanza les juró que antes de ser evacuado, una vez tomado Quijorna, Mercadal se había encarado desde la camilla con un teniente francés que estaba a punto de fusilar a cuatro prisioneros falangistas. El teniente le contestó en su idioma que los fascistas fusilaban también a los camaradas «internacionales» que caían en sus manos. Mercadal se levantó entonces de la camilla, con la camisa empapada en sangre, y se puso delante de los falangistas, cuatro chiquillos asustados pero recios.

—Me fusiláis a mí también y así les hacéis dos favores a los fascistas, en vez de uno —dijo Mercadal en francés y con un hilo de voz, lo que impresionó tanto al oficial que allí mismo le prometió respetar la vida de los prisioneros.

Aquel tipo de historias aumentaba la fascinación de Mateo por los comunistas, aunque nunca se había decidido a dar el paso y entrar en el partido. Se sentía mejor a su aire en lo tocante a política. Prefería tener sus propias ideas a tener que cogerlas de prestado. Aunque coincidía con los comunistas en que toda la culpa de lo que pasaba en el mundo la tenía el dinero, le disgustaba la devoción casi religiosa de estos hacia su partido y sus ideas, como la que habían demostrado los comisarios de su unidad en su segunda tarde de instrucción en la Pradera de San Isidro, cuando les llevaron hasta una nave destartalada cerca del camino de Fuenlabrada. La metralla había agujereado la techumbre y por los orificios se filtraba la luz, creando en el interior el ambiente de misterio de una catedral. De hecho, los reclutas tomaron asiento en unos bancos que a Mateo le parecieron los de una iglesia, mientras el sargento Zanza componía con ademanes de sacristán las sillas y la mesa de los oficiantes de aquella ceremonia.

Al cabo de unos minutos, vieron salir de las oficinas del taller, en una esquina de la nave, al civil con el chaquetón de cuero negro que había formado parte del comité de bienvenida de la División a las puertas del Palacio de Oriente. El hombre se sentó ante la mesa con las manos entrelazadas a la altura del pecho, mientras observaba a los reclutas con la misma indiferencia que en palacio. A su lado se sentaron dos oficiales cuyas gorras de plato lucían la estrella de cinco puntas rodeada por un círculo del comisariado político.

El civil del chaquetón de cuero se presentó como el ayudante del comisario de la división, el camarada José Conesa, en cuyo nombre saludaba a los nuevos combatientes del pueblo y cuya ausencia disculpaba por tener cometidos ineludibles en aquellas horas cruciales. Con voz pastosa, entre continuos chasquidos de lengua, como si cada vez la intentara despegar del paladar, el comisario les aseguró que no necesitaba dar un mitin político, que ya no estaban autorizados en el Ejército Popular, porque estaba seguro de que todos ellos compartían en lo más profundo de su corazón la fe en la revolución del proletariado internacional, de la que el partido comunista era la punta de lanza.

Después les exigió verter hasta la última gota de sangre para lograr la independencia de la patria, libre de injerencias extranjeras, y les animó a cumplir con su deber como vanguardia de la clase trabajadora. Con voz emocionada, les reclamó que fueran dignos del ejemplo inmortal de Madrid, para que la capital siguiera siendo la tumba del fascismo. Y terminó invitándoles a hacer suya la consigna de resistencia del doctor Negrín, jefe del gobierno:

—¡Resistir hoy, es vencer mañana! —exclamó.

Al concluir su discurso, no hubo himnos, vivas ni saludos. Los tres comisarios que habían presidido la charla cruzaron entre ellos algunas frases inaudibles, hicieron gestos de preocupación casi a la vez y salieron apresuradamente de la nave. Zanza les ordenó entonces a ellos que recogieran sus equipos en el barrio del Tercio porque

aquella misma tarde salían para el frente de la Casa de Campo.

Cuando marchaban a primera línea por el Camino de las Ánimas, junto a la tapia del cementerio de San Justo, el joven de los ojos verdes saltones había lanzado una frase escalofriante:

—¡Nos llevan a la guerra por el Camino de las Ánimas! ¡Menuda broma macabra!

Al recordar ahora aquella frase en las trincheras del lago de la Casa de Campo, Mateo Linares deseó con más fuerza que nunca poder asirse a la mano de su padre para perder el miedo. A su sección le habían asignado una trinchera cubierta con un palmo de hormigón y salpicada de aspilleras cerradas con planchas de metal y tan estrechas que apenas podían sacar a través de ellas el cañón del fusil. La niebla cubría los pinares delante de sus posiciones. Había un silencio estremecedor, roto tan solo por algún disparo lejano.

Algunos de sus compañeros habían empezado a dar cuenta de los chuscos de pan negro y las naranjas que habían repartido los rancheros. Mateo no pudo probar bocado. Tenía el estómago encogido ante las advertencias de los veteranos que ocupaban aquellas trincheras. Decían que si los mandos habían ordenado reforzar las posiciones de la Casa de Campo era porque los fascistas iban a desencadenar su ataque final sobre Madrid. Hablaban de que los facciosos iban a descargar diluvios de metralla y fuego mucho más destructivos que los de Guernica, Teruel o el Ebro. A orillas del Manzanares no iba a haber un palmo de tierra sobre el que no cayera una bomba alemana o italiana.

Aunque los veteranos les acababan de aconsejar que no abrieran las aspilleras, Mateo no resistió la tentación de correr la plancha metálica de una de ellas para echar una ojeada a la tierra de nadie. Vio por todas partes cráteres de bomba, proyectiles y granadas sin explotar, cascos de acero acribillados y máscaras de gas que le miraban con sus grandes ojos de cristal enlodizados, como seres de otro planeta.

Su batallón se encontraba sobre una elevación que dominaba la orilla sur del lago de la Casa de Campo. Los fascistas controlaban las orillas norte y oeste. En el centro quedaba el lago con sus legiones de mosquitos, que daban las mismas preocupaciones a los sanitarios de uno y otro lado. Con las altas temperaturas del pasado mes de febrero y al encontrarse casi vacío a causa de la sequía, el lago se había convertido en un foco de paludismo, del que se acababa de dar un caso en la brigada.

Mateo y sus compañeros supieron por los veteranos que el paludismo no era lo peor cuando empezaba el buen tiempo, ni tampoco el mal olor que invadía a todas horas las trincheras por la cercanía de las letrinas. Lo que hacía verdaderamente insoportable la vida en aquel sector era la lucha extenuante contra las nubes de mosquitos, tan negras como las alas de los bombarderos Junker. Nubes que no daban descanso, que se abatían sobre uno durante horas, como una maldición bíblica.

Los hombres acababan agotados, sin poder dormir ni de noche ni de día bajo aquella amenaza diminuta pero enloquecedora. Afortunadamente, la plaga de mosquitos no coincidía con la de los piojos, porque estos casi desaparecían con el calor. La que no sabía de estaciones era la sarna, porque a esta le daba igual el frío que el calor con tal de que el soldado llevara puesta siempre la misma ropa, llena de miseria.

Al principio, Mateo se mostró desconfiado ante los veteranos. Su padre le había dicho que en el frente no se fiara de nadie y no abriera la boca hasta conocer con quién había ido a parar. Pero a las pocas horas, aquellos hombres le acabaron pareciendo inofensivos, como los internados de una cárcel o un manicomio a los que nadie había ido a visitar desde hacía tiempo, y que se alegraban de ver caras nuevas.

La piel de los veteranos parecía impregnada del tono pardo de la tierra de la Casa de Campo, como si hubieran pasado toda su vida en aquellas líneas atrincheradas, salpicadas de casamatas, chabolas y refugios de tropa. Sus rostros estaban consumidos por la tensión de primera línea y los rigores de la intemperie. Vestían prendas militares y civiles en una abigarrada mezcla que les daba una triste apariencia de vagabundos. Lo que más le sorprendió a Mateo es que no hablaran de la guerra. Ni siquiera comentaron la anulación de los permisos para ir a Madrid o la suspensión de la entrega y recogida de cartas. Tampoco les extrañó que el mando ordenara la entrega de todas las radios de galena bajo amenaza de castigos rigurosos a quienes las conservaran.

Mateo y sus compañeros sólo supieron por los veteranos que llevaban dos meses sin recibir la soldada y que la semana anterior se habían suspendido por falta de combustible las duchas de agua caliente. También les comentaron que estaban sufriendo una epidemia de encías escorbúticas por la falta de frutas y verduras en el rancho, aunque el mando estaba intentando atajarla doblando el racionamiento de naranjas. Pero no consiguieron sonsacarles nada más sobre la situación militar en aquel frente. Cuando les preguntaron si no creían que hubiera un propósito deliberado para aislar a la brigada y mantenerla al margen de algo que se pudiera estar cocinando en Madrid, los veteranos se encogieron de hombros y se miraron unos a otros con una media sonrisa. Luego cambiaron de conversación preguntando a los novatos si tenían novia, si jugaban al fútbol o si sabían leer y escribir.

A la hora del crepúsculo, bajo las nubes cárdenas que pasaban sobre las copas de los pinos, Mateo y el joven de los ojos verdes saltones se quedaron a solas con uno de aquellos soldados. El veterano sobrepasaba la treintena y tenía la cara huesuda, con la piel de los pómulos reseca y amoratada. Estaba sentado sobre una caja de madera, con una manta polvorienta sobre los hombros. Vestía un pantalón gris atado a la cintura con una cuerda de esparto. Se liaba un cigarrillo tras otro con unas hojas resacas que, al prenderlas, olían a rastrojos quemados.

—¿Os ha contado alguien lo de los colectores? —dijo de pronto ante la extrañeza de los dos reclutas.

Después miró hacia ambos lados de la trinchera para asegurarse de que nadie le oyera y siguió hablando en voz baja.

—Los colectores son la forma más segura para volver a Madrid. En caso de que Franco desencadene un bombardeo masivo sobre la línea del Manzanares, no se os ocurra ir hacia las pasarelas o lo que queda de los puentes sobre el río. Se colapsarían en caso de desbandada y la artillería y la aviación fascistas provocarían una escabechina sin gastar demasiada munición. La única alternativa es utilizar las alcantarillas.

A medida que escuchaba al veterano, Mateo fue llegando al convencimiento de que en caso de ataque lo mejor era escapar bajo tierra. Pensaba que podría utilizar el colector que discurría paralelo a la margen derecha del Manzanares y que llegaba a la Puerta de Hierro. Según el veterano, allí enlazaba con los que venían de la plaza de la Moncloa y de la Ciudad Universitaria. Otra alcantarilla arrancaba de las posiciones del Paseo de la Florida y se unía al metro en la estación del Norte, por lo que le pareció la vía de escape más segura. Incluso le permitiría llegar a su casa a través de los túneles del metro, para esconderse a la espera de que terminara todo. Nadie tendría por qué saber que había estado unos días en el frente con una brigada de los comunistas. Sólo su familia y él, y si acaso el carnicero, don Melchor, pero este era buena gente y seguro que no lo iba a denunciar.

—Y ni se os ocurra pegaros un tiro en la mano o en el pie para volver a casa —continuó el veterano con gesto grave—. Los jefes se saben ya todos los trucos para disimular las inutilizaciones voluntarias. Al principio, los más espabilados se descerrajaban el tiro poniendo un trozo de pan entre la mano y la boca del fusil, para que el pan absorbiera la pólvora del disparo. Así no les quedaba tatuada la pólvora en la piel, que es lo que siempre delata a los automutilados. Aquellos tipos fueron muy afortunados, porque al menos tenían pan de sobra. Vosotros tendréis que elegir ahora entre comeros el único chusco del día o utilizarlo de esponja para la pólvora cuando os disparéis el fusilazo... Si decidís hacer esto último, ya os digo que os pillarán de todas las maneras y os mandarán al paredón por cobardes...

El veterano les mostró después dos octavillas facciosas que llevaba escondidas en el forro de su guerrera.

—Estos panfletos nos los tiran con cohetes de vez en cuando, para invitarnos a desertar a sus filas. Pero no les hagáis caso. Aquí todos parecen cansados de la guerra, pero siempre hay un centinela celoso o militante que no pestañeará a la hora de mataros por la espalda si intentáis pasaros a los fascistas.

—¿Y tú las llevas encima para que te sirvan de salvoconducto al llegar al otro lado? Porque sirven de salvoconducto, ¿verdad? —dijo el joven de los ojos saltones

con una naturalidad que desconcertó a Mateo.

—¿Pasarme yo? Para lo que va durar esto, ya no me la juego —respondió el veterano sin alterarse—. Ya tendré tiempo para decirles a los fascistas que a mí me trajeron aquí a la fuerza, con mi quinta. Que ni rojo ni blanco, vamos. Si acaso un desgraciado...

—Pues ya somos dos —remató el compañero de Mateo encogiéndose de hombros.

En una de las octavillas Mateo leyó «¡Miliciano!, te pasas... o ¡pasamos!». La otra rezaba «Con los vencidos o con los vencedores. Aún estás a tiempo de elegir», y tenía dibujado un mapa de España con la situación de los dos campos después de la pérdida de Cataluña. En el leal, sombreado a rayas, aparecía una mujer famélica y harapienta abrazando a sus hijos al lado de su marido muerto. Detrás de ellos, la muerte alzaba su guadaña para segarles también la vida. La zona facciosa, casi tres cuartas partes de España, estaba representada en la octavilla con camiones del llamado Auxilio Social y fábricas de humeantes chimeneas. Una mujer cosía una prenda de ropa, y a su lado un niño sostenía un carromato de juguete entre las manos. A su espalda, un hombre araba un campo junto a la imagen de una espiga de trigo y un racimo de uvas.

Mateo se conmovió por el destino de la España leal, tan crudamente representado en aquella propaganda. Al fin y al cabo, los que habían destruido su casa, los que bombardeaban Madrid a diario, los que hundían los barcos con víveres para las mujeres y niños hambrientos, eran los de enfrente. Pasarse a sus filas, además de peligroso, era como otorgarles un premio por todo lo que habían hecho, y él no estaba dispuesto a dárselo.

Cuando se retiró a dormir a segunda línea, en la chabola que le habían asignado junto al camino de la Puerta del Ángel, Mateo deseó con todas sus fuerzas volver a casa cuanto antes. Pero en la oscuridad de la chabola, mientras se relamía del sabor de la carne rusa que había compartido para cenar, empezó a pensar que en la 42.^a Brigada Mixta se abría un horizonte insospechado para su vida. Si la guerra se prolongaba, podría aspirar a su meta más deseada, con la que siempre soñaba despierto: mostrar al mundo su genio futbolístico, que había provocado la admiración de todos en su barrio.

Al verlo jugar al fútbol durante los descansos de la instrucción en la Pradera de San Isidro, el sargento Zanza le había animado a formar parte del equipo de la brigada, que había cosechado grandes triunfos en el Trofeo Defensa de Madrid, un campeonato que disputaban todas las brigadas del Ejército del Centro. En el ejemplar del periódico *El combatiente* que llevaba en el zurrón había un artículo ilustrado con dos fotografías de un partido del equipo de la brigada en el estadio de fútbol del Madrid, en Chamartín. Lo había releído tantas veces que casi se lo sabía de memoria:

«Con motivo de estar disputándose entre las distintas unidades del Ejército del Centro el Trofeo Defensa de Madrid, queremos resaltar la existencia en la 42.ª Brigada —seguramente ignorada por muchos— de un magnífico equipo de fútbol, que tan alto deja en todas las competiciones el nombre de nuestra unidad. Los que somos asiduos concurrentes a los encuentros en que toman parte, hemos podido comprobar que nuestro equipo de fútbol goza de un prestigio bien ganado y es mirado por todos con respeto. Este equipo está compuesto por soldados de los distintos Batallones de la Brigada, verdaderos deportistas y entusiastas, que ponen por encima de todo el nombre de su Brigada. Creemos que no sería mucho pedir a todos los componentes de la Brigada que fijaran su atención en estos once anónimos y bravos muchachos que, además de cumplir con sus deberes militares a satisfacción de sus jefes, ponen sus facultades al servicio y en honor de la Brigada a la que se honran pertenecer».

El sargento Zanza le había explicado que tendría que pedir un permiso especial al mayor Mercadal, jefe del batallón, antes de solicitar una prueba para la admisión en el equipo. Los nuevos reclutas no estaban autorizados a formar parte de él hasta transcurridos tres meses de servicio en la brigada.

—Tú eres una figura, Linares, y harás un buen papel en el equipo, aunque a lo mejor no hay guerra para tanto —le había dicho Zanza.

Arrebujado en la manta, entre los ronquidos de sus camaradas, se le aparecieron en la oscuridad de la chabola las imágenes de la tierra de nadie y de los colectores del Manzanares, como las piezas de un rompecabezas absurdo en el que tenía que colocar forzosamente su vida. Y entonces, alentado por su sueño, eligió situarse en el centro del campo del Madrid, en Chamartín, luciendo la camiseta a franjas blanquiazules, el pantalón azul y las medias blancas, que era la vestimenta del equipo de su brigada.

Encendió un fósforo para mirar su reloj. Eran las tres de la madrugada. Sopló la cerilla para apagarla y, repentinamente, como si el final de la llama hubiera servido de señal, el silencio de la noche se quebró con un eco de disparos y explosiones. Se calzó las botas a toda prisa, sin atarse los cordones, y salió de la chabola. Una figura se recortaba bajo la luz de la luna, a la entrada del refugio. Reconoció al joven de los ojos verdes saltones.

—¿Nos están atacando los fascistas? —le preguntó.

—¿Pero es que no te das cuenta?

—No me doy cuenta de qué... —dijo él aguzando el oído.

—Pues de que la batalla es en el centro de Madrid. De ahí vienen los tiros y las explosiones.

Mateo oyó las detonaciones como si formaran parte de una pesadilla, mientras la silueta misteriosa de Madrid parecía temblar bajo la luna, sacudida por los ecos de la batalla. Pensó en sus padres y sus tres hermanas, atrapados en la ciudad, y le entraron

ganas de llorar.

V

Aunque las botas altas siempre le acababan haciendo daño cuando caminaba mucho tiempo con ellas, el teniente coronel Broto no dudó en calzárselas esa mañana sobre el pantalón de canutillo. Al ver las espuelas de África en el fondo del arcón de su equipaje, pensó en añadir las también a su atuendo por superstición, pero al final lo descartó. Quería presentarse ante sus hombres de acuerdo con aquellos momentos tan trascendentales. Entrarían, por fin, en Madrid. Lo había sentido ya la noche anterior al escuchar en el búnker de Garabitas los discursos de Besteiro y de Casado, lanzados a través de una emisora de la capital y captados por el alférez de transmisiones, aunque con cortes e interferencias, con una radio que guardaba en el cuarto del teléfono del puesto de mando.

Como cada jornada, el alférez se disponía a terminar su turno atendiendo al parte de guerra enemigo, que se emitía a las doce de la noche según el horario rojo. Estaba en el aire la suerte de la base naval de Cartagena, cuya toma por las fuerzas nacionales estaba aún sin confirmar, ya que la emisora de la flota roja, desde la que se había anunciado la conquista de la base para la España nacional, había caído de nuevo en poder de las tropas de Negrín.

Al conectar con la frecuencia de Unión Radio para conocer el parte rojo, el alférez se había sorprendido al escuchar la primera frase del locutor:

—Atención, señores radioyentes, van a oír ustedes las palabras de don Julián Besteiro, que no necesita presentación...

El alférez había salido atropelladamente de la habitación del teléfono. Cuando irrumpió en el dormitorio de Broto, este se encontraba tendido en el catre sin desvestirse, como era su costumbre, y apuraba adormilado el contenido del enésimo vaso de coñac.

—Mi teniente coronel, Besteiro va a hablar en la radio roja, a la hora del parte...

Broto no necesitó oír nada más. Se puso en pie con energía, como si le hubieran quitado de encima todos y cada uno de los días de aquella guerra interminable, y se dirigió al alférez con el trato cordial que le prodigaba antaño.

—Por favor, señor Ruiz, haga llamar a los comandantes del regimiento —le ordenó calmadamente.

Dejó el vaso de coñac en su mesilla y salió de su habitación abotonándose la guerrera. Entró en el cuarto de transmisiones y se sentó frente a la radio para oír a través de la voz extenuada del viejo Besteiro un mensaje diferente al que cada noche, para su desesperación, le enviaban las sombras de Madrid.

—El gobierno del doctor Negrín —oyó decir a Besteiro—, falta de la asistencia

presidencial... no puede aspirar a otra cosa que a ganar tiempo, tiempo que es perdido... y esta política de aplazamiento no puede tener otra finalidad que alimentar la morbosa creencia en que la complicación de la vida internacional permita desencadenar una catástrofe de proporciones universales... de esta política de fanatismo catastrofista, de neta sumisión a órdenes extrañas, con una indiferencia completa hacia el dolor de la nación, está sobrecargada ya la opinión republicana toda... Yo os hablo desde este Madrid que ha sabido sufrir y sabe sufrir con emocionante dignidad su martirio. Yo os hablo desde este rompeolas de todas las Españas que dijo el poeta inmortal que hemos perdido, tal vez abandonado, en tierras extrañas... se puede perder, pero con honradez y dignamente... una victoria moral de este género, vale más que una victoria material lograda a fuerza de claudicaciones y vilipendios... asistimos al poder legítimo de la República que transitoriamente no es otro que el poder militar...

Al tiempo que hablaba Besteiro, había llegado al búnker su ayudante, el teniente Ferrer, impecablemente uniformado como siempre. A un gesto suyo, Ferrer entró en el cuarto del teléfono.

—Es el segundo en tres años —dijo Broto.

—¿El segundo qué, mi teniente coronel? —le preguntó Ferrer.

—El segundo golpe que dan los militares contra el gobierno de la República. Besteiro ha dicho que el poder legítimo de la República es el poder militar... El poder militar, señor Ferrer. Ese somos nosotros.

De la radio comenzó a salir una voz atormentada, de alguien que intentaba contener el dolor al hablar, como si le hubieran atravesado con una espada. Era el coronel Casado, jefe del Ejército del Centro. Broto esperaba que sus palabras confirmaran la inminente rendición del bando rojo, pero fue al contrario.

—*Nuestra lucha no terminará —decía Casado— mientras no asegureis la independencia de España... mientras no tenga la garantía de una paz sin crímenes... si nos ofrecierais la paz encontraríais generoso nuestro corazón de españoles... si continuaseis haciéndonos, haciéndoos, la guerra, hallaríais implacable, segura, templada como el acero de las bayonetas, nuestra heroica moral de combatientes... o la paz para España o la lucha a muerte... para una y otra decisión estamos dispuestos los españoles independientes y libres que no tomamos sobre nuestra conciencia la responsabilidad de destruir nuestra patria...*

Antes de que terminara la alocución de Casado entraron en el puesto de mando los tres comandantes de su regimiento. Habían llegado con el chófer que prestaba servicio al comandante Barrinaga, y que se quedó a la puerta del puesto de mando, liando picadura como si la cosa no fuera con él. El comandante de más edad era Muñiz, que rayaba en los sesenta. Lucía un mostacho gris como el del general Saliquet, jefe de todas las divisiones que asediaban Madrid, con el que no era difícil

confundirle. Muñiz conocía a Casado de los tiempos en que este era jefe de la guardia presidencial de Azaña. Además estaba siempre bien informado por sus relaciones con antiguos compañeros destinados en el cuartel general de Burgos, una de las razones por las cuales gozaba de la estima de Broto.

—¿Qué le parece, señor Muñiz? —le preguntó Broto después de resumir las alocuciones de Besteiro y Casado.

—Que Casado se está marcando un bonito farol —dijo el viejo comandante.

—¿Por qué lo dice? ¿Porque Casado sabe que su ejército no puede resistir ni un solo día más? —le inquirió Broto.

—No, lo digo porque está en negociaciones con el Generalísimo desde hace semanas.

Broto arrastró hacia atrás la silla que lo sostenía a duras penas, despegándose de la mesa donde estaba la radio y volviéndose hacia el viejo comandante. Lo hizo sin violencia, pero cualquier movimiento con aquel corpachón parecía lo contrario. No hizo falta que dijera nada. Su expresión demandaba una explicación a Muñiz acerca de aquellas negociaciones. Los otros comandantes, Barrinaga y Nicolás, se miraron incrédulos.

En la radio de Madrid había empezado a hablar el anarquista Cipriano Mera, jefe de las divisiones rojas de Guadalajara, el albañil que había hecho correr a los italianos en Brihuega. Mera se refirió a la conducta alevosa y criminal de Negrín, y comprometió el apoyo de las divisiones de su Cuerpo de Ejército a un llamado Consejo Nacional de Defensa, cuya misión era conseguir una paz honrosa. Pero en el puesto de mando nadie atendió ya a sus palabras.

—Todo el mundo en Burgos habla de ello —continuó Muñiz, intimidado—. Pensé que era preferible esperar una confirmación como la de esta noche antes de comentarle nada. Ya sabe que no me gustan las habladurías.

—¿Desde cuándo están negociando? —le preguntó Broto con tono de interrogatorio.

—Se dice que desde principios del mes pasado, a través de un agente nuestro en Madrid. Casado quiso cerciorarse de que su interlocutor era realmente un agente del Generalísimo y para ello le solicitó la entrega de una carta autógrafa del general Barrón, que había sido compañero suyo. Nuestro agente le entregó a los pocos días la carta de Barrón y desde entonces se formalizaron los contactos. Se dice también que Casado ha aceptado ya las condiciones de rendición impuestas por el Caudillo.

—¿Tiene alguna idea de cuáles son esas condiciones? —intervino Barrinaga, adelantándose a la pregunta de Broto.

—Al parecer son las mismas que ha propuesto el propio Casado, aunque con algunas limitaciones. Casado ha pedido que puedan salir de España todos lo que lo deseen, pero el Caudillo sólo ha concedido que puedan hacerlo quienes no tengan

manchadas las manos de sangre. Se les proporcionará un salvoconducto para que puedan dejar España, garantizando su seguridad personal. El Caudillo ha prometido también que habrá perdón para todos los que hayan sido arrastrados engañosamente a la lucha, y que no se considerará delito el mero servicio en el campo rojo ni el haber militado simplemente en partidos y sindicatos. Además, se ha garantizado que la benevolencia será tanto mayor cuanto más importantes sean los servicios que los mandos militares y las autoridades civiles del campo rojo ofrezcan para el triunfo de nuestra causa. Estas promesas bastan para explicar lo que está sucediendo esta misma noche y otras cosas mucho más inauditas...

—¿Qué cosas, señor Muñiz? Me tiene totalmente intrigado —preguntó esta vez Broto.

—Pues cosas como la de que en el cuartel general de Burgos se reciba un plano de la zona centro con indicaciones de que Guadalajara, Ocaña y Torrebaja son los lugares más apropiados para que, ante un ataque de nuestras fuerzas, se produzca un completo derrumbamiento de los frentes rojos. Dicen que lo ha enviado el propio general Matallana, jefe de todas las divisiones rojas.

—¿El general Matallana es un «quintacolumnista»? —exclamó Broto con los ojos desorbitados.

—Cada cual está buscando su forma de salvarse del desastre. En Madrid, todo el mundo se está ofreciendo a la «quinta columna» para colaborar en el momento en que entremos en la ciudad. El propio Casado se ha mostrado dispuesto a detener a los cabecillas rojos que queden en Madrid. Tampoco faltarán chivatos para facilitar detenciones ni voluntarios para requisar armamento, desactivar las minas o abrir las cárceles. La Falange dice tener ya controlados los servicios del metro, tranvías, telégrafos y correos, además de los suministros de luz y agua.

En Burgos tienen ya informes con los equipos y recambios que se necesitan para que todos los servicios recuperen la normalidad cuanto antes. Me cuentan que el Caudillo sabe incluso el número de tijeras para cortar alambradas de que disponen los rojos en sus almacenes de Madrid.

—¿Y cuántas tijeras son esas, si se puede saber? —preguntó Broto exagerando su tono de curiosidad.

—Se lo puedo decir porque la cifra no se me ha olvidado. Seiscientos noventa y nueve. No sé si desde que llegó esa información, se habrá perdido alguna. Aunque ya habrá ocasión de confirmarlo cuando entremos en Madrid.

Broto interrumpió entonces la conversación, simulando con sus dedos índice y medio que cortaba algo con unas tijeras, para atender a la lectura de lo que un locutor presentó como el manifiesto de constitución del anunciado Consejo Nacional de Defensa:

—... *como revolucionarios, como proletarios, como españoles y como*

antifascistas, no podemos continuar por más tiempo aceptando pasivamente... la falta de organización y la absurda inactividad de que da muestras el gobierno del doctor Negrín... desde que se liquidó, con una deserción general, la guerra de Cataluña... en tanto que el pueblo en armas sacrificaba en el ara sangrienta de las batallas unos cuantos millares de sus mejores hijos, los hombres que se habían constituido en cabezas visibles de la resistencia abandonaban sus puestos y buscaban en la fuga vergonzosa y vergonzante el camino para salvar su propia vida... no puede tolerarse que en tanto se exige del pueblo una resistencia encarnizada, se hagan los preparativos de una cómoda y lucrativa fuga... para borrar tanta vergüenza, para evitar que se produzca la deserción en los momentos más intensos... en nombre del Consejo Nacional de Defensa, que recoge sus poderes del arroyo, a donde los arrojara el gobierno del doctor Negrín... no saldrá de España ninguno de los hombres que en España deban estar hasta tanto que por libre determinación salgan de ella todos los que de ella quieran salir...

La reunión con sus tres comandantes había acabado a las tres de la madrugada. Broto sólo bebió al final, después de proponer un brindis con coñac para celebrar las noticias del final inminente de la guerra. En aquella imprevista velada hablaron de las posibilidades de que esa misma semana se produjera la rendición del bando rojo. El comandante Muñiz no descartó que Besteiro viajara a Burgos para ultimar los detalles ante el propio Caudillo. Recordó las recientes declaraciones anticomunistas del antiguo presidente de las Cortes a un diario extranjero, que podrían ser una buena carta de presentación ante el Generalísimo. Pero al mismo tiempo le asaltaron las dudas sobre la capacidad de Casado para dominar la zona roja. No estaba seguro de que el partido comunista y sus mandos militares aceptaran a pies juntillas el golpe contra Negrín, al que habían convertido en marioneta de Moscú, como acababa de denunciar Besteiro.

Los ecos de las alocuciones de la noche anterior no habían dejado de resonar en la mente de Broto desde que se había despertado. Sin embargo, por primera vez en muchas semanas tenía la cabeza despejada. Ahmed le había preparado una taza de café y unas rebanadas de pan con ajo que le supieron a victoria. Al salir ahora del búnker para orinar, le envolvió un sentimiento de grandeza, cálido y luminoso, a pesar de que la mañana de aquel lunes era fría y neblinosa, como la de los últimos días.

El sol porfiaba con la niebla y por momentos parecía que iba a despejar. Se apoyó en la vieja encina desde la que observaba Madrid de noche. Pensó que, por fin, sus plegarias habían sido escuchadas, aunque se culpó de no haber sabido fortalecer sus ruegos al cielo con una conducta más virtuosa. Había faltado también a la fidelidad debida a su gran amor y le dolía en el alma tener que recordar ahora sus pecados, mientras se figuraba abrazando a la mujer por la que tanto había padecido.

Así era la guerra, pensó. Al igual que le había sucedido en África, la tensión le forzaba a aliviarse de vez en cuando y las visitas a Móstoles, donde estaba el cuartel general de la división, le daban la mejor ocasión para hacerlo. Había oportunidades que no podía desaprovechar, aunque fuera después de acudir, junto a todos los jefes y oficiales libres de servicio, a una iglesia del pueblo a oír misa en los días más señalados, como el 25 de julio, declarado día de la Fiesta Nacional, o el último 20 de noviembre, con ocasión del segundo aniversario del fusilamiento de Primo de Rivera, que Burgos confirmó oficialmente entonces.

La iglesia de Móstoles no quedaba lejos de uno de los más conocidos burdeles del frente de Madrid, un hotelito de color siena levantado a las afueras, en medio de un jardín asilvestrado. Apenas habían pasado tres días desde su última visita, después de haber acudido a la misa celebrada por el capellán de la división con motivo de la elección del nuevo Papa, Pío XII. Había logrado escabullirse al terminar la misa para entregarse una vez más a los brazos de la «Cordobesa», una morena con mucha labia, ojos como carbones, piel tórrida y caderas indoblegables incluso para un hombre fuerte como él. Con el trato de aquella Venus vagabunda, como decía un compañero suyo en África citando al poeta Lucrecio, lograba descargar su melancolía y distraer su dolor por un tiempo. Además, a través de un moro que proveía al burdel, había conseguido perfumes franceses, barras de labios y polvoreras para regalarle a Isabel cuando entrara en Madrid, ya que sabía por los desertores que la coquetería había pasado a ser un lujo al alcance de muy pocas madrileñas.

Los artilleros de los Schneider emplazados en Garabitas también estaban de buen humor aquella mañana. Todos sabían lo que había ocurrido la noche anterior en Madrid. Ya les había notado excitados con las noticias de la toma de la base naval de Cartagena. Como los buenos perros de presa, aquellos soldados adivinaban ya la hora de volver a casa después de que el cazador hubiera cobrado ya la pieza que buscaba. Al pasar junto a la batería, un sargento de piel olivácea y cuarteada le invitó a tomar café con ellos, y él apenas supo cómo excusarse.

—Muchas gracias, sargento, pero tengo que ir al observatorio para ver qué se está cocinando en Madrid después del pronunciamiento de Casado —dijo con euforia.

—Cocinar, lo que se dice cocinar... No creo que en Madrid tengan ya nada para echar al puchero —le respondió el sargento queriendo ser jocoso.

El teniente Ferrer le esperaba a la entrada del observatorio de Garabitas. Era una casamata semienterrada, construida con hormigón a prueba de morteros, a la que se accedía mediante una pequeña escalinata, protegida por sacos terreros. Por una estrecha aspillera a ras de suelo, asomaban los periscopios y telémetros de los observadores de la artillería. Gracias a aquellos periscopios, podía contemplar Madrid como bajo una lupa, pero nunca había podido evitar la desalentadora sensación de que a la capital le era indiferente ser observada, como una mujer inalcanzable.

Aquella mañana, sin embargo, la ciudad oculta por el velo de la niebla se le ofrecía como una novia camino del altar, entregada y dispuesta.

Animado por la idea de que la rebelión de Casado significaba la pronta liberación de Madrid, repasó su itinerario triunfal desde el observatorio. Lo había trazado mil veces, siempre guiado por el recuerdo de la ciudad vista desde el aire, cuando la sobrevolaba a bordo de un Breguet en los cursos de observador de aviación en Cuatro Vientos. Su memoria planeaba entonces por encima de los tejados y azoteas, las plazas y glorietas, las avenidas bien delineadas de la ciudad moderna y los laberintos del casco antiguo, y sobre la corriente de coches, tranvías, autobuses y peatones que circulaban por las calles de la ciudad.

Antes de su entrada en Madrid se confesaría con el capellán para que le perdonara todos sus pecados. Y después marcharía a la cabeza de su regimiento por el camino de Puerta de Hierro, cruzaría la Ciudad Universitaria y alcanzaría la plaza de la Moncloa. Desde allí bajaría por la calle de la Princesa hasta la de Alberto Aguilera, para seguir por los bulevares y llegar hasta el portal de Isabel, en la calle Sagasta. Subiría a su casa, le abrirían la puerta, cruzaría el pasillo, entraría en su dormitorio, se sentaría junto a la cabecera de su cama y la despertaría para decirle que habían llegado juntos, la paz y él.

Permaneció en el observatorio de Garabitas el resto del día. A media mañana se había despejado por fin la niebla, aunque el cielo permaneció cubierto. Se hizo traer un plato de huevos fritos a la hora del rancho y no salió de allí hasta después de la caída de la tarde, que era la mejor hora para contemplar Madrid, con el sol a su espalda, ocultándose por Pozuelo y Humera y, más allá, por las estribaciones de Guadarrama y Gredos. Estuvo observando la capital con detenimiento bajo aquel incendio púrpura que daba a sus edificios desolados la luminosidad de una ciudad bíblica.

Al anoecer, acompañado del teniente Ferrer y del viejo comandante Muñiz, recorrió lleno de moral las trincheras del hipódromo. Los soldados del Batallón de Argel estaban tan exultantes como él. No fue riguroso en su inspección. Aquella noche no quería comprobar los ángulos de tiro de las ametralladoras o el encofrado de las trincheras cubiertas. Sólo quería demostrarse a sí mismo que podía entrar en Madrid sin la compañía de una botella. Estaba sereno, profundamente sereno.

Cuando iba a terminar su ronda para volver al puesto de mando, un carraspeo metálico cruzó el aire frío de la noche. Venía de la parte de la colonia de La Fuente de la Teja. Miró instintivamente su reloj. Eran las ocho y media de la tarde, una hora inusual para un altavoz rojo. Después del carraspeo, se oyó una voz:

—*¡Fascistas! ¡El ejército de la República ganará la guerra porque resistirá mientras quede un solo español! ¡Franco prefiere entregar España a los invasores antes que someterse al gobierno legítimo!*

Clavó una mirada incrédula sobre Muñiz. El viejo comandante se sacudió aquella mirada encogiendo los hombros.

—Espero que el hombre del altavoz vaya también de farol como Casado —dijo Broto con voz sedante.

Al llegar a su puesto de mando, se dirigió a su dormitorio. Sentía un fuerte dolor en las piernas, como si le tiraran de los tobillos con unas tenazas. Se quitó las botas de caña y se puso unas alpargatas para descansar. Siempre le había gustado llevarlas, desde chico. En su pueblo desafiaba las crecidas del Cinca, jugando a cruzarlo de piedra en piedra, confiado en la adherencia de sus suelas de cáñamo. Aunque había decidido llevar calzadas las botas cuando entrara en Madrid al frente de sus hombres, pensó que con las alpargatas se sentiría más seguro a la hora de cruzar por fin el Manzanares.

Enredado entre los pensamientos optimistas de toda la jornada, no pudo conciliar el sueño. El eco del altavoz enemigo repicaba en su cabeza... El ejército de la República ganará la guerra... Le divertía pensar que, en el fondo, aquella frase decía la verdad. Al fin y al cabo, ellos habían sido el ejército de la República. Y ganarían la guerra, quizá en dos o tres días, cuatro a lo sumo, pero en aquella misma semana.

Avanzada la madrugada, un lejano retumbar de fuegos artificiales irrumpió en su duermevela con un inesperado eco festivo. Escuchó más atentamente los sonidos que le llegaban del exterior del búnker. No eran fuegos artificiales, sino fuegos de guerra que estallaban en el corazón de Madrid, quebrando en añicos sus frágiles esperanzas. Entonces buscó con la mano la botella que guardaba debajo del catre, la abrió y se la llevó a la boca.

VI

Al no poder conciliar el sueño se distraía observando las fluorescencias que flotaban en el vacío, entre sus ojos y sus párpados cerrados. Era un entretenimiento que lo había cautivado desde niño, mientras el ama le relataba junto a su lecho, antes de dormir, hazañas heroicas. Ahora se recreaba también con aquellas constelaciones minúsculas, aunque a veces le desazonaban el frío cortante que sentía en la espalda, a través de su guerrera, y la digestión pesada de un plato de arroz sin condimentar que acababa de comer antes de retirarse a descansar.

El catre donde se había recostado estaba apoyado sobre una pared de sillares de granito. Todas las estancias de aquel segundo sótano del Ministerio de Hacienda rezumaban una humedad pestilente, que parecía llevar aprisionada allí desde hacía siglos. Oía pasos y conversaciones en las galerías y en las estancias vecinas, pero le llegaban mitigados, como si en aquellas profundidades, a quince metros bajo el nivel de la calle Alcalá, los sonidos se filtraran a través de una cortina de agua.

Después de un día y medio de tensa vigilia, al capitán Masip le había vencido definitivamente el cansancio. A medianoche del domingo había asistido al pronunciamiento contra el gobierno de Negrín en una de las habitaciones de aquellos sótanos. Habían sido momentos dramáticos. En el aire de la sala se estancaba el olor a humedad, mezclado con el del paño de los capotes y el cuero de las botas y correajes de los presentes. La estancia se encontraba casi a oscuras, iluminada solamente por una lámpara de mesa, bajo la cual Besteiro, Casado y Mera habían leído sus proclamas ante los micrófonos de Unión Radio y Radio España. Los esporádicos fognazos de la cámara del reportero Alfonso restallaban como relámpagos.

Masip permaneció de pie en todo momento, detrás del mayor Augusto Fernández, el locutor que leía todas las noches el parte de guerra en la radio. La escena le había resultado irreal. Abrumados por la responsabilidad, sabiéndose protagonistas de un momento histórico, aquellos hombres provocaban una absurda impresión. Si Masip no hubiera sabido que sus mensajes se estaban difundiendo a través de las ondas, Besteiro, Casado y Mera le habrían parecido unos locos que hablaban a las paredes.

El viejo Besteiro, agotado por la tensión, había roto a llorar después de su alocución, mientras que el coronel Casado, atacado por su vieja dolencia de estómago, se excusó ante todos los presentes al terminar su discurso y se tumbó en un catre desplegado en la misma estancia, mientras le asistía su médico personal, el capitán Medina.

No lo había comentado con nadie, pero había caído en la cuenta de que las palabras que Casado había pronunciado a través de la radio estaban inspiradas en el

comunicado que Negrín había hecho en febrero, a su vuelta de Francia. El coronel había citado incluso una frase empleada entonces por el jefe de Gobierno: «O todos nos salvamos, o todos nos hundimos en la exterminación y el oprobio». Por un momento, Masip sospechó que el pronunciamiento de Casado era una treta de Negrín para que Franco aceptara negociar con un militar profesional las condiciones para una paz sin represalias, a la vista de que no quería tratos con él. Pero al citar en su discurso a Negrín, Casado sólo buscaba en realidad ganarse la confianza de los jefes militares más indecisos ante su golpe contra el gobierno. Uno de estos era el general Miaja, recién venido de Valencia aquella misma mañana, que había aceptado el cargo de presidente del nuevo Consejo Nacional de Defensa tras conocer el respaldo casi unánime del Ejército y la Aviación al pronunciamiento.

Al amanecer habían comenzado a llegar las noticias de la reacción de los comunistas contra la constitución del Consejo. El comité provincial del partido había llamado en Madrid a la movilización a través de Radio Popular para defender al gobierno. Aunque el rumor no había sido confirmado, se decía que el coronel Barceló, jefe del Primer Cuerpo de Ejército, había denunciado como faccioso al Consejo y se había proclamado nuevo jefe del Ejército del Centro, manifestando su adhesión a Negrín.

La maniobra de los comunistas había sido extraordinariamente rápida. En unas pocas horas habían logrado traer a Madrid numerosas tropas desde los frentes de El Pardo, Ciudad Universitaria, Casa de Campo y Vallecas. En el interior de la ciudad contaban con el apoyo de varios batallones de carabineros. Se sabía que habían reclutado también soldados en algunos cuarteles del centro de Madrid, pero por desconfianza únicamente reclamaban a los que tenían carné del partido. Con todas estas fuerzas habían alcanzado los Nuevos Ministerios desde Fuencarral y Cuatro Caminos, y se temía que hubieran avanzado ya por el paseo de la Castellana y la calle de Serrano. Había también tropas comunistas intentando establecer un corredor entre la glorieta de Atocha, el Palacio Nacional y la plaza de España.

Aparte del Ministerio de Hacienda, las tropas de Casado dominaban las sedes de Gobernación, Defensa y Marina, así como la Telefónica, el Palacio de Comunicaciones, el Banco de España y el Casino de Alcalá. El resto de la ciudad parecía estar a merced de los comunistas, que se dedicaban a sembrar el pánico, deteniendo a todo aquel con el que se cruzaran por las calles y disparando a capricho con armas automáticas desde camionetas y coches lanzados a toda velocidad por los barrios más céntricos.

La refriega más grave de la que Masip y sus compañeros habían tenido noticia hasta el momento se había producido en los Nuevos Ministerios, donde las fuerzas del Consejo intentaron frenar una columna que los comunistas traían de Fuencarral. También se habían librado combates en la glorieta de Quevedo, donde los leales a

Casado habían hecho frente a un grupo de carros blindados procedente de El Pardo, aunque al final se habían retirado ante el riesgo de ser rodeados por otras fuerzas comunistas que avanzaban por los bulevares.

Habían llegado incluso rumores de que los comunistas estaban utilizando las redes del metro y del alcantarillado para aparecer y desaparecer a su antojo en cualquier punto de Madrid. Se decía que las tropas de la Ciudad Universitaria habían empleado el túnel de los Canales de Lozoya que comunicaba la Facultad de Farmacia con el metro de Cuatro Caminos. También se sospechaba que las fuerzas comunistas del Puente de los Franceses habían alcanzado el centro de Madrid a través de un colector que unía el paseo de la Florida con el ramal del metro entre la estación del Norte y la plaza de Fermín Galán. De hecho, no se descartaba que esas mismas fuerzas intentaran asaltar Hacienda o llevar a cabo la voladura del edificio desde el túnel de la línea 2.

La línea del metro pasaba tan cerca de los cimientos de Hacienda que el general Miaja, que tuvo allí su puesto de mando durante la defensa de Madrid al principio de la guerra, había ordenado abrir un pasadizo desde los sótanos hasta el túnel entre las estaciones de la Puerta del Sol y Sevilla, para evacuar el edificio en caso de que un bombardeo rebelde sepultara las salidas a las calles de Alcalá y de la Aduana.

La entrada a aquel pasadizo, a pocos metros de la estancia donde ahora descansaba Masip, estaba vigilada por fuerzas anarquistas de la 70.^a Brigada, que ocupaban cada esquina, pasillo, ventana o dependencia de Hacienda. A Masip le parecía que aquellos hombres, provistos de todo tipo de armas automáticas y bombas de mano, tenían la mirada feroz de unos gladiadores a punto de saltar a la arena del circo, pero se sentía seguro con su presencia.

A lo largo de aquellas horas, había oído comentar a varios oficiales que Casado temía que los comunistas, como ya había sucedido al comienzo de la guerra, pudieran asaltar las cárceles donde estaban presos miles de derechistas, así como las embajadas donde otros centenares se hallaban refugiados. También se hablaba del riesgo de que minaran las principales calles de acceso a la ciudad, con el fin de convertirlas en montañas de escombros y dificultar la entrada de las fuerzas leales que acudieran en socorro del Consejo o incluso para frenar un posible ataque rebelde.

Todos aquellos rumores acrecentaban la ansiedad de quienes se encontraban en Hacienda. Masip, junto con otros oficiales de la plana mayor de Casado, había vivido aquellas horas en una sala contigua a la estancia desde la que se había radiado el pronunciamiento contra el gobierno de Negrín. Allí, sobre una larga mesa recubierta de cuero, tenían desplegado un gran plano de Madrid sobre el que a duras penas intentaban hacerse una idea de la situación de las fuerzas de Barceló y de las unidades leales al Consejo a través de las noticias confusas y fragmentadas que traían enlaces, paisanos o incluso soldados fugados de las unidades comunistas.

Antes de retirarse a descansar, Masip había interrogado a cinco soldados huidos de la 18.^a Brigada Mixta, encuadrada en la división del mayor Ascanio, que había entrado en Madrid desde El Pardo. Los chavales, recién incorporados a filas, aún tenían el miedo metido en el cuerpo. No se habían escapado para unirse a las fuerzas del Consejo, sino para volver a sus casas. Los mismos guardias que los habían detenido y desarmado en la calle de Espronceda, los habían conducido a Hacienda, donde los hicieron pasar a la sala donde se encontraba Masip con un teniente.

El que llevaba la voz cantante entre aquellos soldados era, un joven avisado que dijo ser aprendiz de carpintero. Tenía la nariz cruzada por una cicatriz rosácea parecida a un gusano. Contó que un jefe les había dicho que iban a entrar en Madrid para sofocar un levantamiento de la «quinta columna».

—¿Cómo se llama ese jefe? —le cortó Masip.

—Mercadal. Pero no es de nuestra brigada, sino de la 42...

—¿Francisco Mercadal? —preguntó Masip, sin disimular su sobresalto.

—Sí, el mayor Mercadal. Parece un tipo con agallas...

—¿A dónde os llevaban? —interrogó el teniente.

—A los Nuevos Ministerios. Nos explicaron que desde allí iban a mandarnos a la plaza de Colón para unirnos con otras fuerzas de Ascanio, que habían entrado por Manuel Becerra.

—¿Y os dijeron qué planes tenían? —continuó Masip.

—Sí, atacar Cibeles, donde, según ellos, se habían hecho fuertes los fascistas. Hacía allí marchaba también una columna con artillería, carros de combate y una división de guerrilleros, que había salido hacia Madrid desde Alcalá de Henares.

—¡Joder, si es la división de guerrilleros del mayor Raimundo Calvo! —exclamó el teniente antes de que Masip pudiera reaccionar—. ¡Entonces la «Posición Jaca» está perdida!

—Sí, oímos decir que tenían cercada la «Posición Jaca» —remató otro de los muchachos.

El teniente le había dicho entonces a Masip que se retirara a descansar, mientras él comunicaba aquellas noticias a los ayudantes de Casado. Aún estaba impresionado por la noticia de que el hermano de Isabel fuera uno de los jefes comunistas levantados contra el Consejo. A Mercadal lo había conocido antes de la guerra en el Club Canoe, del que su tío le había hecho socio. No eran amigos, pero compartían amistades. Ahora estaban frente a frente. Uno de los dos tenía que perder la apuesta. Era inevitable...

Inevitable... Masip pensó, que para bien o para mal, aquella era la clave que explicaba cuanto estaba sucediendo en sus vidas por culpa de la guerra. Todo parecía formar parte de una condena para la que no cabía apelación alguna. Ninguna decisión personal, por libre que pareciera, escapaba al peso de lo inexorable. El único acto de

libertad de su vida en aquellos años infernales había sido amar a Isabel, a pesar de que ella no le correspondiera.

Había aprendido a vivir al día desde el estallido de la sublevación de las fuerzas de África, cuando estuvo a punto de morir por unas fiebres altísimas cuyo origen no supo averiguar ningún médico. Recordaba todo como un interminable delirio: el fracaso del levantamiento en Madrid y en el resto de las grandes ciudades, la división de España en dos campos, el caos y el terror de los primeros meses en la capital, el avance imparable de los rebeldes hacia Madrid y aquel perpetuo desasosiego por la ausencia de Isabel, a la que no había dejado de extrañar ni un solo día desde el comienzo de su noviazgo con el capitán Broto.

Las fiebres le mantuvieron hospitalizado todo aquel mes de julio en el hospital militar de Carabanchel. Aunque se le pasaron en los primeros días de agosto, tuvo que convalecer en su casa a causa de su extrema debilidad. Allí estuvo al cuidado de una vecina, cuyo marido trabajaba en las cocheras del tranvía. Era una mujer joven que, pese a estar embarazada, le hacía la comida, le cambiaba la ropa de la cama y le ayudaba en su higiene por unas pocas pesetas sin reparar en el riesgo de contagio. Afortunadamente, la mujer dio a luz sin complicaciones a una de las quince mil criaturas que nacieron en 1937 en el Madrid asediado. La pequeña había logrado salir adelante a pesar de las penurias, sobre todo gracias a la leche en polvo de los almacenes militares que él fue proporcionándole más tarde a su madre para corresponder a sus cuidados.

Cuando se reincorporó al Ministerio de la Guerra en septiembre, dos meses después de la sublevación, a Masip le dejaron en la inspección de cajas de recluta, ya que el gobierno de Largo Caballero tenía previsto abrir el reclutamiento forzoso a finales de aquel mes. El primer día de su regreso a su oficina en el palacio de Buenavista, todos sus compañeros le hicieron bromas a propósito de la bella y misteriosa joven que había ido a preguntar por él, poco después de la sublevación. La joven no les había dado su nombre y ellos tampoco le habían informado del paradero de Masip, porque no estaba el horno para bollos.

Masip se sintió feliz al enterarse que aquella misma joven que había amado en sus delirios, bajo la borrosa pasión de la fiebre, se había encarnado en su lugar de trabajo para saber de él durante su ausencia. Pero tampoco quería hacerse muchas ilusiones. Quizá sólo había ido a buscar al capitán Broto, del que nadie sabía nada desde la sublevación militar. Aunque si fuera así, habría sido más lógico que hubiera preguntado directamente a sus compañeros por la suerte de su antiguo capitán, en vez de interesarse por él.

Aquella misma tarde, al salir del Ministerio de la Guerra, había decidido presentarse en la casa de ella, en Sagasta. Hasta entonces no había percibido el ambiente opresivo de Madrid, con los rebeldes avanzando a sangre y fuego desde

Talavera de la Reina y las milicias imponiendo el terror en la capital, sin que nadie pudiera frenar ni a unos ni a otros. La ciudad parecía atravesada por un grito ahogado de desesperación y miedo. Las calles estaban casi vacías. Sólo había algunos transeúntes que parecían huir hasta de sus propias sombras.

Al llegar a Sagasta, había dudado entre subir a casa de Isabel o darse la vuelta y olvidarla para siempre. Estaba más frágil y desmejorado que nunca. Temía que ella fuera a mostrarse tan distante como antes de la guerra, cuando parecía que sólo le utilizaba para conocer a otros hombres, que era justo lo que había sucedido con el capitán Broto. Había sido precisamente el recuerdo de Broto el que le hizo recobrar la seguridad en sí mismo, ya que era la mejor coartada para volver llamar a su puerta.

A Isabel se la habían presentado en el verano del 35 unos amigos de Francisco Mercadal, que siempre estaban con la misma cantinela de que se parecía a Carole Lombard. No les faltaba razón, pero él siempre había encontrado en ella muchos más atractivos que este. Aunque su belleza a veces le intimidaba, su presencia le sosegaba y le hacía sentirse bien consigo mismo. Podía ser misteriosa, sin ser apática, y distante, sin ser impertinente. Quizás por eso le parecía que el gesto de ella que mejor reflejaba su carácter era cuando se rizaba, ensimismada pero sonriente, un mechón rubio que le caía a un lado de la frente pasándolo suavemente entre sus dedos.

Cuando se decidió a llamar a la puerta, descubrió sus ojos azules, sorprendidos, al otro lado de la mirilla. Nada más abrirle, Isabel se echó en sus brazos llorando. Masip supuso entonces que aquel tenientucho esmirriado que era él representaba para ella, en medio de la devastación de la guerra, uno de los pocos anclajes con su vida pasada. Desde aquel reencuentro habían transcurrido ya treinta meses, en los que Isabel había llenado su existencia, mientras la guerra se la vaciaba a diario con el horror y el miedo, las sirenas de alarma, los rugidos y los bombardeos de los aviones fascistas, los combates aéreos, los cañonazos, el hambre...

Al principio había temido incluso por su propia vida al conocer las detenciones de muchos militares profesionales, las sacas de las cárceles y los asesinatos de los comités revolucionarios. Un buen amigo suyo, Fermín Saleta, teniente coronel de caballería, retirado por la ley de Azaña, había desaparecido sin dejar rastro, y sabía que incluso Negrín había escrito al cuñado de Fermín, que había sido su ayudante de laboratorio, reconociendo la imposibilidad de darle razón de su paradero ya que al gobierno se le había escapado la situación de las manos.

A pesar de todo, siempre que paseaba con Isabel por las calles de la ciudad cercada, sobre las aceras cubiertas de cristales rotos por los bombardeos, se sentía feliz caminando sobre los restos de su vida en tiempos de paz, cuando ella le ignoraba. Y aunque le costaba reconocerlo, le gustaba aquel crujir del vidrio, porque sentía que aquella era la música que mejor se acompañaba a su nueva e inesperada dicha. Su amor por Isabel estaba unido a la desolación de la ciudad asediada, a las

largas colas del racionamiento, a los incendios de los edificios alcanzados por las bombas, a los ríos de agua de las cañerías rotas por las explosiones, a los muros acribillados por la metralla...

La guerra había unido sus destinos, y sólo la guerra los mantendría unidos. Así lo había asumido siempre, pero ahora no lograba zafarse de la idea de que él mismo estaba conspirando contra su propia felicidad, aquella negra felicidad fecundada por el drama, la tristeza y la escasez del Madrid asediado. Nada garantizaba que pudiera seguir amando a Isabel cuando los rebeldes entraran en la capital. Con la guerra, su amor estaba a salvo. La paz era el peligro.

Había pasado por la casa de Isabel al regresar de la «Posición Jaca» con la cartera que le habían encargado custodiar ante el pronunciamiento del coronel Casado. Ella no le había preguntado por el contenido de la cartera y, confiada, había accedido a esconderla en la caja fuerte de su padre, oculta en el comedor de la casa tras un carboncillo de Pérez de Villaamil que representaba a un grupo de embozados en una calle de Madrid.

Isabel había vuelto a colgar el cuadro, después de dejar la cartera en la caja fuerte. Al darse cuenta de que él la estaba observando fijamente, ella escondió sus manos tras su espalda, avergonzada.

—No las mires. Las tengo muy estropeadas —le dijo.

—No, si no estaba...

—Me estoy volviendo fea, por fuera y por dentro, por culpa de esta guerra.

Le había mostrado entonces sus manos enrojecidas, con la piel cuarteada por el frío y las labores que realizaba en su casa y en la embajada de la República Dominicana, donde atendía a huérfanos de guerra siempre que podía dejar a su madre al cuidado de alguna vecina.

—No te preocupes, la guerra terminará muy pronto. Te doy mi palabra —le había dicho él, tomando sus manos entre las suyas.

—Vais a rendir la República, ¿verdad? En la embajada no se habla de otra cosa.

—Vamos a negociar una paz honrosa, sin represalias —dijo él secamente.

—¿Sin represalias para quién? Para los militares profesionales como tú o tu jefe, Casado. Pero ¿y para mi hermano Francisco y los miles como él? —preguntó Isabel, agitada.

—Podrán salir de España los que lo deseen.

—Querrás decir los que puedan —le dijo ella, cortante, antes de dejarle solo en el salón y encerrarse en su habitación.

La había oído llorar detrás de la puerta, y no había dudado que lo hacía por Francisco y no por él, aunque ninguno de los dos estaría a salvo cuando acabara la guerra. Sabía que si fracasaban las negociaciones de Casado con Franco, él también tendría que exiliarse y decirle adiós para siempre. Ella no tenía nada que temer. De

alguna forma, y pese a la militancia comunista de su hermano, los Mercadal pertenecían al mundo de los vencedores, al mundo del capitán Broto. Era sólo una corazonada, pero no podía evitar pensar que Broto estaba al acecho fuera de Madrid, listo para el asalto, dispuesto a arrebatarse de nuevo a Isabel.

Le sacó de su agitado duermevela un eco de disparos y de explosiones que atravesó el respiradero de la estancia, que daba a la calle Alcalá. Oyó que alguien corría por la galería. Un soldado se detuvo ante su puerta apenas un segundo para decirle antes de seguir corriendo:

—El capitán Urzaiz le reclama en el puesto de mando.

Aquel mensaje, el recuerdo de la última conversación con Isabel, las órdenes recibidas de Urzaiz para que llevara unos manifiestos del Consejo al periódico *ABC*, las recomendaciones y los buenos deseos de sus compañeros, todo le presionaba en las sienas cuando salió de los sótanos de Hacienda enfundado en su guardapolvo y cojeando más que nunca debido a la tensión y el cansancio.

Había dejado aparcada su motocicleta en el patio del reloj, junto al Hispano blindado del general Miaja. Cuando estaba a punto de arrancar la motocicleta, entró en el patio a toda velocidad una camioneta descubierta del Cuerpo de Seguridad, que traía a cinco guardias enfundados en sus anchos abrigos. En uno de los asientos traseros había un hombre herido, con la cabeza caída sobre el pecho y la camisa desgarrada bajo el mono abierto. Los guardias abrieron una portezuela y lo sacaron a tirones de la camioneta. El hombre cayó al suelo como un saco. Masip se dirigió hacia él para ayudarlo a levantarse. Un guardia joven hizo ademán de cortarle el paso, pero al ver las barras de capitán en su gorra de plato se vio forzado a darle una explicación.

—Es uno de los principales cabecillas comunistas. Lo hemos hecho preso aquí al lado, en la Comandancia de Artillería, en la calle Arlabán —le dijo el guardia.

—Ese hombre está herido. Deben llevarlo a un hospital —protestó Masip.

Otro de los guardias, con divisa de sargento, le hizo señas al joven para que no diera más explicaciones y se acercó a Masip, diciéndole con voz ronca:

—Nos han dado órdenes de traerlo aquí.

Masip apartó al sargento como quien aparta a una bestia de carga y se inclinó junto al hombre caído. Vestía un mono azul marino con las insignias de comisario de artillería. Era moreno, con los rasgos agitanados. Tenía rotos la nariz y el labio superior, como por un culatazo de fusil, y le habían arrancado varios mechones de pelo. Su mano derecha estaba hinchada, con el índice desencajado. Respiraba con dificultad y mantenía cerrados los ojos, como reconcentrado en el dolor.

—Esto es cosa nuestra, capitán —oyó Masip detrás suyo.

Al volverse, descubrió a tres hombres de paisano, con sombreros y abrigos grises, con los que se había cruzado algunas veces en los sótanos. Antes de que pudiera decir

nada, dos de ellos levantaron al hombre como si fuera un pelele, y se lo llevaron en volandas hacia los sótanos. El que parecía ser el jefe se quedó mirando desafiante a Masip.

—¡No sé qué coño hacen ustedes ni me importa! —gritó Masip con rabia—. ¡Pero les recuerdo que este hombre es comisario del Ejército Popular de la República!

El hombre de paisano se dio la vuelta, como si no hubiera escuchado sus palabras, y descendió hacia los sótanos. Al salir a Alcalá con su motocicleta, Masip se apaciguó a la vista de la luz del atardecer sobre la Puerta del Sol. Se detuvo un instante bajo el umbral del portón de Hacienda para contemplar aquel cielo barroco, cuyo reflejo parecía enredarse en los adornos de la solitaria fachada del destruido palacio del Marqués de Torrecilla, sostenida frágilmente por unos andamios.

A lo largo de Alcalá y en las esquinas de Cedaceros y Gran Vía, Masip vio barricadas de sacos terreros guarnecidas por fuerzas de seguridad y soldados. En la calle de Sevilla, en la esquina con la de Arlabán, junto a la Comandancia de Artillería de la que acaban de traer detenido a aquel desdichado comisario, aguardaban órdenes las dotaciones de tres cañones Schneider, enganchados a la trasera de sendos camiones. Había también hombres armados, en actitud nerviosa, en las entradas del Casino, del Teatro Alcázar, de Bellas Artes y de los bancos de Bilbao, Español de Crédito y Central, así como en el portón de la iglesia de las Calatravas. Todos ellos llevaban brazaletes blancos, como había ordenado Casado, para distinguirse de los comunistas. La escena le recordó angustiosamente el despliegue de seguridad del día en que apareció asesinado Calvo Sotelo en el cementerio del Este.

Masip contempló durante un instante las dos cuadrigas de bronce que coronaban el Banco de Bilbao y las cabezas de elefantes que sostenían la balconada de la sede del Español de Crédito. Nunca había reparado con atención en aquellos ornamentos. Pensó en la derrota de Aníbal en las orillas embarradas del lago Trasimeno, camino de Roma, después de la hazaña del cruce de los Alpes. Pensó que la República, de alguna manera, había corrido la misma suerte. Después de haber realizado la gesta de levantar un ejército prácticamente de la nada, había sucumbido en los lodos de sus luchas internas.

Los hombres desplegados junto a los edificios del corazón burgués y financiero de Madrid le parecieron también la viva paradoja de la República. Se habían convertido en los celosos guardianes de todo aquello que la revolución había querido destruir al principio de la guerra. La República de trabajadores había terminado por empuñar las armas para defender los bancos, los casinos, las iglesias, todo cuanto representaba para los revolucionarios la explotación y el envilecimiento de las clases oprimidas. Era el final de un sueño... o de una pesadilla.

Los disparos y las explosiones habían cesado. Algunos hombres armados corrían hacia Cibeles. Masip aceleró su motocicleta en la misma dirección. Cuando frenó

ante el búnker de ladrillo y sacos terreros que cubría la fuente, vio los muertos provocados por la lucha. Estaban alineados sobre la escalinata de entrada al Palacio de Comunicaciones, cuyas piedras blancas parecían amortajadas por el sudario rosáceo del atardecer. Los cadáveres tenían cara de susto, como si les hubiera sorprendido la muerte en un juego de niños, mientras se escondían unos de otros entre las galerías y dependencias del edificio. Algunos apoyaban la cabeza en un peldaño de la escalinata y el cuerpo en el resto, igual que si descansaran. Densos regueros de sangre oscura empezaban a deslizarse hacia el paseo del Prado.

Algunos de los guardias y soldados que habían defendido el edificio hacían corro en torno a sus oficiales. Algunos hablaban de responder al asalto comunista atacando el vecino hotel Gaylord's, donde se habían alojado los asesores rusos durante toda la guerra y del que se sospechaba que habrían salido los asaltantes. Pero todo el mundo se olvidó de ello cuando un paisano que recordaba a un «gudari», con boina y chaquetón de paño a cuadros, comenzó a gritar desde uno de los contrafuertes del búnker que cubría la fuente:

—¡Negrín y su gobierno han salido de España en avión, con La Pasionaria! ¡Y la flota ha huido de Cartagena! ¡Nos hemos quedado de golpe sin gobierno y sin barcos!

Confuso ante aquellas noticias, entre el alivio por la marcha del gobierno y la inquietud por la espantada de la flota, Masip aceleró su motocicleta, escapando del lugar y de todos, los vivos y los muertos.

VII

La mujer le sonreía mientras tendía la mano derecha hacia el agua cristalina. Estaba sentada sobre una roca rodeada por la corriente, con las piernas recogidas por su brazo izquierdo. La brisa acariciaba su cabello rubio, que caía como un velo sobre su espalda. El cuerpo desnudo de ella era la promesa esperada y él deseaba verla cumplida en aquel instante, bajo la luz protectora del atardecer, extendida como una malla de filamentos cárdenos sobre la angostura por la que discurría el río. Pero cuanto más deseaba a la mujer, más esfuerzo le costaba llegar hasta la roca donde estaba ella. Y en un instante se vio cada vez más lejos, pero no porque la corriente hubiera crecido, sino porque el agua le impedía avanzar, cada vez más densa.

La mujer no se daba cuenta de lo que ocurría y seguía sonriendo y jugando con el agua. Él luchaba contra el río que lo arrastraba, viéndose incapaz de volver junto a ella, a pesar de sus rápidas brazadas. De pronto advirtió una fuerte pestilencia. Había llegado a un recodo donde el agua se remansaba en una pútrida ciénaga. La mujer quedó definitivamente fuera de su vista. Y entonces, en una y otra orilla, descubrió con espanto a los muertos.

Decenas de cadáveres, mecidos entre las aguas ensangrentadas, flotaban hinchados como odres ajados, entre algas pegajosas que se habían adherido a sus caras, vientres y extremidades azulados. Y en las orillas, junto a los muertos atollados entre las ramas espinosas que herían el agua, cientos de ratas negras se preparaban para el festín...

Había llamado entonces a gritos a Ahmed en la oscuridad. Quería sacudirse la pestilencia, secarse el agua viscosa que resbalaba por todo su cuerpo, olvidar los ojos de los cadáveres cubiertos por gasas gelatinosas como huevos de anfibio, perder de vista las colas raídas de las enormes ratas.

Al oír su nombre a voces, Ahmed despertó también lleno de pánico en el catre del cuarto del teléfono y se levantó a oscuras. Encendió una lámpara de carburo y, entrando en el dormitorio, la dejó encima de la mesilla, sin hacer ruido.

—Ahmed, necesito un buen afeitado —le dijo el teniente coronel Broto, disimulando los estragos de su pesadilla.

Broto interpretó enseguida aquel mal sueño como una secuela de la incertidumbre que había padecido en las últimas horas ante la sucesión de confirmaciones y desmentidos sobre la entrada en Madrid. La noche anterior todas las unidades del frente habían recibido órdenes para que reforzaran las posiciones de sus sectores. Aunque parecían instrucciones para una concentración previa a un ataque sobre Madrid, tales órdenes se justificaron después como una medida ante una posible

ofensiva roja en caso de que los comunistas vencieran en los combates dentro de la ciudad, que seguían oyéndose en la lejanía. Más tarde había llegado al búnker de Garabitas el comandante Muñiz con la noticia de que Negrín y sus ministros habían huido a Francia, y de que sólo restaba que Casado acordara la rendición con el Generalísimo, lo que podía ser cuestión de horas. Muñiz había hablado incluso de la posibilidad de que el propio Besteiro estuviera ya viajando a Burgos con este propósito.

Ahmed terminó de afeitarse en su dormitorio al tiempo que sonaba el toque de diana. Iba a ordenarle que le sirviera el desayuno cuando entró en el puesto de mando un teniente del Batallón de Bailén para anunciarle que traía a siete desertores rojos por si quería interrogarlos. Salió del refugio y se encontró ante un capitán, un teniente, tres cabos y tres soldados, todos ellos con las caras desencajadas por el miedo. Pertenecían a la 53.^a Brigada, y se acababan de fugar de sus filas por el Cerro del Águila, al sur de la Cuesta de las Perdices. Durante la noche se habían producido otras muchas deserciones en la Casa de Campo y por el palacete de La Moncloa se habían pasado una veintena de los antiguos guardias de asalto.

Broto se esforzó por mostrarse afable con los desertores, sobre todo con los dos oficiales, a quienes hizo entrar en el puesto de mando. Ordenó que les dejaran a solas y pidió a Ahmed que preparara café y bocadillos para los evadidos e hiciera traer mantas para los cabos y los soldados que permanecían fuera, puesto que sólo los dos oficiales venían enfundados en tabardos.

Cuando Ahmed regresó con dos tazas de café y dos bocadillos de sardinas, Broto advirtió que el capitán y el teniente miraban con recelo a su asistente, que siempre llevaba su goma colgada del cinto. Nunca habían visto a un moro desde tan cerca y debía de sorprenderles que les fuera a servir el desayuno como un mayordomo, en vez de degollarlos.

—¿Cómo están las cosas en Madrid? —les preguntó como a unos conocidos de toda la vida.

—No lo sabemos, señor —respondió apresuradamente el capitán, un tipo de maneras campechanas, con la nariz roja y los labios cortados, mientras mordía el bocadillo—. Oímos los tiros y las explosiones, como ustedes, pero desconocemos qué es lo que está ocurriendo realmente.

—¿Saben si se han retirado tropas de este frente para llevarlas a Madrid? —inquirió Broto con parsimonia, sabiendo que era una pregunta comprometida.

Los oficiales se miraron el uno al otro. Habló el teniente, con cara de haber trabajado siempre detrás de una ventanilla.

—No de nuestra brigada. Todos nuestros efectivos están en línea, ante las posiciones que guarnecen ustedes. Desconocemos lo que haya podido ocurrir en otras unidades.

—¿Su brigada está con Casado o con Negrín?

—La mayoría de los oficiales y comisarios están con Negrín, mientras que la tropa está a lo que le manden, como siempre. Nosotros no somos del partido. Hemos desertado al conocer que el jefe de nuestra división, el teniente coronel Zulueta, hombre de confianza de Casado, ha sido detenido en su puesto de mando de la Castellana por el comisario político de la división, Conesa, que es comunista.

—¿Saben que Negrín y sus ministros salieron ayer de España en avión? —les preguntó inesperadamente, como si se hubiera guardado la última carta.

—Entonces, eso quiere decir que la guerra ha terminado... —dijo el teniente, que se echó a llorar tapándose la cara entre las manos, mientras se agitaba dentro de su tabardo.

—Sí, esto es el final, señores. Es muy probable que mañana entremos en Madrid —respondió Broto con rotundidad.

Después habló de la vida que disfrutarían todos después de la guerra, de la vuelta de los días de fútbol en el Metropolitano y en Chamartín. Les preguntó por sus familias y compartió con ellos, asegurándose de que nadie en el puesto de mando pudiera oírle, su deseo de casarse con la mujer que le esperaba en Madrid y de la que no tenía noticias desde hacía casi tres años.

—Rezo todas las noches —dijo con tono confidencial— para que nuestra victoria sea generosa y no impida que todos los españoles nos demos un abrazo de hermanos.

Los oficiales no respondieron. Se dio cuenta de que aquellas palabras no eran para ellos más que una frase hueca. Por esta razón, al despedirlos a la puerta de su puesto de mando, los abrazó con dramatismo, para demostrar la sinceridad de su declaración. Vio marchar a los desertores hacia retaguardia, vigilados por sus hombres, mientras la niebla empezaba a levantar rápidamente.

El horizonte devastado del oeste de Madrid no tardó en aparecer ante su vista, como un paisaje pintado al fresco sobre un muro acribillado por la metralla. Pensó que, en realidad, no tardarían en entrar en la capital, fuera cual fuera el resultado de la batalla que se libraba en el interior de la ciudad. Si triunfaba Casado, lo más probable es que entraran por las buenas. Si ganaban los comunistas, lo harían por las malas.

Nada más regresar al interior del búnker, rompió el aire el estruendo de la artillería roja. Los proyectiles impactaron en la cara norte de Garabitas. De la techumbre de cemento y ladrillo de su puesto de mando cayeron las cortinas de polvo que seguían a todo cañonazo cercano. Miró su reloj suizo, que parecía una miniatura en su ancha muñeca. Eran las nueve de la mañana. Aquel disparo no era precisamente una salva de bienvenida para los libertadores de Madrid. Antes de que el teniente Ferrer hiciera su entrada en el puesto de mando para informarle, él ya había adivinado por qué disparaban los rojos desde la Dehesa de la Villa.

—A las órdenes de usted. El coronel Losas está subiendo al observatorio. Viene

con visitas. Son tres coches —le dijo el teniente.

Todos los caminos de Garabitas, salvo el que descendía hacia la tapia de la Casa de Campo, quedaban a la vista de los observatorios enemigos del otro lado del Manzanares, e incluso en los días de niebla los motores de los vehículos que circulaban por el cerro eran perfectamente audibles en la distancia. El punto que los artilleros enemigos tenían mejor enfilado era la «curva de la muerte», donde se cruzaban la carretera que bajaba de Garabitas y la que corría en paralelo a la tapia que bordeaba el río, por donde marchaban los camiones con los suministros para la Ciudad Universitaria.

En cuanto los rojos descubrían las caravanas de Packards, Buicks, Hispanos o Rolls con altos mandos, corresponsales o visitantes ilustres, siempre lanzaban algún bombazo sobre Garabitas. Esta era la razón por la que a Broto le irritaban tanto las excursiones al frente organizadas por el coronel Losas para sus invitados, ya que ni siquiera tenía la deferencia de avisarle de ellas con antelación, al menos para poner en guardia a sus hombres, que siempre se llevaban la peor parte ante los inevitables cañonazos del adversario.

Sabía que el coronel Losas iba a trasladar aquella misma mañana su puesto de mando desde Móstoles a la plazoleta de la Casa de Campo, donde se encontraba la comandancia de la infantería de la división. Aquella era otra de las señales que le animaban a pensar en la inminente liberación de Madrid. Si Losas había decidido cambiar su confortable cuartel general en Móstoles por una madriguera de la Casa de Campo, era porque sabía que no iba a pasar mucho tiempo antes de instalarse en un lujoso hotel de la capital, como el Palace o el Ritz.

Desde que estaba a sus órdenes, la actitud de Losas hacia él siempre había sido fría y cortante, rayana en el desprecio. Achacaba aquel trato al hecho de que Losas no le perdonaba que hubiera servido antes a jefes como Sáenz de Buruaga o Barrón, que ahora gozaban de la máxima confianza del Generalísimo, al contrario de lo que parecía ocurrirle a él. Aunque le había concedido el mando de la 16.^a División, lo cierto es que Franco debía de tener algún motivo para desconfiar de Losas. Sólo así podía explicarse que lo hubiera mantenido toda la guerra en un frente pasivo como era el de Madrid. Al fin y al cabo, Franco y Losas habían sido compañeros en África, y los celos y envidias entre los africanistas tenían efectos tan duraderos como la sífilis contagiada por las putas del Rif.

Desde el principio de la guerra, el coronel Losas había hecho méritos como para mandar un cuerpo de ejército. El mismo 17 de julio había declarado el estado de guerra en Alcazarquivir y se había apoderado del aeródromo de Ammara y de la plaza de Larache, después de cuatro días de combates contra los militares leales al gobierno y los obreros izquierdistas, contra los que dirigió después una cruenta represión. Había sido también uno de los primeros en mandar tropas a la península a

través del Estrecho, a bordo de hidroaviones, hasta Algeciras.

Cuando se produjo el ataque sobre Madrid, en noviembre de 1936, Losas estuvo al frente de una de las cuatro columnas que protagonizaron el asalto frontal contra la ciudad. Sus fuerzas ocuparon el palacete de la Moncloa y fueron las primeras en sufrir la guerra de minas en el Hospital Clínico. Cuando parecía que iba a protagonizar una carrera fulgurante, el Generalísimo le dejó abandonado en el frente de Madrid. Broto no podía poner la mano en el fuego, pero sospechaba que Losas venía rumiando desde hacía tiempo su desquite contra el Caudillo, y que él mismo estaba siendo el aperitivo de aquella venganza.

A Broto tampoco le gustaba Losas. Era un tipo de 52 años, ocho más que él, pero aparentaba menos edad gracias a su extrema delgadez, que solía disimular bajo la chilaba gris de los regulares. Su mejilla derecha estaba marcada por una cicatriz causada por un tiro de fortuna en el asalto a la Loma de los Morabos, durante el desembarco de Alhucemas, cuando era capitán. La bala le atravesó la boca de lado a lado y le salió por el ángulo del maxilar izquierdo, donde tenía otra cicatriz apenas visible.

Aquella mañana, Broto sufrió de nuevo el trato hiriente de su jefe de división. Losas descendió de su Packard al pie del observatorio de Garabitas y cuando él le tendió la mano después de hacerle el saludo, Losas le ignoró y se dirigió hacia el otro lado del vehículo, donde ayudó a bajar a una elegante joven con un abrigo negro y las manos enfundadas en un manguito de piel. La mujer le dio las gracias en italiano, idioma en el que hablaban también los demás visitantes, dos paisanos y tres militares. Uno de estos, completamente calvo, llevaba la insignia de la división «Littorio», y a Broto le pareció que tenía la misma cara de mercader de esclavos que Mussolini.

Cuando Losas y los visitantes italianos empezaban a bajar las escaleras que conducían al interior del observatorio, Broto aprovechó de nuevo para hacer notar su presencia y le dio las novedades a su superior, informándole del aumento de la circulación de camiones entre El Pardo y Madrid, prueba de que se estaban trasladando tropas de los frentes para alimentar los combates en la ciudad. Después, se armó de valor y le preguntó a Losas a bocajarro:

—Mi coronel, ¿sabe cuándo entramos en Madrid?

Losas hizo como si no le hubiera oído, por lo que Broto decidió dar un rodeo:

—Mi coronel, ¿sabe si el socialista Besteiro ha ido a Burgos a entrevistarse con el Caudillo?

Aquella pregunta consiguió incomodar a su jefe de división, que no podía soportar la idea de que él dispusiera de aquel tipo de información, en teoría reservada a los altos mandos.

—El Generalísimo sólo quiere tratos con militares profesionales —contestó Losas con cara de fastidio.

Al ver que Losas le daba la espalda y comenzaba a bajar las escaleras del observatorio junto a sus invitados, Broto decidió regresar a su puesto de mando. Saludó al alférez de transmisiones en la habitación del teléfono y le dio órdenes de no molestarle. Luego se encerró en su habitación, sacó a rastras el arcón de debajo del catre y cogió una botella de coñac para seguir cauterizando su antigua herida, abierta desde aquel 17 de julio de hacía casi tres años, día en que salió de Madrid para pasar el permiso de verano en el pueblo de sus padres.

Al llegar en tren a Zaragoza, la ciudad estaba inquieta por los rumores del levantamiento del Ejército de África. Se había alojado en casa de un viejo compañero de la Academia de Toledo, con el que estuvo toda la noche escuchando la radio, intentando conocer el verdadero alcance de la insurrección en el territorio peninsular y las medidas que estaba adoptando el gobierno de Casares. Al día siguiente quiso emprender el viaje a casa de sus padres, con más motivo si cabe, pero su amigo le aconsejó permanecer en la ciudad, ya que en las carreteras a Huesca había partidas armadas de obreros y campesinos. Días después llegó la noticia de que el pronunciamiento había fracasado en Madrid con un sangriento asalto al Cuartel de la Montaña. Tomó entonces la decisión de quedarse en la zona alzada, con la esperanza de que fuera Isabel quien pudiera salir de la capital para reunirse con él.

Al enterarse de que había llegado a la península un superior suyo en África, el coronel Sáenz de Buruaga, solicitó sumarse a sus fuerzas en el frente de Madrid, confiado en una pronta liberación de la capital. Así empezó su calvario. Al desasosiego ante la vista de aquel Madrid inexpugnable que aprisionaba a su amada Isabel, se unió la inquina del coronel Losas, a cuyas órdenes quedó al crearse la 16.^a División. Aunque fue habilitado como teniente coronel y se le concedió el mando de un regimiento de la división, no cejó a la hora de solicitar el cambio de destino para evitar la vista de Madrid que tanto le torturaba. Pero Losas rechazó todas y cada una de sus solicitudes, asegurándole que había órdenes del Generalísimo de que no salieran ni un hombre ni un fusil más del Ejército del Centro.

En agosto del 38, Losas le asignó el mando del flanco derecho de la Ciudad Universitaria, el sector más cercano a las calles de Madrid, con la excusa de una reorganización del frente que ocupaba la división. Fue entonces cuando empezó a sospechar que Losas estaba al tanto de su secreto y que aquella orden no tenía más propósito que agravar su calvario. En aquellos infernales días de verano, no tuvo más remedio que trasladarse con su unidad a aquel desierto de escombros donde no había más sombras que las que procuraban las ruinas, ni más frescos que el agua traída a lomos de mula en botijas y bidones. Dispuso a sus hombres entre el Hospital Clínico, el Parque del Oeste y la «pasarela de la muerte» sobre el Manzanares, pero al decidir la ubicación de su puesto de mando, quiso demostrar al coronel Losas que aceptaba su desafío con entereza.

Hasta entonces, todos los jefes de aquel sector habían fijado su puesto de mando en la moderna Escuela de Arquitectura, entre la Casa de Velázquez y el Stadium de la Universitaria, que contaba incluso con un quirófano. Pero él prefirió el lugar más expuesto a los peligros de la guerra y a las tentaciones del corazón: el Asilo de Santa Cristina, cuyos pabellones distaban sólo unos centenares de metros de la plaza de la Moncloa y las primeras calles de Madrid.

Si el coronel Losas conocía su debilidad, seguramente habría pensado que en aquellas posiciones él no podría resistir el impulso de desertar hacia la capital. De hecho, el mismo día de su llegada a su nuevo sector se acercó al observatorio del Instituto Rubio y pudo ver con todo detalle las calles sin vida de Isaac Peral, Donoso Cortés, Joaquín María López y Cea Bermúdez, cruzadas por barricadas de ladrillo, adoquines y cemento tras de las que se apostaban los defensores. Los edificios, con las fachadas derrumbadas, parecían casas de muñecas con sus habitaciones a la vista, en las que se descubrían camas, armarios y todo tipo de enseres cubiertos de escombros.

Apenas dos días después de haberse instalado en el Asilo de Santa Cristina, salió a inspeccionar las posiciones del Parque del Oeste. De pronto, la tierra tembló como si un enorme monstruo de las profundidades estuviera a punto de aparecer bajo sus pies. El enemigo había hecho estallar una gran mina bajo el Asilo. Tuvo tiempo de ver el surtidor de fuego y tierra causado por la explosión. Después supo que en las posiciones del Instituto Nacional de Higiene había caído del cielo, despedazado, uno de los soldados sorprendidos por la mina. La deflagración dejó sepultados a treinta legionarios de la 10.^a Bandera y causó otros ocho muertos en el Batallón de Toledo.

Broto se figuró enseguida que Losas le reprocharía que hubiera elegido para situar su puesto de mando un lugar tan expuesto a las minas como el Asilo, en vez de quedarse en la Escuela de Arquitectura como todo el mundo. Aquella voladura había causado además una gran impresión en sus hombres, no sólo por el elevado número de bajas, sino también porque desfiguró el rostro de una escultura en mármol de la Inmaculada que se veneraba en el Asilo. La imagen había perdido la nariz, un ojo y parte de la frente. A Broto le pareció que había sido mutilada en su divinidad, ya que ahora semejaba una estatua pagana.

Broto tenía clavado en su memoria otro suceso que Losas había aprovechado para humillarle. Había sucedido cinco meses atrás, unos días antes de que la aviación bombardeara Madrid con barras de pan blanco, coincidiendo con el Día de la Raza. La «pasarela de la muerte» tendida sobre el Manzanares, por la que se abastecía a las fuerzas de la Ciudad Universitaria, fue destruida por la artillería roja después de dos días de bombardeo, que dañaron también las obras del nuevo puente que estaba construyendo el batallón de zapadores. Aquel cañoneo, al que se respondió con un bombardeo de castigo sobre la ciudad, fue el más duro que había sufrido la pasarela

desde que fuera tendida en noviembre de 1936. Según anotó en su diario de operaciones, el 10 de octubre cayeron sobre su sector 141 proyectiles del quince y medio disparados desde la Dehesa de la Villa, y al día siguiente, otros 154 del mismo calibre, además de 37 morterazos lanzados desde el Cuartel de la Montaña.

Su regimiento, que sufrió decenas de bajas a causa del bombardeo, fue relevado de aquellas posiciones a los pocos días. Aquel relevo le enfureció, ya que lo interpretó como un castigo por la destrucción de la pasarela, de la que no había sido responsable, aunque se imaginó de nuevo que el coronel Losas le habría culpado de ello. Para colmo de la humillación, a mediados de enero recibió orden del cuartel general de la división para que estuviera presente en la inauguración del nuevo puente del Generalísimo sobre el Manzanares, una obra en hormigón que permitiría por vez primera el paso de vehículos hasta el puesto de mando de la Ciudad Universitaria, situado de nuevo en la Escuela de Arquitectura. En este mismo edificio iba a abrirse también el Hogar del Combatiente, al que prestarían asistencia las damas de frentes y hospitales.

A la inauguración del puente y del Hogar del Combatiente tenía previsto asistir el mismísimo general Saliquet, jefe del Ejército del Centro. Aquel día, alegando que se encontraba enfermo, Broto no salió de su puesto de mando. No quería ofrecer a Losas la ocasión de señalarle ante los altos mandos como el culpable del final de la antigua pasarela. Incluso rehusó ponerse al teléfono cuando le llamaron insistentemente del cuartel general de la división para confirmar si acudiría al acto.

Cuando Losas le adjudicó finalmente el mando sobre el sector de Garabitas, ya no tuvo ninguna duda de que el jefe de su división había decidido cebarse de nuevo con él a cuento de su desgracia. Aquel destino en Garabitas le forzaba a ver todas las mañanas la ciudad ansiada desde su puesto de mando. Y allí seguía, cuatro meses después, intentando quemar su desasosiego entre las llamaradas que el coñac dejaba en su garganta, mientras el día se iba consumiendo sin ningún signo de victoria, entre las noticias que Unión Radio daba desde Madrid y que reflejaban la crítica situación de las fuerzas de Casado dentro de la ciudad.

Antes de cenar, como cada noche, el teniente Ferrer le informó de las novedades. La batería roja de la Dehesa de la Villa había efectuado un total de treinta y cinco disparos sobre su sector, pero sin causar bajas. Tampoco las había producido otra batería enemiga del diez y medio que estuvo disparando sobre la carretera de Castilla y la Casa de Vacas. El tráfico de vehículos entre Madrid, El Pardo, Fuencarral, La Playa y Puerta de Hierro había disminuido considerablemente. A lo largo del día habían sobrevolado la capital, con diferentes rumbos, medio centenar de aviones de todas clases. Ferrer terminó informándole de que un grupo de soldados rojos habían salido sin armamento de sus trincheras, frente al palacete de la Moncloa, pero cuando los centinelas les invitaron a pasarse, se dieron la vuelta.

—Señor Ferrer, nunca pensó que fuéramos a entrar tan pronto en Madrid, ¿verdad? —le preguntó Broto, con la lengua adormecida por el coñac.

—Hace tiempo que me dejó de importar que entráramos en Madrid o no. Estoy vivo. Es lo único que sé y lo único que me importa.

Broto permaneció en silencio y apenas probó bocado del potaje de garbanzos que les sirvió Ahmed para la cena. Después se bebió tres vasos de coñac mientras el teniente Ferrer y el alférez de transmisiones hablaban de cine. No dejó de pensar en las palabras de aquel joven teniente tan parecido a Alfonso XIII, en las que había descubierto al estudiante cansado de una guerra que no estaba dentro de los planes de su vida. Cuando los vapores del coñac le arrastraban ya en espiral hacia la somnolencia, sonó el teléfono. Ferrer se levantó a coger el aparato. Broto oyó las fórmulas de rigor, pero al final de la conversación descubrió una vibración nueva, excitada, en la voz de su siempre sereno ayudante.

El teniente Ferrer colgó el aparato con extremada lentitud, como si estuviera eligiendo cuidadosamente las palabras que iba a decir:

—Era el ayudante del comandante de la infantería divisionaria, con órdenes de que el Batallón de Bailén se prepare, con toda la dotación y la manta en bandolera, para una operación.

Broto se puso en pie como poseído y empezó a girar alrededor de la mesa, dándose puñetazos con la mano derecha en la palma de la izquierda, mientras hablaba atropelladamente.

—Lo sabía, lo sabía... Son las órdenes para la ocupación de Madrid, las que tengo en mi mesa... El Batallón de Bailén irá en cabeza... Qué tíos, menuda suerte... Así es que lo de Casado está hecho... Nos abrirá el frente...

Después de ordenar a Ferrer que hiciera venir a los comandantes del regimiento, se dirigió a su habitación. De un cajón de la mesa extrajo una carpeta de cuero, de la que sacó tres folios mecanografiados en tinta azul claro. Era la orden de operaciones que había recibido hacía una semana, con fecha del pasado 8 de febrero, y que estaba redactada de acuerdo con las instrucciones de Franco para ocupar Madrid en caso de que el enemigo rindiera o abandonara la ciudad. Releyó la orden musitando, como si fuera un texto sagrado:

Objeto: ocupar la línea de fortificaciones enemigas en caso de producirse la rendición de sus guarniciones o evacuación de las mismas... Ejecución: ocupación de las líneas del Manzanares sin que en ningún caso se tomen núcleos importantes de edificación, ni se combata para vencer resistencias serias... Tercer Regimiento: con el Batallón de Bailén y destacamento de Zapadores Minadores, ocupará la orilla derecha del río, entre el Puente de San Fernando (carretera de La Coruña) y Puente de los Franceses, en forma análoga a los otros Regimientos... Se prevé una segunda fase de esta operación, en la que toda la División se concentrará en reserva de

Cuerpo de Ejército en la Plaza de la Moncloa e inmediaciones...

Salió de su habitación con la orden de operaciones para reunirse con los tres comandantes, que le esperaban ya en torno a la mesa, de la que Ahmed había retirado los vasos y platos de la cena con diligencia. El teniente Ferrer había desplegado sobre ella un plano militar del sector y un plano de Madrid con un gran sello de la Falange clandestina.

—Señores, ha llegado la hora —dijo Broto, sin poder disimular su excitación—. He recibido órdenes de que el Batallón de Bailén esté listo para efectuar la operación dispuesta por el Generalísimo para ocupar Madrid, operación que ustedes ya conocen. Espero que de un momento a otro me concreten en el puesto de mando de la división el verdadero alcance de la maniobra y si hay modificaciones respecto a la orden que obra en mi poder. Pero no hay duda de que...

El timbre del teléfono le interrumpió. El alférez de transmisiones atendió la llamada y no tardó en confirmar sus palabras: le requerían para una reunión de mandos en la plazoleta de la Casa de Campo, junto con el comandante Barrinaga, jefe del Batallón de Bailén. El comandante Muñiz les ofreció su Peugeot y su chófer, con el que había acudido a la cita, para que no se demoraran, ya que el coronel Losas no perdonaba los retrasos.

Una vez en el coche, y lejos de apaciguarse, Broto se mostró aún más exaltado. Pensó que la orden de avance tenía que venir directamente del cuartel general de Franco. El Generalísimo no estaba dispuesto a que se volviera a repetir el «¡No Pasarán!». Era la única humillación que había sufrido en la guerra. La derrota de Guadalajara la padecieron los italianos, y en Brunete, Belchite, Teruel y el Ebro siempre había logrado desquitarse del golpe inicial de los rojos. Pero Madrid era distinto, pensó. Franco llevaba clavada tan dentro la derrota ante la capital, que debía de haber decidido pactar con Casado antes que volver a fracasar en el asalto a la ciudad. Por esta razón, dedujo que el avance que se preparaba estaba ordenado por Franco, lo que significaba que dentro de unas horas entrarían en Madrid sin pegar un solo tiro.

Tan ensimismado estaba en aquellos pensamientos que no prestó atención al comandante Barrinaga hasta que este se le echó encima cuando el coche en el que iban giró bruscamente en una curva. Nunca había cruzado una palabra con Barrinaga que no fuera sobre la guerra. Pero en aquel breve viaje hacia el corazón de la Casa de Campo adonde habían sido llamados, en el instante previo a la reunión en la que se les concedería a ambos el privilegio de liberar Madrid, tuvo la necesidad de hablar con él de hombre a hombre.

—Estamos vivos, comandante. Es lo único que sabemos y lo único que debe importarnos —dijo, celebrando en medio de la noche las palabras del estudiante Ferrer.

Barrinaga no tuvo tiempo de contestar porque en ese momento el coche frenó en seco, pero no dejó de achacar la expresividad de su superior al efecto del coñac, al que le apestaba el aliento, como si saliera de la embocadura de un viejo alambique. Habían llegado al puesto de mando de la división, un refugio subterráneo a cuyas puertas había una sorprendente calma. Broto y Barrinaga se guiaron entre los estrechos pasadizos hasta el lugar de la reunión. Al entrar en la sala, Broto advirtió la presencia de varios jefes y oficiales alrededor de una mesa y bajo la luz de una bombilla velada por el humo del tabaco. Allí estaban el comandante de la infantería divisionaria, los jefes del primer y segundo regimientos, el comandante general de la artillería, el comandante de ingenieros y el jefe de sanidad.

A quien no esperaba ver, por el carácter de paseo militar que suponía a la operación proyectada, era al jefe de los capellanes, que también había acudido a la reunión. Estuvo tentado de hacer un comentario irónico acerca de la presencia del «páter», cuando el coronel Losas se dirigió a él desde el otro lado de la mesa, donde estaba sentado junto a su jefe de Estado Mayor:

—Teniente coronel Broto, queda usted destituido. Entregue inmediatamente el mando de su regimiento. Regrese a su puesto de mando y espere instrucciones —le espetó con su voz atiplada, cortando el aire de la estancia.

—A la orden de usted —respondió él con el rostro ardiendo, como si acabara de recibir un fustazo en plena cara.

Acto seguido salió de la estancia, se subió al coche del comandante Muñiz e indicó al mecánico que regresara al búnker de Garabitas. Al llegar a su puesto de mando, advirtió la extrañeza de los comandantes Muñiz y Nicolás al verlo regresar tan pronto. No les dijo nada, entró en el cuarto del teléfono, donde se encontraba el alférez de transmisiones, y cerró la puerta tras de sí.

—Arranque usted el teléfono —le ordenó Broto.

—Señor, ¿pero cómo voy a hacer tal cosa? —protestó el alférez.

—Muy fácil. Así —contestó Broto, agarrando el cable que caía de la mesa y arrancándolo con violencia de la pared.

Después tiró el teléfono al suelo de un manotazo y salió del cuarto. Sin cruzar una palabra con Muñiz y Nicolás, se metió en su habitación. Sacó de un baúl unas botas cortas y se las cambió por las de caña que llevaba puestas. Luego tomó la fotografía de Isabel y la guardó delicadamente en el baúl, junto a sus espuelas de África. Cuando salió de nuevo de su habitación, se topó con la mirada paternal del viejo comandante Muñiz.

—Adiós, señor Muñiz, ya sabrá de mí...

Después de subir de nuevo al Peugeot, ordenó al mecánico que le trasladara al túnel del ferrocarril Madrid-Irún, en el camino de Antequina, junto a la Casa de Vacas, donde estaba el límite de las posiciones del Batallón de Argel y del Tabor de

Larache. Cuando llegaron al túnel, dijo al mecánico que parara el coche. Bajó la ventanilla trasera y se quedó observando unos minutos entre las siluetas de los pinos. Hacía mucho viento en aquel paraje, pero aún así podía oír perfectamente la voz que ya le había hablado en el camino de Garabitas, después de salir del puesto de mando de la división. Pasados unos minutos, le indicó al mecánico que le llevara a la comandancia del Batallón de Argel. Cuando ya habían recorrido unos doscientos metros, le mandó detener de nuevo el coche, se bajó de él y le dijo que le esperara.

Reconoció también aquel lugar, al que llamaban el Barranco de La Granjilla. Allí estaban las trincheras de primera línea del Batallón de Argel, junto a la carretera de Castilla. Se palpó instintivamente la pistola Star que llevaba al cinto y se encaminó hacia primera línea, mientras las encinas se estremecían bajo las rachas del viento, que soplaba cada vez más fuerte.

Advertidos de la llegada del coche, no tardaron en salir a su encuentro un sargento y un cabo de guardia, que estaban haciendo la ronda. Aquellos hombres, que debían de tener más de treinta años, le parecieron envejecidos por las labores del campo y por la miseria. La guerra les había lanzado a las trincheras caprichosamente, lo mismo que aquel vendaval nocturno arrastraba la hojarasca al pie de los postes que sostenían las alambradas.

El sargento y el cabo reconocieron a Broto con inquietud. El sargento ya le había visto aparecer de madrugada por la primera línea en alguna ocasión, con la misma gorra de jefe de regulares, la misma cazadora de cuero negro, el mismo pantalón caqui.

—Sargento Luján y cabo Borrajo, primera compañía, a las órdenes de usted —dijo el sargento, con voz cavernosa—. Sin novedad. Si nos permite, le acompañaremos...

—No es necesario, retírense —contestó Broto.

—Insisto, señor. Permítanos...

—Sargento, retírense...

Caminaban ya por la trinchera de primera línea. Broto se chocaba una y otra vez con las paredes. El viento soplaba por encima de la trinchera y su silbido se le arremolinaba en la cabeza y se convertía en la voz que volvía a decirle una y otra vez que tenía que hacerlo, no tenía nada que perder, no tenía que sentir miedo, no tenía otra elección...

El sargento y el cabo dejaron de insistir y optaron por retirarse. Vieron perderse a Broto en un recodo de la trinchera, como una sombra en un sueño extraño. Cuando volvían al puesto de guardia, escucharon una voz al otro lado de las alambradas. Alertados, se dirigieron al puesto de avanzadilla más cercano, donde encontraron al centinela, apuntando el fusil con tensión hacia la oscuridad.

—Mi sargento... el centinela del otro puesto... ha dado el alto a alguien —dijo el

soldado balbuceando.

Corrieron hacia el otro puesto y descubrieron al soldado agachado en su pozo de tirador, haciéndoles gestos para que guardaran silencio. Estaba más sereno que su compañero.

—Joder, he oído pasos en la hojarasca —susurró el centinela— y he dado el alto. Me han respondido: «No tires, que soy el teniente coronel...».

De pronto, se oyeron unos disparos. Sus ecos resonaron como si la oscuridad fuera una infinita plancha de metal. El sargento y el cabo echaron a correr de nuevo. Llegaron en el momento en que el soldado de otro puesto estaba metiendo un nuevo peine en el fusil, excitado.

—Mi sargento, he visto un hombre junto a las alambradas. Luego he oído que alguien daba el alto, y después he visto que el hombre se alejaba hacia las líneas rojas. He disparado creyendo...

El soldado se quedó con la palabra en la boca. El sargento y el cabo estaban ya volviendo sobre sus pasos, pero el centinela pudo descifrar algunas palabras que la voz cavernosa del sargento iba diciendo, confundidas con el viento.

—... el teniente coronel... desertando al enemigo...

VIII

Le gustaba balancearse sobre la silla de enea porque le recordaba el cuarto de estar de su casa, cuando se arrellanaba en la mecedora de su madre, frente a la ventana abierta, por la que entraba gozosamente el rumor de la vida en la calle. Ahora estaba sentado ante su chabola, apoyado en el quicio de la puerta, contra el que hacía chocar su espalda rítmicamente. Se había enfundado un mono caqui, el atuendo más cómodo para la vida en trincheras, pero con la caída del sol empezó a sentir frío.

Tenía una pipa de madera rojiza apagada entre los dientes. Estaba solo, como siempre a la hora del atardecer. Era una costumbre que se había hecho respetar sin saber cómo. Ante su vista tenía la pared de la trinchera, tierra parda de la Casa de Campo apuntalada por tablones y coronada por arbustos de brezo y algunos pinos en cuyos troncos la metralla había perforado la corteza como un pájaro furioso.

Si alzaba la cabeza un poco y miraba hacia el norte, podía ver las ruinas del palacete de La Moncloa, encaramado sobre un dédalo de trincheras que dominaba lo que habían sido viveros y huertos en la orilla izquierda del Manzanares. El ocaso encendido más allá de la sierra de Guadarrama imprimía un brillo de mosaico árabe a los muros torturados del palacete. Si se lo proponía, podía ver en ellos los reflejos del Guadalquivir en la Torre del Oro para sentirse como en casa.

Pensó que escribiría a su madre antes de acostarse. Desde aquel balazo que le había achatado la punta del codo en Teruel, el alférez Juan Costales tenía por costumbre mandar carta a su casa en Sevilla cada dos días. Se lo había prometido a sí mismo. Desde lo de su herida, le gustaba que los demás le supieran vivo para saberse vivo él mismo. En la guerra había descubierto que tenía ese defecto: no sabía vivir sino a través de los demás.

Nunca decía la verdad en sus cartas, pero no por escapar de la censura de la correspondencia, sino por atenuar a su madre la angustia de tener a su hijo único en el frente de Madrid. Su madre creía que la guerra seguía siendo como al principio: una carnicería diaria, con asaltos de día y de noche, luchas casa por casa, calle por calle, a degüello y a bayonetazo limpio. Ahora, en la vida de trincheras, la muerte se había convertido en un trance rutinario, como hacer guardia, dormir, cavar, comer... Incluso había visto morir a algunos de sus hombres con expresión de hastío. Para no intranquilizar a su madre, nunca le hablaba de los morterazos, los francotiradores, las minas subterráneas o la artillería. Tampoco le diría nada esta vez de los disparos que les había dirigido la batería roja de la Dehesa de la Villa aquella misma mañana.

Aquella noche escribiría a su madre para tranquilizarla por completo. Imaginaba su cara morena, su belleza triste y andaluza, iluminada como por un fogonazo al leer

su carta:

—*La guerra toca a su fin, madre. O, mejor dicho, por fin la guerra ya no toca. Estamos a punto de entrar en Madrid sin disparar un solo tiro...*

Quería contarle lo que sabía de la rebelión de Casado y Besteiro, cuyas alocuciones contra el gobierno de Negrín había escuchado en la noche del domingo. Tendría que volver a explicar a su madre lo que era una radio de galena. En cada chabola había al menos un aparato. No eran difíciles de fabricar. Las mejores estaban montadas sobre cajas de puros canarios. Lo difícil era conseguir unos auriculares, a menos que uno tuviera un buen amigo en transmisiones.

El alférez Tello tenía una radio de galena insuperable, no había una igual en todo el frente. Solía pasarse las horas escuchando las emisoras de Madrid en la chabola de Tello. Eso ya se lo había escrito alguna vez a su madre, lo mismo que le había hablado una y mil veces de su admiración por Tello.

Tello tenía veintidós años, y aunque sólo era dos mayor que él, se le adivinaba ya la cara que tendría de viejo, porque la frente le caía demasiado arrugada sobre sus ojos pequeños y lucía una calvicie más que incipiente. Envidiaba su modo de sacar partido a los placeres de la vida, aunque ello contradijera el valor con el que solía jugarse el pellejo.

Alguna vez le había dicho a Tello que le recordaba a aquel capitán de los tercios, Diego Acuña, al que Eduardo Marquina hacía decir: «España y yo somos así, señora». Era una frase que a Tello le venía que ni pintada, pues la guerra no había logrado quitarle su aire de estudiante despreocupado de Valladolid, más aficionado a perseguir faldas por el Campo Grande que a abrir los libros de leyes. Ni siquiera parecía haber cambiado con el susto que le dieron los falangistas el 18 de julio, cuando se lo llevaron detenido de su casa, acusándole de ser uno de los «pacos» que llevaban disparando todo el día desde los tejados.

Tello había estado oyendo la radio en la casa de unos vecinos, la familia de un ingeniero con diez hijos, sobrinos de aquel Cossío periodista cuyo hijo pequeño, Manolo, moriría luego en la defensa de Quijorna. Uno de los chavales del ingeniero subía las escaleras cuando bajaban detenido a Tello. El muchacho, que apenas tenía doce años, se plantó en medio del rellano y se encaró con los falangistas, diciéndoles que Tello no podía ser uno de los francotiradores porque había estado en su casa todo el día, con sus padres.

A los falangistas les impresionó tanto el coraje con el que el chico defendió la inocencia de Tello, que lo liberaron en aquel mismo instante. Aunque lo que realmente les dejó de piedra fue que el propio Tello les diera al final un par de duros para que se tomaran un vino a su salud.

—Soy el único hombre en el mundo que le ha pagado una ronda a su piquete de ejecución —solía decir Tello cuando recordaba la historia, que remataba contando el

atracción que se dio el muchacho a su costa en una pastelería de la Plaza Mayor.

España y Tello eran así, pensaba Costales al recordar que su amigo estaba luchando por el mismo bando que lo había querido fusilar. Aquella paradoja le hacía sospechar, sin embargo, que Tello se había alistado para desertar a la zona roja. Reforzaba su sospecha la indignación con la que alguna vez le había oído hablar de los fusilamientos de izquierdistas en Valladolid y la repugnancia que le producía la gente que asistía con sus hijos pequeños a las ejecuciones en el Campo de San Isidro, donde incluso había vendedores de frutos secos y refrigerios voceando su mercancía entre la multitud, como si de una verbena se tratara. Entonces él le señalaba la coincidencia de que en la Pradera de San Isidro, a las afueras de Madrid, también los rojos hubieran convertido en espectáculo popular las ejecuciones de sus víctimas.

—Qué fácil es hacerse el gallito ante personas indefensas, empachadas de ricino. Ya me gustaría ver a todos esos cobardes, los de aquí y los de enfrente, peleando en las trincheras... —le había dicho Tello en alguna ocasión.

Por todo ello, Costales pensaba que Tello había logrado el mando de la sección ofensiva de su batallón para pasarse más fácilmente a los rojillos, aprovechando una incursión en el campo enemigo. El mando había creado las secciones ofensivas para mantener la actividad en los frentes tranquilos y obligar al enemigo a no bajar la guardia, creando inquietud y alarma en sus fuerzas mediante golpes de mano, emboscadas, voladuras o cortes de comunicaciones. Tello tenía bajo sus órdenes a veinticinco hombres que estaban liberados de todo servicio y que a la hora del rancho tenían derecho a medio cazo más que el resto. Para formar parte de aquellas secciones ofensivas se precisaba conocimiento de explosivos y un perfecto manejo de las armas automáticas. Muchos soldados tenían poderosas razones para estar en esa unidad, ya que, aparte de los permisos, cada golpe de mano suponía una recompensa en metálico. Además, la sección ofensiva recibía el cincuenta por ciento del valor del botín capturado.

Costales sabía que, al contrario que a los hombres de Tello, a la mayoría de los de su compañía no les gustaba ser soldados y odiaban la vida en el frente. Por muy humildes que fueran en su vida civil, tenían más comodidades en sus casas que en aquel infierno. Además, no se sentían parte de un ejército salvador, sino parte de un ejército con el que se habían salvado. Más que alegrarse por ser los vencedores, se felicitaban por no pertenecer al bando de los vencidos. Para ellos había sido una mera cuestión de suerte. Por haber nacido donde habían nacido, por estar viviendo donde estaban viviendo cuando estalló la guerra, formaban parte de los que iban a ganarla. Ahora lo que más deseaban es que la guerra acabara de una vez por todas para volver a ser lo que eran antes.

Un día recibió un chivatazo de un cabo acerca de una conversación que habían mantenido dos soldados de su compañía. Uno le había dicho al otro que a él los

rojillos no le habían hecho nada, y que no le importaría pasarse a sus filas, pero que era mejor estar con Franco porque tenía más aviación. Aquella conversación retrataba bien la actitud de sus hombres ante la guerra. A pesar de todo, sabía que podía pedirles el máximo sacrificio cuando fuera necesario. Esto le bastaba. Así es que aquella vez le dijo al cabo que se metiera en sus asuntos y dejara en paz a aquellos dos soldados.

Tenía claro que en la carta le hablaría a su madre de los rostros exultantes de sus hombres ante los tiros y las explosiones que sonaban desde el lunes en el corazón de Madrid. Todos sabían que las fuerzas de Casado estaban luchando para que la guerra acabara cuanto antes. Por eso, les hacían felices los ecos de la batalla dentro de la ciudad. Le contaría que incluso el general Miaja se había unido a Casado y que era el presidente del llamado Consejo Nacional de Defensa. Aquella misma mañana había oído su voz en la radio anunciando que Negrín y su gobierno habían huido a Francia. Lo había repetido poco después el propio Casado, aclarando que habían salido en avión hacia Marsella y que La Pasionaria había emprendido «la más vergonzosa fuga a Orán».

Todo aquello tenía que ser verdad, porque si no lo era los comunistas iban a colgar a Miaja y a Casado de una farola en la misma Puerta del Sol, aunque sólo fuera por haber llamado cobarde a La Pasionaria. Pero ahí no había quedado la cosa, porque al rato un jefe anarquista apellidado Mera había bramado diciendo que tenían pruebas de que «los principales dirigentes comunistas habían huido cobardemente de España en avión».

—¡Madrileños! ¡Salvad hoy a Madrid! —había terminado gritando Mera, pero esta vez no hablaba de que el peligro fueran ellos, que cercaban la ciudad, sino los comunistas sublevados.

Costales se levantó de la silla de enea, junto a la puerta de su chabola, sacudido por el recuerdo de aquella proclama. La noche avanzaba ya sobre el cielo de Madrid como un telón fúnebre. Vacío su pipa de madera rojiza, golpeándola cuidadosamente contra el respaldo de la silla. Con una nitidez sobrecogedora, como si hubieran estallado a unas decenas de metros, le llegaron de nuevo las descargas, ráfagas y detonaciones de la lucha en el interior de la ciudad.

Al poco tiempo supo que realmente algunas de las descargas se habían producido muy cerca, contra sus posiciones. Lo confirmó cuando vio venir por la trinchera a tres soldados. Uno de ellos andaba desmadejado mientras los otros le sostenían. Reconoció al que parecía estar herido: era el marinero de Vigo que había descubierto la galería que los rojillos estaban excavando para volar una mina en sus posiciones, junto al Puente de los Franceses.

Los tres hombres le saludaron, cuadrándose ante él. El marinero llevaba la gorrilla de barco apretada en su mano izquierda y se presionaba con ella en la cabeza.

La sangre le goteaba sobre el capote y parecía que le hubieran dado un tiro en el corazón.

—Una bala perdida le ha atravesado la oreja izquierda —le dijo uno de los soldados, abortando una sacudida de risa.

Costales entendió que el motivo de la fiesta eran las orejas de soplillo del marinero, que le habían hecho famoso desde el asunto de la galería roja. Supuso que en los parapetos de primera línea habría habido una buena mojiganga a cuento de aquella herida. Y hasta él mismo se rio para sus adentros.

—Hay que ir con más cuidado, soldado. Esas orejas valen su peso en oro... —le dijo al marinero.

Los soldados rieron su comentario, mientras que el marinero sonrió con desgana y no respondió nada. Costales no estaba seguro de que le hubiera oído. Sabía que el silbido de una bala que te pasaba a milímetros de la cabeza podía dejarte tocado durante días.

Pensó que la escena con aquellos tres soldados era todo un síntoma. Ahora las heridas se tomaban a broma, como una diversión, una forma de matar el tiempo a la espera de la inminente victoria. Antes las cosas no eran así. Cuando la guerra no tenía fin y se alargaba sin remedio, un herido era una noticia grave, aunque sólo tuviera un rasguño. Por no hablar de un muerto. Entonces, el ánimo de los hombres se venía abajo. Para unos era un aviso, para otros una premonición. Todos se preguntaban cómo morirían ellos. No sabía si llamarlo solidaridad o compasión, o simplemente egoísmo o miedo. En las trincheras todo podía ser una cosa y la otra al mismo tiempo.

Se acordó de la oreja ensangrentada del marinero de Vigo unas horas más tarde, cuando, con el capote sobre los hombros, redactaba en su chabola las bajas de la compañía a la luz de una lámpara de carburo. En el parte para el comandante Barrinaga, jefe del batallón, estaba consignando como bajas al marinero de Vigo, además de a dos enfermos, un cabo en un curso de lanzallamas y un soldado licenciado por ser el tercer hermano en filas.

En el fondo ansiaba la suerte de todos los que, por una razón u otra, podían dejar la guerra y volver sanos y salvos a sus casas. A veces se quedaba mirando la línea del ferrocarril Madrid-Irún, que cruzaba el Manzanares por el Puente de los Franceses, y aunque ya no tenía raíles ni traviesas, y tampoco iba a ninguna parte, le gustaba imaginar que por ella pasaba un tren de pasajeros, lleno de señores con canotier y finas chaquetas rayadas, y damas con pamea y vestidos de gasa, que le saludaban desde las ventanillas de los lujosos vagones y le invitaban a subir con ellos para ir a tomar unas cervezas a San Sebastián, o a Sansestabién como la llamaban entonces los afortunados que lograban un permiso para viajar a la ciudad norteña.

Después de redactar el parte, terminó la carta a su madre, cuatro cuartillas a lápiz

bien aprovechadas, porque el papel escaseaba, con una frase de esperanza sobre la posibilidad de que dentro de unos días, incluso de unas horas, la guerra hubiera terminado:

—*Madre, esta puede ser la última carta que le escribo.*

La noche había traído un viento helado que aullaba entre los pinos. Costales escuchaba aquel sonido animal con estremecimiento y con placer al mismo tiempo, mientras releía una y otra vez la carta a su madre, como si se la hubiera escrito a sí mismo. Pronto mandaría a que le trajeran un caldo de las cocinas y se lo bebería arrebujado en el catre, entre las dos buenas mantas que le había enviado su madre para aquel invierno.

Ya estaba saboreando el gozo de dormir cuando oyó que alguien preguntaba por él a la puerta de la chabola. Reconoció la voz de un asistente del comandante Barrinaga. Se extrañó de que el jefe del batallón le mandara a un asistente para recoger el parte, pero más le sorprendió su atuendo cuando lo vio aparecer en el umbral, con casco de acero, tabardo, fusil con bayoneta colgado al hombro y cartucheras y máscara antigás al cinto. Hacía meses que no veía a un hombre con toda su impedimenta.

—Con su permiso, mi alférez. El comandante Barrinaga le ordena presentarse urgentemente en el puesto de mando.

Dobló con delicadeza la carta y se la guardó en el bolsillo izquierdo del mono caqui. Al ponerse en pie, se palmeó nuevamente el pecho para hacer latir las cuartillas cerca del corazón.

—Vamos a ver qué mosca le ha picado al comandante —susurró buscando la complicidad del asistente.

El puesto de mando del Batallón de Bailén estaba en la Casa de Vacas, a trescientos metros de su chabola, entre la carretera de Castilla y la vía del ferrocarril Madrid-Irún. Era un conjunto de edificaciones de fábrica humilde, aunque en realidad no quedaba en pie una sola casa que pudiera recibir tal nombre. A la sombra de las ruinas se había tendido una red de trincheras y galerías cubiertas que comunicaban con la bodega de la casa principal y los nuevos refugios excavados bajo la cuadra.

La guerra no había logrado eliminar el penetrante tufo a estiércol que dominaba aquel lugar, a pesar de que sus antiguas inquilinas no eran más que un recuerdo que a más de uno le hacía ensalivar. En la bodega donde Barrinaga tenía su puesto de mando, persistía un olor más agradable, como a mosto fermentado. Costales presumía que era ese olor el que atraía a las decenas de arañas negras, de patas largas y finísimas, que se concentraban bajo las bóvedas de ladrillo rojo de aquella bodega.

Al entrar en el puesto de mando, Costales se extrañó de no encontrar el ambiente de rutina que acostumbraba a reinar en él. El subterráneo parecía el salón de un hotelito de las afueras de Madrid, porque estaba amueblado con sillones, mesillas y

aparadores traídos de las ruinas de Aravaca y Pozuelo. Alguno de aquellos enseres tenía incluso su leyenda, como la mesa alrededor de la cual se encontraban ahora los oficiales, que se decía que había sido rescatada de un chalet de la Cuesta de las Perdices donde había muerto un «páter» muy querido de la 4.^a Bandera de la Legión, el jesuita Fernando Huidobro, al ser alcanzado por un proyectil de artillería mientras atendía a los heridos.

El comandante Barrinaga estaba de pie, ante un plano del sector colgado de una de las paredes, al que todos los presentes miraban como hipnotizados. Vio a los otros jefes de compañía de su batallón, y también al comandante Nicolás, del Tabor de Larache, con sus respectivos mandos de compañía, lo que le sorprendió aún más. Descubrió también al alférez Tello y a los restantes jefes de las secciones ofensivas. Todos los asistentes estaban sentados en el extremo de las sillas, como si fueran a echar a correr en ese mismo instante.

Barrinaga no había tomado aún la palabra. Esperó a que Costales se sentara, ya que había sido el último en llegar, y llenó sus pulmones en una inspiración que reveló su ansiedad. Costales se acordó entonces de que Tello decía que el comandante tenía aspecto de batracio, con sus ojos redondos, mortecinos, y su boca ancha, de labios finos, en una expresión perpetuamente satisfecha.

—Buenas noches, señores —les saludó Barrinaga—. Tengo que comunicarles que el teniente coronel Broto ha sido cesado de manera fulminante por el coronel Losas, por lo que he asumido momentáneamente el mando del regimiento.

La noticia cruzó el aire estancado y frío de la bodega como un rayo. Barrinaga pareció contar unos segundos para dejar que sus palabras produjeran todo su efecto, y después prosiguió:

—El teniente coronel Broto se ha presentado completamente borracho en el puesto de mando de la división, donde había sido citado por el coronel Losas.

Los oficiales se miraron unos a otros de reojo, como si quisieran cerciorarse de que su sorpresa era compartida. Costales pensó que no era la primera vez que Broto se emborrachaba. Su destitución tenía que deberse a algo más.

—Mi comandante, ¿dónde está ahora el teniente coronel Broto? —preguntó el alférez Tello.

—Nadie lo sabe. Al regresar al búnker de Garabitas, arrancó el teléfono después de que el encargado de transmisiones se negara a obedecer su orden de dejar incomunicado el puesto de mando. Luego desapareció y no se le ha vuelto a ver. El coronel Losas ha dado orden de que sea arrestado y conducido a Móstoles.

Barrinaga volvió a tomar aire, con más ansiedad que antes, y dirigió la mirada por un instante hacia el techo. Costales se fijó también en él y vio que las incontables arañas negras, cercadas por las volutas del humo de los cigarrillos de los oficiales, se apelotonaban como un animal viscoso y acobardado. Después se olvidó de las arañas

para mirar un punto perdido detrás de Barrinaga cuando este tomó de nuevo la palabra.

—Señores, les he hecho venir por otro asunto. Tenemos orden de atacar al amanecer las posiciones rojas a esta orilla del Manzanares. Se trata de un reconocimiento ofensivo para comprobar si las líneas enemigas ceden fácilmente ante nuestra acción. El mando posee información de que Casado ha retirado tropas del frente para facilitarnos el paso y a la vez sofocar la sublevación comunista contra el llamado Consejo Nacional de Defensa. Hay motivos sobrados para pensar que las líneas enemigas se derrumbarán ante nuestro ataque, pero el mando no puede confirmarlo hasta que no se lo demostremos nosotros.

A Costales le pareció que en ese instante todos los presentes tragaban saliva, o quizá sólo oyó cómo se hacía el vacío en su propia garganta. Un ataque... Al amanecer... Quitó mentalmente la hoja del calendario... El 8 de marzo de 1939... Negrín y La Pasionaria huidos a Francia, Azaña dimitido... ¿Y Casado? ¿Qué haría Casado? ¿Daría órdenes a los suyos de no dispararles mañana? ¿Eran verdaderamente tropas leales a Casado las que tenían enfrente, como parecía suponer el mando? ¿Y si no lo fueran? ¿Quién le había disparado a la oreja al marinero de Vigo?

Barrinaga había empezado a explicar la organización defensiva enemiga en la orilla derecha del Manzanares, antes de dar paso a los detalles de la operación. Costales comenzó a tomar algunas notas en el pequeño bloc que llevaba siempre consigo, dentro del bolsillo opuesto al que había guardado la carta de su madre. Pero al apuntar las indicaciones de Barrinaga, no podía evitar que le vinieran a la mente las frases que acababa de escribir a su madre:

La guerra toca a su fin, y más pronto que tarde estaré con ustedes...

... pero ante nosotros, oyó decir a Barrinaga, existe una línea defensiva continua, formada por una red de trincheras de las cuales sólo la primera línea es activa en la mayor parte del frente, con alambrada discontinua...

... porque pediré un permiso para ir a Sevilla a verles nada más poner el pie en Madrid, que será dentro de unos días, si no es mañana mismo...

... aunque las líneas rojas, continuó Barrinaga, carecen de obras cerradas y no tienen posiciones propiamente dichas, existe una posición organizada y guarnecida, con una primera línea, muy próxima a la nuestra, en la que se hace el servicio de escucha y centinela por parte de su guarnición, el resto de la cual pasa rápidamente a sus puestos de combate a la menor alarma...

... no tiene que angustiarse por mi futuro, madre, ya que no me voy a reenganchar al ejército, porque me alisté para salvar a España, pero estoy decidido a estudiar alguna ingeniería porque habrá que levantar la patria de sus ruinas...

... y existe una segunda línea, prosiguió Barrinaga, que no se da en todo el frente, y que no es una trinchera activa propiamente dicha, sino un camino de ronda para

llegar a los emplazamientos de las armas automáticas, que en general están entre ambas líneas, donde tienen también puestos de tirador y granadero...

... y veré de traerles algún recuerdo de Madrid, aunque no será fácil, porque dicen los evadidos que, por no tener, la ciudad no tiene ni siquiera alma, que todo el mundo espera que esto acabe de una vez para poder comer...

... y la profundidad total de esta posición organizada, siguió diciendo Barrinaga, no pasa en ningún punto de quinientos metros, apoyándose casi la mitad del frente en las casas madrileñas, donde existen multitud de parapetos y barricadas levantados en los primeros días de noviembre del 36, desde los que se puede ofrecer una resistencia seria, si es bien dirigida...

... y si las cosas van como espero, madre, esta puede ser la última carta que le escribo...

Sintió entonces una punzada en el corazón, se echó la mano al bolsillo y palpó de nuevo la carta con dedos temblorosos. Barrinaga había empezado a explicar el lugar asignado para el ataque del Batallón de Bailén, entre la margen izquierda del arroyo de Antequina y la tapia de la Casa de Campo, un lugar que él conocía al dedillo.

Aquel sector estaba defendido por tres batallones de la 53.^a Brigada Mixta, con unos efectivos estimados en mil cuatrocientos hombres. Los últimos informes hablaban de que el enemigo disponía en aquellas posiciones de trece ametralladoras, ocho fusiles ametralladores y dos morteros. La primera línea enemiga quedaba a apenas doscientos metros y era de trincheras cubiertas, salvo los puestos de tirador. Si conseguían el efecto sorpresa, podrían llegar en un suspiro hasta ella y utilizarla de base para atacar la segunda línea, mejor defendida, que se apoyaba en la carretera que salía de la Casa de Campo por la Puerta del Medianil y en el arroyo de Antequina. Sabían que esta línea era de trinchera cubierta con vigueta de hierro y adoquín, de construcción más sólida y reciente.

Su compañía, que serviría de empalme entre el Batallón de Bailén y el Tabor de Larache, debía atacar sobre una franja de terreno de apenas doscientos metros de ancho, completamente al descubierto, que además compartirían con la tercera compañía. Tocaría a un hombre por cada metro de franja. Si los rojillos respondían al ataque y comenzaban a tirar, sus balas no harían más que encontrar bulto. Aquello era una locura, pensó, y su mente comenzó a torturarlo mostrándole su cadáver en tierra de nadie, en el fondo del embudo de una explosión o caído sobre una alambrada como un ave atrapada en una red.

—Si alcanzamos los puentes y las pasarelas rojas tendidas sobre el Manzanares, ¿deberemos proseguir hacia Madrid o detenernos? —preguntó un jefe de compañía.

—Puedo informarles de que el primer regimiento, a las órdenes del teniente coronel Caruncho, tiene asignado para el ataque el sector del lago de la Casa de Campo, con intención de ocupar los restos del Puente del Rey y el de Segovia. De

momento, y digo de momento, es el punto de máxima penetración en esta operación. ¿Entienden lo que les quiero decir?

—¿Hay otras divisiones empeñadas en el ataque? —preguntó Tello.

—Sí, participan las otras dos divisiones que están actualmente en línea en este frente. La 20.^a División, del coronel Caso, atacará el sector del palacio de la Zarzuela y la 18.^a, del coronel Ríos Capapé, lo hará por Villaverde. La operación comenzará a las seis horas y veinte minutos, con una breve preparación de morteros. A las cinco y media de la mañana todo el mundo deberá estar listo.

Todos los oficiales pusieron su reloj en hora con el del comandante Barrinaga. Apenas hubo un murmullo cuando se levantaron para irse. Se separaron a la salida del puesto de mando y a Costales le pareció que cada uno se marchaba hacia su unidad como huyendo del acecho de sombras funestas. Él mismo se vio acosado por el miedo. Se detuvo junto a las ruinas de la casa del guarda del paso a nivel del ferrocarril Madrid-Irún, para saberse vivo y para crear, aunque sólo fuera por un instante, un espacio de eternidad en torno a sí, custodiado por los grandes pinos, desafiantes como las esculturas colosales de una civilización perdida. Entonces sacó del bolsillo las cuatro cuartillas de la carta a su madre y con extremo cuidado, para no perder ningún pedazo, porque pensó que aquello podía multiplicar la fatalidad, las rompió. Después reemprendió el camino hacia su chabola mientras se guardaba de nuevo en el bolsillo la carta despedazada con las noticias sobre la paz inminente, la entrada en Madrid sin pegar un solo tiro, la pronta vuelta a casa...

El alférez Tello le esperaba a la puerta de su chabola, fumando y bromeando con los demás jefes de sección. Como si intuyera su estado de ánimo, Tello le informó de que se había tomado la confianza de ordenar por él que los hombres estuvieran listos para revista a las cinco de la mañana.

—Quedan apenas tres horas. Aprovechad para descansar —dijo él.

Tello bromeó una vez más, cubriéndose el rostro con el capote, como un embozado, e impostando la voz mientras se alejaba:

—Voto a bríos que mañana nos desayunaremos en la Puerta del Sol...

Lo vio marchar con pena, pero no supo cómo detenerlo. Le habría gustado estar a su lado durante las próximas tres horas. Aquel iba a ser su primer asalto en la guerra. La herida de Teruel se la había producido una bala perdida, al coronar el cerro del Muletón, cuando el enemigo ya había abandonado la posición después de un bombardeo exterminador de la artillería.

Necesitaba del aplomo de Tello y de su imprudencia, de su amor y a la vez de su desprecio por la vida. Él no se valía a sí mismo para pasar aquellos momentos. No había nada de su carácter que le pudiera ser útil esa noche de vigilia, antes del ataque. Quería ser parte de todo cuanto aquel estudiante de Valladolid amaba en la vida, porque sólo así podría confundir su miedo con el arrojo, su fragilidad con la

insensatez, su desamparo con la temeridad. Quería que todos sus defectos se invirtieran en las virtudes de Tello, y este deseo se le aparecía en su mente con una lucidez demoledora: sólo siendo Jesús Tello podría salvarse, porque si era Juan Costales sólo podría estar muerto, muerto, muerto...

Le despertó el aliento agrio de la tierra, como si una enorme fiera nocturna hubiera abierto sus fauces a la puerta de la chabola. De pronto, el chasquido de una cerilla anunció el fin de la oscuridad con una débil llama, seguida del resplandor de la punta de un cigarrillo.

—Juan, los hombres están listos para pasar revista.

Se sintió renacer al oír la voz de Tello llamándole por su nombre. Era la primera vez que alguien lo hacía desde que estaba en la guerra. La cara de Tello se iluminó con el fulgor de una bocanada y luego desapareció. En la oscuridad sólo quedó la brasa de su cigarrillo, como el orificio de una herida ardiente.

Costales ya no sentía angustia, sino una serena indiferencia ante el destino. Con aquella actitud se presentó ante su compañía, concentrada en segunda línea, junto a las vías del ferrocarril Madrid-Irún, bajo un silencio sobrenatural. Al ver a sus hombres, formados entre los pinos en siete filas de diez, todos, árboles y soldados, le parecieron un sólo ser compacto, invulnerable, que esperaba recibir sus órdenes para arrancar sus raíces de aquella Casa de Campo y avanzar con decisión hasta el corazón de Madrid.

La noche tenía una claridad misteriosa a pesar de la niebla, entre cuyos jirones se veían brillar algunas estrellas sobre las copas de los pinos. Fue pasando revista entre las filas, con Tello a su lado. Se cercioró de que los hombres llevaban la munición necesaria, incluidas dos bombas de mano. Tello les ordenó que se deshicieran de todo lo que pudiera hacer ruido, como las cantimploras, o de todo lo que brillara, como las hojas de las bayonetas alemanas, y que ajustaran bien a los correajes los cilindros de las caretas antigás.

Se acordó del marinero de Vigo que había recibido un balazo en la oreja y envidió su suerte. Como también envidió la del teniente coronel Broto, que a saber dónde diablos se habría metido en aquella noche de perros. No le gustaba pensar en aquellas cosas, pero estaba seguro de que Broto se encontraría ahora en Móstoles, entre los brazos de una prostituta de aquella casa de mala nota de la que se hablaba en todo el frente.

Al terminar la revista, y después de que los rancheros les hubieran repartido café de puchero y galletas, apareció por el camino de la Casa de Vacas el alférez capellán con sus pequeñas gafas redondas que acentuaban su expresión tímida. Traía el capote abierto y lucía sobre la guerrera una estola cruzada sobre el pecho que intuyó morada. Llevaba en la mano derecha el pequeño crucifijo de plata que Costales le había visto dar a besar a los moribundos.

—¿Necesitan algo de mí? —susurró el capellán.

Costales pidió que le confesara. El «páter» lo llevó del brazo hasta la vía del tren. No tardaron en darse cuenta de que tenían a treinta hombres siguiendo sus pasos. El «páter» ascendió al terraplén de la vía del ferrocarril, presentándoles el crucifijo. Todos los hombres se detuvieron al instante y, arrodillándose en la tierra húmeda con el fusil colgado al hombro o asido entre las manos, oyeron la voz del «páter» en medio del silencio profundo de la noche:

—*Ego vos absolvo ab omnibus peccatis vestris in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti...*

Costales fue el primero en ponerse en pie una vez que el «páter» hubo acabado la absolución, y como si al fin hubiera encontrado en lo más secreto de su ser la fórmula para no ser él mismo, se dirigió a sus hombres de forma tajante, decidida, como lo habría hecho el alférez Tello:

—Señores, ya hemos terminado. Cada uno a su puesto.

IX

La luz de una lámpara de petróleo colgada del techo proyectaba un baile de sombras en la pared terrosa del refugio, a la espalda del cabo Fraguas. Mateo Linares contemplaba hipnotizado aquel juego caprichoso de claroscuros que en ocasiones parecía tomar la forma de una criatura encolerizada por la invasión de su guarida. Fraguas, que llevaba un gorriño ruso y el tabardo echado sobre los hombros, estaba sentado ante una mesa cuadrada de madera de pino alrededor de la cual se encontraban los hombres de su sección. A la mesa le faltaba una pata, lo que le obligaba a mantenerla en equilibrio con el codo derecho, mientras apuntaba a lápiz en un pequeño cuaderno los puestos y turnos asignados para las guardias.

Del respaldo de la silla donde se sentaba el cabo, colgaba una cartuchera en la que brillaba la culata de una pistola alemana. El cabo siempre contaba que se la había quitado al cadáver de un teniente fascista que estaba al frente de un grupo de rebeldes en los primeros ataques contra Madrid. El teniente era tan rubio y tenía la piel tan blanca que Fraguas sospechó que era un oficial de Hitler, pero nunca pudo demostrarlo porque no tuvo tiempo para registrar el cadáver.

Mateo había oído decir muchas cosas de Fraguas. Algunos aseguraban que aquel hombre achaparrado y fuerte era en realidad un jerifalte del partido comunista que utilizaba el disfraz de cabo para intimar con la tropa y detectar traidores. La verdad es que a veces parecía que mandaba más en aquel sector que todos los jefes y comisarios juntos. Además, estaba siempre muy bien informado. Había sido el propio Fraguas quien les había contado que en Madrid se había producido un levantamiento de los «quintacolumnistas», lo que explicaba los tiros y los bombazos que se oían casi a todas horas desde hacía dos días. Según sus noticias, la situación estaba ya controlada, y lo único que había que temer era que los facciosos atacaran los frentes en apoyo del levantamiento.

El cabo Fraguas era de Segovia, de una aldea cercana al embalse de Burgomillodo. Había sido pastor antes de la guerra. Cada año venía para Madrid por la trashumancia, pero en el 34 decidió quedarse en la capital. Se puso a trabajar como albañil en las obras de construcción del Hospital Clínico, en el Cerro del Pimiento. El cabo hablaba maravillas de aquel hospital, con pabellones de hasta nueve plantas y una capacidad de mil quinientas camas. El hospital se había quedado sin estrenar por culpa de la guerra, y luego se había convertido en un matadero de moros, legionarios, milicianos e «internacionales».

Fraguas contaba que se había presentado como voluntario para luchar en el Clínico porque se conocía el hospital como la palma de su mano, igual que se sabía

de memoria los arroyos y veredas de la Casa de Campo, pues pasaba todos los años por allí con su rebaño. Había combatido en los quirófanos del hospital contra moros y legionarios. Al llegar la noche, se hablaban con los fascistas a través de los tabiques. Al amanecer, unos y otros picaban las paredes, metían por el agujero el cañón de un fusil ametrallador y llenaban de plomo la habitación contigua.

El cabo tenía su propia versión de la misteriosa muerte de Durruti en los alrededores de ese hospital. Decía nadie había visto morir al líder anarquista en el Clínico porque en realidad no había muerto allí.

—A Durruti —había contado Fraguas ante la sorpresa de los novatos— le mató una puta en la cama con su propia pistola ametralladora, en un prostíbulo de la calle Augusto Figueroa, muy cerca de donde los fascistas asesinaron al teniente Castillo. Fue una venganza del gremio, porque Durruti se había cargado a no sé cuántas rameritas por contagiar de sífilis a sus milicianos.

Los veteranos achacaban aquella fantasiosa versión al odio que Fraguas sentía por los anarquistas, a quienes consideraba unos auténticos parásitos de la clase obrera. Lo cierto es que, entre los novatos, nadie se resistía a escuchar sus historias, como cuando contaba las salidas nocturnas en su pueblo, después de dejar los rebaños en las majadas, en busca de las ovejas preñadas que se quedaban pariendo en el monte. Los hombres batían los pinares a lomos de caballo, la escopeta al hombro, haciendo sonar unos cencerros. La oveja perdida solía balar al oírlos, balido que se convertía en grito de auxilio si ya la estaban cercando los lobos.

—Si oyerais balar a una oveja así —decía el cabo—, la confundiríais con vuestra propia madre ante el acecho de un moro de Franco. La mayoría de las veces llegábamos cuando los lobos se habían llevado ya al cordero recién parido. Otras veces lográbamos traer a las crías sanas y salvas. A la oveja la cargábamos en un serón y al cordero lo llevábamos en el regazo.

Mateo observaba ahora al cabo Fraguas bajo la siniestra luz de la lámpara de petróleo e intentaba figurárselo con un cordero entre los brazos. Sentado frente a la mesa, con sus cejas espesas arqueadas por la tensión, la mirada aún más bizca que de costumbre, concentrada en los trazos ilegibles que iba garabateando con el lápiz en el cuaderno de las guardias, el cabo le pareció un hombre salvaje aprendiendo a escribir en la escuela.

—Vosotros dos haréis la guardia en el «balneario de las ratas» —dijo el cabo Fraguas señalándoles a él y al joven de los ojos verdes saltones.

Mateo ignoraba por qué el cabo Fraguas había decidido darles aquel puesto en su primera guardia nocturna. Seguramente desconfiaba de ellos por ser de la «quinta del biberón», como llamaban los veteranos a su reemplazo para decir que acababan de salir de las faldas de sus madres. Sabía que las guardias nocturnas se hacían por parejas desde mucho tiempo atrás para prevenir las deserciones, aunque a veces lo

único que se conseguía era que los centinelas se pasaran de dos en dos a los facciosos. Y sabía también que para los turnos de centinela solían emparejarse un veterano y un recluta, pero que en la Casa de los Pozos se perdía cuidado. Allí se encontraba una sección de ametralladoras con cuatro Maxim rusas, que disparaban seiscientos tiros al minuto, sin contar el cambio de las cintas. El que se arriesgaba a fugarse por allí hacia las líneas facciosas tenía asegurada su buena ración de plomo. Se contaba que todos los que lo habían intentado habían servido de banquete a las ratas.

Cuando terminó de asignar los puestos de centinela, el cabo abrió un cajón de la mesa y sacó una botella de aguardiente.

—No es como el vino francés que encontramos en el palacio de Liria cuando lo incautamos, pero este «asalta-parapetos» sirve para un apaño. Y pensar que los comunistas tuvimos que salvarle los cuadros al duque de Alba bajo un bombardeo de sus amigos fascistas... Esta guerra, a veces, no hay quien la entienda. Pero, en fin, este trago es a la salud de Linares y del desertor, por su primera guardia.

El cabo dio un sorbo largo a la botella y después la hizo circular entre sus hombres, sin dar importancia a lo que acababa de decir. Todos miraron al joven de los ojos verdes saltones, que por primera vez perdió su altanería y clavó la vista en el suelo arenoso del refugio. Mateo comprendió entonces por qué Fraguas les había asignado la Casa de los Pozos para hacer la guardia. El joven de los ojos verdes saltones debía de haber intentado desertar en alguna ocasión, cuando pertenecía a otra unidad. El cabo, conocedor de aquella circunstancia, estaba decidido a ponerlo a prueba en su primera noche como centinela.

Cuando Fraguas recuperó la botella de aguardiente volvieron a oír los ecos de los disparos y explosiones que resonaban en el centro de Madrid, al otro lado del río. Salieron del refugio y vieron que la ciudad estaba más en tinieblas que nunca. En algún lugar se producía de pronto un resplandor corto y débil, como el de una chispa. Al cabo de unos minutos se hizo de nuevo el silencio. Los hombres se dispersaron entre bromas, como si lo que sucediera en Madrid no fuera con ellos.

Mateo volvió a pensar en las ratas del lago. Le repugnaban, pero eso era lo de menos. Lo que más miedo le daba era la oscuridad y aquel aullido del viento que agitaba las copas de los pinos.

—Hace una maldita noche de lobos —dijo Fraguas a su espalda, saliendo del refugio.

No dudó que el cabo hablaba con conocimiento de causa, lo que le atemorizó aún más. Por un instante, se quedaron los dos solos. Aunque había esperado aquel momento durante todo el día, no supo reaccionar. Quería pedirle al cabo que a la mañana siguiente, después de terminar la guardia, le dejara subir hasta el puesto de mando de la brigada, que ocupaba dos casas de la calle Arriaza, en la Cuesta de San

Vicente, a la sombra del Palacio Nacional. Aunque hubieran prohibido los permisos para ir a Madrid, pensaba que podría conseguir la autorización de Fraguas para ir a ver al mayor Mercadal, el jefe de su batallón, y pedirle que le dejara formar parte del equipo de fútbol de su unidad. En el fondo, todo lo hacía por el buen nombre de la 42.^a Brigada Mixta. Un goleador nato como él no podía ser desaprovechado.

El cabo le dio la espalda como si no hubiera reparado en su presencia y volvió a entrar en el refugio. Mateo se maldijo por su falta de reflejos, aunque se consoló pensando que su destino estaba escrito, y que lo mismo daba un día que otro para hablar con Mercadal. Al final, jugaría en el equipo de la brigada, porque la guerra iba a durar todavía unos meses, como querían los comunistas, y a su padre siempre le había oído decir que estos llevaban la voz cantante en las filas republicanas.

Antes de regresar a su chabola, esperó al joven de los ojos verdes saltones, que fue el último en salir del refugio. Le pareció un ser frágil, como si hubiera perdido el alma al descubrirse que era un desertor. Durante un buen trecho, no cruzaron una sola palabra. Por el olor de las letrinas, Mateo reconoció los ramales y chabolas donde se encontraba acantonada su compañía. Fue entonces cuando rompió el silencio y preguntó por fin su camarada cómo se llamaba.

Agustín Rueda, para servirle —le respondió con tristeza el joven, cuyos ojos saltones, bajo sus largas pestañas, recordaban los de un cordero camino del matadero.

—¿Por qué el cabo te ha llamado desertor?

Porque hace un año, cuando llamaron a mi quinta, me escondí en casa de los padres de mi novia. Salí de mi escondite al ser descubierto y me presenté en el centro de reclutas de Chamberí. No llego a entender cómo se ha podido enterar el cabo...

—¿Tú eres fascista? —susurró Mateo, eructando una vaharada de aguardiente.

—No, soy idiota. Si me hubiera quedado escondido en casa de mi novia, ahora no estaría aquí. Pero en una de estas me largo y que les den a todos por debajo del rabo.

—¿No irás a desertar durante la guardia? —tembló Mateo.

—¿Y qué pasa si lo hago? ¿Me vas a disparar por la espalda?

—Son las órdenes. Tirar a matar, tú lo sabes —dijo Mateo, asustado por sus propias palabras.

—Pues ya puedes acertar, porque si no me matas, te buscaré cuando termine la guerra...

Al llegar a la puerta de la chabola, oyeron un carraspeo metálico en la oscuridad, seguido de un agudo pitido. Los sonidos venían de la parte de la carretera de Extremadura. Mateo supo enseguida que se trataba de un altavoz de propaganda y que era de los suyos, porque empezó a desgranar hacia las trincheras facciosas varios mensajes contra Franco y los invasores extranjeros:

—*Cuando la guerra termine no os marcharéis a vuestras casas, sino que tendréis que ayudar a Italia y Alemania en sus guerras... En Badajoz un labrador dijo que la*

cosecha se la daría a comer al ganado antes que a los alemanes e italianos, por lo que fue multado con cincuenta mil pesetas... Franco ha firmado un decreto prohibiendo el gallego, el catalán y el vasco y estableciendo el italiano y el alemán... La tierra de la zona leal ha producido más que en años anteriores y han sido repartidos sus productos entre los obreros...

Mateo sintió cómo los crujidos de su estómago desmentían el último anuncio. Sólo había comido un plato de lentejas en todo el día. Los veteranos les habían aconsejado que se fueran acostumbrando a aquel único plato y a las molestias que causaba, como no hacer de vientre o paladear el sabor de los gorgojos, mientras les recordaban los tiempos en que los comisarios les aconsejaban tirar las sobras de la comida en los lugares designados para ello, para mantener la higiene en las trincheras. Ahora no tenían ni sobras que tirar porque se comían hasta las peladuras de las patatas y las mondas de las naranjas que les daban para combatir el escorbuto.

Había quien se acordaba también de los antiguos consejos de Sanidad para preservar a la tropa de los mayores vicios de la vida en trincheras: el alcohol y el tabaco. Ahora apenas tenían tabaco, de hecho algunos llegaban a fumarse las briznas de hierba que crecían en los parapetos. El alcohol nunca había faltado, aunque del mayor peligro del que advertían los sanitarios a los soldados que subían de permiso a Madrid era el de bajar la guardia ante las venéreas por culpa de las borracheras.

Mateo había oído hablar de camaradas que se habían contagiado adrede con putas para ir al hospital y dejar las trincheras, a pesar de que la brigada tenía un servicio antivéneo muy cerca del Palacio Nacional, donde durante una época se llegó a entregar condones a los que marchaban de permiso a Madrid. Algunos veteranos decían de chanza que la 42.^a Brigada era la única unidad del Ejército Popular que había fornicado con los condones que el exrey Alfonso XIII se había dejado en palacio antes de salir de España.

Cuando Mateo y el desertor Rueda entraron en la chabola, sus otros compañeros estaban ya durmiendo sobre la tela de saco que les servía de piso. La chabola estaba construida a la sombra de un pino, una de cuyas raíces les servía para apoyar la cabeza cuando dormían. Mateo sacó de su morral un chusco de pan y el último pedazo del dulce de membrillo que le había dado su madre, y se los guardó en el bolsillo de su guerrera, para dar cuenta de ellos durante la guardia. Al poco tiempo, oyó roncar también al desertor Rueda.

Mateo permaneció sentado, con la manta echada sobre los hombros. Le quitaba el sueño la guardia de aquella noche, pero también el anuncio del cabo de que al mediodía harían ejercicios de tiro sobre las trincheras enemigas. Era la primera vez que iba a ver a los fascistas y a disparar contra ellos.

—El enemigo que no pongáis fuera de combate vosotros, os matará el día del asalto final —les había dicho Fraguas.

El cabo aseguraba que uno podía pasarse meses delante de una trinchera enemiga sin ver a un solo faccioso, pero que con paciencia y habilidad se podía atinar a alguno sólo con que apareciera medio segundo. Había que observar la trinchera contraria y averiguar las aspilleras que estaban ocupadas. Para ello era necesario provocar el tiro enemigo, lo que se conseguía elevando una gorra o un casco por encima del parapeto, mientras otros camaradas observaban la trinchera enemiga. Si el acechador enemigo disparaba, delataría su posición. Para garantizar la puntería, Fraguas les dijo que les enseñaría a construir un caballete para montar sobre él un fusil cargado y apuntado contra la aspilleras del acechador faccioso.

—El sistema del caballete no falla. Fascista que asoma la gaita, fascista a la que se la volamos —había explicado el cabo.

El cabo les había dicho también que estudiarían el alza del fusil y se ejercitarían en encarar rápidamente el arma para prepararse al tiro en caso de ataque. Y les adelantó que realizarían otra clase de ejercicios más arriesgados, como pasar por un lugar de las trincheras batido por las ametralladoras enemigas, para que se acostumbraran a oír el silbido de las balas.

—Os templará los nervios. Sólo oiréis las balas que pasen a vuestro lado. Las que aciertan nunca hacen ruido.

Mateo se había preguntado si a aquellas alturas de la guerra merecía la pena acostumbrarse a todo aquello. Porque si Franco ganaba la guerra, los iba fusilar a todos, como decía Fraguas, y de nada les habría servido estar acostumbrados al silbido de las balas, porque en cualquier caso sería lo último que escucharían en sus vidas.

La primera línea provocaba en Mateo el mismo temor por el infierno que los escolapios le habían inculcado en la escuela. Hasta le parecía que le iba a llegar un olor a azufre de las trincheras contrarias. Pero confiaba en irse acostumbrando poco a poco a deambular por los parapetos sin que le temblaran las piernas y sin sentir un nudo en la boca del estómago. Sobre todo temía a la guerra de minas. No podía soportar la idea de que alguien estuviera bajo tierra preparando una carga de dinamita para hacerlo saltar en pedazos. El cabo les había explicado que para descubrir si los facciosos estaban haciendo una galería de mina en el sector, tenían que fijarse si en las trincheras contrarias aparecía tierra removida, porque el enemigo solía hacer lo mismo que hacían ellos en ese caso: esparcir la tierra sacada de los túneles sobre los techos de los fortines o sobre los taludes de las trincheras.

Para subirles la moral, Fraguas les había dicho que en aquel frente los fascistas solían ahorrar municiones, ya que las preferían gastar en las batallas importantes. Además, en este sector sólo habían quedado los soldados más viejos, porque Franco se había llevado a todos los jóvenes al Ebro y después a Cataluña, donde los mantenía ahora, decía Fraguas, ante la amenaza de una invasión francesa. También les aseguró

que si los facciosos decidían asestar su golpe final sobre Madrid, se iban a encontrar con unas defensas inexpugnables, ya que el batallón había recibido hacía seis meses la bandera tricolor como premio al trabajo de fortificación que habían realizado en aquel sector.

Mateo había pensado entonces que si algunos veteranos hablaban de escapar por los colectores, no sería precisamente por su confianza en aquellas fortificaciones. Sólo ofrecían garantías las casas del extrarradio de Madrid, sobre todo las de la carretera de Extremadura, la mayoría de ellas con aspilleras y reforzadas con hormigón, y de las que arrancaba una segunda línea con fortines de ametralladoras comunicados mediante una trinchera cubierta.

Las defensas eran mucho más frágiles en las proximidades del lago de la Casa de Campo. Allí era donde el desertor Rueda y él iban a hacer la guardia aquella noche. Se trataba de una trinchera continua cuya cercanía a las posiciones enemigas se compensaba con sus buenos enlaces con la segunda línea, lo que significaba que, en caso de ataque, podían recibir refuerzos rápidamente.

Aunque Fraguas nunca les había contado nada al respecto, Mateo sabía que en aquel sector era muy habitual la confraternización con los fascistas. Se conversaba en tono amistoso entre unas trincheras y otras, y los soldados se intercambiaban noticias de familiares y de paisanos comunes. Los veteranos recordaban que en la pasada Nochebuena habían compartido desde las trincheras canciones y rasgueo de guitarras con los fascistas, y los unos aplaudían a los otros y más de uno había exclamado: «Y que nos estemos matando...».

Aunque las relaciones con los facciosos en primera línea pudieran llegar a ser tan amigables, no había ningún motivo para confiarse. Los veteranos siempre decían que el mayor peligro en los parapetos de vanguardia era la curiosidad. De hecho, había más probabilidades de que a uno le dispararan por otear sigilosamente la línea enemiga desde una aspillera, que por estar jugando a las cartas en lo alto de un parapeto.

Mateo había tenido ocasión de comprobarlo aquella misma tarde. Un centinela de su compañía había descubierto en las trincheras facciosas a un grupo de paisanos y militares observando sus líneas con gemelos desde la Casa del Guarda, junto al lago de la Casa de Campo. Por su forma de vestir, parecían periodistas y militares extranjeros. Mateo llegó a ver a una mujer con un abrigo negro. Alguien debió de dar aviso al observatorio de artillería de la presencia del grupo porque a los pocos minutos les hicieron tres disparos que les obligaron a huir. Se refugiaron entre las ruinas de otra casa, donde les lanzaron tres proyectiles más para que se acordaran de Madrid el resto de su vida.

En la oscuridad de la chabola, Mateo empezó a fantasear con la mujer del abrigo negro, mientras sus camaradas roncaban. Alrededor de la mujer fue surgiendo una

radiante mañana. Por Fuencarral subían hacia la glorieta de Bilbao grupos de muchachas sonrientes cogidas del brazo. Él las veía pasar desde la carnicería de don Melchor, pero sólo le interesaba la mujer del abrigo, que se había detenido frente al escaparate, rebosante de carnes rojas, jamones y embutidos frescos. La mujer se decidió por fin a entrar y él descubrió que bajo el abrigo llevaba un vestido blanco vaporoso que cubría su cuerpo desnudo como una nube. La mujer estaba ya frente a él, envuelta en un perfume con aroma a vida desconocida, y la oyó pronunciar su nombre con sus labios pintados de rojo, una y otra vez, una y otra vez...

—Mateo, Mateo, Mateo... Coño, despierta ya, que nos toca hacer la guardia...

Los codazos del desertor Rueda le arrojaron al áspero frío de la madrugada. La humedad de la noche había liberado el hedor de la chabola, que apestaba a cuero viejo y a uniformes mugrientos, a sobaco y a orines. Los otros soldados seguían durmiendo, uno de ellos con la boca abierta, llena de dientes negros y mellados, como un perro viejo. A tientas, el desertor Rueda le pasó el fusil, el casco francés y un par de cartucheras con la dotación, mientras él se quitaba la manta de encima y se palpaba el bolsillo de la guerrera. Una vez que se hubo asegurado de que ni las ratas ni sus camaradas le habían robado el chusco y el membrillo, salió en cuclillas de la chabola detrás de Rueda, para esperar el paso del cabo Fraguas. Sintió los arañazos del frío en las mejillas. Sus ojos aún perezosos adivinaron la llegada del amanecer entre el manto de niebla que lo cubría todo.

El cabo Fraguas no tardó en doblar el recodo del ramal que venía de la primera línea. Le acompañaban otros dos centinelas. A Mateo le sorprendió ver al cabo con un jirón de manta liado a la cabeza para combatir el frío. No le pareció que fuera la guisa más adecuada. Si él le viera aparecer así por la primera línea, le dispararía sin pestañear al confundirle con un moro con turbante que se le echaba encima.

—La contraseña de esta noche es «La estrella guía al pueblo» —les dijo el cabo sin más preámbulos.

—Joder, cabo, parece un villancico —dijo Mateo envalentonado.

—Ja, ja, ja... Tienes razón, chaval. Aunque si te oye el comisario, te cuelga de las pelotas bajo el Puente de Segovia —respondió Fraguas de buen humor, agarrándose teatralmente la entrepierna con ambas manos.

Se pusieron en camino hacia los puestos. Los dos soldados que había traído el cabo hicieron el primer relevo en un lugar que llamaban «el parapeto de los alemanes». A unos pocos metros, en tierra de nadie, se encontraba volcada a media ladera la chatarra de un carro blindado que Hitler había enviado a los rebeldes. Los centinelas, que salían de hacer la guardia en aquel lugar, se presentaron al cabo Fraguas, dieron la novedad y se alejaron somnolientos hacia las chabolas.

Al reemprender la marcha les asaltó el hedor a alcantarilla que envolvía la Casa de los Pozos. No era el olor del infierno, pero se le debía de parecer mucho, pensó

Mateo, que se sobresaltó al ver surgir entre la niebla a los dos hombres que él y el desertor Rueda iban a relevar.

—Los facciosos no han parado en toda la noche, como si estuvieran de procesión —dijo uno de los centinelas a través de su pasamontañas, después de saludar puño en alto—. Al caer el sol, vimos que traían ocho mulos con cajas de munición a la Casa del Guarda, junto al lago.

El cabo respondió al saludo y luego dio un par de palmadas en la espalda al soldado, de la misma forma que lo hubiera hecho sobre el lomo del perro que le guardaba las ovejas en la majada. Antes de alejarse, el centinela carraspeó, como si quisiera expulsar una frase de la garganta y no se atreviera, hasta que la soltó:

—Camarada, desde donde estabas no lo habréis oído, pero a la vez que hablaba nuestro altavoz, los fascistas han hecho funcionar el suyo. Decían que Negrín y La Pasionaria han salido de...

—Ya lo sé, ya lo sé... Mentiras, como siempre. Y vosotros dos, ojo avizor. Y mucho cuidado con los que intenten pasarse a los fascistas, que los traidores suelen mudar de piel muy de mañana, como las víboras —dijo el cabo, dirigiéndose ahora a Mateo y al desertor Rueda, antes de darse media vuelta y desaparecer tras los pasos de los dos centinelas que acababan de relevar, como si los fuera pastoreando.

—Será hijo de puta... —dijo el desertor Rueda dando un puñetazo a un tablón que apuntalaba el talud del parapeto—. Qué cojones habrá querido decir ese tipo sobre Negrín para que el cabo le haya cortado de esa manera... Nos la están jugando, nos la están jugando. Esto está perdido y nos traen a morir a esta maldita trinchera...

Mateo ya no hizo caso. Estaba aterrado. Miraba a lo alto de la trinchera como si estuviera viendo a su propio espectro entre los jirones de niebla aún salpicada de noche. El casco empezó a presionarle en la cabeza. El fusil le pesaba sobre el hombro como un saco de piedras. No quería estar en aquella trinchera, ni quería disparar contra el desertor Rueda si intentaba fugarse. Tampoco quería que le pasaran por encima de las botas el tropel de ratas que subiría del lago con las primeras luces del día, de vuelta a sus madrigueras, más allá de la Casa de los Pozos.

Le habría gustado sentir en aquel momento el apretón de la mano de su padre. No el apretón de la despedida cuando se vino a la guerra, sino el del camino de retorno a su casa en Carabanchel, cuando de niño salía a buscarlo a la taberna a la hora de la cena. Su padre caminaba con dificultad, inestable, por culpa del vino, y él se sabía el apoyo firme de sus pasos. Necesitaba revivir aquella seguridad, saberse imprescindible, lo mismo que cuando la victoria de su equipo de fútbol en el barrio dependía de su acierto.

No podía dejarse vencer por el pánico. Madrid le necesitaba aquella noche. Él era los ojos y los oídos de la ciudad. «Alerta siempre, el enemigo acecha», como decía aquel cartel de propaganda pegado a la entrada de la carnicería de don Melchor, con

un centinela colosal bajo un cielo estrellado. Aquel gigante, con el fusil entre las manos, calada la bayoneta rusa, el ala del casco sobre el ceño reconcentrado, simbolizaba para él la imagen del héroe de la República.

El recuerdo de aquel cartel le hizo sentirse de pronto el guardián del sueño de todas las muchachas que ahora dormían en la ciudad oscura, a su espalda. Se vio a sí mismo como un coloso, dispuesto a velar el descanso de aquellas muchachas, y a liberarlas del hambre, de la miseria, de la tristeza y del miedo, devolviéndoles la esperanza, la ilusión, la alegría... No permitiría que unos apestosos moros les pusieran las manos encima. Los atravesaría con la bayoneta o los mataría a pedradas si fuera preciso, pero no pasarían.

Un aroma de fruta le sacó de su ensimismamiento. El desertor Rueda había recuperado la serenidad y se estaba comiendo una naranja sentado en unas cajas de madera sobre las que debían alzarse para observar por turno a través de la aspillera. A Mateo le alegró el olor de la naranja. El lugar recobró el perfume de la vida y su temor pareció esfumarse a la vez que el aliento pestilente de la noche. Sacó el chusco y el membrillo y dio cuenta de ellos con ansia.

—Déjame ver por la aspillera —le dijo Mateo al desertor después de terminar su desayuno, mientras le tendía la mano para que le ayudara a subir a las cajas.

Nada más auparse y cuando se disponía a observar los parapetos enemigos, se escucharon varios golpes secos, como si alguien chocara un cubierto contra un plato de latón junto a un altavoz. Mateo no pudo resistir la curiosidad y se asomó a la aspillera. Vio alzarse un resplandor detrás de unas ruinas situadas en las líneas enemigas, junto al lago...

—¡Morteros! ¡Morteros! ¡A cubierto!

Al oír aquel grito, procedente de la Casa de los Pozos, Mateo y el desertor Rueda se tiraron al fondo de la trinchera desde lo alto de las cajas. Cayeron al suelo, el uno sobre el otro. El desertor Rueda recibió en el labio superior un golpe del ala del casco de Mateo y se echó las manos a la cara.

—Lo que me faltaba... dijo al ver que sangraba por el labio partido.

Las primeras explosiones hicieron temblar la tierra bajo sus cuerpos, con el estruendo de un cataclismo. Se acurrucaron contra la pared de la trinchera, como si quisieran ser absorbidos por ella para ponerse a salvo.

—Dios, Dios, Dios... —repetía Mateo.

El desertor Rueda pensó fugazmente en resguardarse en la Casa de los Pozos, pero al oír gritos y disparos al otro lado del parapeto, tiró de la manga de Mateo para salir de allí y buscar el ramal que conducía a segunda línea.

—Corre, Mateo, que están viniendo...

Mateo estaba temblando. Al ver que su compañero tiraba de él, empezó a despertar de su estupor.

—Las Maxim... Las Maxim... —tartamudeó.

Rueda supo al instante lo que Mateo quería decir. Los facciosos estaban atacando, pero en la Casa de los Pozos parecían no haberse enterado. Las cuatro Maxim no habían disparado un solo tiro. Los morterazos debían de haber caído sobre los hombres de la sección de ametralladoras, matándolos a todos.

—Vamos, Mateo, vamos. Los de ametralladoras ya deben de estar fiambres...

No había terminado la frase cuando de la Casa de los Pozos empezaron a alzarse más gritos. Los oyeron con toda nitidez, pese a las explosiones y el tiroteo.

—¡No tiréis, no tiréis, que nos pasamos...!

—¡Salid con los brazos en alto!

—Somos siete, somos siete... No tiréis...

El desertor Rueda no podía creer que los de la sección de ametralladoras se estuvieran pasando al enemigo, ni que desertar pudiera ser tan sencillo. Ahora tenía la oportunidad al alcance de la mano, pero decidió correr en busca del cabo Fraguas.

—Mateo, tenemos que llegar a la segunda línea. Aquí nos van a ensartar...

Mateo sentía todo su cuerpo acalambrado, como si cada explosión, cada ráfaga, cada disparo, le produjera un pinchazo en las entrañas. Cuando descubrió que en todo momento había conservado el fusil entre las manos, comprendió que estaba a punto de dominar su miedo. Las últimas palabras del desertor Rueda habían restallado en sus oídos como una campanada. Se vio arrojado a la realidad y se dejó caer sin resistencia.

La guerra había entrado en erupción a lo largo del Manzanares. Toda la orilla derecha del río ardía en resplandores, chispazos y fognazos. La pólvora y la metralla entretejían un millar de amaneceres violentos y ensordecedores entre los pinos y las encinas. La niebla vibraba a cada explosión, como si fuera un cristal que estuviera a punto de hacerse añicos sobre sus cabezas.

Mateo pensó que era la ofensiva final, la última batalla por Madrid, y que él estaba allí, en primera línea, como si asistiera a un partido en Chamartín en la grada más cercana al campo. Pero ya no era un espectador, porque ahora el entrenador le había ordenado que saltara al césped a jugar. Se levantó entonces del suelo, montó el cerrojo del fusil sin pensar y le dio una palmada en la espalda al desertor Rueda.

—Vamos a buscar al cabo —dijo Mateo, como si hubiera leído la mente de su compañero.

Corrieron por el mismo ramal por el que habían venido, como si les persiguiera una alimaña rabiosa. Mateo no pensaba en nada, salvo en llegar cuanto antes, pero se detuvo al ver que el desertor Rueda no le seguía. Volvió sobre sus pasos y descubrió a su compañero paralizado, con la mirada clavada en lo alto de un parapeto. Había un cadáver cabeza abajo, medio desnudo, con los brazos tendidos hacia el foso y los ojos en blanco. Reconoció a uno de los dos centinelas a los que habían dejado en su

puesto.

—Es mejor no verse muerto, no verse muerto... —se dijo Mateo a sí mismo, para conjurar el pánico, mientras reemprendían la carrera.

Al acercarse a la segunda línea, comenzaron a dar gritos para delatar su presencia a sus camaradas, a los que se figuraban apostados en torno a los puestos de ametralladora, esperando la llegada de los facciosos. Al doblar un ramal oyeron una voz familiar. Era la del teniente de su compañía, que estaba dando órdenes para organizar la defensa en aquel sector.

—¿De dónde venís vosotros dos? —les preguntó el teniente como a dos escolares que estuvieran haciendo novillos.

—De la parte de la Casa de los Pozos. Allí no queda nadie, porque los de la sección de ametralladoras se han pasado —respondió Mateo con seguridad.

—¿Qué se han pasado? ¿Cómo lo sabéis?

—Porque les hemos oído decir que se pasaban —aclaró el desertor Rueda entre resoplidos, mientras intentaba desenroscar con manos temblorosas el tapón de su cantimplora.

—Qué gallinas de mierda... ¿Y cuántos son los fachas que están atacando?

—No lo sabemos, no los hemos visto. Se han infiltrado aprovechando la niebla. Hemos venido para acá al ver que tomaban la Casa de los Pozos... Y hemos encontrado muerto a unos de los centinelas por un mortero —dijo Mateo.

—Está bien. Descansad aquí un rato y luego os reunís con vuestra sección. Y lo de la muerte del centinela no se lo digáis a los demás...

—Teniente, ¿es esta la ofensiva final? —se lanzó a preguntar Mateo al tiempo que tomaba la cantimplora que le tendía Rueda.

—¿Y qué coño voy a saber yo si esta es la ofensiva final o una simple tocada de huevos? —zanjó el teniente, mientras agitaba la pistola en su mano derecha.

El amanecer empezaba a derramar sobre los tejados de Madrid una luz anaranjada. Pero en las orillas del Manzanares la noche y la niebla se resistían a levantar el cerco, lo que hacía más irreal todo lo que estaba sucediendo. Mateo y el desertor Rueda apuraron el agua de la cantimplora a sorbos violentos, sentados sobre la tierra húmeda de rocío, junto a la pared de hormigón de un puesto de ametralladora, cuyos tres servidores se afanaban en poner a punto una Maxim.

Los hombres de su batallón habían salido de las chabolas y llegado a los parapetos casi con lo puesto. A Mateo le impresionó la serenidad de todos ellos. Parecían figurantes de una película que esperaran la orden de un cameraman para empezar a actuar. Muchos habían olvidado atarse las botas o incluso abotonarse las braguetas, y ofrecían un aspecto cómico, que contrastaba con la precisión con la que ajustaban las ametralladoras, calaban las bayonetas, encajaban los peines en los fusiles y disponían las granadas al alcance de sus manos.

El teniente comenzó a dar instrucciones a otros oficiales, gracias a lo cual Mateo pudo saber lo que estaba ocurriendo. Los fascistas habían comenzado su ataque sobre las posiciones del segundo batallón, pero al ser rechazados se habían corrido hacia las trincheras que defendía el suyo, logrando alcanzar la segunda línea en algunos puntos, más allá del lago. El teniente temía que de un momento a otro el enemigo lanzara un nuevo ataque para expulsarles de la Casa de Campo.

—Estos van hacia el río, y no precisamente a tomar las aguas, sino los puentes. Hay noticias de que el ataque es a lo largo de todo el frente, desde El Pardo hasta Villaverde. Si no les paramos, los fascistas celebrarán esta tarde el «Te Deum» en los Jerónimos del brazo del traidor Casado —dijo el teniente, rascándose temerariamente la sien con la punta de la pistola.

Mateo y el desertor Rueda se miraron perplejos, intentando encontrarle sentido al último comentario del teniente. Después de recuperar el resuello, se pusieron en pie. Contagiados de la seguridad de los defensores de aquellas trincheras cubiertas, caminaron hacia donde pensaban que se encontraría su sección. En su recorrido, los soldados que estaban apostados frente a las aspilleras les hicieron blanco de sus bromas para reclutas. Un veterano malencarado, sabedor de que habían estado de centinelas, les cortó el paso.

—¿Qué habéis hecho allí delante para que los fascistas se pusieran así, con lo tranquilos que estaban desde hacía meses?

—Se cabrearon porque les ofrecimos a tu madre —gruñó el desertor Rueda mientras apartaba con el brazo al veterano, que se quedó maldiciendo.

Al fin dieron con Fraguas y el resto de los hombres de su sección, parapetados en un repecho desde el que se dominaba el camino que subía del lago a la Puerta del Ángel. Junto al cabo, había dos soldados en cuclillas, ante una caja de granadas polacas, que repartían por pares entre los hombres.

—Al que no las arroje cuando yo diga, se las reviento de un tiro —estaba diciendo el cabo, rodeado de algunos hombres que cortaban ramas de encina con sus machetes.

Fraguas no hizo caso de la llegada de Mateo y el desertor Rueda, y siguió con sus instrucciones. Les dijo a todos que debían tapar las aspilleras con ramajes, para que los fascistas no supieran dónde tirar ni de dónde les tiraban. A Mateo le pareció de nuevo una criatura primitiva, dispuesta a defender a su rebaño de la acometida de una jauría de lobos.

—Como no vais a acertar a ningún faccioso, así por lo menos tampoco os acertarán a vosotros —dijo riendo el cabo.

Apenas tuvieron tiempo de ocultar las aspilleras cuando la extraña calma que reinaba en aquella segunda línea se quebró por el flanco derecho de la compañía, con una tormenta de disparos seguida de un repicar de explosiones de granadas de mano.

El pinar se llenó de gritos indescifrables, que a los oídos de Mateo resonaban como un tumulto tabernario.

—¡Ahí vienen otra vez! —gritó alguien.

Mateo sintió que su vientre se deshilachaba cuando el cabo le ordenó ocupar un puesto en un saliente de la trinchera. A su izquierda estaba el desertor Rueda, que se puso en cuclillas y de espaldas al parapeto, como si estuviera defecando. Mateo se forzó a mirar por la aspillera. Su vista cubría la pendiente hacia el lago, arañada por las tenues sombras de los pinos, pero no descubrió a nadie por aquella parte. El cabo Fraguas se movía de un lado a otro de la trinchera, apoyándose en su fusil como si fuera un cayado. Al llegar junto a él, Mateo vio que un sudor negro le caía sobre la frente, bajo el gorrino ruso.

—¿Qué tal se ha portado el desertor allí delante? —preguntó el cabo a Mateo sin más preámbulos, con intención de que Rueda le oyera.

Mateo quería estar atento a la pendiente del lago y a la vez encontrar una buena respuesta para Fraguas. En la pregunta del cabo advirtió cierta decepción por el hecho de que no hubiera aprovechado la guardia para pegarle un tiro a Rueda. Sólo se atrevió a responder cuando encontró la expresión militar justa.

—Un repliegue, hicimos un repliegue —soltó Mateo, nervioso—. Nos machacaron a morterazos, y cuando vimos que los de ametralladoras se pasaban sin pegar un tiro, nos replegamos.

Las detonaciones seguían salpicando el aire en la distancia, pero eran cada vez más espaciadas, señal de que la fuerza de los atacantes se estaba debilitando. El tableteo de las ametralladoras propias iba imponiéndose poco a poco sobre el caos del combate, como un anuncio de que la situación ya estaba dominada. Así le pareció a Mateo, pero cuando oyó disparos de artillería en la lejanía, pensó que estaba equivocado y que la ofensiva final no había hecho más que empezar. Pero la tierra que entró en erupción bajo el impacto de los proyectiles era la que rodeaba el lago, desde donde el enemigo había lanzado su ataque.

—¡Son nuestras baterías de la Dehesa de la Villa! ¡Les están dando por detrás a los facciosos! —gritó el cabo Fraguas.

Mateo nunca pensó que pudiera llegar a alegrarle tanto el estruendo de los cañones, sobre todo cuando al asomarse una vez más por la aspillera, vio salir entre los pinos, corriendo cuesta abajo, a decenas de soldados enemigos. No se pudo explicar cómo habían podido llegar hasta allí sin que él les hubiera visto. Su corazón se agitó como si hubiera descubierto alimañas, pero al verlos huir le parecieron menudos, insignificantes, a pesar de sus grandes capotes y sus cascos pulidos. Algunos corrían desarmados, agitando los brazos como peleles.

Se quedó como hipnotizado ante aquella escena desdibujada por la bruma. No podía creer que la primera vez que veía a los facciosos en toda la guerra fuera

huyendo y zigzagueando como conejos entre los pinos. Los conquistadores de Vizcaya, Santander y Asturias, los vencedores de Teruel y del Ebro, los que habían hecho de la toma de Cataluña un paseo militar, se retiraban en desbandada ante él, Mateo Linares García, el chico de los recados de la carnicería de don Melchor, sin que hubiera pegado un solo tiro.

—¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado! —comenzó a gritar a pleno pulmón, agitando el fusil en su brazo izquierdo y alzando el puño derecho, como si hubiera asistido al triunfo más importante de su equipo en los arenales de Carabanchel.

La algarabía de la victoria se contagió a lo largo de las trincheras y a Mateo le pareció que golpeaba, como una ola gigante, los contrafuertes de Madrid, y que la ciudad entera se estremecía con su triunfo.

X

La luz de la mañana imprimía una débil vibración de vida sobre el ventanal. El teniente Caminero observaba a través de los cristales, esperando ver la llegada del coche por la explanada del palacio de El Pardo. Aquella vista le provocaba una negra melancolía, acentuada por los tres cañones Schneider situados junto al foso, desafiantes como esfinges de acero. Los cañones, guarecidos detrás de barricadas de sacos terreros, le recordaban la tensa situación en que se encontraban, atrapados entre dos fuegos. Como si el peligro no fuera con ellos, los artilleros fumaban en corro apoyados en el murete del foso, apurando los últimos cigarrillos de la escasa ración de tabaco.

El sargento de guardia le había despertado hacía unas horas farfullando noticias increíbles en la oscuridad, y por un momento pensó que se encontraba en medio de un sueño. Unos truenos lejanos habían resonado en el aire de la estancia, viciado por la combustión de un brasero. Caminero se había levantado del catre, con el capote sobre los hombros, y se había encendido un cigarrillo con un chisquero, antes de ordenar al sargento que se lo contara todo más despacio.

—¡Los fascistas están asaltando nuestras líneas en el palacio de la Zarzuela! —le había dicho el sargento entre resoplidos—. ¡Hay cañoneo por todo el frente del Manzanares! ¡Parece que les ha dado por empujar para entrar en Madrid aprovechando lo de Casado!

—El muy cabronazo... —había dicho él sin pensarlo, mientras soltaba una nube de humo—. Está claro que Casado quiere que mordamos el anzuelo. Si retiramos tropas de primera línea para aplastar su rebelión en Madrid, Franco puede encontrarse los frentes abiertos y hacer su desfile triunfal por la capital en cuestión de horas...

Sabía que el coronel Barceló había previsto la situación. Solamente había enviado a Madrid las unidades de reserva para aplastar el golpe de Casado, y con ellas se había bastado para tener a los traidores contra las cuerdas, asediados en el Ministerio de Hacienda. Al mismo tiempo, Barceló mantenía guarecidos los frentes contra un previsible ataque faccioso, como el que le había anunciado el sargento sobre las líneas del palacio de la Zarzuela.

—Hay otra cosa, teniente —le dijo el sargento—. Han llamado por teléfono del puesto de mando de la brigada 53. Dicen que traen a El Pardo a un comandante faccioso que se ha pasado esta madrugada a nuestras líneas por el sector del Cerro del Águila.

Al escuchar aquella noticia, se había preguntado si no sería el sargento el que estaba soñando. Pensó también que podía ser una broma del telefonista de la brigada

53.

—Un comandante faccioso que deserta de sus filas, a punto de ganar la guerra y con sus enemigos matándose entre ellos... Supongo que habrá mandado a la mierda al telefonista que ha llamado —había dicho al sargento.

—Es precisamente lo que he hecho, pero me ha amenazado con enviarme un piquete de ejecución en el mismo coche en el que traen al oficial fascista... ¿Sabe? No era el telefonista, sino un tal Sellés, del Estado Mayor. La cosa debe de tener su importancia...

—Sí, a lo mejor es un emisario que manda Franco para ofrecernos su rendición —había contestado él, con mejor humor—. Habrá que decirle que no podemos aceptarla, porque tenemos las cárceles llenas de traidores socialistas y anarquistas y ya no hay sitio para tener prisionero a todo el ejército rebelde.

Sonrió al recordar su propia ocurrencia. Si miraba hacia los pinos que rodeaban la explanada, podía ver reflejada su cara en el cristal de la ventana, pero desde hacía tiempo ya no se reconocía a sí mismo. Los ojos se le habían hundido tras los pómulos, afilados por las secuelas de la guerra, el hambre y la incertidumbre. No se había afeitado desde el golpe de Casado, y ya iba para tres días. Le apuntaba una barba extrañamente canosa, a pesar de sus veinticuatro años. El rostro que le devolvía el cristal de la ventana era el retrato del hombre que nunca había querido ser.

Siempre había temido que la guerra le forzara a hacer cosas indeseables, pero jamás habría pensado que acabaría convertido en carcelero. Allí, en el orfanato de San Juan, situado en las traseras del palacio de El Pardo, había encerrados cientos de hombres, traídos en las últimas horas de todo Madrid, de Canillas, de Fuencarral, de Vallecas, de Colmenar... Eran militares y civiles leales a Casado, incluidos el gobernador y el alcalde de Madrid, pero también desertores, emboscados o paisanos que simplemente pasaban por las calles de la capital convertidas en campo de batalla y que por eso mismo se hacían sospechosos de sedición. Se les había traído a El Pardo por ser el lugar más seguro. De hecho, desde que se había producido el golpe de Casado, no habían cesado los trabajos de defensa del palacio, en el que prácticamente no había una ventana que no estuviera fortificada con sacos terreros.

Las detenciones se habían convertido en un toma y daca entre los casadistas y ellos. La gente de Casado había abierto la veda incluso antes de la creación de la junta facciosa, deteniendo a Mesón, a Girón y a tantos otros dirigentes del partido y de las juventudes comunistas en Madrid, con controles en las calles y registros domiciliarios realizados sin previo aviso y sin otro mandato que el de la traición.

A la mayoría de los prisioneros casadistas los traían a El Pardo en camiones, incluso en largos convoyes, como el que había llegado la tarde anterior del cuartel general de Casado, la «Posición Jaca», junto a la carretera de Barajas. Allí, la división de guerrilleros de Raimundo Calvo y una columna de blindados, procedentes de

Alcalá de Henares, habían hecho prisioneros a decenas de jefes, oficiales y soldados casadistas sin apenas pegar un tiro. Aunque los casadistas habían dispuesto la defensa de la posición con fuerzas de carabineros, estas se entregaron a la primera acometida de las adiestradas fuerzas del mayor Calvo, al que todo el mundo consideraba uno de los más resueltos militares del partido.

Cuando llegaron los prisioneros de la «Posición Jaca», Caminero los vio descender de los camiones desde la puerta del palacio. El atardecer doraba la explanada y los pinares que la rodeaban, convirtiéndolos en un fondo insólito para aquella escena, como el decorado de una opereta. Los cautivos fueron obligados a formar en filas frente al foso del palacio, y luego se les condujo al orfanato. Allí se les dio un chusco y algo de carne para comer, y un plato de arroz para la cena. No eran raciones muy distintas a las de sus hombres, por más que algunos prisioneros hubieran llegado a quejarse por el maltrato.

A los tres oficiales de más alta graduación se les separó del resto y fueron directamente conducidos a los sótanos de la quinta. Al pasar bajo la bandera tricolor que colgaba de un balcón sobre el portón del palacio, con el nombre de la 8.^a División bordado en oro, los oficiales prisioneros se llevaron el puño derecho a la sien e inclinaron la cabeza, en un gesto que desconcertó a todos los presentes. Al fin y al cabo, traidores o no, eran jefes del Ejército Popular de la República y seguían respetando su bandera.

—Estos no saben lo que les espera —había oído comentar a su espalda cuando los tres jefes pasaron junto a él, escoltados por una decena de hombres armados hasta los dientes.

Supo después que se trataba de los jefes del Estado Mayor de Casado, los tenientes coroneles Otero Ferrer, Fernández Urbano y Pérez Gazzolo. Unas horas más tarde, cerca del amanecer, los tres fueron ejecutados a las afueras de El Pardo, junto con un tal Peinado, comisario de la imprenta del Ministerio de Defensa. Se imaginó a aquellos hombres encarando la muerte con la misma gallardía con la que los había visto llegar a El Pardo, enfundados en los mismos capotes que les hacían parecer falsamente invencibles.

—Hemos llegado demasiado lejos, demasiado lejos... —volvió a lamentarse con la mirada perdida en los pabellones del cuartel del regimiento de transmisiones, al otro lado de la explanada.

Unos minutos después vio venir otro vehículo por la carretera de Fuencarral. Le asaltó su propia fabulación y pensó que en ese coche llegaba el emisario de Franco, dispuesto a presentar la rendición sin condiciones del ejército rebelde y hasta de sus aliados alemanes e italianos, pero pronto descubrió que se trataba de un camión ambulancia, con la cruz roja pintada sobre el capó, al que seguían otros dos camiones sin distintivos.

Los tres vehículos enfilaron la explanada a toda velocidad y pararon en seco frente al puente que cruzaba el foso del palacio. Varios sanitarios saltaron de las cabinas y corrieron a las traseras de los camiones. Algunos servidores de los Schneider se acercaron a ayudar. No tuvo duda de que traían a los heridos del ataque fascista contra las líneas de la Zarzuela. Contrariado, se abrochó el capote, se caló la gorra de plato y salió de la estancia.

En la puerta de la quinta se topó con un sanitario, un hombre ya mayor, con gafas de concha y un brazalete de la cruz roja en la manga del tabardo. Se había adelantado para guiar a los heridos por las dependencias del palacio. Detrás del hombre con el brazalete, entraba una procesión de soldados maltrechos, cubiertos con mantas, la mayoría con vendas en la cabeza y brazos en cabestrillo, pero no venía ninguno en camilla.

—¿Cuántos heridos traen? ¿Qué bajas ha habido? —le interrogó ansioso.

—Traemos a quince heridos leves. Ha habido seis muertos y otros cinco heridos graves. A estos los han llevado al hospital de sangre de Fuencarral. Son todos de la brigada 44.

—Entonces apenas ha sido una escaramuza... ¿Para eso tanto jaleo de artillería? —dijo Caminero más relajado.

—¿Una escaramuza, teniente? Pregúntele a este si ha sido una escaramuza... —respondió secamente el sanitario, arrugando la nariz bajo la montura de las gafas.

Caminero tenía frente a él a un joven cabo, con la cazadora colgada del hombro derecho como un húsar. Una tela sanguinolenta le cubría el otro hombro.

—¿Qué ha sido, cabo? —le preguntó.

—Un corte de metralla, teniente —respondió el suboficial, con la cabeza rapada como un chiquillo

—Sí, ya, ya, pero... ¿cómo ha sido el ataque?

—Se nos han echado encima unos dos mil facciosos desde El Plantío, por la tapia de El Pardo. Tomaron nuestra primera línea de trincheras, pero hemos aguantado el tipo en la segunda. Desde allí les hemos tirado con todo. Pasadas unas tres horas, suspendieron el ataque, seguramente porque les hemos hecho muchas bajas, pero muchas... Había cadáveres de guripas por todas partes... Venían con ganas de pasar, pero esta vez tampoco han pasado, ja, ja, ja...

Se contagió del buen humor de aquel cabo risueño. Él mismo había sido así una vez, al principio de todo. Le costaba reconocerlo ahora, pero había habido un tiempo en el que se divertía en la guerra, sobre todo porque pensaba que la República la ganaría en un abrir y cerrar de ojos. Cuando se produjo la sublevación militar, estaba haciendo el servicio en el cuartel de artillería ligera de Vicálvaro. Aquel día estaba de permiso, pero se unió a las milicias y los guardias civiles que asaltaron el cuartel, bombardeado también por la aviación leal, para evitar que los jefes y oficiales

reaccionarios se sumaran a las fuerzas del Cuartel de la Montaña.

Después había marchado a caballo hacia Madrid con otros compañeros para ponerse a las órdenes del gobierno. Nunca olvidaría aquel paseo triunfal. Las calles hervían de entusiasmo. La gente los aplaudía y vitoreaba, algunas mujeres les besaban las manos, otras se abrazaban a sus botas lustrosas, y hasta les hicieron fotos los reporteros cuando enfilaron la calle Mayor, en dirección a la Puerta del Sol, rodeados de paisanos armados con pistolas.

—Me siento una estatua reluciente —le había dicho entonces un compañero.

El ímpetu revolucionario le había llevado a afiliarse al partido comunista y alistarse en el Quinto Regimiento, en el cuartel de Francos Rodríguez. Su osadía a la hora de dar golpes de mano en la sierra de Guadarrama, detrás de las líneas rebeldes, le habían valido el respeto y la admiración de sus camaradas y un merecido ascenso a teniente. Allí descubrió que la lucha de guerrillas podía ser bestialmente humana y romántica, pero, sobre todo, podía ser el camino de la victoria para la República y la derrota de Franco, como antes la de Napoleón.

El ejército del pueblo no estaba preparado para una guerra moderna, en la que los fascistas tenían todas las de ganar, por instrucción, por material y por disciplina. Siempre había pensado que la audacia demostrada en Brunete, Belchite, Teruel o en el paso del Ebro, era la mejor arma de los soldados de la República. El error había sido emplear la audacia como llave de grandes maniobras con decenas de miles de hombres, y no como clave de miles de golpes a pequeña escala, uno allí y otro allá, con los que se habría terminado por dividir y desgastar al adversario.

Franco no habría podido afrontar una lucha de guerrillas generalizada en toda España. En aquella situación, su superioridad en aviación y artillería no le habrían servido de nada. Aquel era para Caminero el segundo error de los que habían dirigido la guerra para la República: acumular un gran número de unidades en un terreno limitado para que Franco pudiera aplastarlas con los ojos cerrados, como había hecho en Brunete, en Teruel, en el Ebro...

Sí, la República había caído en la trampa de Franco, que había planteado la única forma de guerra que podía ganar. No tenía duda de que la guerra en campo abierto había sido también un terreno de ensayo para el armamento de media Europa, cuya efectividad letal se probaba en las carnes de los españoles. Alemanes, italianos, rusos, franceses... todos querían ver en qué podían mejorar sus armas antes de emplearlas en la guerra que se avecinaba en Europa. Y, para colmo, los españoles, además de ofrecerse como dianas, pagaban a escote los aviones, cañones, blindados, ametralladoras y rifles utilizados en aquellos mortíferos experimentos contra ellos mismos. Una guerra de ensayo con un pueblo de locos...

Su suerte, como la de tantos voluntarios, había cambiado forzosamente con el curso de la guerra. Se terminó incorporando a la 100.^a Brigada, de la división de

Líster. Allí no quedaban ya casi milicianos de la primera hora. La mayoría de los soldados eran quintos, gente forzada a ir a la guerra, que al sonar el primer tiro se ponían a llamar a gritos a su madre. Se les forzaba a cumplir las órdenes sin rechistar y se les mandaba en oleadas contra las ametralladoras enemigas, ante las que caían por igual oficiales y soldados, como conejos.

En Brunete, la división de Líster había sufrido más de doscientas bajas entre jefes y oficiales. Se sabía un superviviente y en el duermevela le asaltaban de manera recurrente las imágenes de la tierra de nadie rebosante de cadáveres triturados y desangrados... Él y otros muchos pensaban que a algunos altos mandos les importaban una higa aquellas carnicerías. Sospechaban que eran traidores y que planificaban aquellos ataques suicidas con el fin de quitarse de en medio a los mejores soldados del pueblo, para favorecer el triunfo de los facciosos. Algunos jefes de milicias no les iban a la zaga: habían cogido demasiado gusto a los ascensos y las medallas, y no les importaba conseguirlas al precio de la vida de sus hombres.

Le habían llegado a repugnar todos aquellos que sellaban su fidelidad a Moscú con la sangre de los soldados a los que mandaban a morir en operaciones desquiciadas, mientras se atiborraban en la retaguardia con la misma comida que les faltaba en las trincheras a quienes enviaban al matadero. Así, pensaba, era muy fácil ser leal a Stalin: mandando carne de cañón al frente y comiendo caviar en la retaguardia. Al final, habían convertido el ejército del pueblo en un ejército burgués cualquiera, con los altos mandos entregados a la buena vida en los balnearios de retaguardia, mientras los soldados se pudrían en las trincheras, muertos de hambre y llenos de miseria, sin ropa y descalzos.

La guerra había perdido para él toda su razón de ser. Aquella ya no era la guerra del pueblo y el partido había tenido también su responsabilidad en ello. Él había empuñado las armas contra los facciosos para cambiar las cosas, pero en el fondo nada había cambiado. En las trincheras estaban muriendo los de siempre, los hijos del pueblo, empujados por consignas vacías, por lemas extraños. Desengañado y abatido, cuando un amigo influyente del partido le ofreció buscarle un destino en Madrid, se sintió mal consigo mismo pero aceptó ser un enchufado. Su amigo resolvió el asunto en unas semanas haciendo valer falsamente, según le confesó después, su inexistente parentesco con Francisco Caminero, que había sido consejero de evacuación civil en la Junta de Defensa de Madrid.

Le destinaron a El Pardo, al cuartel general de la 8.^a División, de la que acababa de ser nombrado jefe otro camarada del partido, el mayor de milicias Guillermo Ascanio, un ingeniero canario al que todo el mundo respetaba por haber sido uno de los artífices de la defensa de Madrid. En aquel puesto afortunado, cercano al frente pero lejano de la guerra, había revivido el espíritu de las milicias. Todo eran desfiles, himnos, proclamas y discursos, estos más patrióticos ahora que políticos. Venían a

visitar El Pardo líderes obreros, escritores y periodistas de medio mundo, que deseaban conocer a los bravos luchadores de Madrid. También les visitaban elegantes damas de sociedades filantrópicas extranjeras, para regalar ambulancias o equipos quirúrgicos de campaña. Él prefería los donativos del Socorro Rojo, mucho más humildes, pero también más valiosos para el combatiente que todas las ambulancias y bisturís del mundo, como eran las cajas de tabaco inglés y holandés.

La capital de la gloria llamaban a Madrid los poetas, aunque para él ya no era más que la capital de la muerte y el hambre, la traición y el miedo a lo que vendría después de la derrota. Después del pacto de Munich, la República había quedado abandonada a su suerte, al igual que la habían abandonado también aquellos visitantes ilustres que buscaban fotografiarse en El Pardo junto a oficiales y soldados a los que trataban como héroes de leyenda, aunque pocos, muy pocos, habían protagonizado la batalla memorable de noviembre del 36.

De hecho, la mayoría de los soldados de su división no había pegado un tiro en toda la guerra y disfrutaba de la monotonía y la tranquilidad de un frente pasivo, pese a la cercanía de los facciosos. El mayor Ascanio había llegado a organizar representaciones teatrales para el entretenimiento de sus hombres, en el viejo teatro de corte del palacio de El Pardo. A él mismo le había fascinado la *Numancia* de Cervantes, pero no había dejado de pensar en los miles de camaradas caídos bajo la metralla de las nuevas legiones romanas, en Aragón, en Levante, en el Ebro, sin que nadie se acordara ya de cantar su sacrificio.

Fue durante la batalla del Ebro, donde se desangraba su antigua división, cuando decidió dar la espalda a aquel mundo de consignas y de panfletos para vivir un retiro de ermitaño en el palacio, sin dar cuentas a nadie ni tampoco exigirlos. Podía haber pedido su traslado a primera línea, aunque no al Ebro, pues Cataluña estaba aislada. Si no lo había hecho fue porque en su interior algo le dijo que terminaría cumpliendo una penitencia mayor por haber abandonado los campos de batalla. Y allí estaba ahora, pagando aquella penitencia, convertido en plena agonía de la República en el cancerbero de un palacio de reyes y emperadores destinado a encerrar a sus hermanos de armas, ahora enemigos mortales, a los que estaban haciendo frente en el centro de Madrid, mientras los facciosos les atacaban por la espalda.

Sí, ellos, los comunistas, los únicos que mantenían la esperanza en la victoria, estaban ahora copados, cogidos entre dos fuegos. Su única salida era aplastar a Casado y a sus cómplices, que deseaban entregarlos a Franco como moneda de cambio para salvar el pellejo. Casado tenía en su poder sus nombres, sus filiaciones, sus historiales políticos, sus expedientes militares... Toda aquella documentación, guardada en las oficinas del SIM, en los cuarteles del Ejército, en los edificios del gobierno, supondría la muerte o la cárcel para muchos en caso de caer en manos de los facciosos.

Como tantos otros camaradas del partido, se había sentido impotente desde el golpe de Casado por aquella razón: no podía borrar su nombre de los documentos en poder de los traidores. No estaban a su alcance y no podía cancelar, tachar o eliminar ninguna traza, pista o huella suyas en aquellos papeles, que se convertirían en prueba de acusación en manos de los vencedores. Se decía a sí mismo que cumplía la condición de los facciosos para estar a salvo después de la derrota, no tener las manos manchadas de sangre, porque había preferido marcharse a la sierra a combatir a los rebeldes antes que tomar parte en los comités que actuaban en Madrid contra los derechistas, fueran o no sospechosos de sedición. Pero sabía que la supuesta justicia de los vencedores, implacable ya desde el comienzo de la sublevación, sería una vara alargada por la sed de venganza.

—Ya está aquí el que faltaba para el duro —rumió al ver otro vehículo enfilarse la explanada desde la carretera de Madrid, cuando regresaba hacia la puerta de palacio, después de guiar a los heridos hasta el puesto de socorro.

El coche era un lujoso Buick camuflado a brochazos verdes y marrones, con un banderín del comisariado. Al frenar ante el foso, el automóvil derrapó con un sonido que le pareció festivo, como si acabaran de llegar unos invitados a una cena palaciega. Las portezuelas traseras se abrieron violentamente y salieron dos soldados armados con pistolas ametralladoras, enfundados en abrigos caquis y con gorros pasamontañas. Se quedaron inmóviles, apuntando con las pistolas al interior del coche, mientras del asiento del copiloto saltaba un hombre completamente calvo pero con un enorme mostacho rubio, embutido en un jersey de lana verde y de cuello alto en el que llevaba cosida una insignia de comisario de guerra.

—¡Salga de ahí! ¡Aprisa! —gritó el comisario.

Los soldados de la escolta tradujeron al unísono aquella orden con un movimiento de sus pistolas en el aire. Caminero vio surgir del interior del coche a un hombre de rasgos angulosos, frente ancha y tez amarillenta, con la mirada extraviada y los brazos caídos. Vestía una cazadora de cuero negro que resaltaba su ancha espalda, unos pantalones de canutillo color caqui y unas botas cortas de cordones llenas de polvo. Sobre la cazadora llevaba un estampillado con dos estrellas.

Los dos escoltas le asieron de los brazos ante la curiosidad de los que se arremolinaron a la entrada para ver la escena. El comisario se adelantó hasta Caminero para saludarle con el puño en alto y susurrarle al oído:

—Se está haciendo el loco... Es inaguantable. Si lo tengo en mi poder una hora más, le pego dos tiros y acabo con el cuento... Es un comandante habilitado para teniente coronel... Lo dice también en su carné militar. Se pasó con una pistola Star, mil pesetas y unos papeles garabateados sin interés...

—¿Está de nuestra parte? —preguntó Caminero.

—Estará con la madre de Mussolini porque lo que es con nosotros —dijo el

comisario abandonando el tono de discreción—. Se llama Tomás Broto, es aragonés. Dice que su jefe de división, la 16, que está en la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria, lo destituyó del mando de su regimiento y que quería fusilarlo... Creo que debió de darle a la botella y se dirigió hacia nuestras líneas por error. Se entregó completamente borracho en las posiciones del batallón 210, en el Cerro del Águila. Por si fuera poco, los suyos han atacado con la primera luz del día las posiciones de nuestra brigada y las de la 42, en el lago de la Casa de Campo. A lo mejor es que pensaban rescatarlo...

—Han atacado también las líneas de la brigada 44, en el sector del palacio de la Zarzuela. A los fascistas les ha excitado el golpe contra Negrín... —dijo él, desinhibido por la verborrea del comisario.

—¡Cómo que Casado es de los suyos! —se enfureció el comisario—. Es lo que viene repitiendo toda la noche el tipo este, que el meapilas de Franco se las está entendiendo desde hace meses con Casado.

—El muy cabronazo...

El comisario le dijo que tenía que presentar al desertor ante el mayor Ascanio, según órdenes del coronel Barceló, quien le había interrogado aquella misma mañana en un lugar secreto de las afueras de Madrid al que había trasladado su puesto de mando desde la sierra. Caminero se ofreció a guiarles por el interior del palacio y condujo al comisario, a los dos escoltas y al desertor faccioso hasta el segundo piso. Llegaron frente a una puerta vigilada por dos jóvenes soldados, casi niños, armados con metralletas y con brazaletes con las siglas de las juventudes comunistas.

Desde el umbral, Caminero avisó a un ayudante de Ascanio de que había llegado ya el oficial fascista e hizo pasar a los que venían con él. Después de saludar con el puño, se marchó de regreso a la sala de guardia, forzándose a no demostrar interés por la suerte de aquel Broto. Si lo hacía, quizá se cerraran de golpe todas y cada una de las puertas que ahora se abrían ante él. Ya fuera loco o impostor, Broto podía convertirse en su mejor salvoconducto ante los vencedores. Sólo necesitaba tiempo para pensar cómo y cuándo utilizarlo. El primer paso era ganarse su confianza. Ser su amigo en vez de su carcelero... Después, ya vería.

Al llegar a la sala de guardia, se encendió otro cigarrillo frente a la ventana. Pensó que, cualquiera que fuese la razón que le había empujado a desertar, Broto había cruzado la línea entre las dos Españas y era muy probable que ambas le tuvieran reservado el mismo destino frente a un pelotón de fusilamiento. Salvo que Broto hubiera pensado que su única vía de salvación fuera hacerse pasar por loco, si es que no lo estaba realmente. Pero tenía que haber ensayado mucho aquella forma de mirar para que resultara tan creíblemente extraña, como la mirada de un recién nacido que aún no hubiera logrado descifrar la luz del mundo.

Si Broto hubiera abandonado las filas de Franco para compartir la suerte de los

vencidos, tendría que explicar por qué había esperado al fin de la guerra para desertar de los facciosos. Pero, sobre todo, debería demostrar que no era un espía, aunque a su favor tenía un argumento simple y demoledor: sería estúpido que los facciosos hubieran enviado a un espía a través de sus líneas haciéndolo pasar por desertor, cuando en Madrid había ya tantos traidores, emboscados y «quintacolumnistas», empezando por Casado. Casi todo el mundo estaba en la conjura para facilitar la entrada triunfal de Franco. ¿Para qué enviar a alguien más?

Al anoecer supo que, después de ser llevado a presencia de Ascanio, Broto había sido conducido al orfanato de San Juan para ser mostrado en el patio a los prisioneros casadistas, como prueba de la traición del Consejo Nacional de Defensa. Allí se le había hecho repetir lo que ya había contado: que Casado estaba en negociaciones con Franco. Algunos prisioneros le habían abucheado, gritando que aquello era una farsa y que Broto era un comunista disfrazado de oficial faccioso. Antes de que la cosa fuera a mayores, le separaron de los prisioneros casadistas, encerrándolo en una habitación de los sótanos del palacio, junto a las leñeras.

El sargento que estaba de guardia esa noche en aquella parte del palacio era uno de los beneficiarios de su prodigalidad en la concesión de permisos, por lo que no le fue difícil convencerle de que le dejara estar a solas con el prisionero. El propio sargento, un hombre de baja estatura, le condujo a los sótanos, que albergaban las cocinas, las despensas, el horno de pan y las leñeras de palacio.

Las estancias y los corredores estaban iluminados por bombillas que derramaban su luz mortecina desde las bóvedas de ladrillo como un líquido grasiento, amarilleando muebles desvencijados, catres de campaña, sillas y butacas de todos los tipos, mesas de oficina con máquinas de escribir polvorientas y cajas llenas de papeles que obstaculizaban el paso por los corredores. A esas horas los sótanos estaban tranquilos, pero el resto del día eran una colmena, con oficiales, auxiliares y enlaces que entraban y salían precipitadamente de las estancias como si estuvieran persiguiendo algo que lograra huir de ellos atravesando las paredes.

Al doblar uno de los corredores, se encontraron totalmente a oscuras. El sargento le explicó que aquella parte de los sótanos se había quedado sin luz eléctrica por una avería que no había modo de reparar. Siguieron caminando bajo la luz de una pequeña linterna que ponía sombras en fuga como espectros. Al pasar por las estancias, envueltas en la negrura, se advertían resplandores de cigarrillos avivados por soldados que no lograban dormir, pese a los nervios y el cansancio. En otras habitaciones, el sueño liberador de sus inquilinos se traducía en un desacompasado coro de ronquidos.

—Si no supiera que son hombres durmiendo, me haría la ilusión de que mañana íbamos a comer cerdo por primera vez en dos años, ja, ja, ja... —soltó de pronto el sargento.

Caminero no hizo caso a su comentario y el sargento cambió de tercio:

—El fascista no ha probado bocado. Dice que le queremos envenenar con la comida. La verdad es que si la probara, se daría cuenta de que no anda equivocado, ja, ja, ja... —dijo el sargento, que volvió a intimidarse ante su falta de reacción—. Bueno, ya hemos llegado. Esto era antes una despensa de palacio. No tenemos la llave, pero esto vale.

Metió una ganzúa en la cerradura y la hizo girar, empujando suavemente la puerta. La estancia olía a orines y a leña de encina quemada. El haz de la linterna entremezcló la claridad y la negrura en trazos fugaces de misterio, descubriendo una estufa y una silla en medio de la estancia. Cuando el sargento apuntó la luz hacia la pared derecha, Caminero se sobresaltó. Broto estaba de pie, encima de un camastro, con la cabeza erguida y los ojos desorbitados, como si demandara aire desde las profundidades del mar. Ya no llevaba puesta la cazadora de cuero, que algún espabilado le había requisado, sino una guerrera de una talla ridículamente menor que la suya.

—Bájate de ahí ahora mismo —oyó decir al sargento, como si reprendiera a un niño.

Broto descendió del camastro de un modo torpe, como si su cuerpo fuera una carcasa vacía. El sargento le apuntaba al rostro con la linterna y la luz daba una claridad mortecina a su amplia frente.

—Me dice el sargento que no ha querido comer —le dijo Caminero como en un susurro—. No debe temer nada. Aquí en Madrid ni veneno nos queda...

El sargento soltó una risotada molesta al oír aquello y la luz de la linterna volvió a serpentear fugazmente por la habitación.

—No debe tener miedo —insistió Caminero—. Aquí nadie le va a pedir cuentas. Usted ha desertado de un ejército al servicio de potencias extranjeras, y por eso mismo ya no es ni ejército ni español. Verá que en unos días...

—Me fusilarán mañana, ¿verdad? —soltó Broto con un estremecimiento en la voz.

—Sargento, encienda la vela y retírese. Venga a buscarme en media hora —ordenó Caminero, mientras se acercaba la silla y tomaba asiento.

El sargento sacó una vela y una caja de fósforos que traía en el bolsillo de su cazadora de cuero, en la que Caminero descubrió ahora la marca dejada por el estampillado con las dos estrellas de Broto, que el sargento debía de haber descosido. Después de encender la vela, el sargento la dejó sobre la estufa. Las sombras parpadearon en toda la estancia a causa del temblor de la llama, agitada por una corriente de aire.

—Estoy en una checa, ¿no es cierto? —volvió a preguntar Broto con un hilo de voz.

—No está en ninguna checa. Esta es una antigua despensa del palacio de El Pardo. Saldrá de aquí cuando se hayan aclarado las cosas en Madrid. Se lo garantizo —le dijo Caminero, intentando dar a sus últimas palabras un tono de franqueza.

—Pero ustedes me están torturando... No puede negarlo... Déjenme en paz... Dígaselo a Barceló... Que me deje en paz. No para de hablarme todo el rato, me dice lo que tengo que hacer, lo que tengo que creer, pero no me escucha, nunca me escucha...

La luz de la vela suavizaba ahora los rasgos de Broto, pero su expresión era tan atormentada que desconcertaba a Caminero.

—¿El coronel Barceló le habla? ¿En esta habitación? —le preguntó con un acento artificialmente despreocupado.

—Sí, a todas horas. Me habla a través de la estufa... y de las paredes... —respondió Broto, moviendo la cabeza de un lado a otro, como si quisiera espantar aquellas voces—. Me dice que si me fusilan me dará igual, porque ya no tengo cuerpo... Que no tengo cuerpo, eso me dice... Y. me dice que me confiese con él, que él quiere hacerme comunista y que reniegue de mi fe... Mi padre me dice que eso no puedo hacerlo, que no debo apartarme de lo que me enseñaron en casa... Barceló es el espíritu del mal, eso me dice mi padre.

Caminero sabía que el coronel Barceló no estaba en El Pardo, aunque le sorprendió que, en sus alucinaciones, Broto relacionara a Barceló con una checa, puesto que se decía que había dirigido varias en Madrid al comienzo de la guerra, antes de convertirse en el jefe de las fuerzas que habían sitiado el Alcázar de Toledo.

—¿Y qué más le dice Barceló? —preguntó con calma.

Broto se incorporó, como si hubiera despertado de un mal sueño. Se quedó mirando fijamente el temblor de la llama de la vela, mientras se frotaba la frente con la palma de la mano, como queriendo borrar los pensamientos que le atormentaban.

—Barceló me dice que tiene el secreto para ganar la guerra, porque puede hacer que cualquiera se pase a sus filas, igual que ha hecho que yo me pasara... Dice que es un secreto de Rusia...

—Ah, un secreto de Rusia... ¿Y cómo logró Barceló que usted se pasara a nuestras filas? —terció Caminero, con precaución.

—Una voz me llevó a las trincheras y allí me dijo que tenía que hacerlo, y que no temiera nada... Pero luego la voz me dejó, y otras voces me decían: «Antes te iban a matar, ahora también»... ¿Quiere saber una cosa que no le he dicho a nadie todavía?

—Lo que usted guste...

—He visto una mujer desnuda de espaldas, junto al río... Me dijo que era el Espíritu Santo y que no tenía que tener miedo...

—¿Era una conocida de usted?

—Me van a fusilar, ¿verdad? —dijo Broto, como si no hubiera escuchado la

pregunta—. Barceló me lo ha dicho, que me fusilarán mañana... Pero luego las voces me han dicho que me tomara un veneno que me iba a traer una falangista, y así no tenían que fusilarme y tampoco tendría que responder a más preguntas... y después ha entrado uno que decía ser de la Falange con un vaso de agua o de leche, pero no me lo he tomado, para no morir como un perro... ¿Quiere saber una cosa que no le he dicho a nadie todavía?

—Diga, diga...

—Había una mujer de espaldas, que era el Espíritu Santo, y me dijo que no tuviera miedo...

Caminero miró a su alrededor. Observó la estufa, las paredes, la puerta de la estancia. En el fondo, pensó, Broto era el vivo retrato de los vencedores: ganarían la guerra, pero perderían la razón. Sintió una opresión en el pecho. Si Broto fuera fusilado realmente, se quedaría sin su salvoconducto ante el inminente triunfo fascista. Sus repentinos planes para entregarlo a los vencedores, bien fugándose con él hacia las líneas facciosas o custodiándole hasta la entrada de Franco en Madrid, se esfumarían.

Su única salvación, pensó, era seguir el ejemplo de Broto y desertar a la zona facciosa por las trincheras de la Zarzuela. Con un poco de suerte, también podría volverse loco de verdad y oír ahora, en el patio del palacio de El Pardo, la voz del exgeneral Franco invitándole a pasarse a sus líneas. O ver a la mujer desnuda que habitaba junto al río Manzanares y que decía que era el Espíritu Santo. Sí, entonces enloquecería sin remedio y no tendría que fingir, ya lo mejor incluso salvaba la vida. Y si no fuera así, porque también le hicieran fusilar, aceptaría de buen grado beberse un vaso de leche con veneno y morir como un perro antes que soportar la idea de la derrota.

Broto volvió a frotarse la frente con la palma de la mano derecha, pero ahora lo hizo más suavemente, como si estuviera acariciando algún pensamiento feliz surgido de improviso entre sus tinieblas. Caminero se levantó de la silla sin esperar al sargento de guardia y tomó la vela de encima de la estufa. Se acercó a Broto y le puso la mano sobre el hombro, compasivo. Después se dirigió a la puerta, donde apareció el sargento.

Al salir de los sótanos, descubrió en el patio grupos de soldados que dormitaban tendidos alrededor de unas hogueras. Arrebujados en sus capotes mantas, con los macutos debajo de la cabeza, esperaban la orden de marchar al frente, para reforzar las líneas en previsión de un nuevo ataque faccioso. Quizá fuera el definitivo, el que les abriera a los fascistas las puertas de Madrid y del triunfo final. Había visto muchas veces aquellos corros de soldados en torno al fuego, antes de entrar en combate. Siempre le había conmovido el modo con el que los hombres se entregaban al sueño en las horas anteriores a la batalla, como si dormidos fueran a encontrar algo

que les hiciera invulnerables.

A él la guerra le había convertido en el ser más vulnerable del mundo, y ya no tenía remedio. Sin porvenir, cada hora de su vida era un paso hacia el vacío. No tenía a nadie ni a nada a lo que agarrarse. Antes del golpe de Casado, había pensado salir de Madrid hacia Valencia o Alicante para intentar embarcarse y rehacer su vida en Francia o en Inglaterra. Pero apenas quedaba nada de su vida que pudiera rehacer: sólo un puñado de cenizas que la victoria de Franco le arrebataría de un soplo.

Perseguido por aquel pensamiento funesto, llegó a la sala de guardia. Al entrar en la estancia con la vela encendida, la ventana se iluminó con un enigmático resplandor y vio cómo su propio reflejo, atrapado en el cristal, desenfundaba y amartillaba la pistola por debajo del capote, y después metía el cañón pulido y frío en la boca del hombre que nunca había querido ser. Y fue entonces, sólo entonces, un segundo antes de apretar el gatillo, cuando descubrió que aquel hombre no tenía miedo.

XI

El capitán Masip sobrevolaba con su mirada los tejados de Madrid, cubiertos de un velo miserable de hollín que parecía haberse posado también sobre sus pensamientos. Sólo el aire frío de la mañana, al refrescar su frente, consiguió deshacer aquel poso de negrura a la vez que despertaba su nostalgia de Isabel. Allí, sobre la azotea del diario *ABC*, podía situar los lugares de su felicidad en la ciudad que se extendía ante sus ojos, marcar los escenarios que había compartido con Isabel a lo largo del asedio, entre la vida y la muerte, la esperanza y la amargura.

Aquel Madrid agonizante vivía a través de Isabel, como si esta prestara a la ciudad su respiración y sus latidos, su mirada y el calor de su piel. Podía incluso oír su voz sobreponiéndose al repique de las ametralladoras, los disparos de los francotiradores y los cañonazos que reventaban ahora en el vacío mortal de las calles de la ciudad. Los sonidos de guerra estallaban por Alcalá y por Cibeles, por Prim y por Barquillo, y se escuchaban nítidos, violentamente claros, como si repercutieran en el azul del cielo, al fin abierto después de una semana de nieblas. Y sobre aquellos sonidos le llegaba la voz de Isabel, a veces como un lamento sostenido, diciéndole que no se arriesgara, que no merecía la pena...

Los comunistas habían rodeado el edificio del *ABC*, copándolo junto a un centenar de guardias del Cuerpo de Seguridad y algunos redactores y obreros del periódico. Aquella situación, lejos de evocarle algún episodio heroico de los que oía relatar de niño a su ama, le había hecho caer prisionero de la realidad, sin posibilidad de escapatoria. Por primera vez en su vida, se sentía encadenado a un destino que no podía cambiar ni siquiera con los juegos de su imaginación. Sólo el recuerdo de Isabel conseguía liberarlo momentáneamente de aquel estado, pero a la vez lo hacía aún más prisionero del mundo.

Había llegado al *ABC* a lomos de su Royal Enfield con la caída de la tarde, antes de que se cerrara el cerco, con la misión de entregar dos nuevas proclamas del Consejo Nacional de Defensa contra la rebelión comunista, tal y como había hecho en los dos últimos días. Al subir por Serrano, vio que varios grupos de guardias con los brazales blancos de las fuerzas leales a Casado se dirigían a la carrera hacia la sede del antiguo periódico monárquico.

En la esquina de Lista había preguntado qué estaba ocurriendo a un viejo teniente de caballería que iba a la cabeza de algunos de aquellos hombres. Este le informó de que las avanzadillas de Barceló se habían descolgado por Serrano desde los Altos del Hipódromo. Habían encontrado resistencia por parte de los anarquistas en el chalé del comité libertario de Madrid, pero habían tomado el palacio de Lázaro Galdeano, sede

del Gobierno Civil, así como el cuartel general de la 7.^a División y los estudios de Unión Radio en la Castellana.

Los comunistas se habían detenido allí, sólo a unos centenares de metros del *ABC*, pero se temía que siguieran progresando por Serrano para enlazar con otras fuerzas de Barceló que bajaban de Manuel Becerra hacia la Puerta del Alcalá. Por el otro lado de la Castellana, los comunistas habían logrado infiltrarse por Prim y Barquillo, desde donde habían intentado asaltar las sedes del Banco Central y del Ministerio de Defensa.

Al entrar en la sede de *ABC*, Masip había creído encontrarse en un cuartel. Había hombres armados por todas partes, nerviosos y expectantes, como si temieran que de Serrano fuera a bajar una turba dispuesta a arrollar todo a su paso. En las ventanas que daban a la calle se habían levantado parapetos con muebles y con pilas de periódicos y números de «Blanco y Negro». En un patio andaluz cercano a la entrada, se había establecido un improvisado puesto de socorro, con una decena de camillas traídas de no se sabe dónde.

Al subir unas escaleras para entregar las proclamas del Consejo en la redacción del diario, había tenido que sortear a una decena de guardias que descansaban sobre los peldaños, abrazados a sus fusiles. En la puerta de la redacción se identificó ante un joven en mangas de camisa que salía a toda prisa con unas hojas mecanografiadas en la mano. El joven le dijo con voz temblorosa que se dirigiera al fondo de la redacción, y que allí le atenderían.

Abrió la puerta y se encontró ante una gran estancia que la luz de la tarde iluminaba como un lugar sagrado a través de unos amplios ventanales cruzados por cintas de papel engominado. Al fondo de la sala, había un hombre sentado a una mesa, frente a los pupitres vacíos de los redactores, como si fuera un maestro esperando la llegada de los alumnos de la escuela.

Había cruzado la redacción haciendo resonar los pasos de sus botas claveteadas sobre el piso, para darse seguridad y disimular su cojera, mientras abría la cartera que le colgaba del cuello para sacar las proclamas que debían publicarse al día siguiente en la portada del diario. Había tenido tiempo de leerlas antes de salir de Hacienda. Una de las notas, seguramente redactada por el viejo Besteiro, hablaba de la lucha del Consejo por la libertad y la independencia de España, frente a la pretensión de los comunistas de imponer una dictadura utilizando a Negrín como agente.

En la segunda proclama, el Consejo denunciaba que los sediciosos habían faltado a su palabra de cesar la lucha y advertía que estaba dispuesto a aplicar medidas severas para acabar con la rebelión. La misma nota informaba de que la aviación ya había actuado ese mismo día bombardeando a las tropas de Barceló, y anunciaba la inminente llegada a Madrid de tropas leales al Consejo con la misión de restablecer el orden.

Cuando estuvo delante del periodista, al que no había visto en sus anteriores visitas, le tendió las proclamas después de hacer el saludo de rigor, llevándose el puño a la visera de su gorra de plato lo más marcialmente que pudo. El periodista empezó a leer las hojas con avidez, mientras él le observaba con compasión. Tenía una tez extremadamente pálida, que le daba a todo él una apariencia viscosa. Bajo sus grandes gafas de concha negra, apenas era posible hacerse una idea de su cara, que cubría con una barba rala. Llevaba el pelo cortado como un recluta, con pequeñas calvas enrojecidas por toda la cabeza que parecían de tiña. Vestía una vieja chaqueta de pana negra, cuyos hombros y solapas aparecían sembrados de una mezcla de costras y ceniza de tabaco.

—Como las fuerzas de Mera no se den prisa por entrar en Madrid, los comunistas nos van a meter estas proclamas por el culo —dijo sin levantar la vista de los papeles.

La voz de aquel hombre le pareció a Masip tan desgraciada como su figura. Estuvo a punto de contestarle, pero se refrenó. Dio su misión por cumplida y se despidió de él. Cuando estaba en medio de la redacción, rodeado de la luz que doraba los ventanales, oyó de nuevo la voz del periodista y le pareció que el tiempo se paraba en seco.

—Hasta siempre, capitán Masip. Veo que usted ha tenido más suerte que yo.

Se volvió bruscamente al oír su nombre. Vio al periodista levantado junto a la mesa, donde se apoyaba con dificultad. Le faltaba la pierna izquierda y tenía esa pernera del pantalón recogida a la altura de la ingle. Mientras intentaba reconocerlo, el hombre volvió a hablar:

—Coincidimos en el hotel Palace, después del ataque sobre Segovia y La Granja. Usted no se fijó en mí, pero todos los heridos de aquella sala nos fijamos en usted, mejor dicho, en su novia. ¿Porque era su novia, verdad?

—No, no...

—Una mujer guapísima. Carole Lombard y ella, como dos gotas de agua. Todos pensábamos que era usted muy afortunado. También pensábamos que era usted hermano del exgeneral Mola, al que el diablo tenga en su seno. Se le parece usted mucho, ¿se lo habían dicho alguna vez?

—Usted es... —respondió él con interés, tendiéndole la mano.

—Qué importa. Es mejor que nos acostumbremos a no tener nombres. Así correremos menos riesgos cuando entren los fascistas. Fui comisario de batallón. Un moro gigantesco me atravesó la pierna con su bayoneta en Valsaín. Me quiso ensartar los cojones, pero no acertó. Yo le descerrajé un tiro de revólver entre ceja y ceja. Me quedé toda una noche en tierra de nadie, con el fiambre del moro sirviéndome de almohada. Pude desenganchar la bayoneta del fusil, pero no tuve fuerzas para sacarla de mi pierna. Me encontró al amanecer una de nuestras avanzadillas, pero ya no había nada que hacer: aquella bayoneta debía de tener la peste rifeña y tuvieron que

cortarme la pierna.

—Lo siento, señor... —balbuceó Masip, intimidado por la crudeza de aquel hombre.

—No sienta piedad por mí. Ahórresela para usted. Yo sólo soy un fantasma. Vivo y trabajo en el lugar de los muertos y, como ellos, carezco de importancia. Aquí mismo, donde me siento, trabajaba antes de la guerra el subdirector de esta casa, Rodríguez Santamaría. Lo asesinaron unos milicianos, como a tantos otros redactores, estereotipadores, mozos, cajistas, linotipistas, correctores, maquinistas... Tan obreros como sus verdugos, asesinados en el altar de la revolución proletaria. Dentro de unos días, Franco va a entrar en Madrid. «El hombre del caballo blanco», lo llaman en la Falange clandestina. Cada cual tendrá que mirar por lo suyo antes de que los moros nos saquen los ojos a todos por culpa de unos cuantos. Tenía razón Indalecio Prieto cuando decía, después del asalto a la cárcel Modelo, que todos cargaríamos con aquellos crímenes porque con el tiempo no se harían distinguos.

—¿Usted no cree que Casado conseguirá una paz honrosa? —le preguntó Masip, decepcionado.

—No me irá a decir que usted se ha creído el cuento. Pero si no se lo cree ni el mismísimo Miaja, aunque sea presidente del Consejo. Por cierto, ¿le escuchó ayer en la radio? —le preguntó el hombre mientras rodeaba la mesa, dando pequeños saltos, para sentarse de nuevo.

—No, no tuve ocasión.

—Miaja dijo que el Consejo tenía la misión de terminar la guerra de una forma humana y honrosa, para devolver la paz a los hogares españoles. Salió a la calle para darse un baño de multitudes y después se largó camino de Valencia, por si las cosas se ponen feas.

—¿Que el general Miaja ha abandonado Madrid? —preguntó Masip en un susurro, como si temiera ser oído fuera de la sala.

—Sí, en noviembre del 36, el gobierno huyó de la ciudad, dejando a Miaja solo ante los rebeldes. Ahora es al revés, se ha ido él y ha dejado al Consejo solo, para que se las vea con los comunistas. Pero vamos a lo importante. Casado y el socialista Besteiro han planteado una falsa justificación para el golpe contra Negrín, como si no hubiera más alternativas para después de la guerra que la dictadura de Franco o la de Stalin. Lo de los anarquistas es harina de otro costal. Tenían demasiadas cuentas pendientes con los comunistas y han decidido saldarlas a última hora, antes de que cayera el telón...

Masip había mirado su reloj. No quería retrasarse en su regreso a Hacienda. La noche empezaba a caer al otro lado de los ventanales como un mal augurio. Pero, a pesar de todo, se sentía atraído por la descarnada perorata de aquel periodista mutilado. Era la primera vez en toda la guerra que escuchaba hablar a alguien sin

tapujos.

—¿Tiene usted idea de qué es lo que puede pasar en Madrid? —se decidió a preguntarle, tomando asiento en uno de los pupitres de la redacción.

—Los comunistas no podrán mantener por mucho tiempo esta situación. Ahora mismo tienen dos frentes abiertos. Uno contra Casado, en Madrid, y otro contra Franco, en las afueras de la ciudad. Corren rumores de que hace dos días los fascistas intentaron tomar Madrid al asalto, por el frente del Manzanares. Las unidades controladas por los comunistas los rechazaron con centenares de bajas. Es una ironía que nada más salir Negrín hacia Francia los comunistas hayan hecho buena la política de resistencia que predicaba.

—Quizás se pueda resistir un ataque aislado, pero no una ofensiva general de todo el ejército y la aviación de Franco. Lo que Negrín predicaba era el suicidio —cortó Masip alterado.

—En cualquier caso, bravo por los comunistas. Hay que reconocer que siempre han tenido los huevos bien puestos. Y los fascistas también, para qué negarlo. Una vez oí decir a alguien que la causa de esta guerra es que hay algo en los guisos españoles que nos hace enfurecernos a unos con otros. Aquella persona sospechaba del cilantro. Aunque para mí la verdadera desgracia de España es que siempre ha habido muchas banderas y pocas chimeneas...

Masip no pudo disimular un gesto de extrañeza ante aquella disquisición. El hombre se percató y cambió la conversación:

—Ahora se trata de saber qué pasa si Franco intenta poner el pie en Madrid. ¿Nos uniremos otra vez para rechazarlo? ¿O seguiremos luchando entre camaradas para ponerle más fácil la toma de la ciudad?

—¿Ha oído usted hablar de los barcos ingleses y franceses que acudirán a los puertos del Mediterráneo para la evacuación? —preguntó Masip, intentando sembrar una esperanza.

—Esta es la segunda parte del cuento, capitán Masip. Casado está haciendo creer que Franco va a aceptar otra negociación como la de Menorca. El jefe de la guarnición de la isla consiguió negociar, bajo la mediación británica, la evacuación de más de trescientos dirigentes civiles y militares en un crucero inglés.

—Es un buen precedente. Los ingleses podrían estar dispuestos a hacer lo mismo ahora.

—A Casado le ha calentado la cabeza con esa patraña el cónsul inglés. Necesitaríamos las flotas inglesa y francesa para sacar a los cientos de miles de leales que hoy corren peligro. Y mucho me temo que los almirantes ingleses y franceses estén hoy más pendientes de los barcos de Hitler y Mussolini que de la suerte de un millón de españoles. No hay esperanza, capitán Masip. Las potencias extranjeras han esperado toda la guerra, observando con cautela cómo nos matábamos y manteniendo

la farsa de la no intervención, para estrechar al final la mano del vencedor.

—Pero Casado es el único que puede sacarle a Franco un compromiso para lograr una paz auténtica entre los españoles, sin vencedores ni vencidos.

—Casado está jugando varias partidas a la vez y cree que va a poder ganarlas todas juntas. Pero no se da cuenta de que en la única partida que importa, la militar, los rebeldes ya nos han dado el jaque mate. Si Franco ha permitido que las divisiones de Cipriano Mera abandonen el frente de Guadalajara, es porque espera que Casado le vaya adelantando el trabajo de aplastar a los comunistas. Siga mi consejo, capitán. Olvídense de Casado y de los ingleses. Búsquese un familiar o un amigo que haya salvado la vida a un cura o a una monjita escondiéndolos en su casa. Será su mejor aval cuando entren los moros. Todo el mundo en Madrid lo está haciendo.

Masip, incomodado por aquellos ataques contra Casado, se había levantado de su asiento. Se despidió nuevamente, esta vez con la excusa de que tenía que regresar a Hacienda con urgencia.

—¿Sigues viendo a la mujer que le visitó en el Palace? —le preguntó el periodista mutilado cuando ya se marchaba.

—Sí, la sigo viendo... —respondió, titubeante.

—Entonces es un tipo afortunado. Usted es de los que siempre se salvan.

Masip había hecho a oscuras el camino de regreso hacia la calle. En las escaleras seguían dormitando los guardias, pero ahora también en el patio andaluz y en el hall del edificio. Cuando alcanzó la entrada, donde había dejado su motocicleta, el mismo teniente de caballería al que había preguntado en Lista le pidió con amabilidad su salvoconducto.

—Teniente, debo volver a Hacienda —le había dicho él, impaciente.

—Lo siento, capitán. Tengo órdenes de no dejar salir a nadie. Los comunistas nos han cercado. Están por todas partes. Han cortado Serrano por Ayala, y ya dominan toda la Castellana y Recoletos. Salir ahora sería una temeridad.

En la voz de aquel teniente había descubierto una señal familiar que le reconfortó. No tuvo duda de que Isabel le hablaba a través de aquel viejo oficial, diciéndole que no se arriesgara, que no merecía la pena... Cumpliendo sus recomendaciones, había pasado la noche en la biblioteca del *ABC*, una sala de dos pisos recubierta de maderas nobles. Allí se habían refugiado algunos de los periodistas que no había visto antes en la redacción y varios obreros de las rotativas. Le explicaron que no habían podido imprimir el periódico del día siguiente por culpa del cerco de los comunistas, ya que no habían podido recibir las bobinas de papel.

Sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una de las vitrinas de la biblioteca, apenas había podido conciliar el sueño pensando en Isabel, sola en su casa, al cuidado de su madre. El recuerdo de ella le había atormentado toda la noche. Lo que más le dolía es que, al repasar en la oscuridad todas sus opciones de salvación para cuando

Franco entrara en Madrid, Isabel no estaba en ninguna de ellas.

Al cabo de varias horas, se despertó con zozobra del último sueño entrecortado. Alguien había encendido una linterna y proyectaba su luz sobre las hileras de hombres dormidos. Al final, el haz de luz se había detenido en él, cegándolo. Era el viejo teniente de caballería. Sintió un retortijón en el estómago, de hambre y desasosiego, y se puso en pie sin pensarlo.

—Capitán, está amaneciendo —dijo el viejo teniente—. Necesitamos a todos los hombres que sepan disparar. Los comunistas pueden asaltar el edificio de un momento a otro.

El oficial le había guiado después por pasillos y escaleras, donde se les fueron sumando hombres como sonámbulos, con fusiles y mantas en bandolera. En lo alto de una escalera, el teniente había empujado una puerta, detrás de la cual descubrió la azotea del edificio donde ahora se encontraba, apostado junto con una veintena de guardias a la caza de tropas comunistas, después de varias horas de tensa espera en las que el cielo cárdeno del amanecer había ido cobrando la coloración de un mar invernal mientras estallaban, como el azote de las olas en la rompiente, los sonidos de los combates en el corazón de la ciudad.

Al ver las líneas de hotelitos y palacetes que se perdían hacia el norte a ambos lados de la Castellana, a Masip le invadió el recuerdo del estadio de fútbol de Chamartín, al que Isabel le había acompañado en una mañana soleada y gloriosa, poco antes de su marcha al frente, dos años atrás. Había sido con ocasión de una ceremonia presidida por el general Miaja, en la que los nuevos soldados de la República, incluidos los reclutas de la 31.^a Brigada Mixta a los que había instruido, habían hecho promesa de fidelidad a la bandera.

Los ecos de aquella ceremonia en el estadio de Chamartín le llegaban fragmentados, descorazonadores. Los hombres que habían prometido lealtad a la misma bandera tricolor se estaban matando ahora entre ellos en las calles de Madrid. Aquel parecía el trágico sino de la bandera republicana, pensó, ya que todos habían prometido ser fieles a ella y defenderla hasta la última gota de sangre, aunque ello significara liquidar a quienes habían hecho idéntica promesa.

La tribuna y las gradas del estadio de Chamartín estaban llenas a rebosar. El público aplaudía y vitoreaba a los centenares de soldados que con uniformes de estreno, cascos lustrosos, nuevos fusiles, bayonetas en ristre, desfilaban alrededor del campo. Él se encontraba en el centro del terreno de juego, frente a la tribuna de autoridades, flanqueado por una escuadra de soldados. A su espalda una banda de música hacía restallar los acordes del himno de Riego.

Había sido el abanderado en aquella ceremonia, el portador de la tricolor a la que el general Miaja se había referido como símbolo de la sangre, el oro y la libertad del pueblo. Aún sentía al recordarlo la tensión de sus músculos en posición de firmes,

con su uniforme de gala, apretando contra su costado, con todas sus fuerzas, el asta de la enseña a la que aquellos nuevos soldados iban a prometer fidelidad.

—¿Prometéis ser fieles a la bandera y defenderla hasta la última gota de sangre? —había exclamado Miaja ante los centenares de hombres formados ante la tribuna.

Como salida de una sola garganta, de un solo cuerpo, la respuesta de los nuevos soldados del Ejército Popular quebró el aire como un estampido:

—¡Sí, lo prometemos!

Las marchas militares, el desfile marcial, el alborozo de los espectadores, todo enardecía su ánimo, pero nada le producía más felicidad que la presencia de Isabel en la tribuna, con un vestido color marfil y una boina beige. A cada rato, Isabel le sonreía y le saludaba con la ingenuidad de una niña, como si estuviera delante de un cameraman y no supiera qué hacer para disimular su timidez.

Después de la ceremonia, Isabel le había acompañado de paseo por la Castellana y después por Recoletos y el Prado, hasta la glorieta de Atocha. Se había sentido lleno de entusiasmo, como parte de algo grandioso. En aquel momento, después del desfile de los nuevos soldados de la República, creía posible la victoria. Pensaba en la guerra, por supuesto, pero en el fondo su felicidad era por él mismo. Nada, ni siquiera la guerra, se interponía en su deseo de conquistar el amor de Isabel.

Agotados por la larga caminata desde Chamartín, habían ido a almorzar aquel día a una taberna de la plaza de los Carros, cerca de su casa. El cansancio y el vino fuerte, el calor del local y la digestión de una carne desconocida, habían empezado a aquietar sus ánimos, excitados por la ceremonia militar. Acababan de pedir unos cafés, cuando vieron que se disponían a salir de la taberna varios jóvenes oficiales que habían comido fuera de su vista. Cuando pasaron junto a su mesa, el rostro de Isabel se iluminó.

—¡Francisco! ¡Francisco! —gritó embriagada de alegría.

Un capitán, con la gorra de plato ladeada sobre la frente, bajo la que le asomaba un flequillo rubio, se volvió al oír a Isabel y sonrió sin quitarse el cigarro que llevaba en los labios. Masip reconoció al hermano de Isabel. Antes de que pudiera levantarse para saludarlo, Isabel ya se había lanzado en sus brazos para llenarle las mejillas de besos. Los demás oficiales rieron ante la efusión de la muchacha y felicitaron a Francisco por su suerte.

—Es mi hermana del alma, la pequeña Isabel. Es el único tesoro que le queda en Madrid a la República... —dijo Francisco entre las risotadas de sus camaradas.

Masip se levantó de la mesa y se acercó al grupo, esperando la ocasión para presentarse sin brusquedad, intimidado por la pasión demostrada por Isabel hacia su hermano. Ella, sin aflojar su abrazo a Francisco, le tendió entonces una mano y tiró de él hacia ellos, como si se hubiera percatado de su apocamiento.

—Es Luis Masip, ¿te acuerdas de él? —le dijo Isabel.

—Sí, claro, cómo no me voy a acordar —respondió Francisco estrechando la mano que él le ofrecía tímidamente.

—¿Pero qué haces por aquí, Francisco? ¿Por qué no has venido a ver a mamá? —le preguntó Isabel.

—Hemos venido a aprovisionar el Batallón de Montaña con nueva indumentaria.

—Pues vente a casa. Mamá se alegrará mucho de verte.

—Dime, ¿cómo está?

—Ahí sigue, en su mundo perdido. Al menos no sufre con la guerra.

—Hoy no puedo ir a verla, tenemos que regresar a la sierra ahora mismo. Tenemos los coches fuera. Ya se nos hace tarde, hermanita.

Masip se sintió incomodado al descubrir que era algo secundario en la vida de Isabel. Además, le acomplejaban aquellos oficiales más jóvenes que él y también más decididos, más comprometidos con la causa. Tenían las caras curtidas por el aire de las cumbres de Guadarrama y vestían uniformes caquis de paño grueso, con correaes negros brillantes, todo recién estrenado.

Aquel uniforme les hacía parecer robustos a todos, pero a Francisco Mercadal le daba el aspecto de un coloso. Tenía los ojos grandes y azules como los de su hermana, y la nariz aplastada, vigorosa. Su mirada era como una perpetua sonrisa sobre el mundo, algo altanera, pero también afectuosa.

—Hemos estado en el campo del Madrid, en Chamartín, en la jura de bandera de los nuevos reclutas —rompió a decir Masip.

—Sí, ha sido una ceremonia preciosa. Estaba el general Miaja. Luís ha sido el abanderado —terció Isabel con una emoción infantil.

—Así que el abanderado... Menudo honor, teniente. Supongo que estará orgulloso de su servicio a la República —dijo Francisco Mercadal con un tono de desprecio que cortó el aire.

Masip palideció y clavó la mirada en el suelo, esperando que Isabel acudiera en su auxilio, pero a ella le pasó desapercibido el comentario de su hermano, al que seguía observando arrobada.

—Tenías que haberle visto. Yo estaba en la tribuna y he oído incluso al propio Miaja elogiar la marcialidad de los nuevos soldados del Ejército Popular.

—Ah, la marcialidad. Eso es lo que enseñan ahora los oficiales emboscados a nuestros soldados. Más valdría que les enseñaran a combatir y no a desfilar —dijo su hermano buscando la complicidad de sus camaradas, que asintieron a coro.

Masip, acosado por la censura de Mercadal, retrocedió hasta la mesa en la que Isabel y él habían almorzado. No había sabido cómo defenderse de aquella recriminación que le pareció tan injusta. Alejado del grupo, esperó a que se marcharan. En el momento de la despedida, Isabel volvió a abrazarse con fuerza a su hermano, dejándole el mismo rosario de besos en las mejillas. Después, el capitán

Mercadal le dirigió un saludo vigoroso con el puño en la sien, al que Masip respondió cohibido, con un ligero movimiento de cabeza.

Después de la marcha de su hermano, Isabel había vuelto a estar distante. Había comenzado a rizarse entre los dedos el mechón rubio que le caía sobre la frente. Era la primera vez que descubría en el ensimismamiento de ella un reflejo de profundo desaliento.

—¿En qué piensas? —le había preguntado él rompiendo el silencio.

—No sé, tengo miedo. Miedo por todo... —había respondido ella entrecortadamente, con la mirada de sus ojos claros perdida en los cuadros del mantel.

Sin dejar de observar a Isabel, Masip había liberado el cierre de la cartuchera y había agarrado la pistola por la empuñadura. En un gesto rápido, la dejó con un sonoro golpe sobre la mesa con el que ahuyentó definitivamente su apocamiento.

—Isabel, mientras esta pistola esté aquí, no tienes nada que temer —había dicho, entre sincero y bravucón, para que todo el mundo le oyera.

No tienes nada que temer... Aquella promesa suya a Isabel se le clavaba en el alma. Entre los tejados de Madrid alcanzaba a adivinar la situación de la casa de Isabel, de la que le separaba apenas un kilómetro de distancia en línea recta. No dejaba de reprocharse el haberlas dejado solas, a Isabel y a su madre, fuera del alcance de tiro de su pistola, cuyo peso sentía ahora en la cintura como un remordimiento.

Deseaba poder ir a protegerlas, pero la calle de Sagasta era un destino inalcanzable. Se las imaginaba recluidas en una habitación interior, a salvo de las balas perdidas, tal y como les había aconsejado la tarde anterior al comienzo de los combates. Sólo le aliviaba pensar en su acierto a la hora de visitarlas entonces para sacar de su casa la cartera con el escudo de la República grabado en oro que había escondido en la caja fuerte, tras el carboncillo de los embozados de Pérez Villaamil. Ante el temor de que pudiera representar un peligro para ellas, había decidido finalmente esconder en su propia casa los documentos cuya custodia le habían ordenado.

Aunque el aire en la azotea era todavía fresco, el sol primaveral empezaba a aliviarle del entumecimiento del frío del amanecer. Se decidió a dar una vuelta completa a la azotea y dejó correr su mirada sobre aquella ciudad agónica que sólo lograba tener vida a través de la mujer que amaba. Al norte de la Castellana vio algunos grupos armados, que aparecían fugazmente entre los hotelitos. En Serrano, los guardias habían aprovechado la oscuridad para levantar parapetos en el centro de la calle, con muebles y colchones de las casas vecinas. Algunos habían buscado también comida por aquellas casas, pero sin mucho éxito.

Masip también tenía hambre. Se sentó bajo una chimenea, con una manta sobre

los hombros, y se puso a pensar en las posibilidades de romper el cerco. Podía lanzarse a toda velocidad con su motocicleta Serrano abajo. Aquello parecía fácil, pero lo complicado era decidir qué camino seguir después. No podía llegar hasta la Puerta de Alcalá, ni tampoco bajar hacia Recoletos, ya que los comunistas tenían controladas esas zonas. Otra alternativa era cruzar Colón y subir por los bulevares hasta llegar a la plaza de Santa Bárbara, donde se suponía que había fuerzas leales al Consejo. Según había oído en Hacienda el día anterior, un batallón comunista que avanzaba desde Nuevos Ministerios por Zurbano había sido frenado en Santa Bárbara por militares y voluntarios afines al Consejo. Si lograba llegar hasta allí, le sería muy sencillo alcanzar la casa de Isabel.

Ya estaba decidido a llevar adelante su plan, cuando se oyó una ráfaga de ametralladora disparada desde el otro lado de la Castellana. Pudo ver cómo caían al suelo, hechos añicos por el plomo, unos azulejos del pequeño templete que coronaba la fachada del ABC. Sin quererlo, vio su vida rota en pedazos. Pensó que había llegado la hora del asalto. Nada más oírse los disparos, tres guardias corrieron hacia aquel lado de la azotea. Uno de ellos, con abrigo de cuero negro y un pañuelo blanco a modo de brazalete, empuñaba un fusil ametrallador. Cuando pasaron junto a él, hizo ademán de incorporarse para seguirles, pero el guardia del abrigo le hizo un gesto con la mano para que no se moviera de su sitio.

—Esto es cosa nuestra, capitán —dijo el guardia—. Le necesitamos vivo para que vaya a contarle a Casado cómo hemos acabado con estos traidores.

La palabra «traidores» resonó en su interior con un eco de amargura. Aquellos «traidores» a los que se refería el guardia habían barrido a los fascistas impidiendo que entraran en Madrid, como en noviembre del 36, y le habían concedido a él un nuevo plazo de tiempo, a costa de sus vidas, para amar a Isabel, para soñar con salvarla consigo antes de que todo se derrumbara.

El guardia del fusil ametrallador llevaba la gorra puesta del revés, con la visera caída sobre la nuca, lo que acentuaba ridículamente su gran nariz. Al verlo correr por la azotea, seguido del vuelo de su abrigo de cuero negro, Masip pensó en un ave rapaz dispuesta a caer sobre su presa. A los pocos segundos, el guardia enfiló el fusil ametrallador por encima del murete de la azotea y descargó una rociada de disparos sobre la Castellana, mientras sus compañeros se agazapaban a su alrededor.

No hubo respuesta a aquella rociada. Durante varios minutos, no sólo se hizo el silencio alrededor del ABC, sino también en todo Madrid, extrañamente. De pronto, desde el otro lado de la Castellana empezó a oírse un pitido agudo, que dio paso a una proclama estridente y metálica lanzada desde un altavoz:

—¡Soldados del Ejército Popular! ¡Republicanos españoles! Se aproximan nuevas jornadas de dura lucha. Los invasores de nuestra patria pretenden nuevamente infiltrarse sobre los frentes de la República aprovechándose de la

creación y de la actitud del Consejo Nacional de Defensa y tratan por todos los medios de romper nuestra resistencia. Hoy más que nunca necesitamos marchar unidos sin luchas intestinas porque sólo así podremos oponer al invasor un muro infranqueable. Cese la lucha entre hermanos. El pueblo es consciente de la responsabilidad en que incurren quienes prosiguen su lucha entre hermanos en los momentos en que Italia y Alemania pretenden con sus tropas adentrarse en nuestras líneas. Todos unidos y firmes en nuestros puestos de combate contra el fascismo, es la única solución que existe. Españoles, republicanos: opongamos una resistencia firme y tenaz al invasor. Españoles, camaradas nuestros: ¡Viva España independiente y libre! ¡Viva la unión de todos los españoles! ¡Viva la República!

Al terminar la alocución de los comunistas, el guardia del fusil ametrallador se asomó sobre el murete de la azotea. Con el arma apoyada en la cintura, regó de nuevo la Castellana con ráfagas entrecortadas, mientras gritaba:

—¡Traidores! ¡Canallas! ¡Sois vosotros los que servís a los invasores soviéticos! ¡Salid de Madrid y volved a las trincheras a defender la República!

El resto de los guardias se puso en pie e hizo una piña en torno a él, exclamando al unísono:

—¡Viva Casado! ¡Viva el Consejo! ¡Viva la República!

Masip estaba ya completamente seguro de que el ataque desencadenado dos días atrás por los fascistas contra la ciudad, había ocurrido en realidad. El mensaje difundido por el altavoz avisaba de la inminencia de un nuevo intento de asalto sobre Madrid. La situación no podía ser más ventajosa para Franco. Sin duda, sus agentes en Madrid le habrían informado de que el caos provocado por la lucha entre el Consejo y los comunistas le había dejado abiertas las puertas de la capital.

No podía seguir esperando en aquel lugar. Tenía que tomar una decisión. Sin decir nada, abandonó la azotea del ABC y bajó las escaleras. Anduvo perdido por infinidad de pasillos hasta que se encontró frente a la puerta de la redacción. Estuvo a punto de pasar de largo, pero pensó, por superstición, que todo le iría mejor si se despedía del hombre que le creía tan afortunado.

La puerta de la redacción estaba entreabierta. La empujó con suavidad y de nuevo se le apareció la gran estancia desierta, invadida de una luz virginal. Los pupitres de los redactores mantenían su perfecto orden frente a la mesa donde la noche anterior había encontrado al periodista mutilado. Cuando pensaba ya que el hombre no se encontraba ahí, oyó unos ronquidos al fondo de la sala. Lo encontró tumbado en el suelo, bajo la mesa, junto a sus muletas una botella vacía de coñac Martell. La luz de la mañana acariciaba su cabeza tiñosa. No llevaba puestas las gafas. Pudo reconocer en su rostro la serenidad de un hombre inocente. Antes de marcharse, desdobló la manta que llevaba y cubrió con ella al periodista, delicadamente, para no despertarle.

Después salió de la redacción y llegó hasta el vestíbulo del edificio, donde había

dejado la motocicleta la noche anterior. Antes de cruzar una puerta acristalada, vio decenas de guardias formados ante los mostradores del vestíbulo. El viejo teniente de caballería, que caminaba entre los guardias dándoles instrucciones, no tardó en advertir su presencia y se dirigió hacia él.

—Buenos días, capitán. Dentro de unas horas podrá volver a Hacienda.

—¿Qué va hacer con estos hombres? —preguntó Masip.

—Tengo órdenes de desalojar a los comunistas del palacete de Lázaro Galdeano. Quédese aquí y no salga hasta que no dejemos despejada la calle Serrano. Algo me dice que tengo que cuidar de usted.

Masip se quebró al oír aquellas palabras y deseó abrazar al viejo teniente como a un hermano mayor, pero antes de que pudiera darse cuenta, el oficial estaba ya en la calle. Lo vio marchar pistola en mano, al frente de los guardias. Subieron por Serrano apuntando sus fusiles hacia los tejados. Cuando llegaron a las tapias del palacio de Las Huertas, en la esquina con Diego de León, Masip los perdió de vista. Entonces, al sonar los primeros disparos, un grito de muerte atravesó la calle solitaria.

XII

Mateo Linares y sus compañeros de sección estaban sentados en el ramal de la carretera de Extremadura que conducía a las trincheras del lago, por donde acababan de marchar hacia retaguardia los facciosos que habían capturado en la Casa de los Pozos. De pronto, oyeron varios estampidos, como truenos metálicos. Al instante se precipitó desde el cielo un sinfín de silbidos ensordecedores que terminaron estallando en el pinar, a unos centenares de metros de donde se encontraban. La tierra vibró bajo sus pies, sacudida por los puñetazos de un gigante, mientras un oleaje abrasador, mezcla de polvo amarillento y humo plateado, batió contra sus posiciones.

Mateo arrojó el fusil lo más lejos que pudo, como si temiera que su arma pudiera atraer uno de aquellos proyectiles, y se arrojó de bruces sobre el suelo del ramal, con la cabeza entre los brazos y las manos cruzadas sobre el casco. Todos los hombres de su sección se echaron también a tierra, menos el desertor Rueda, que permaneció en cuclillas en medio del ramal, con los ojos muy abiertos.

Así pasaron varios minutos, mientras las paredes del ramal se deshacían como un mantecado por las explosiones, y los terrones desprendidos caían sobre sus espaldas. Con la respiración jadeante, violenta, Mateo acabó tragando grumos de tierra mientras gritaba fuera de sí con la cara hundida en el suelo, bajo el estruendo de aquella tormenta de fuego y metralla.

Los cañonazos cesaron tan bruscamente como habían empezado. Mateo levantó la cabeza, escupió la tierra apelmazada por su propia saliva y vio que el desertor Rueda venía hacia él como sonámbulo, con el pantalón mojado en la entrepierna. Cuando llegó hasta él, el desertor Rueda le tendió la mano y le ayudó a levantarse sin decir una palabra. Después le ayudó a sacudirse la tierra y el polvo de la guerrera. Iba a darle las gracias a Rueda cuando alguien le dio un empujón violento en la espalda y le hizo caer de nuevo al suelo.

Al principio, creyó que le había empujado el propio desertor Rueda, pero luego vio sobre él la cara vociferante del cabo Fraguas, rociándole con perdigonadas de saliva dura. Pero oía gritar al cabo como en sueños, ya que sus palabras le llegaban acolchadas por el zumbido con el que los disparos de la artillería facciosa le habían enhebrado los oídos.

—¡Linares, cabronazo! ¡Que no te vea tirar otra vez el fusil! ¡El fusil lo es todo para el soldado, y si lo desprecias así es porque también desprecias tu vida! ¡Así es que te mando al paredón y todo arreglado!

La bronca del cabo Fraguas le pareció a Mateo casi una bendición después del bombardeo que habían sufrido. Pero cuando el cabo le agarró de la solapa de la

guerrera y lo levantó del suelo, y lo volvió a empujar allí donde había tirado el fusil, para que lo recogiera, no pudo resistir la acometida de las lágrimas. Y entonces el cabo, confundido por aquel lloro de niño, lo dejó en paz, se sentó sobre una pila de sacos terreros y se encendió un cigarrillo.

—Con este final de fiesta, los fascistas nos han querido hacer pagar nuestra victoria —dijo después, mientras se sacudía con los dedos sus grandes cejas tiznadas de polvo amarillo—. Han sido más de cien disparos. La mayoría venía a por nosotros, pero algún proyectil ha debido de llegar hasta la Cuesta de San Vicente. Nos han tirado las baterías de Carabanchel y las de la Fuente del Zarzón, que tienen calibres del veintiuno y del diez y medio.

Aquellos datos sobre la artillería facciosa volvieron a sembrar en Mateo la duda sobre la verdadera identidad del cabo, pero dejó de pensar en ello ante la llegada de un enlace que le comunicó a Fraguas que toda la compañía iba a ser relevada de primera línea.

—Por lo menos el mando ha tenido el detalle de premiarnos con un descanso. Así, alguno que se haya ensuciado los pantalones tendrá ocasión para cambiarse de muda, ¿verdad, desertor? —dijo el cabo clavando una mirada sórdida en Rueda, que aún seguía como ausente.

Cuando, horas más tarde, la compañía se dirigió a disfrutar del relevo a la barriada obrera del paseo de Extremadura, los soldados, zapadores, sanitarios, rancheros y auxiliares que deambulaban por allí los recibieron como a héroes por haber hecho correr a los facciosos como conejos. Aunque Mateo sabía que la mayoría de ellos deseaba ver el final de la guerra y volver a sus casas, se conmovió al ver que todos sus camaradas, salvo el desertor Rueda, abatido por la nueva humillación del cabo Fraguas, se mostraban exultantes ante aquellos elogios.

Les ordenaron detenerse al llegar al puesto de mando del batallón, situado junto a la carretera de Extremadura, en una casa de la que colgaba en el vacío el amasijo de hierros del que había sido el balcón principal. Un joven comisario, con una pistola ametralladora al cinto, salió a la puerta de la casa y les dirigió una arenga:

—¡El ejército del pueblo ha vuelto a cerrar el paso de los fascistas a las puertas de Madrid, como en las gloriosas jornadas de noviembre del 36! Hemos causado más de doscientas bajas al enemigo, entre ellas veinticinco prisioneros. Además, se ha desbaratado un ataque similar sobre el Cerro del Águila, más arriba del Puente de los Franceses, donde incluso se ha pasado a nuestras filas un comandante faccioso.

Mateo pensó para sus adentras que la noticia de la deserción del oficial fascista era uno de los típicos bulos que hacían correr los comisarios políticos para subir la moral.

—¡Eh, comisario! ¿Y no será ese faccioso el propio Franco, que ha decidido pasarse a nuestro bando? —gritó de pronto un veterano, como si le hubiera leído el

pensamiento.

Todos se echaron a reír, incluido el comisario, quien confirmó que el comandante fascista se había pasado por las líneas de la brigada 53, junto al Cerro del Águila, y que ya había sido conducido ante los mandos de la división. Después, acabó su arenga anunciando el reparto de botellas de aguardiente, que no contabilizarían en las raciones del batallón, para celebrar la victoria.

Mateo sintió una profunda decepción por el hecho de que el comisario no hubiera mencionado a los distinguidos en el combate. Aunque Rueda y él habían abandonado su puesto en un primer momento, y después se habían limitado a atrincherarse sin ser atacados, consideraba que su actuación posterior en la Casa de los Pozos merecía una recompensa. Una simple mención en el parte de operaciones, pensó, habría sido el mejor de los avales para lograr que el mayor Mercadal le autorizara a formar parte del equipo de fútbol de la brigada. Aquel seguía siendo su sueño y no iba a renunciar a él, sobre todo cuando la derrota causada a los facciosos acababa de confirmar lo que siempre le había dicho su padre: que la guerra se prolongaría lo que los comunistas estuvieran dispuestos a resistir.

Al acordarse de su padre, y a la vez que surgían ante su vista los perfiles de Madrid, cubiertos por nubes cenicientas, sintió nostalgia de su familia. Le habría gustado contarles su actuación en el combate del amanecer, como tenía por costumbre hacer al regreso de los partidos de fútbol, cuando les relataba con todo detalle sus goles, despertando el orgullo de su madre.

Aunque la mayoría de los atacantes habían huido al ver fracasado su asalto, los mandos habían ordenado que el batallón saliera en descubierta para expulsar a los que se habían hecho fuertes en el terreno que habían conquistado. Su compañía avanzó a la izquierda del camino que bajaba desde la Puerta del Ángel hacia el lago de la Casa de Campo. Los fascistas habían dejado abandonados cascos, fusiles, caretas antigás, mantas y machetes, que aparecían diseminados por todas partes, como si un camión de intendencia hubiera volcado toda su carga entre el pinar.

Mateo había marchado por la tierra de nadie viendo detrás de cada árbol un enemigo agazapado dispuesto a volarle la cabeza de un disparo certero. Algo parecido debió de temer el desertor Rueda, que había ido detrás de él musitando letanías como una beata, con más cara que nunca de cordero camino del degüello.

—Tú me cubres a mí y yo te cubro a ti. Así no nos pasará nada —le había dicho Mateo.

—A mí, con que no me mate el cabo Fraguas por la espalda... —le había respondido Rueda con una sonrisa helada.

A unos cincuenta metros de sus posiciones, en una estrecha hondonada, encontraron nueve cadáveres, entre ellos el de un joven teniente faccioso con una insignia del Batallón de Las Navas. Los rostros de aquellos muertos parecían aún

impregnados de la niebla del amanecer. El cabo Fraguas revisó los bolsillos del teniente y encontró su carné militar. Mateo miró fugazmente la fotografía del carné por encima del hombro del cabo y descubrió a un hombre sonriente, con una mirada que le pareció afectuosa. Después evitó mirar su cadáver.

Mateo empezó a reconocer aquellos parajes. Se encontraban a un centenar de metros del puesto de guardia que Rueda y él habían ocupado aquella noche. Las ruinas de la Casa de los Pozos estaban a su espalda. La pestilencia del lugar le trajo a la mente todo lo que había vivido en los primeros momentos del ataque. Aguijoneado por un mal presagio, se echó cuerpo a tierra. Rueda le imitó.

Al ver que se quedaban rezagados, el cabo Fraguas se dirigió hacia ellos como hubiera hecho con sus ovejas en sus tiempos de pastor. Cuando estaba a punto de alcanzarlos, Mateo le aconsejó en voz baja que se agachara, señalándole las ruinas de la Casa de los Pozos. Fraguas le hizo caso y se tendió sobre el manto de pinocha. El resto de los hombres hicieron lo mismo. Alguno estaba todavía en pie cuando empezaron a dispararles desde las ruinas. Mateo se estremeció ante el impacto de las balas en los troncos de los pinos, sobre su cabeza.

El cabo reptó hasta una roca situada ante la Casa de los Pozos, mientras gritaba a sus hombres:

—¡Las granadas, cabrones! ¡Tirar las granadas o me lío a reventáros las!

El propio Fraguas desenganchó las cuatro bombas de mano que llevaba sujetas de sus correajes y empezó a lanzarlas una detrás de otra contra la Casa de los Pozos. Los disparos se acallaron con las detonaciones. Mateo se sumó a los demás y arrojó sobre las ruinas las dos granadas que llevaba. Bajo el humo de las explosiones, la Casa de los Pozos desapareció por un instante de su vista, como si se la hubiera tragado la tierra. Después escuchó nuevas detonaciones detrás de las ruinas, señal de que la posición estaba rodeada por otras fuerzas del batallón. Al poco tiempo, se alzaron voces desde el interior de la casa:

—¡No disparéis! ¡Nos rendimos!

Al oír aquellos gritos, el cabo Fraguas se puso en pie, con su pistola alemana apuntando hacia las ruinas. Mateo vio salir entonces a un puñado de hombres con los brazos en alto, suplicando que no les mataran, lo que le asustó aún más que si hubieran corrido hacia él con la bayoneta calada.

Dieciséis facciosos se entregaron en la Casa de los Pozos, todos ellos del Batallón de Las Navas. Mateo pensó que aquellos hombres debían de haberse refugiado en las ruinas en espera de la llegada de una nueva oleada de los suyos. Al inspeccionar los alrededores, se topó con los cadáveres de otros dos oficiales, cosidos a balazos y caídos el uno sobre el otro, como si el de arriba hubiera muerto socorriendo a su camarada.

Aquella imagen le asaltaba ahora al cerrar los ojos dentro de la chabola. No sabía

cómo librarse de ella, así que decidió mantener los ojos abiertos y pensar en otra cosa. Por ejemplo, pensar en cómo había salvado la vida del cabo Fraguas y de sus camaradas al intuir que en la Casa de los Pozos estaban los fascistas. Y cómo, gracias a su instinto, su compañía había conseguido hacer nada menos que dieciséis prisioneros y recuperar las cuatro Maxim de la sección de ametralladoras. Por eso confiaba que el cabo decidiera recompensarle con un salvoconducto para subir a Madrid a entrevistarse con el mayor Mercadal, y que este no dudaría en incorporarlo al equipo de fútbol de la brigada por su heroica conducta.

Arropado por aquella esperanza, y mientras la caída de la tarde iluminaba la entrada de la chabola con un velo púrpura, se quedó dormido. Al abrir los ojos horas más tarde, bajo el resplandor de la amanecida, descubrió al cabo Fraguas en la puerta:

—Linares, Rueda, venid conmigo. Traed toda vuestra impedimenta —le oyó decir.

Fraguas les condujo junto con otros cuatro soldados al puesto de mando del batallón. Los hizo pasar hasta el patio interior de la casa, donde descubrieron a los prisioneros facciosos. Se cubrían con las mantas que sus compañeros habían abandonado en la desbandada y que alguien había tenido el detalle de proporcionarles.

—Los tenemos que escoltar hasta el puesto de mando de la división. Subiremos primero a pie hasta el de la brigada, en la calle Arriaza, donde nos espera un camión —les explicó.

Antes de salir, Fraguas ordenó a los rancheros que repartieran café de cebada y un chusco de pan negro entre los prisioneros y la escolta. Mateo devoró aquel desayuno con ansia, pues no había probado bocado en todo el día anterior. El propio cabo se permitió incluso hacer un mal chiste ante los facciosos, diciendo que por un día se habían librado de desayunar las salchichas alemanas que Hitler enviaba a Franco en pago de la colonización de España.

Los prisioneros le habían reído la broma forzosamente, mientras comían el chusco empapado en el café. Algunos eran todavía unos chavales, pero la mayoría pasaba de la treintena, confirmando lo que había contado el cabo sobre las unidades enemigas que cercaban Madrid, en las que Franco había dejado a los hombres mayores para tener carne joven en los frentes activos.

A Mateo le llamó la atención el aspecto tan cuidado de los prisioneros, sus arreglados uniformes, sus brillantes correajes, aunque el rapado de sus cabezas evidenciaba que tampoco ellos se libraban del ataque de los piojos. Muchos de ellos se reconocieron como labradores ante el teniente que les tomó la filiación al llegar al puesto de mando de la calle Arriaza, después de subir la Cuesta de San Vicente. El cabo Fraguas iba interrogando uno a uno a los prisioneros, preguntándoles su nombre, fecha y lugar de nacimiento, unidad y empleo, mientras el teniente tecleaba

las respuestas en una máquina de escribir. Había sobre todo andaluces y castellanos, pero también algunos gallegos y extremeños.

Mateo se quedó esperando en el pasillo, lleno de curiosos. No tenía duda de que se trataba de aquellos enchufados de los que había oído hablar cuando fue llamado a filas. Gente que se había escabullido de las trincheras gracias a una recomendación para servir de auxiliares en las planas mayores. Uno de aquellos chupatintas se encaró de pronto con uno de los prisioneros, un chaval de ojos rasgados que a Mateo le pareció que tenía las mismas manos de obrero que su padre.

—Vete acordándote de tu madre porque os vamos a fusilar a todos contra la fachada del Palacio Nacional —le dijo el auxiliar al prisionero.

—¡Hijo de puta, a ti te apiolo yo aquí mismo! ¡Así te pudras en la misma covacha dónde te has escondido toda la guerra! —salió gritando del despacho el cabo Fraguas, que agarró al auxiliar de las solapas y lo empujó contra la pared.

El teniente tuvo que terciar para poner orden, mientras el auxiliar abandonaba la escena maldiciendo. Cuando terminaron el trámite en el puesto del mando, llevaron a los prisioneros a la Cuesta de San Vicente, donde les esperaba un Ford y un camión con los rótulos de la 7.^a División. Cuando los prisioneros subieron a la caja del camión, Mateo oyó cómo el cabo Fraguas le indicaba al conductor del coche, un hombre alto de tez moruna que parecía atrapado entre el volante y el asiento, que se dirigiera a El Pardo.

A Mateo se le heló la sangre. Sabía que el puesto de mando de la 7.^a División estaba en el paseo de la Castellana, no en El Pardo. Había creído hasta entonces que el cabo Fraguas le había elegido para subir a Madrid con aquella escolta con el fin de recompensarle por su actuación en el ataque del día anterior, para que pudiera exponerle al mayor Mercadal su deseo de jugar el Trofeo Defensa de Madrid con el equipo de la brigada. Pero ahora descubría que los planes del cabo Fraguas eran muy distintos. El desertor Rueda tenía razón. El cabo era un hijo de puta. Les había elegido para ejecutar a sangre fría a aquellos prisioneros en el monte de El Pardo. La escena en el puesto de mando con el chupatintas había sido una farsa para que nadie sospechara el final que les aguardaba a aquellos infelices.

Tomó una profunda bocanada de aire para deshacer sus repentinas náuseas y, antes de que el cabo subiera al coche, se acercó a él y sudando frío, con la voz temblorosa, logró preguntarle:

—¿Por qué vamos a El Pardo si el puesto de mando de la división está en la Castellana?

—Linares, no hagas preguntas —le respondió el cabo secamente.

—Si quiere que me cargue a esos dieciséis guripas, tengo derecho a hacer preguntas —soltó Mateo sin contemplaciones.

—No digas tonterías. Aquí nadie se va a cargar a nadie. Sube al coche y a lo

mejor te cuento por qué vamos a El Pardo —le dijo el cabo extrañamente correcto.

Mateo se sentó detrás de Fraguas, que se había subido al lado del conductor. A través de la luna trasera vio entrar a Rueda en la cabina del camión, mientras los otros cuatro escoltas subían a la caja, junto con los prisioneros.

El convoy arrancó y no tardó en llegar hasta la plaza de España, desde donde giró por la calle de la Princesa, sorteando los muros defensivos que atravesaban la avenida, para después doblar por el palacio del duque de Alba. Antes de desembocar en Alberto Aguilera, un grupo de carabineros armados hasta los dientes les dio el alto. El conductor detuvo el Ford y, a requerimiento de un oficial, mostró un salvoconducto, aclarando que se dirigían a El Pardo con prisioneros fascistas.

—Les aconsejo —dijo el oficial— que salgan hacia El Pardo más allá del estadio Metropolitano y eviten a toda costa Cuatro Caminos. Los casadistas se han hecho fuertes en Ríos Rosas y Espronceda. Allí se lleva combatiendo toda la mañana.

Mateo encontró en las palabras del oficial la única explicación a las calles desiertas, al silencio sepulcral de aquel Madrid luminoso, bañado por un sol nuevo.

—¿A quiénes ha llamado casadistas? —preguntó al cabo Fraguas.

—Al final va a ser verdad que los que están en primera línea no se han enterado de la misa la media. ¿Cuándo le va a decir al chico lo que está pasando? —terció el conductor.

—Cuando pase un mes a pan y agua en el calabozo y deje de hacer tantas preguntas —contestó el cabo, molesto por la intromisión.

—Pues se lo voy a contar yo, con pelos y señales —respondió el conductor.

A medida que iban atravesando las calles de la ciudad, Mateo fue conociendo de boca de aquel hombre descomunal los detalles del golpe de Casado, la conspiración contra los comunistas y la detención de sus dirigentes, la posterior rebelión del partido, la toma de la ciudad por las unidades militares afines a Negrín, el cerco contra los casadistas refugiados en los ministerios de Hacienda y de Defensa, la Telefónica, el Banco de España y el Palacio de Comunicaciones. Supo también de los combates en Serrano, Cibeles, Alcalá, el Retiro...

—Nos hemos vuelto locos, muchacho. Vamos a perder la guerra pero hemos decidido matarnos entre nosotros para que Franco no nos pesque vivo a ninguno... Como en Numancia, ja, ja, ja —remató el conductor ante la irritación de Fraguas.

Mateo veía pasar desde su ventanilla la ciudad martirizada, con escenas fugaces que le confirmaban aquel relato estremecedor: tropas apostadas en los cruces, controles con civiles armados, barricadas con cañones en medio de las avenidas, convoyes con carabineros que atravesaban a toda velocidad las calles desiertas, tranvías abandonados aquí y allá con la carrocería y los cristales tiroteados...

—Por eso no podemos ir al puesto de mando de la división en el paseo de la Castellana, porque está en primera línea de fuego —terminó reconociendo el cabo

Fraguas.

Cuando al fin salieron a la carretera de El Pardo, Mateo se sintió aliviado. Ahora veía los encinares y las jaras en flor, con el azul puro del cielo como fondo, y le pareció haber escapado de una ciudad maldita. Había dejado de temer por el destino de los prisioneros fascistas, para pensar en su familia, a la que suponía cogida entre dos fuegos. Se desesperó también al ver que su sueño volvía a alejarse de nuevo. En aquella ciudad enloquecida nadie podía pensar en el Trofeo Defensa de Madrid, y mucho menos el jefe de su batallón, el mayor Mercadal, a quien suponía envuelto en la refriega contra los casadistas. Pero no se daba por vencido. A medida que se acercaban hacia El Pardo fue atisbando el modo de atraer de nuevo hacia sí el sueño que ahora se le escapaba. Comprendió que si ligaba su suerte a la del levantamiento comunista contra el traidor Casado, podría estar al alcance de su mano jugar en el equipo de fútbol de la brigada.

Cuando ya estaban entrando en El Pardo, les alertó el rugido de varios aviones. Fraguas se asomó por la ventanilla e identificó dos bombarderos que pasaban por encima de sus cabezas.

—Son de los nuestros...

No había acabado de decirlo cuando una cadena de estampidos ensordecedores sacudió el aire. El conductor dio un brusco volantazo y sacó el Ford de la carretera. El camión con los prisioneros pasó de largo, pero no tardó en frenar junto a la tapia de un cuartel.

—¡Casado nos ha mandado a la «Gloriosa» para machacarnos! ¡Menuda gloria la de bombardear a sus hermanos de armas! —dijo el conductor dando puñetazos al volante.

Mateo se dejó arrastrar por la misma indignación y al mismo tiempo, sin darse cuenta, forzó los últimos resortes que le habían mantenido al margen de lo que estaba sucediendo en Madrid. Antes de que el coche llegara al palacio de El Pardo, después de reanudar la marcha, ya estaba resuelto a formar parte de aquel equipo contra el que Casado estaba mandando los aviones de la propia República. Acababa de jugar un primer partido en la delantera de aquel equipo y además lo había ganado, cuando rechazó el ataque fascista en el lago de la Casa de Campo. Franco había lanzado aquel ataque para socorrer al traidor Casado y él había contribuido a desbaratarlo. Su destino, pensó, ya estaba decidido.

Cuando llegaron ante la puerta de la quinta de El Pardo, a Mateo le extrañó no ver por ningún lado los efectos del bombardeo de la aviación casadista, lo que le hizo suponer que los aviones habían arrojado sus bombas sobre el monte. Aún le sorprendió más la tranquilidad de los soldados que vigilaban la entrada y la de los sirvientes de los tres cañones emplazados en la explanada. Al bajar del coche, se sintió completamente distinto al muchacho que había emprendido aquel viaje en la

Cuesta de San Vicente. Si entonces hubiera oír decir al cabo Fraguas que les iban a recibir el coronel Barceló y el mayor Ascanio, se habría encogido de hombros con indiferencia. Pero ahora, después de haber escuchado relatar al conductor la determinación de ambos a la hora de combatir al traidor Casado, le embargó la emoción.

—Para luchar contra una traición como la de Casado, nadie necesita órdenes de nadie. Cada comunista sabrá cumplir con su deber —había dicho el conductor recordando una frase de Ascanio.

Mateo siguió al cabo Fraguas por un patio del palacio, desde el que accedieron a unas escaleras. Al llegar al primer piso, el cabo se presentó ante un grupo de jóvenes soldados que flanqueaban una puerta. Uno de ellos golpeó la puerta con los nudillos y después la abrió. Mateo descubrió una rica estancia, con techos pintados y muebles antiguos y lujosos, en la que una decena de oficiales estudiaban un gran plano de Madrid sobre una mesa redonda de mármol, con las patas rematadas en unas garras de león.

Uno de los oficiales, enfundado en una cazadora de cuero negro, levantó la vista del plano con fastidio.

—Son de la 42.^a Brigada, coronel Barceló. Han traído a los fascistas capturados en el ataque de ayer —dijo el soldado.

Otro de los oficiales dio la vuelta a la mesa y se aproximó al cabo Fraguas y a Mateo, tendiéndoles la mano.

—Todos estamos muy orgullosos de estos camaradas —dijo volviéndose al resto de los reunidos—. Han demostrado que el Ejército Popular nunca se hincará de rodillas.

Después les saludó con el puño en la sien e hizo un guiño al cabo Fraguas que a Mateo le hizo sospechar de nuevo sobre la verdadera identidad de este.

—Qué acento más raro tenía. ¿Quién era el que nos ha saludado? —preguntó Mateo al cabo al salir del despacho, escamado aún por el guiño de aquel oficial.

—Ese era Ascanio. Es canario, como el doctor Negrín —dijo Fraguas.

Antes de abandonar el palacio, el cabo Fraguas pasó un brazo por los hombros de Mateo, al que le sorprendió aquella familiaridad.

—Linares, si quieres puedes quedarte. Aquí no tardarás en encontrar al mayor Mercadal para pedirle que te inscriba en el equipo de fútbol de la brigada —le dijo.

—¿Pero cómo sabe que...? —preguntó perplejo Mateo.

—Chaval, mi deber es saberlo todo sin que nadie lo sepa.

Al despedirse de él, estuvo a punto de preguntarle al cabo quién era en realidad, pero optó por pedirle noticias sobre el destino del camión con los prisioneros. Antes de que el cabo le respondiera, uno de los soldados de guardia le contó que los prisioneros habían sido llevados a un antiguo orfanato que se levantaba detrás del

palacio, y que el conductor del camión tenía prisa por regresar a Madrid y se había marchado con la escolta.

Mateo sintió una punzada de tristeza por no haber podido decir adiós al desertor Rueda. Había sido su compañero inseparable desde el momento en que llegaron al Palacio Nacional para incorporarse a la brigada. No había logrado saber nada de él, salvo su condición de desertor, pero había acabado por pensar que sus destinos en aquella guerra estaban inseparablemente unidos.

Acabó disfrutando de su estancia en El Pardo como si fuera un permiso, pues estaba liberado de todo servicio, pero con el paso de los días llegó a sentirse prisionero. Una vez preguntó si podía ir a Madrid y le dijeron que estaba terminantemente prohibido. Además, nadie parecía notar su presencia, ni siquiera para proporcionarle una muda de ropa, aunque sí para servirle el arroz cocido del rancho.

A la tercera noche, un teniente fue a buscarlo a la habitación donde dormía.

—Chico, la radio está hablando de ti —le dijo.

Mateo le siguió hasta una estancia recargada de humo, en la que cuatro oficiales somnolientos fumaban sentados en sillas, alrededor de una caja de madera. Encima de la caja había un aparato de radio, del que salía la voz rechinante del locutor:

—A pesar de la grave situación en que nos encontramos por la actitud de los invasores de nuestra patria, nuestro ejército combate con una decisión y arrojo que asombra al enemigo. Nuestros soldados, orgullo de Madrid, al servicio de la independencia de España, se sostienen en sus puestos y causan serios quebrantos al invasor. Modelos de combatientes son los soldados del Ejército del Centro que se enfrentan contra el enemigo. Todo homenaje a estos soldados que, con tanto ardor y heroísmo se defienden contra las hordas de Mussolini, Hitler y Franco, es poco. En los intentos repetidos de estos últimos días, el enemigo no ha cosechado más que cadáveres por la enorme resistencia que se le ha opuesto. Por eso los invasores piden a sus agentes infiltrados en nuestra retaguardia que continúen con su lucha intestina porque les conviene a sus planes...

El teniente le dio a Mateo un palmetazo en la espalda y le empujó suavemente hasta el centro de la estancia.

—Aquí está, en carne y hueso, uno de los soldados de los que habla Radio Popular. Para que veáis que no todo es propaganda. Este chaval rechazó el ataque de los fascistas en el Manzanares el mismo día que intentaron romper el frente por la Zarzuela.

Los otros oficiales salieron de su sopor y dedicaron a Mateo algunas palabras de elogio. Pero él no reparó en ellas. Acababa de descubrir, en el techo de la estancia y en la parte más alta de las paredes, unas grandes manchas de sangre reseca, de algunas de las cuales colgaban pingajos de carne y cabellos negros. El teniente

advirtió la razón de su estremecimiento y, sin darle explicaciones, lo sacó de la sala con otro palmetazo.

—Hala, a dormir el sueño de los héroes —le despidió.

Al día siguiente, mientras regresaba del rancho, que servían en la antigua capilla del palacio, el mismo teniente salió a su encuentro.

—Chico, ha llegado tu oportunidad. Se está preparando un convoy para recoger refuerzos en Fuencarral y trasladarlos a los Nuevos Ministerios. Allí te unirás de nuevo a tu brigada.

Al atardecer, Mateo formó junto a un centenar de hombres, con manta y fusil en bandolera, al pie de cuatro camiones estacionados en la explanada del palacio. Antes de que recibieran la orden de montar en los camiones, un comisario se subió al estribo de un Citroën para arengarlos:

—¡Soldados del Ejército Popular! Acordaros de las palabras del presidente Negrín: «Vale más el riesgo mínimo de morir como héroes, que la certeza absoluta de ser fusilados como borregos». En el cementerio de Fuencarral, adonde nos dirigimos, están enterrados los camaradas de las Brigadas Internacionales que un día se juraron a si mismos no retroceder ni un paso ante el fascismo. Tened presente su ejemplo. Hoy el fascismo ha puesto sus botas sangrientas sobre el suelo de Madrid, camufladas bajo el disfraz de la junta traidora de Casado. Una vez dijimos «¡No pasarán!» y no pasaron. Hoy decimos que «¡No nos engañarán!» y no nos van a engañar ni Casado ni sus cómplices. ¡Viva España independiente y libre! ¡Viva la República!

Los hombres repitieron vibrantemente aquellos vítores y subieron con decisión a los camiones. Cuando el convoy se puso en marcha, lo siguieron a la carrera una docena de niños hasta la carretera de Fuencarral. Mateo continuó viendo al grupo de niños desde la caja del camión hasta que los engulló la distancia. Cegado por la púrpura derramada por el sol sobre las encinas, se entristeció repentinamente al pensar que estaba solo en el mundo.

Cuando llegaron a las afueras de Fuencarral, el convoy se detuvo junto a unas casas en cuyos muros habían buscado abrigo varios grupos de soldados y civiles. Se oían tiros y bombazos en el interior del pueblo. Mateo vio acercarse a un oficial hasta el Citroën que abría el convoy y le oyó decir tartamudeando que las fuerzas de Casado habían entrado en Barajas, Canillejas y Chamartín, y que ahora estaban intentando tomar Fuencarral.

Mateo temió que les ordenaran bajar de los camiones para entrar en combate contra los casadistas, pero permanecieron en ellos durante un tiempo que le pareció interminable, mientras la oscuridad cubría lentamente el pueblo. A medida que los sonidos de la batalla iban enmudeciendo, fue recuperando el ánimo. Sus compañeros empezaron a hablar, en voz baja, sobre las dudas de los mandos que estaban a cargo del convoy. Cuando menos lo esperaban, el comisario que les había arengado en El

Pardo se detuvo detrás del camión.

—Camaradas, aquí no hacemos falta —les dijo enérgicamente, mientras los motores de los camiones volvían a rugir en la noche—. Nos vamos a los Nuevos Ministerios. Allí, el coronel Barceló está concentrando a las fuerzas para la batalla decisiva contra los canallas del Consejo.

Al marchar hacia Madrid, Mateo se sintió hipnotizado por la claridad espectral de la luna, que ascendía como un gran plato de porcelana. Muy pronto reconoció los páramos de Chamartín, al norte del paseo de la Castellana. Se liberó de su pesadumbre y aguzó la vista emocionado, puesto en pie y asido a la lona del camión... Allí estaba, erguido como un templo arcaico en medio de la nada, bajo los rayos de la luna, el estadio del Madrid. Los otros soldados no tardaron en advertir el hechizo en que había caído.

—¿Tú jugabas en el Madrid, muchacho? —le preguntó uno.

Mateo no quiso romper el encantamiento. A punto estuvo incluso de perder pie y caer del camión cuando el convoy frenó en seco ante una línea de barricadas que cruzaba la Castellana, junto a los Nuevos Ministerios. Allí les ordenaron descender de los camiones y marchar en fila hacia la mole de seis plantas que había empezado a levantarse antes de la guerra, bajo los Altos del Hipódromo, para albergar los departamentos del gobierno. La enorme edificación, cercada por numerosos andamios, cobraba bajo la luz de la luna la apariencia de una fortaleza fantasmal.

Pasaron por debajo de unas arquerías en construcción que discurrían paralelas a la Castellana, y después llegaron a unos soportales por donde entraron al edificio. Los acomodaron en la planta baja, en unas grandes habitaciones en las que, al calor de unas hogueras, conversaban o dormitaban decenas de hombres, entre soldados, carabineros y paisanos.

A Mateo le llamó la atención que nadie les preguntara de dónde venían o quiénes eran. Aquellos hombres parecían contagiados del aspecto fantasmal del gigantesco edificio. Se recostó sobre el suelo arenoso de la sala, con la manta echada sobre los hombros, sin decir una palabra, dispuesto a conciliar el sueño bajo el influjo de la visión del estadio bañado por la luna.

Le despertó el pisotón de una bota claveteada en toda la espinilla, y el dolor le arrojó al caos de los gritos, las carreras y las órdenes...

—¡A los parapetos! ¡Calar las bayonetas! ¡Tomar bombas de mano!

Un vendaval de guerra barrió sus sentidos, aturdiéndolo y dejándolo indefenso ante la corriente que arrastraba a los hombres fuera de la estancia y los empujaba a los parapetos levantados con sacos terreros y materiales de construcción en las ventanas del edificio, bajo los soportales. Sin darse cuenta, se encontró agazapado en uno de aquellos parapetos, contra el que se estrellaban los disparos de los asaltantes, ocultos al pie de los andamios y de las arquerías a medio construir, junto a la

Castellana, sobre la que se derramaba el sol del amanecer.

Los casadistas... El miedo le agarrotaba los dedos y le impedía ajustar el cargador en el fusil. Solo logró dominarse al ver entrar a otros dos hombres en la estancia donde se encontraba. Traían una ametralladora Hotchkiss que no tardaron en enfilar hacia las arquerías por un hueco del parapeto. Se sorprendió al descubrir cómo el tirador, un hombre ennegrecido por el sol pero con la barba cana que llevaba cosida a la gorra rusa una insignia metálica con la hoz y el martillo, se santiguaba devotamente.

—Es la costumbre —le dijo el veterano al advertir su extrañeza.

De pronto, los disparos de los atacantes cesaron. El veterano se asomó precavidamente por encima de los sacos terreros.

—Parece que se retiran...

Hubo unos minutos de calma. Después se escucharon uno, dos, tres cañonazos, que impactaron en los pisos superiores.

—¡Casado ha subido artillería a los Altos del Hipódromo! —gritó alguien.

Los siguientes proyectiles cayeron entre el edificio y las arquerías, y el más cercano hizo temblar el parapeto. Mateo se angustió al pensar que los próximos disparos darían en el blanco. Oyó que en la galería interior alguien daba órdenes. Aquella la voz le tranquilizó. Se volvió hacia la puerta y vio a cuatro oficiales en el umbral.

Le llamó la atención el más alto de ellos, que empuñaba una enorme pistola. Llevaba la gorra de plato ladeada sobre la frente y en ella lucía unos distintivos que no había visto nunca. Bajo la gorra le salía un mechón rubio del flequillo y entre las marcadas comisuras de los labios llevaba un cigarro apagado. Tenía los ojos grandes, de un azul acuoso, y la nariz algo achatada, poderosa. Le pareció que no tendría más de veinticinco años.

—Salud, camaradas. Casado pretende asustarnos con cañones de la guerra de Crimea. No desafiléis la ametralladora de las arquerías a menos que veáis venir blindados. En ese caso, protegeros en la galería. Tenemos antitanques que darán cuenta de ellos —dijo el oficial.

—Lo que usted mande, mayor Mercadal —respondió el veterano.

Mateo sintió una descarga de emoción al oír el nombre de su jefe de batallón. Por fin había dado con él, y no iba a dejar pasar su oportunidad, aunque aquellos momentos no fueran los más propicios. La presencia de Mercadal le infundió valor y fue entonces cuando se atrevió a hacer lo que tantas veces había soñado.

—Salud, se presenta Mateo Linares. Soy de la tercera compañía de su batallón.

—Ah, eres uno de los que les disteis su merecido a los facciosos el otro día en el Manzanares. Enhorabuena, camarada. Fue una desgracia que me lo perdiera. He tenido noticias muy elogiosas del comportamiento de vuestra compañía en la Casa de

los Pozos.

—Sólo cumplimos con nuestro deber —respondió Mateo solemnemente, intentando predisponer a Mercadal para su solicitud de recompensa—. Quería pedirle que, cuando acabe todo esto, mande que me hagan una prueba para el equipo de fútbol de la brigada.

Los tres oficiales que acompañaban a Mercadal se miraron unos a otros con incredulidad. El veterano tirador de la Hotchkiss y su compañero apenas pudieron ahogar una carcajada. Mercadal, con gesto muy serio, se quitó el cigarro de los labios. Por un momento se quedó inmóvil, vigilante, como si quisiera cerciorarse de que los cañonazos no iban a molestarles por un tiempo. Se enfundó la enorme pistola, apartó el correa de la cartuchera para abrirse el bolsillo derecho de la guerrera, y sacó de este un lápiz demediado y una pequeña agenda de piel.

—Eso está hecho, camarada. Por favor, repíteme tu nombre —dijo Mercadal, mirándole paternalmente.

Mateo repitió su filiación y hasta tuvo el coraje de inventarse que era militante de las juventudes comunistas. Estaba seguro de haberlo logrado. Sentía ya los pulmones hinchidos, alineado con sus compañeros de equipo ante las tribunas del estadio del Madrid, a sólo unos centenares de metros al norte de aquel parapeto que ocupaba ahora en Nuevos Ministerios. Veía el palco de autoridades y las gradas llenas de aficionados que esperaban ver jugar al nuevo ídolo de la afición, Mateo Linares, capitán del equipo de la 42.^a Brigada Mixta, en la final del Trofeo Defensa de Madrid.

En las primeras filas, con los ojos llenos de amor, estaban las chicas de buena familia de Chamberí a las que había visto desayunando a deshora en las cocinas de sus casas, con la piel contagiada aún de la suavidad de los camisones de seda, cuando traía los pedidos de la carnicería de don Melchor por la puerta de servicio. Aquellas mañanas en que volvía a la carnicería atravesado por la melancolía de sus amores imposibles, se iban a ver compensadas por la admiración de todo Madrid ante el triunfo apoteósico de su fuerza física, sus reflejos, su habilidad. Hasta los espías facciosos hablarían de él en sus informes y el propio Franco sentiría envidia de que la República tuviera aquel magnífico jugador entre sus filas.

Ya se imaginaba alzando, entre el clamor de la multitud que llenaba el estadio de Chamartín, el trofeo entregado por el generalísimo Miaja, que aunque ahora era el cabecilla de la junta traidora de Casado, seguía siendo el gran héroe de la defensa de la ciudad. Miaja luciría en su pecho la Placa Laureada de Madrid, distinción que Mateo ya no tenía razones para envidiar, pues acababa de frenar también a los facciosos a orillas del Manzanares, como en los días del «¡No pasarán!».

Absorto en el tiempo estanco de sus ensoñaciones, no tuvo tiempo de reaccionar ante los nuevos cañonazos procedentes de los Altos del Hipódromo, cuyos proyectiles estallaron bajo los soportales. Una vaharada infernal entró por la ventana.

Mateo se desplomó como un muñeco a los pies de Mercadal, que arrastró rápidamente su cuerpo bajo la ventana, dejando un reguero de sangre en el pavimento. Desde allí, al resguardo, gritó algunas instrucciones a sus oficiales y ordenó al veterano y a su compañero que sacaran a toda prisa la ametralladora a la galería.

Cuando se quedó solo en la estancia, Mercadal cogió la mano derecha de Mateo y la entrelazó con la suya izquierda, dejando ambas sobre la herida por donde el chico se desangraba, como si lo hubiera hecho siempre, como un ritual antiguo. Mateo tenía un trozo de metralla, igual que un cuchillo dentado, clavado en el pecho. Por un segundo, Mercadal notó una tensión en su mano, como si el muchacho hiciera el último intento por asirse a la vida, y después un peso inerte.

La mirada de Mercadal buscó instintivamente los Altos del Hipódromo y vio la estatua de Isabel la Católica y los cables del tranvía con el que tantas tardes había subido a la Residencia de Estudiantes, que salía de la Puerta del Sol y llegaba hasta el Museo de Historia Natural. De pronto, le pareció oír una música de piano lejana, delicada. Sonaron nuevos disparos de artillería y al instante todo el lugar volvió a temblar. Bajo la polvareda de las explosiones, entre los gritos y lamentos de sus hombres, siguió escuchando la música, mientras introducía un nuevo cargador en su pistola junto al cadáver del muchacho.

Uno de sus oficiales volvió a entrar en la habitación y se agachó al otro lado del chico, a quien miró como si estuviera dormido. El oficial estaba sudoroso y el polvo del granito y del ladrillo triturados por la artillería de Casado se le había adherido a la frente y las mejillas. A Mercadal le pareció que llevaba puesta una máscara. Tenía los ojos desorbitados y en la mano derecha le temblaba una pistola ametralladora.

—¡Los hombres se están entregando! ¡Es imposible contenerlos! ¡Huyen por todas partes! —clamó excitado el oficial.

Mercadal intentó no perder la música. Miró al oficial. Miró al chico con piedad.

—Váyase usted también. No se preocupe por mí —dijo con la voz pausada.

El oficial se activó como un resorte y se puso en cuclillas ante su jefe. Su aspecto se hizo aún más grotesco. Se llevó el puño derecho a la frente, con el comienzo de un sollozo, y salió de la habitación. Mercadal pudo entonces retomar la música y se concentró para intentar oír las notas del piano con más claridad. Era la música que siempre había deseado crear, la que aleteaba entrecortadamente en su cabeza para escapar luego y dejarlo sumido en el silencio, frustrado, impotente. Ahora le llegaba constante, desde dentro, como una brisa que acariciaba sus sentidos. Entonces creyó ver, en los desconchones de la pared causados por las explosiones, las delicadas salpicaduras de sombra y luz que el batir del aire producía entre los chopos de la Residencia de Estudiantes, levantada en el mismo lugar desde el que los cañones del traidor Casado hacían tiro directo contra sus hombres.

El recuerdo de aquellas tardes felices en la Residencia venía en su auxilio desde el mismo lugar en que le disparaba su propia artillería, la artillería de la República. Pero no llegaba a descifrar qué quería decirle aquella evocación de las veladas de poesía y música, los amaneceres embriagados y las mujeres que había amado en las habitaciones de sus amigos de la «Resi». Desconocía qué sentido tenía que su mente invocara aquellos momentos, como una plegaria, junto al cadáver de aquel muchacho.

Tenía cerrados los ojos y estaba a punto de interpretar el mensaje de aquella música entreverada con el aroma de la piel de una amante dormida: había perdido la partida y el destino venía a mostrarle por última vez todo aquello que había apostado para cambiar el mundo. Pero no se entristeció. Se acordó del epitafio de la tumba del poeta Yeats, sobre cuya traducción tanto había discutido con sus amigos: *Jinete, echa una mirada fría a la vida, a la muerte, y sigue cabalgando...* Lo recitó para sus adentros mientras se limpiaba la sangre del muchacho sobre su guerrera, y consiguió sentirse bien.

La música cesó entonces y oyó gritos, carreras y disparos por la galería. Un fuerte olor a pólvora le hizo abrir los ojos. Desde la puerta, un guardia de Casado le apuntó con un fusil ametrallador y le gritó que tirara la pistola y se diera preso.

XIII

Una brocha y una máquina de afeitar, un cepillo de dientes, un peine, un par de pantalones caqui, dos guerreras, seis camisas, un par de botas altas, dos pares de zapatos, doce pares de calcetines, un pijama, catorce calzoncillos, tres toallas, siete pañuelos, un corraje, un puñal, un par de vendas, una linterna eléctrica, dos monos de campaña, una cazadora, una pelliza, un jersey, un abrigo caqui, treinta pesetas, una estampa de Cristo crucificado, quince cartas atadas por una cinta roja...

Acababa de terminar con la ayuda de un asistente la lista de aquellas pertenencias y estaba a punto de cerrar el baúl donde las había guardado para dejarlo a la puerta de la chabola. Un acemilero lo llevaría al puesto de mando del batallón, en la Casa de Vacas. Allí lo cargarían en una camioneta con destino al cuartel general de la división, en Móstoles, para después emprender el viaje definitivo a casa.

Estaba seguro de no haber olvidado nada, pero decidió echar un último vistazo. Al agacharse bajo el catre, sobre el que el asistente había dejado dobladas las mantas, encontró la pipa de madera rojiza. La sostuvo en la palma de la mano igual que a una criatura frágil, huérfana, como si quisiera darle el último calor humano antes de introducirla en el baúl.

Algo le dijo que no había sido una casualidad que aquella pipa hubiera quedado oculta bajo el catre. Era como si deseara permanecer en aquel lugar desolado donde tantas veces había sido acariciada, encendida, aspirada, para matar el tiempo en noches frías y tardes abrasadoras, bajo cielos estrellados y nubes de tormenta, a la espera de un permiso o después de un turno de guardia, siempre con el mismo deseo de que la guerra acabara cuanto antes.

Aquel tiempo pasado ahora sólo era ceniza en el fondo calcinado de la pipa, ceniza que parecía pugnar por desbordarse y cubrir todo el paisaje con un sudario gris, como la niebla del amanecer antes del ataque. Todos los recuerdos que el alférez Juan Tello guardaba de aquel ataque estaban envueltos en la niebla que ascendía desde el Manzanares, detrás de las posiciones enemigas. Sus hombres, agazapados al otro lado del muro de la Casa de Campo, en la margen izquierda del arroyo de Antequina, habían intentado descubrir entre la niebla los restos de los dos campos de polo que se levantaban a orillas del río, ocupados ahora por la malla de trincheras que debían asaltar.

La luz había empezado a teñir de claridad el manto de la noche entretejido con la niebla, revelándoles la pavorosa soledad de la tierra de nadie, por la que debían lanzarse en cuanto abrieran fuego los morteros. Su sección ofensiva tenía que encabezar el asalto sobre la primera línea enemiga, seguida de dos compañías del

Batallón de Bailén. La misión era comprobar la resistencia de las posiciones rojas. En caso de que no cedieran a la primera acometida, tenían órdenes de no entablar combate y volver a las posiciones de partida. Por el contrario, si las defensas enemigas se desmoronaban, las instrucciones eran continuar hasta la orilla del Manzanares. Los mandos decidirían entonces si continuaban el avance y se dirigían hacia el norte, al Puente de San Fernando, en la carretera de La Coruña. Al mismo tiempo, otras fuerzas del regimiento debían asaltar las posiciones enemigas en el lago de la Casa de Campo, con intención de tomar los puentes del Rey y de Segovia.

Los mandos habían confiado en que se confirmaran los rumores de que el coronel Casado había ordenado abrir los frentes a las fuerzas nacionales para sofocar la rebelión de los partidarios de Negrín, y así poner fin a la guerra. Pero Tello sabía que ninguno de los hombres ocultos en aquel pinar, con la mirada perdida en la niebla que envolvía la tierra de nadie, había creído a pies juntillas aquellos rumores. Algunos hasta se preguntaban por qué si los rojos les iban a dejar pasar al primer disparo, no habían recibido ya la visita de un emisario enemigo con el mensaje de que tenían abiertas las puertas de Madrid. Ignoraban quiénes les esperaban, en realidad, detrás de la niebla, y si les recibirían con los brazos abiertos, como hermanos, al llegar a sus trincheras, y si les guiarían cortésmente hasta la Puerta del Sol para entregarles las llaves de la ciudad, como se hacía al final de los asedios de antaño.

Aquella profunda calma del amanecer, la brisa suave que animaba las copas de los pinos, el canto lejano de un pájaro solitario, le habían hecho confiar a Tello en que la entrada en Madrid sería un paseo. Pero los chasquidos de los peines al cargar los fusiles, los intimidantes chirridos de las últimas bayonetas desenfundadas, el tintineo de las bombas de mano sujetas a los correajes, le habían predispuesto a la extraña serenidad que le invadía cada vez que sabía que iba a jugarse la vida.

Había tenido tiempo de intercambiar un último saludo con el alférez Juan Costales, apostado a su espalda, al frente de su compañía, guarecida cuerpo a tierra bajo los pinos. Lo vio pasando en cuclillas entre sus soldados, con su cara de niño asustado, la pistola en alto en su mano derecha, dando las últimas instrucciones con su acento sevillano. Costales aparentaba seguridad, como si hubiera vivido aquel trance miles de veces, pero a Tello le había parecido más niño que nunca, un niño jugando a ser un héroe en el patio de la escuela. Le vio santiguarse dos veces sin dejar de empuñar la pistola, un segundo antes de que el silencio se quebrara de pronto con las primeras granadas de mortero, que estallaron sobre las líneas enemigas con un estrépito de golpes de cadena descargados sobre un pavimento. Era la señal.

El alférez Tello no era capaz de recordar ahora si había dicho algo entonces a los veinte hombres de su sección. Siempre le ocurría lo mismo: la memoria de sus acciones de guerra era muda, como si no pudiera retener las voces humanas. Sólo alcanzaba a rememorar las explosiones de los morteros propios y el zumbido que

vibraba en su cabeza, como si su miedo se hubiera convertido en un enjambre de insectos enfurecidos buscando una salida dentro de su cuerpo.

Se había lanzado a correr con su pistola ametralladora Astra pegada al costado, zigzagueando entre la niebla, sorteando las alambradas propias y los restos de las cercas de madera negra de los antiguos campos de polo. Había recorrido unos doscientos metros cuando descubrió el talud de la primera línea de las trincheras enemigas, donde los rojos tenían sus puestos de escucha y centinela. Se echó cuerpo a tierra y ordenó hacer lo propio a sus hombres.

Tenían enfrente una línea de alambradas, tendida entre postes, pero entre estos había espacios libres que permitían el paso. Más allá, creyó ver la obra de mampostería de un pozo de tirador. Habría deseado entonces ser absorbido por el silencio del amanecer, que su cuerpo fuera un jirón de niebla mientras se levantaba, cruzaba las alambradas y saltaba al fondo de un ramal de la trinchera, con el corazón desbocado pero la cabeza fría, dispuesto a atravesar con una descarga el primer signo de peligro que apareciera en aquellos parapetos.

Pero allí no había nadie, salvo sus soldados, que se zambullían en la trinchera como una pandilla de mozos en la poza de un río, buscando el alivio de la protección después de su carrera por tierra de nadie. Y entonces, al ver llegar a Arrieta, el sargento de su sección, había dicho las primeras palabras de aquel amanecer que retenía en su memoria:

—¿Están todos, sargento?

—Todos, alférez Tello. A lo mejor es verdad que los rojos nos han dejado libre el paso...

Antes de que el sargento Arrieta pudiera terminar la frase, se desató frente a ellos una tormenta de ráfagas de ametralladora y disparos de mortero procedente de la segunda línea enemiga, mientras restallaba detrás de ellos, en la tierra de nadie que acababan de abandonar, un estruendo de gritos y gemidos.

—¡Son las compañías de apoyo, señor! ¡Las están acribillando! —había dicho el sargento con espanto.

Tello se sentó ahora en el catre, con la pipa entre las dos manos, y apoyó su espalda en la pared terrosa y húmeda de la chabola. Se quedó mirando las traviesas de ferrocarril que sostenían la techumbre. Colgado de una de ellas, a los pies del catre, descubrió un pequeño espejo en el que vio reflejadas su frente arrugada y su calvicie. Tenía la boca seca, con un sabor similar al que había sentido durante el ataque, a sangre caliente, como si acabara de pasar la lengua por la hoja afilada de un cuchillo. Creyó reconocer aquel sabor, a odio ciego, a ira desbocada en el fragor del combate. El sabor de la vida deslizada por el filo de la muerte, bajo aquel zumbido rabioso que escuchaba en los combates, con las ametralladoras enemigas a menos de cien metros de distancia, mordiendo la tierra con dientes de plomo por encima de ellos.

A veces, entre las ráfagas, Tello había llegado a oír las voces pausadas, tranquilas, de los sirvientes de las Maxim rusas, dirigiendo el tiro, pidiendo nuevas cintas y agua para refrigerar, como si se encontraran en un ejercicio de instrucción. Pensaba en el alférez Costales, con su cara de niño, santiguándose con el cañón de la pistola amartillada. Confiaba en que su compañía no hubiera salido de los parapetos, porque de lo contrario habría sido un blanco seguro para aquellas ametralladoras.

Había sentido arder su cabeza y se había quitado el casco. Cuando estaba secándose el sudor de la frente con la bocamanga de su guerrera, había oído voces detrás de él y se había vuelto con la pistola ametralladora apuntando a lo alto del talud. Allí vio a un soldado desarmado rodar hasta el fondo de la trinchera, mientras las balas cortaban el aire.

—¡Cabrones, cabrones...!

—¿Eres de la compañía del alférez Costales? —oyó que le preguntaba el sargento Arrieta.

—Sí, soy de la compañía de Costales... Nos han jodido, nos han jodido... —dijo el soldado, con la cara amoratada por el miedo, derrumbado aún en el suelo.

—¿Dónde está el alférez Costales? ¿Y los demás? —insistió el sargento mientras le tendía su cantimplora al soldado.

—No sé qué ha sido del alférez... Apenas saltamos el parapeto, nos empezaron a tirar... Cayeron muchos, muchos... —dijo entre sollozos.

Tello espantó el pensamiento de la muerte, mientras observaba cómo el acemilero, recién llegado, aseguraba el baúl con cinchas a la grupa del mulo. La luz de la tarde resplandecía en las nubes que se desplazaban hacia el poniente, hacia las llanuras desiertas, hacia su casa en Valladolid, hacia la vida lejos de aquel mundo calcinado de la guerra en el que tantos hombres, de un bando y de otro, habían consumido su juventud como una brizna de tabaco...

Apenas terminada la refriega, y después de que la niebla hubiera levantado, las baterías rojas de la Dehesa de la Villa habían comenzado a disparar sobre la Casa de Campo. Al poco tiempo, respondieron los cañones de Garabitas, tirando sobre las líneas enemigas situadas frente a la trinchera en la que se encontraba su sección. Había podido ver con claridad cómo ascendían de lo alto de Garabitas las bocanadas de humo de los cañones Schneider, seguidas de los silbidos agudos de los proyectiles que cruzaban por encima de sus cabezas.

A la vez que la artillería martilleaba las posiciones enemigas, fueron llegando a la trinchera más hombres de Costales. Apenas sumaban veinte supervivientes de una compañía de noventa. Todos venían sin armas y sin equipo, con los ojos cegados por el pánico. Algunos estaban heridos, lo que dificultaba aún más sus planes para intentar el regreso a sus posiciones a la luz del día. Además, uno de los soldados de su sección había muerto por un mortero: un pescador gaditano en cuyo rostro, a

pesar de la mueca de la muerte, había descubierto su expresión de siempre, como si mirara con tristeza el mar en invierno.

Durante todo el día, Tello había temido que los rojos lanzaran un contraataque para recuperar la trinchera que habían perdido. Pero parecían haberse conformado con rechazar el asalto y aguantar los mazazos de la artillería de Garabitas. Si el enemigo hubiera salido a reconquistar su primera línea, se habría expuesto al fuego de las ametralladoras que los moros del Tabor de Larache tenían en el Cerro del Águila. Los rojos sólo tenían que esperar a que sus hombres salieran a campo abierto, de regreso a sus posiciones, para cazarlos como conejos. Por eso había decidido aguardar a la caída de la noche para ordenar el repliegue.

Sus soldados compartieron las raciones de rancho frío con los supervivientes de la compañía de Costales. Él comió una lata de sardinas, un par de galletas y un chusco. Para que los rojos no se enardecieran pensando que tenían delante de ellos un puñado de soldados maltrechos, desmoralizados y sin escapatoria, había tenido incluso que dar órdenes de acallar en lo posible los gemidos de los heridos. A cambio, había permitido fumar a sus hombres, pero advirtiéndoles que el humo podía delatar su presencia y atraer el fuego de los morteros y los lanzaminas, por lo que les pidió que fumaran de bruces sobre el fondo de la trinchera.

—Expulsar el humo como si besarais la tierra de vuestra propia tumba —les había dicho el sargento Arrieta al transmitir sus órdenes.

El propio Arrieta se puso a liar un cigarrillo, pero le temblaron los dedos y perdió casi todo el tabaco por los extremos del papel. Avergonzado, bajó la mirada, pero Tello le dio una palmada de camaradería en el hombro, para quitarle importancia.

—¿Por qué no nos ayudan a salir de aquí, mi alférez? —le preguntó el sargento con la voz mellada por la tensión.

Se conmovió ante la mirada de desaliento de aquel hombre de campo, de rostro afilado y cuerpo recio, pero con la piel cárdena, como falta de oxígeno, enfermiza. Sabía que antes de la guerra había sido viñador en su tierra alavesa. Nunca le había dado motivo para ningún reproche. Era cumplidor y despejado, y bajo el fuego había demostrado siempre una calma religiosa, campesina. Pero aquella situación le había desarbolado.

—Podrían sacarnos si quisieran... Con el Tercio, ¿me entiende? —insistió Arrieta en voz baja, ofreciéndole agua de su cantimplora.

—Sargento, el mando tendrá sus razones para no empeorar más las cosas. No creo que el coronel Losas llame al cuartel general de Burgos para que manden a los legionarios a deshacer su entuerto...

Había dicho lo de Losas sin pensar, y por un momento se reprochó aquel exceso de confianza con su subordinado. Lo cierto es que había empezado a sospechar que aquel ataque sobre las líneas rojas no debía de ser otro de los absurdos caprichos de

Franco. A aquellas alturas de la guerra, no era posible que Burgos hubiera dado su visto bueno a una operación basada en una información tan errónea como la de que Casado fuera a abrir el paso a las fuerzas nacionales.

No sabía si los rojos que les habían hecho frente eran casadistas o negrinistas, pero ya daba igual. Lo único cierto es que, fueran quienes fueran, habían vuelto a poner en práctica la consigna del «¡No pasarán!» tirando a bulto con sus ametralladoras y morteros sobre sus compañías. Aquel asalto había sido mucho más que un mero reconocimiento, pensó. Era un ataque dispuesto para entrar en Madrid y había sido desbaratado. Qué ironía, pensó, que la guerra estuviera tocando a su fin y hubiera vuelto al principio, con la derrota de las tropas nacionales a las puertas de la capital.

Había barajado todas las alternativas ante aquella situación, incluso salir de la trinchera con los brazos en alto y rendirse al enemigo con todos sus hombres. En verdad, no había sabido qué era lo que temía más: que los rojos los fusilaran nada más entregarse o que los suyos los acribillaran por la espalda al ver que se rendían. A pesar de todo, había imaginado con placer la posibilidad de entrar en Madrid de una vez por todas, aunque fuera como prisionero.

Al atardecer, finalmente, había ordenado al sargento que buscara alguna salida segura por alguno de los ramales de la trinchera para regresar a sus líneas. Arrieta volvió del reconocimiento diciéndole que desde uno de los ramales se podía alcanzar una vaguada en el extremo norte de uno de los campos de polo. Había que recorrer una distancia de unos cien metros al descubierto, sobre una pradera situada junto al chalecito en ruinas del antiguo Tiro de Pichón donde, según se contaba, solía ir a disparar el rey Alfonso XIII. Aquel no parecía un camino arriesgado para volver a sus posiciones bajo la protección de la noche.

Antes del anochecer dispuso todo para el regreso. Mandó al sargento con cinco hombres como avanzadilla, mientras él mismo se aseguraba de cubrir la retaguardia con otros cinco, por si los rojos se infiltraban para recuperar su primera línea. Hizo repartir armas entre los supervivientes de la compañía de Costales y ordenó que cada herido grave fuera cargado entre dos hombres. Lo mismo decidió para transportar el cadáver del soldado gaditano.

El vuelo de una bandada de aves sobre su cabeza se llevó sus recuerdos por el aire durante unos momentos. Se apoyó en la entrada de la chabola mientras observaba aquellos pájaros desconocidos alejarse hacia la sierra de Guadarrama. Abrió la palma de su mano y percibió como si en la pipa latiera aún un resto de vida. El acemilero esperaba una indicación suya para marchar con el baúl hacia el puesto de mando. Se acercó al mulo y le golpeó suavemente con la pipa en el costado. El animal arrancó con paso torpe. Después, Tello entró de nuevo en la chabola, de la que empezaba a apoderarse el aliento de la tierra putrefacta. Volvió a mirarse en el espejo y no se vio a

sí mismo, sino el recuerdo que conservaba del rostro blanquecino del alférez Costales.

Después de la caída del sol, había dado instrucciones de extremar el silencio para advertir cualquier sonido que llegara de las trincheras rojas, cuyos ocupantes habían enmudecido desde el bombardeo de las baterías de Garabitas. A las once de la noche dio la orden de salir como habían convenido, con una avanzadilla mandada por el sargento y él cerrando la columna. Unos perros ladraron en la lejanía, como si hubieran advertido sus movimientos.

Volvieron a agruparse al llegar al extremo del ramal que había indicado el sargento, frente al campo de polo que debían atravesar para alcanzar la protección de la vaguada. El telón de la noche caía delante de sus ojos. Arrieta y sus hombres abrieron otra vez la marcha con la orden de comunicar que el camino estaba despejado. Acordaron una señal lo más parecida posible al canto de un mochuelo. Al cabo de unos minutos se oyó una imitación ridícula de la rapaz nocturna y algunos de los hombres que aguardaban en el ramal tuvieron que contener una carcajada, a pesar de la tensión.

Tello dirigió la salida del resto de los hombres, dificultada por la maniobra para elevar a los heridos graves por encima del talud del ramal. Cuando estaban subiendo el cadáver del soldado gaditano, este volvió a caer al fondo del ramal, rompiendo el silencio de la noche con el sonido de un saco precipitado a un pozo. Durante unos minutos angustiosos temieron que los escuchas rojos hubieran descubierto su presencia, pero no sucedió nada.

La columna consiguió ponerse a salvo en la vaguada. Una vez reunidos de nuevo con el sargento y sus hombres, en un lugar que supuso cercano al Tiro de Pichón, hizo mantener el orden de marcha, advirtiéndole a Arrieta que desde ese momento tuviera la precaución de identificarse rápidamente ante los centinelas propios. Cuando habían recorrido unos trescientos metros en dirección a sus líneas, una voz dio el alto al sargento y a sus hombres.

—¡Alto! ¡Quién vive!

—¡El sargento Arrieta, de la sección ofensiva del Batallón de Bailén! ¡Venimos de las líneas rojas!

—¡Coño! ¿Sois vosotros?

—¡Que sí, joder! Viene el alférez Tello al mando. Traemos gente de la compañía de Costales.

—¡Coño, gente de Costales! ¡Cabo de guardia!

Nada más alcanzar sus líneas, había sido llamado para informar al jefe accidental del regimiento, el comandante Barrinaga. No tuvo tiempo siquiera para asearse en su chabola, pero al menos pudo liberarse del casco y calarse una boina caqui. Barrinaga le recibió en el mismo subterráneo donde la noche anterior había dado las órdenes

para el ataque, como sustituto del depuesto Broto.

Una atmósfera fúnebre inundaba el puesto de mando. Toda la pesadumbre del lugar parecía irradiar de Barrinaga, que estaba sentado detrás de una mesa hojeando unos papeles con la apatía de un oficinista. Saludó militarmente a su superior y después se quitó la boina, mientras Barrinaga le miraba abatido, con sus ojos de anfibio más apagados que nunca.

—Su regreso, alférez Tello, es la mejor noticia que he tenido en todo el día —le dijo Barrinaga después de haber escuchado su relato sobre lo ocurrido a su sección durante el ataque.

A Tello le pareció que Barrinaga estaba ausente, como un hombre resignado a sufrir un castigo bíblico. Las arañas negras amasadas en las esquinas de la bóveda de ladrillo, sobre la cabeza de su comandante, reforzaban aquella impresión.

—Lo primero que debe saber —había continuado Barrinaga tomando aliento— es que el teniente coronel Broto ha desertado al enemigo...

—¡No lo dirá en serio...!

—Estamos seguros de que ha desertado. Durante el ataque, un soldado encontró su gorra en tierra de nadie.

—Hacía mucho tiempo que ya no estaba en sus cabales. Pobre loco.

—De pobre loco, nada —cortó Barrinaga—. El coronel Losas teme que su deserción haya tenido que ver con la fuerte resistencia de los rojos...

—¿Está diciendo que el coronel Losas cree que Broto avisó a los rojos de la operación?

—No lo descarta, pero habrá que comprobarlo.

—Es una acusación muy grave.

—Sí, es delito de alta traición y será fusilado por ello.

Tello había caído de pronto en el mismo abatimiento que el comandante Barrinaga. La noticia de la deserción de Broto y su posible chivatazo a los rojos convirtieron la tensión de las dieciocho horas vividas en tierra de nadie en una pesadez que se apoderó de todo su cuerpo. Sin embargo, se negaba a resignarse ante la idea de que la operación había fracasado por culpa de Broto. Además, quizás por el hecho mismo de haber sobrevivido al ataque, se sentía en el derecho de contrariar sin disimulo a su superior.

—Disculpe, mi comandante, pero usted mismo dijo que el teniente coronel Broto había sido destituido del mando del regimiento nada más comenzar la reunión en la que se anunció la operación. ¿Cómo pudo informar Broto a los rojos de un ataque que ni siquiera sabía cómo se iba a producir? —inquirió a Barrinaga, sacudiéndose la modorra.

Le pareció que el comandante despertaba también de su entumecimiento ante su insolencia: se revolvió en su silla y cerró de un golpe la carpeta que tenía abierta

sobre su mesa, mientras le atravesaba con la mirada. Después, en un gesto inesperado, sacó un pañuelo del bolsillo de la guerrera y se lo tendió señalándole su frente con un movimiento de cabeza.

Tello se pasó el pañuelo por la frente y comprobó que tenía un cuajo de sangre y arena. Supuso que era la sangre del soldado gaditano, cuyo cadáver había ayudado a sacar de la trinchera en la retirada.

—Si los rojos hubieran sido avisados de nuestro ataque —continuó ante la irritación de Barrinaga—, nos habrían esperado en su primera línea y no la habrían abandonado precipitadamente. Si sabían de nuestra operación, ¿para qué iban a dejarnos tomar sus trincheras sin apenas combate?

—Alférez, le ruego que se reserve para usted esas opiniones —le dijo Barrinaga.

—No soy abogado defensor de nadie. Sólo pretendo saber por qué mis hombres han estado un día entero atrapados entre dos fuegos, a pocos metros de las líneas rojas, sin poder avanzar ni retroceder. Sobre todo después de hacerles creer que entrarían en Madrid porque los rojos nos iban a abrir sus líneas. Mis hombres no salieron esta mañana a combatir a los rojos, sino a terminar la guerra.

—¿Entrar en Madrid? ¿Los rojos abriéndonos sus líneas? ¿Terminar la guerra? Tiene usted una gran fantasía, alférez. Nadie dijo nunca tal cosa —contraatacó Barrinaga.

—Usted sabe mejor que yo que el coronel Losas esperaba entrar en Madrid con este ataque. ¿No me irá a decir que el objetivo de la operación era recuperar los dos campos de polo para que Franco invitara a jugar al rey de Inglaterra en pago al reconocimiento de su gobierno?

—Alférez, no le permito...

Barrinaga se levantó bruscamente. Agitado, batiendo el aire con los puños cerrados, como si tocara a redoble, paseó por el subterráneo con los ojos desorbitados y la boca torcida en una mueca grotesca.

—¡No voy a discutir con usted! —dijo violentamente—. En el patio hay diecinueve hombres muertos, entre ellos el alférez Costales, tres sargentos, dos cabos y trece soldados. El batallón ha sufrido hoy más bajas que en un año de guerra. Ya he tenido bastante como para que además tenga que aguantar sus insolencias.

Al saber de la muerte de Costales, Tello se sintió súbitamente extenuado, con los sentidos en suspenso, el corazón en vilo. Apoyó sus manos sobre la mesa de Barrinaga para poder mantenerse en pie.

—¿Cómo murió Costales? —preguntó, rehaciéndose del derrumbe.

—Cuando las compañías de apoyo salieron de sus parapetos, los rojos abrieron fuego con todas sus armas automáticas. No había un centímetro cúbico de aire que no estuviera atravesado por una bala. A pesar de todo, Costales se lanzó al ataque a la cabeza de su compañía, pero no tuvo más remedio que volver a nuestras líneas. Fue el

último en abandonar el campo. Murió en nuestras alambradas, mientras se retiraba ayudando a uno de los heridos... Eso le costó la vida.

Barrinaga tomó entonces un sobre de encima de su mesa y se lo tendió al alférez.

—Encontramos esto en uno de sus bolsillos. Es una carta hecha pedazos. Está dirigida a su madre. Yo mismo metí los pedazos en este sobre. No sé qué hacer con ellos. Decídalo usted, Tello... Eran buenos amigos, ¿no?

Tello advirtió la impaciencia de Barrinaga, que no sabía cómo liberarse de su presencia.

—Buenas noches, Tello. Tenga por seguro que le citaré en el parte de operaciones como muy distinguido. Ha salvado usted la vida de muchos hombres...

No hizo caso de las últimas palabras de Barrinaga. Se caló la boina, ascendió las escaleras del subterráneo y salió al patio de la Casa de Vacas con el sobre entre las manos, como una ofrenda. El sargento Arrieta le esperaba fumando en la puerta del puesto de mando y, cuando le vio salir, encendió su linterna para guiarle. Ya sabía lo que Arrieta iba a decirle, sin tener que preguntarle nada.

—Los caídos están detrás de la casa...

Al llegar a la trasera del puesto de mando, percibió un fuerte olor a sangre reseca. La misma oscuridad parecía un coagulo de misterio y angustia. Los muertos estaban alineados bajo el talud del ferrocarril Madrid-Irún. El haz de la linterna de Arrieta se deslizaba lentamente, como un gusano de luz, sobre los cadáveres.

—Aquel es Costales... —dijo Arrieta mientras fijaba la luz sobre un cuerpo vestido con mono caqui, con el estampillado de alférez cosido al pecho.

Se inclinó junto al cadáver. La luz de la linterna arrancaba destellos minerales al rostro de Costales, como si fuera una escultura yacente. Su bigote y perilla parecían haberse fosilizado con el rigor de la muerte. A pesar de ello, conservaba su expresión de niño, con los ojos cerrados, la cabeza ligeramente reclinada, como una criatura recién adormecida sobre el regazo de la tierra. Los costados de su mono de campaña estaban empapados en sangre, señal de que había sido alcanzado por la espalda.

Palpó el bolsillo derecho del mono de Costales y lo desabotonó. Después abrió el sobre que le había entregado el comandante Barrinaga y sacó de él los fragmentos de la carta que Costales había escrito a su madre. Le temblaron las manos mientras los metía de nuevo en el bolsillo del mono, intentando que no se arrugaran, como si pudiera ocurrir el milagro de que la carta se recompusiera, de que lo hiciera también la vida en aquellos cadáveres, contra la noche, contra la muerte.

—Son diecinueve, mi alférez. Esto es muy raro —dijo el sargento Arrieta.

—¿Qué es lo raro? —preguntó él sin dejar de mirar el rostro de Costales.

—Tengo un amigo camillero. Es uno de los que han evacuado a nuestros heridos. Me acaba de decir que a la jefatura de sanidad de la división se ha dado parte de que en el Batallón de Bailén ha habido sólo dos muertos...

—¿Sabe lo que está diciendo? —dijo él poniéndose en pie.

—Es lo que el camillero me ha contado. Han dado sólo dos muertos en el parte de hoy, y no como consecuencia del ataque. Es como si los otros diecisiete no hubieran existido... A lo mejor intentan esconder el ataque. Hay que ser muy hijo de puta, si me permite la expresión... ¿Pero ante quién quieren esconder esta derrota?

—Ante quién va a ser, sargento. Piénselo un poco. Ya perdió una batalla aquí al comienzo de la guerra, y no creo que le guste saber que ha vuelto a perder otra, en el mismo lugar, cuando todo el mundo da la guerra por terminada con su victoria...

—Joder, ahora caigo...

La pared terrosa de la chabola se ennegreció al contraste con la luz del atardecer. Tello deslizó suavemente su mano derecha sobre una de las mantas que el asistente había dejado dobladas sobre el catre. Le pareció que la manta conservaba todavía un calor humano, como la pipa que había encontrado en el suelo. No quiso quedarse a solas por más tiempo en la chabola del alférez Costales. Sin las pertenencias que acababa de llevarse el acemilero en un baúl, camino de la casa de los padres de Costales en Sevilla, la chabola se había ido impregnando de la frialdad de una tumba.

Al salir, Tello se caló la boina, abrió la palma de su mano, contempló la pipa de Costales y se la llevó a la boca. Aspiró a través de ella, lentamente, el paso del tiempo, y después decidió encaminarse al puesto de mando para pedirle explicaciones a Barrinaga sobre el recuento de los muertos, de todos los muertos.

XIV

Apretó los dedos índices contra sus ojos cerrados, con la cara entre las manos, pero la imagen volvió a aparecer con la viscosidad de una pesadilla. Entonces presionó los dedos con más fuerza hasta que la visión se esfumó entre las constelaciones que se proyectaban frente a sus ojos, como cuando era niño. Y al abrirlos de nuevo vio que las luces de la galería parpadeaban pesadamente y le pareció que allí, en las entrañas de Madrid, se sentía más fuerte el latido agónico de la ciudad.

La puerta frente a la que estaba esperando seguía cerrada, indiferente a su angustia. Se había sentado en una silla de cuero repujado, que se figuró traída del despacho de un alto funcionario de Hacienda, como todos los muebles que ocupaban los sótanos del ministerio de la calle Alcalá. Cuando ya se resignaba a no ser recibido, apareció en la puerta un oficial sin guerrera, alto y delgado, con la divisa de mayor zurcida sobre el bolsillo izquierdo de la camisa.

A pesar de su cara de rasgos anodinos, como un retrato al que un pintor se hubiera olvidado de darle expresión, Masip reconoció al ayudante de Casado, de cabeza extrañamente cuadrada y cabello negro, que le había entregado los documentos que guardó en casa de Isabel hasta el comienzo de los combates y después en la suya. En la mirada del ayudante, entreverada por el cansancio, descubrió un brillo de confianza y seguridad que no tenía cuando le vio en la «Posición Jaca».

—Capitán Masip, el coronel Casado no puede atenderle. Está esperando que lleguen de un momento a otro las noticias sobre la nueva reunión en Burgos de nuestros emisarios para negociar la paz —dijo el ayudante mientras le estrechaba la mano y le atraía hacia el interior de la estancia.

Se encontró en una de tantas habitaciones anegadas de humedad de los sótanos de Hacienda. Estaba apenas alumbrada por la luz de un flexo vencido sobre una mesa con un teléfono y varios montones de legajos. Aquella era para él la imagen que mejor simbolizaba la guerra moderna: un hombre, un teléfono y una montaña de órdenes firmadas en papel, y en algún otro lugar lejano, invisibles, inaudibles, los que morían cumpliendo aquellas órdenes.

—¿Ha traído los documentos que le confié? —rompió a decir el ayudante nada más cerrar la puerta detrás de sí.

—Sí, aquí los tiene —dijo con inseguridad, ofreciéndole la cartera que llevaba bajo el brazo.

De pronto, el oficial le pareció distante, frío, interesado. Habría abandonado en ese mismo momento aquella estancia de aire irrespirable si no hubiera pensado que era la única persona en todo Madrid que podía ayudarle.

—Capitán Masip, estamos al tanto de cuanto le ha sucedido y sabemos lo mucho que ha significado para usted el cumplimiento de esta misión. Tenga por seguro que el coronel Casado sabrá compensarle por lo que ha hecho. De estos documentos depende la vida de miles de personas. ¿Lo sabía usted?

—No, no lo sabía. Usted tampoco me lo dijo cuando me los entregó. Sólo me ordenó que diera mi vida por ellos si fuera preciso...

—Tenía mis motivos. El coronel Casado prefirió custodiarlos de esta manera, entregando distintas copias a personas de probada lealtad. En caso de que el pronunciamiento contra Negrín hubiera fracasado, nadie habría relacionado tales documentos con el Consejo. ¿De verdad no conoce su contenido?

—Le repito que no he visto los documentos... —contestó secamente Masip, otra vez desconfiado a causa de la insistencia del oficial.

—Ya no merece la pena que tenga secretos para usted. En estos documentos está el futuro de las miles de personas que habrán de salir de España después de que lleguemos al acuerdo con Franco. Aparecen detallados todos los recursos disponibles para que esas personas puedan rehacer su vida en el extranjero. Las cuentas que la República aún mantiene en Suiza para la compra de armamento, los billetes de las series que se cotizan en las bolsas internacionales, los depósitos del Banco de España expropiados a ciudadanos alemanes e italianos, el paradero de las colecciones de sellos valiosos... Incluso contiene planes para vender los tesoros artísticos expropiados o las toneladas de mercurio y azafrán almacenadas. ¿Comprende ahora su importancia?

—Por supuesto. Y ustedes sospechan que Isabel Mercada pudo informar de ellos a otras personas... —dijo Masip, impaciente.

—Seréne, capitán. No sospechamos nada. Todo esto tendrá que aclararlo el Servicio de Información Militar. Sólo queremos ayudarle. ¿Tenía ella contactos con la «quinta columna»? —preguntó tímidamente el oficial, como si quisiera evitar el tono de interrogatorio.

—¿Con la «quinta columna»? No, imposible. No tenía otra dedicación que cuidar de su madre enferma. Algunos días iba a la embajada de la República Dominicana a atender a huérfanos de guerra. La última vez que estuvo allí fue el último domingo de febrero, en la recepción que celebró la embajada con motivo de su fiesta nacional. Al volver, me comentó que no se había hablado de otra cosa que del aumento de las peticiones de asilo de autoridades y militares de la República en todas las embajadas de Madrid...

—Ha comprobado si...

—Sí, he ido a ver al secretario de la embajada. No está allí. Al secretario le afectó mucho la noticia.

—¿El hermano de ella no es un comunista implicado en la rebelión de Barceló?

¿Cómo se llama...?

—Francisco Mercadal. Era jefe de un batallón de la brigada 42. He sabido que fue hecho prisionero en los Nuevos Ministerios...

—Ah, los Nuevos Ministerios. Allí terminamos de sofocar el levantamiento comunista. Mercadal debió de ser uno de los últimos militares del partido que se rindieron a nuestras fuerzas. Los principales implicados en la sublevación comunista han sido trasladados a Valencia. Aquí en Madrid sigue habiendo riesgo de un nuevo golpe de los comunistas, y nos tememos que su partido ordene un asalto a las cárceles para liberar a sus camaradas, sobre todo después de que fusiláramos a Barceló y a ese comisario que detuvo a Zulueta, jefe de la 7.^a División. ¿Cómo se llamaba...?

—José Conesa...

—Conesa, sí... Al parecer, Barceló y él tuvieron algo que ver con el fusilamiento en El Pardo de los más estrechos colaboradores de Casado, los tenientes coroneles Otero, Pérez Gazzolo y Fernández Urbano...

—Y del comisario Peinado —remató Masip.

—Sí, también Peinado. Qué muertes más absurdas... ¿Sabe cuánta sangre ha costado la rebelión comunista? —preguntó el oficial con los ojos alzados, como si interpelara al techo.

Se sintió incómodo de nuevo. El ayudante había desviado la conversación, dejando en el aire sus sospechas sobre Isabel e incluso sobre él mismo por la posible revelación de los documentos secretos que le había confiado. Apenas pudo pensar en el balance mortal de aquel Madrid convertido durante una semana en campo de batalla entre los partidarios de Negrín y los de Casado. Él mismo había visto a los primeros muertos en las escalinatas del edificio de Correos.

—Se han recogido más de doscientos cadáveres en las calles y ha habido más de medio millar de heridos —se respondió el oficial a sí mismo con aire abatido—. Ha habido brigadas del Ejército Popular que han tenido la mitad de esas bajas en toda la guerra... Los soldados de Barceló luchaban engañados. Creían que el gobierno de Negrín estaba de nuevo en la ciudad y que combatían una intentona de la «quinta columna» para abrir los frentes de Madrid a las tropas de Franco. Cuando se entregaban a nuestras fuerzas, algunos de los soldados de Barceló levantaban los brazos gritando «Viva Cristo Rey», creyendo que los nuestros eran requetés.

—Ha dicho usted que el SIM tendrá que aclararlo todo... —interrumpió Masip para recuperar la conversación sobre Isabel.

—Claro que sí, capitán. Es un asunto delicado. No se trata sólo de la desaparición de una mujer. Usted mismo informó de que había guardado en la casa de esta mujer la documentación que se le ordenó custodiar...

—Sí, pero luego comuniqué que había trasladado la cartera a mi casa. Fueran lo que fueran aquellos documentos, no quería comprometer a nadie con ellos...

—En todo caso, habrá que determinar si la desaparición de esta mujer está relacionada con estos papeles vitales para el Consejo y si ha podido proporcionar información sobre ellos a otras personas. ¿Cómo dice que se llama?

—Isabel Mercadal...

El nombre de Isabel quedó suspendido en la penumbra. Masip hundió la cabeza y clavó la mirada en el suelo, cubierto de una apelmazada capa de polvo que nadie se había cuidado de limpiar en toda la guerra. Hizo resbalar la punta de su bota sobre aquella alfombra de inmundicia y bajo esta apareció la superficie de una baldosa de tierra cocida. Por vez primera se dio cuenta de que aquellos tres años de muerte y dolor habían sepultado lo mejor de su vida. Y entonces la visión volvió a atormentarle: dos hombres con uniforme sostenían, asiéndolo por los brazos, un cuerpo torturado de cuya cabeza vencida sobre el pecho caían mechones rubios salpicados de sangre.

El ayudante había empezado a hablar sobre las esperanzas de un acuerdo con Franco bajo las tres condiciones propuestas por Casado: paz honrosa y sin represalias, respeto a la integridad de la soberanía española y salida de España de quienes lo desearan. Decía que había asistido a una reunión de jefes y oficiales con el coronel Prada, el nuevo responsable del Ejército del Centro, y que le había admirado la determinación de este. Prada tenía muy claro que Franco debía optar entre una paz sin crímenes o la lucha a muerte, y de hecho había dado rigurosas instrucciones para la defensa de los frentes ante un posible ataque final de los facciosos.

El oficial continuó diciendo que Casado había removido ya el mayor obstáculo para llegar a un entendimiento con Franco, que era liberar a la República de la dominación comunista y de los dictados de la Unión Soviética. La huida de Negrín y los principales dirigentes comunistas lo había facilitado todo. Ahora le tocaba a Franco hacer lo mismo respecto de Alemania e Italia. Sólo así podía abrirse el camino de una paz auténticamente española, sin la injerencia de potencias extranjeras.

—Estamos seguros de que la paz no es el fin del mundo —continuó el ayudante, como si hablara consigo mismo—. Vamos a negociar con Franco la liquidación de una fase de la vida española, la que comenzó el 18 de julio de 1936. ¿No ha leído usted hoy el *ABC*? Dice que los republicanos seremos la corriente de opinión más importante en la reconstrucción del país. Ni vencedores ni vencidos, capitán Masip. Estamos seguros de que Franco aceptará incluso que los militares de la República podamos integrarnos en su ejército con nuestros empleos actuales. Los que hayan cometido delitos de sangre o delitos políticos podrán salir de España, una vez que acrediten ante el Consejo la necesidad de marcharse. Ya hemos organizado unas juntas de evacuación en las tres armas del Ejército para que los jefes, oficiales y clase de tropa que lo deseen puedan dejar España. ¿Usted qué va a hacer, capitán?

—Aún no lo he pensado...

Masip estaba aturdido. Le impresionaba que en las propias filas republicanas se empezara a asumir ya el lenguaje de los rebeldes: el ayudante hablaba de delitos de sangre, de delitos políticos... Él no había cometido crimen alguno, pero si Franco no aceptaba la propuesta de Casado, para hacer borrón y cuenta nueva de aquella guerra, olvidar sus horrores, buscar la reconciliación entre los españoles, él sería uno de los miles de jefes, oficiales y soldados de la República sobre los que caería el puño de los vencedores.

Era un inválido y no estaba afiliado a ningún partido ni sindicato. Pero había pedido voluntariamente tener mando sobre tropa para combatir a los sublevados. Aquello podía bastar para que le mandaran al paredón o le mataran de hambre en una cárcel. Su destino era separarse para siempre de Isabel, a menos que consiguiera engañar a los vencedores por su aspecto físico, diciéndoles que era el hermano bastardo del general Mola.

Cerró los ojos, apretándolos con fuerza. La visión que le atormentaba desapareció, pero en su lugar no vio las constelaciones de cuando era niño sino el vacío tenebroso de las noches de su infancia, cuando veía los rostros distantes de sus padres muertos. Aquel vacío se había abierto de nuevo ante él después de salir del edificio del *ABC*, cuando llegó a la casa de Isabel.

La entrada en Madrid de las tropas de Cipriano Mera, venidas de Guadalajara en apoyo del Consejo, había forzado a los comunistas a levantar el cerco sobre la sede del periódico. Masip pudo al fin descender con su motocicleta por la Castellana y girar hacia los bulevares desde Colón. Las calles seguían desiertas y aún resonaba por la ciudad el estruendo de los combates y, más lejano, el inconfundible redoble de las bombas de aviación. Se continuaba luchando contra los reductos comunistas en la Puerta de Alcalá y el principio de Serrano, donde estaba la sede del comité central del partido, en la que se habían atrincherado los insurrectos. Los aviones del Consejo habían actuado contra las tropas de Barceló concentradas en El Pardo, Fuencarral, Chamartín y Canillejas.

Al subir por los bulevares, había tenido dudas sobre la verdadera identidad de los hombres armados que se apostaban en las esquinas de Génova, Almagro y Santa Bárbara. Sólo al ver sus brazaletes blancos supo que eran fuerzas leales al Consejo. Unos guardias del Cuerpo de Seguridad le ordenaron detenerse bajo el monumento a Que vedo cuando iba a enfilear Sagasta. Al mostrarles el salvoconducto, se vio obligado a explicar que le había caducado porque había tenido que pasar un día entero encerrado en el *ABC*. Estuvieron a punto de impedirle el paso y obligarle a regresar al Ministerio de Hacienda, su punto de partida. Hasta que se decidió a mentir diciendo que iba a casa de su madre, a la que no había visto desde el comienzo de los combates.

—Haberlo dicho antes, capitán. Pero tenga cuidado, que aún hay «pacos» por

todas partes. Un oficial de enlace como usted es una buena diana.

Había encontrado el portal abierto, extrañamente, y el ascensor y la escalera sin electricidad, como de costumbre. Al llegar al segundo piso, con el dolor atravesándole la rodilla maltrecha, había llamado una, dos, tres, cuatro veces al timbre de la casa de Isabel sin oír el crujido familiar de sus pasos sobre las maderas del corredor. Ante aquel silencio, se había decidido a llamar a la puerta de los vecinos, a los que no conocía. Al segundo timbrado, alguien giró la mirilla. No pudo ver su cara. Entonces, del otro lado de la puerta comenzó a oír un lamento de mujer.

—Oficial, tiene que perdonarnos... Mi hijo no ha podido ir al reclutamiento... Ha estado enfermo... Le aseguro que iba a ir cuando pasara todo este jaleo...

—Señora, lo siento... —había respondido él queriendo hacer ver a la mujer que se estaba confundiendo, pero sus palabras cayeron al otro lado de la mirilla como una condena.

—No nos haga más daño, por favor. Tenga compasión. A mi marido lo asesinaron las milicias en el Parque del Oeste. Mi hijo mayor murió en Brunete, reclutado en la división de Líster... Sólo me queda el pequeño... No le hagan nada, por favor... La culpa es mía, la culpa es mía...

—Madre, abra la puerta —había dicho una voz juvenil desde el interior de la casa.

La mujer liberó varios cerrojos y la puerta fue cediendo lentamente ante Masip. Se encontró frente al mismo vestíbulo en penumbra que el de la casa de Isabel, con una cristalera idéntica por la que se filtraba la luz grisácea del patio interior. En el centro de la estancia vio a una mujer menuda, con el cabello blanco. Detrás de ella, al comienzo del corredor y a contraluz, se encontraba un muchacho, aún más delgado que la mujer.

—Señora, no soy del centro de reclutamiento —había dicho para romper la tensión.

—Dios mío... —y la mujer ahogó un sollozo.

El joven se acercó a su madre y la abrazó, mientras afrontaba la mirada desconcertada de Masip.

—Oficial, puede usted denunciarme si quiere.

—Vengo a preguntarles por Isabel Mercadal y su madre. Soy un amigo de la familia —había aclarado Masip, como si no hubiera oído al joven.

—Ah... Isabel... La pobre Isabel... —dijo la mujer recuperando su tono de lamento.

—¿Qué les ha pasado?

—La madre, doña María, está con nosotros. Ahora está dormida —respondió el joven.

—Sí, Isabel nos pidió que la cuidáramos, que ella tenía que salir con aquellos

hombres... —confirmó la mujer.

—¿Quiénes eran aquellos hombres? —preguntó Masip.

—Ellos mismos dijeron que eran del SIM y que sólo querían hacerla algunas preguntas —continuó el joven.

Masip había querido mostrar su gratitud hacia aquella mujer y su hijo, por lo que, antes de marcharse, se había dirigido al joven con voz amistosa.

—¿Cuántos años tienes, muchacho? —le preguntó.

—Diecisiete, señor.

—¿Cuándo tenías que haber ido a quintas?

—Hace dos semanas me llamaron para el cupo de instrucción...

—No tienes por qué preocuparte. El coronel Casado va a ordenar en los próximos días la desmovilización de los reclutas que se encuentran pendientes de clasificación en los centros de reclutamiento. Esto ya está acabado. Si tienen noticias de Isabel, no duden en hacérmelo saber —les dijo entregándoles una nota con su paradero.

Ya habían pasado dos semanas desde entonces. Una eternidad, el tiempo de una vida rota. Había buscado a Isabel por todas partes. No sólo había preguntado por ella en la embajada de la República Dominicana, también había ido a Gobernación y a las sedes del SIM en el Ministerio de Marina y en el paseo de Reina Cristina. Había hablado incluso con conocidos de los que sospechaba que estaban relacionados con la Falange clandestina. Tan pronto pensaba que Isabel había decidido pasarse al campo rebelde, para ir en busca de Broto, como temía que hubiera sido víctima de la caza desatada contra los comunistas, a causa de la implicación de su hermano en la revuelta contra Casado.

Eran cientos los militantes comunistas, hombres y mujeres, detenidos por el Consejo, y se contaban también por centenares los jefes, oficiales y comisarios del partido depurados en el ejército. Desde el final de la sublevación, los periódicos y las radios no habían dejado de anunciar ni un solo día el hallazgo en las sedes del partido de formidables tesoros en dinero y joyas, y de arsenales con las armas más modernas. Se decía que en la sede del comité provincial de Madrid, en la calle Antonio Maura, se había encontrado un millón y medio de pesetas en billetes. Y que en una casa del partido se habían requisado ochocientos fusiles ametralladores de origen checo y más de dos millones de cartuchos del nueve largo. Al parecer, ni tales armas ni tal munición existían en los parques y depósitos del Ejército Popular.

La mayor parte de las noticias se referían al hallazgo de almacenes con víveres de todo tipo en los edificios controlados por los comunistas, a los que se intentaba presentar como culpables del hambre del pueblo mientras ellos comían a dos carrillos. De hecho, se les acusaba de haber provocado que, en los últimos días, Madrid no hubiera tenido pan, harina y carne, al haber impedido su distribución. Algunas notas de los periódicos rozaban lo extravagante, como la que decía que se

habían encontrado hasta cincuenta aparatos de cine sonoro en un hotelito de la Castellana en poder de las juventudes comunistas.

En aquel momento rompió a sonar el teléfono en la mesa del ayudante de Casado. Masip no pudo evitar un sobresalto. El oficial descolgó con fastidio.

—Ah, lo han traído aquí. Bien, bien... —y volvió a colgar—. Capitán Masip, ¿es cierto que su amiga había sido novia de un oficial llamado Tomás Brota, a cuyas órdenes estuvo usted en el Ministerio de la Guerra?

Tardó en reaccionar a la pregunta. No lograba comprender cómo el ayudante había llegado a conocer aquella información. Por un momento pensó que quien realmente había hecho desaparecer a Isabel era aquel hombre sin rostro.

—¿Por qué me lo pregunta? —dijo finalmente, temiendo que el oficial pensara que quería ganar tiempo.

—Broto desertó hace unos días de las filas rebeldes, donde tenía el grado de teniente coronel, y se presentó en nuestras líneas del frente del Manzanares —dijo el oficial calmadamente, como si quisiera medir el efecto que causaban sus palabras en su interlocutor.

—¿Broto hizo esa locura? —preguntó él sin alterarse, dando por hecho que lo conocía.

—Eso es lo que parece, un ataque de locura. Nadie con uso de razón se pasaría alegremente a nuestro bando cuando la guerra está a punto de terminar. A menos que haya una buena causa por la que merezca la pena hacerlo como, por ejemplo, dinero, riquezas... No sé si me comprende.

—Me gustaría que fuera más claro con sus insinuaciones. Así sabría de qué acusación debo defenderme.

—Capitán Masip, por favor. Le repito que nadie le acusa de nada. Sólo queremos que nos ayude usted. Lo único que sabemos de Broto es que tenía mando sobre un regimiento que cubre las posiciones entre el Cerro del Águila y el Puente de los Franceses. El coronel Barceló lo tuvo detenido en El Pardo hasta el final de la revuelta, junto con el resto de prisioneros hechos por los comunistas en Madrid. Acaban de traerlo aquí desde la cárcel de Porlier, para que decidamos si lo metemos en un manicomio o no, y pensamos que usted nos puede echar una mano.

El ayudante se había levantado de la silla mientras decía estas palabras. Tomó la gorra de plato de un perchero y se la caló hasta las cejas.

—Vamos, capitán. Nos están esperando en otra habitación de este mismo sótano —dijo al tiempo que abría la puerta.

Salió de la estancia más inseguro de lo que había entrado. La aparición en escena de Broto le había acabado de confundir respecto a la suerte que pudiera haber corrido Isabel. No le cabía duda de que el ayudante de Casado creía tener en su poder todas las piezas de una confabulación respecto a los tesoros de la República, pero no

lograba encajar unas piezas con otras. Seguramente, el oficial pensaba que Broto y él podrían dar sentido a aquel supuesto rompecabezas.

Al llegar a un extremo del pasillo, ante una habitación con la puerta abierta, vigilada por tres guardias, el oficial le invitó a pasar al interior con una frase calculadamente ambigua sobre sus verdaderas intenciones:

—Usted es la única persona en todo Madrid con la que Broto puede hablar con confianza, si es que no está loco de verdad...

Los guardias le franquearon la entrada para después cerrar la puerta de golpe a su espalda. Le cegó la luz de una lámpara colgada del techo, en el centro de la habitación. Tuvo pánico bajo aquel deslumbramiento, pero le reconfortó notar el peso de su pistola en el cinto. Por unos segundos no logró ver nada, hasta que descubrió a un hombre sentado en una silla, al fondo de la estancia, frente a otra silla vacía. Vestía una camisa blanca mugrienta con los puños abiertos y los faldones caídos sobre un pantalón de canutillo caqui. Llevaba unas botas cortas sin cordones, con la lengüeta ridículamente salida. Tenía los brazos caídos y la cabeza hacia atrás, con los ojos casi en blanco. Parecía estar muerto. La oscuridad velaba su frente, que quedaba fuera del foco de la lámpara, lo que subrayaba la palidez fantasmagórica del resto de la cara, cubierta con una barba canosa y abandonada.

Apoyó sus manos en el respaldo de la silla vacía, vencido por el peso de sus recuerdos. Por fin reconoció a Broto, pero su rostro era el de una vieja fotografía cuarteada. No se atrevió a pronunciar una sola palabra. Se sabía observado de alguna manera por el ayudante de Casado, por lo que se quedó mirando a Broto desde detrás de la silla vacía, hasta que los ojos de este recobraron la vida y se clavaron en él.

—¿Eres tú, verdad?... ¿Tú también estabas en el río?... ¿La has visto a ella?... — se quebró la voz de Broto en la penumbra.

Le invadió una extraña mezcla de odio y temor al descubrir las lágrimas que empezaban a caer por el rostro mortecino de Broto. Le dieron ganas de levantarlo de la silla y estrellarle la cabeza contra la pared. No lograba liberarse del morboso pensamiento de que Isabel siempre había amado a aquel hombre. A él sólo le había considerado como un lugar en el que refugiarse bajo un bombardeo. Un lugar al que te acoges con alivio, pero del que deseas salir cuanto antes, cuando todo haya acabado. En el Madrid asediado, él había sido aquel refugio para Isabel, que sólo pensaría en salir de allí para volver a su vida interrumpida por la guerra, para volver a los brazos de Broto.

Broto se puso en pie repentinamente, como si los pensamientos de Masip le hubieran devuelto la energía. Dio unos pasos desorientados de un lado a otro de la estancia, cogiéndose la cabeza entre las manos, y luego se paró ante su antiguo subordinado. Hedía igual que si hubiera estado sumergido en una charca cenagosa. Aquel hedor forzó a Masip a volver la cabeza, pero ahora ya no sintió odio ni temor,

sino una profunda compasión hacia Broto y hacia sí mismo. Tenía ante él la sombra del hombre bravucón y galante que había conocido antes de la guerra, aunque seguía cargando sobre sus anchas espaldas lo que quedaba del peso de su juventud.

A través de la desorientada mirada de Broto, logró asomarse al profundo abismo al que le había arrojado la locura. Quizás Broto había desertado por amor a Isabel, un amor extremo que le había llevado a aquel acto suicida para protegerla en el caos final del Madrid vencido. Se preguntó si él habría sido capaz de hacer lo mismo. Volvió a sentirse inferior ante aquel hombre, como le había sucedido antes de la guerra, cuando Broto logró que Isabel cayera en sus brazos.

Ahora los dos desconocían el paradero de Isabel, y a los dos les esperaba el pelotón de ejecución si fracasaban las negociaciones de paz de Casado. A Broto por haber desertado del bando de los vencedores, y a él por no haber desertado del de los vencidos. Aquella era la voluntad del destino, caprichosa y cruel: habían luchado en bandos diferentes, pero habían perdido la misma guerra, habían perdido a la misma mujer.

—Ella está muerta... La he visto en el río... Estaba con mis hombres... Había muchos cadáveres... —volvió a temblar la voz de Broto.

Masip se asustó ante aquel fogonazo de locura. Sintió en el alma la quemazón de aquel estallido irracional y se vio caer sobre un manto de recuerdos abrasados, como cuando una ametralladora fascista le abatió frente al palacio de La Granja con la rodilla abierta por el plomo. Aquella herida le había ayudado a entrar en la vida de Isabel, en sus días de convalecencia en el hospital del Palace, pero ahora las palabras enajenadas de Broto parecían expulsarle definitivamente de ella.

Durante los últimos días, mientras buscaba a Isabel por todo Madrid, Masip se había dicho a sí mismo que sólo su pensamiento podría mantenerla con vida, unida a él. No se había permitido flaquear, dudar, abandonar ni un momento la idea de que ella estaba viva, porque habría sido como dejar que se alejara para siempre de él. Recorría las calles en su Royal Enfield y la veía aparecer en cada esquina, en cada ventana, en cada portal, pero siempre era otra mujer, y aunque descubría que no era ella, aquella fugaz emoción de haberla encontrado le animaba a seguirla buscando, seguirla pensando y seguirla confundiendo de nuevo con cada mujer que se aventuraba a caminar sola por las calles de Madrid.

Ahora, frente a la sombría revelación del hombre que ella había amado antes de la guerra, se rindió a la brutal visión que le había asaltado en aquellos días: Isabel, arrastrada por dos hombres, torturada y moribunda, como aquel comisario de artillería que unos guardias habían traído a Hacienda, acusándole de ser un cabecilla de la rebelión comunista. Ya no tenía duda de que los dos hombres que aparecían en su visión habían arrojado a Isabel al río del que hablaba Broto en su demencia: un río henchido de cadáveres, un caudal de muerte que había anegado todo en aquellos tres

años de guerra. Y ahora pudo al fin reconocer, sobrecogido, a aquellos dos hombres: eran Broto y él mismo.

Retrocedió entonces ante la mirada inhumana de Broto, sin darse cuenta de que la puerta empezaba a abrirse detrás de él. El ayudante de Casado hizo ademán de entrar en la estancia, pero se quedó en el umbral. Masip no supo qué hacer, hasta que el ayudante le agarró del brazo y lo sacó fuera. Los dos guardias penetraron en la habitación y empujaron a Broto hasta sentarlo de nuevo en la silla. Se volvió para ver por última vez al que había sido su superior, rodeado otra vez por la oscuridad, sumergido en la ciénaga de la demencia.

—Ya me doy cuenta de que no ha conseguido saber mucho, capitán. Dudo incluso de que Broto le haya reconocido —le dijo el oficial, sin preocuparse por disimular que había escuchado tras la puerta.

—¿Qué van a hacer con él? —preguntó Masip.

—Lo llevaremos al Hospital Provincial para encerrarlo con los locos. Ya puede usted marcharse, capitán Masip. Sé que está usted destinado en el cuartel general del coronel Prada. Me pondré en contacto con usted si averiguamos algo de... ¿Cómo dice que se llama su novia?

—Isabel Mercadal... Ya se lo he dicho mil veces... Y no es mi novia.

—Lo siento, lo siento. Son muchos nombres. Todo el mundo está buscando a alguien en esta ciudad de locos.

En aquel instante, apareció en el extremo del pasillo un joven soldado de intendencia al que Masip había visto siempre con Besteiro. El soldado se detuvo ante el mayor, sin decir nada. Tenía los ojos enrojecidos y húmedos tras sus gafas redondas.

—¿Hay alguna novedad? —le preguntó el ayudante.

—Franco ha roto las negociaciones —dijo el soldado con serenidad—. No ha aceptado los plazos para la entrega escalonada de nuestro territorio ni de nuestra aviación. Los emisarios han vuelto de Burgos con el mensaje de que en unos días se iniciará la ofensiva final si no ofrecemos la rendición incondicional.

—No es posible, no es posible... —comenzó a decir el ayudante con voz ahogada, mientras se dejaba caer de espaldas sobre la pared, girando la cabeza de un lado a otro como un juguete mecánico.

Masip sintió que la angustia le horadaba el alma. Decidió salir del sótano para escapar de aquella escena y de la visión de Broto enajenado. Se encaminó renqueante hacia la escalera que ascendía hacia el patio del reloj del ministerio, donde había dejado aparcada su motocicleta, pero esta vez decidió no cogerla y se dirigió andando hacia la salida de la calle de Alcalá.

Nada más cruzar el portón del ministerio se vio inmerso en una riada de gente que bajaba hacia la Puerta del Sol o subía hacia la calle de Sevilla, como en un mediodía

cualquiera. Le extrañó no ver apenas hombres uniformados, al contrario de lo que había sido la imagen cotidiana de la ciudad durante aquellos tres años. Se le reveló con claridad que, aunque seguía siendo una ciudad asediada, Madrid se disponía ya a dejar atrás la guerra. Incluso en los últimos días habían ido desapareciendo de las calles los carteles de propaganda con consignas bélicas. Aquellas ilustraciones de soldados hieráticos que llamaban a la resistencia, o de trabajadores enérgicos que reclamaban la unidad de la clase obrera para vencer al fascismo, estaban siendo arrancadas de las paredes por manos anónimas.

Animados por la limpia luz primaveral, hombres y mujeres iban y venían en sus inciertos quehaceres, como si nada hubiera ocurrido, como si estuvieran en tiempo de paz. Se vio prisionero en su uniforme y, por un momento, envidió las ropas pobres y desgastadas de la mayoría de los viandantes. Era la vestimenta de los neutrales, aquellos que habían padecido la guerra como una tormenta que sabían que alguna vez tendría que escampar, sin verse concernidos, sin preguntarse por quién debían tomar partido en aquella sucesión de calamidades.

Pensó que no era Franco quien había ganado la guerra. Quien la había ganado realmente era aquel incontable ejército de indiferentes, que habían asistido imperturbables al caos anterior a la guerra y que después, en la contienda, habían buscado su propia supervivencia por encima de todo, sin importarles la suerte de la República. Aquel ejército de neutrales había provocado la caída de Málaga, de Bilbao, de Santander, de Gijón, de Lérida, de Barcelona, de Gerona, y ahora se preparaba para facilitar la rendición de Madrid y del resto de las ciudades que aún quedaban en manos leales. Él mismo, a cada paso, se daba cuenta de que empezaba a ser uno de ellos. Pero al mismo tiempo, al caminar entre la gente por la acera de Alcalá en dirección hacia el Banco de España, se sentía un extraño, como si la sucesión de días, meses y años de su futura ausencia en aquella ciudad estuviera pasando ante sus ojos. Se acogió a aquel pensamiento para convertirlo en un bálsamo de su desesperación. Se imaginó paseando por Madrid como si hubiera regresado ya de viejo y la ciudad, reconstruida de sus ruinas, le resultara irreconocible.

La visión de la Puerta de Alcalá, herida por las dentelladas de la metralla durante los recientes combates, le liberó de aquellos pensamientos. Al pie del monumento se veían, aún abiertas, las trincheras donde se habían hecho fuertes los comunistas ante los ataques de las fuerzas del Consejo. Las huellas de la lucha se apreciaban también en Serrano. Algunos portales estaban completamente destruidos por los disparos de los cañones y las fachadas mostraban las picaduras de las ametralladoras. En balcones y miradores se veían aún los restos de los improvisados parapetos.

Por la acera del Retiro, hacia Atocha, vio marchar grupos de paisanos con sus pertenencias a cuestas. En la misma dirección bajaban algunos camiones con gente y enseres buscando la carretera de Valencia. Sabía que muchos estaban abandonando

Madrid hacia los puertos de Levante, con la esperanza de encontrar algún barco que les permitiera salir de España. En el cuartel general del Ejército del Centro había tenido en sus manos el plan de repliegue ante la ofensiva final de los rebeldes. Se trataba de conservar un territorio en el Levante para garantizar la evacuación, retrasando el avance de Franco con las mejores tropas disponibles. El plan descartaba una resistencia a toda costa, dada la moral de derrota y la escasez de abastecimientos, pero sí la suficiente como para retrasar al enemigo y poner a salvo al mayor número de personas.

Ahora le parecía un plan tan ingenuo como el desfile triunfal de Franco en Madrid entre los honores de las tropas republicanas, sobre todo porque la marcha de la flota leal hacía imposible la evacuación de los miles de personas que se dirigían hacia Valencia o Alicante. Sólo la ayuda de Gran Bretaña y Francia podía garantizar esta evacuación, pero esperar aquella ayuda era una vana ilusión, como le había dicho el periodista mutilado en la redacción del *ABC*: ingleses y franceses habían reconocido al gobierno de Franco y nada les importaba ya la suerte de los vencidos.

El aroma de las hojas naciendo de los árboles del Retiro suavizó por unos momentos su abatimiento ante las escenas del éxodo. Era un frescor de vida nueva que desbordaba la verja del parque, un perfume de promesas futuras. Pero su dolor era mucho más fuerte. Estaba ya resuelto a abandonar la búsqueda de Isabel y convertir su recuerdo en el eco de un olvido. Un eco que le alcanzaría en las tardes de invierno en la tierra extraña que, como en los versos de Virgilio, le estaba prometida por el destino como su nuevo hogar, su nueva patria. Al escuchar ese eco, su juventud vibraría de nuevo en su cuerpo de anciano, como la última nota surgida imprevistamente de un viejo instrumento abandonado en un desván.

El tiempo le convencería de que ella había dejado de formar parte de su vida, aunque ocupara para siempre el centro de todas las vidas que él nunca más podría vivir. La muerte, pensó, no era sino la suma final de todas las vidas no vividas, las que por azar se frustraban o desaprovechaban, y las que por la libre voluntad se descartaban o evitaban. Morir era el resultado de la aritmética definitiva de todo cuanto no podía ser vivido. Sólo se vivía una vida, pero vivirla significaba ir muriendo, una a una, infinitas vidas más.

Con el ánimo ensombrecido, caminó hasta el paseo del Prado, pensando en las posibilidades de ponerse a salvo antes de que cayera Madrid. Estaba decidido a salir de España para no tener que sufrir las humillaciones de quienes habían rechazado una auténtica paz entre españoles, con el fin de seguir siendo a perpetuidad los vencedores de la guerra. Aquel pensamiento pugnaba con fuerza en su interior, como un oleaje dispuesto a arrastrar el recuerdo de Isabel hacia el fondo del oscuro océano en el que se hundía su propia vida. Aunque ella estuviera viva, prefería añorarla para siempre desde la lejanía, en un país extraño, y no detrás de las rejas de una cárcel o

un minuto antes de enfrentarse al pelotón de ejecución. Su causa era Isabel y la había perdido, sencillamente.

XV

La noticia había llegado a las trincheras del lago de la Casa de Campo a la caída del sol. La trajo uno de los enlaces que cada tarde venían en bicicleta desde el puesto de mando de la brigada en la calle Arriaza a recoger el parte del batallón. Agustín Rueda había visto a los soldados arremolinarse en torno a aquel chaval alto y huesudo, con la cara enrojecida, que no dejaba de repetir como una ametralladora:

—¡Franco ha huido de España! ¡Hemos ganado la guerra!

Los soldados se habían quedado petrificados, mientras el enlace daba brincos de alegría en el centro del grupo, haciendo muecas y rompiendo en risotadas nerviosas. Al principio, Rueda tampoco había podido reaccionar ante la noticia, aunque después acabó pensando que aquel pobre desgraciado estaba borracho o había perdido el juicio. Lo mismo había llegado a creer, hacía sólo unos días, del veterano que le reveló que Negrín y sus ministros, junto con La Pasionaria y los principales mandos militares comunistas, habían salido de España nada más constituirse el Consejo de Casado.

En las últimas semanas se habían desencadenado los más impensables acontecimientos. Poco a poco fueron sabiendo de ellos en las trincheras, pero de manera vaga y fragmentada. Rueda había terminado cayendo en un confuso estado de ánimo ante la situación de la zona leal. Ya nada parecía lo que era, ni nada era lo que parecía. Lo único seguro es que la guerra estaba llegando a su fin. Dos días antes, las radios de Madrid habían informado del comienzo de la ofensiva de Franco en los frentes de Extremadura y Toledo, como consecuencia del fracaso de las negociaciones para conseguir una paz honrosa. En las trincheras se comentaba que Casado había intentado pactar una entrega escalonada del territorio leal para que se pudieran poner a salvo en los puertos de Levante los dirigentes y militares más comprometidos. Pero Franco había exigido una rendición inmediata, precedida por la entrega de lo que restara de la aviación republicana, para la que sólo había dado un día de plazo.

El enlace seguía con su bufonada cuando llegó el cabo Fraguas con cara de pocos amigos.

—¿Quién te ha dicho lo de Franco, cara de remolacha? —le había espetado al enlace.

—Lo dice todo el mundo en el puesto de mando...

—Los chupatintas tenían que ser. Todos emboscados al servicio de la «quinta columna». Los mayores fabricantes de bulos de todo Madrid. ¿Qué es lo que estarán tramando? —y se había quedado mirando hacia Madrid, con los ojos entrecerrados,

como si bajo el cielo nublado que cubría la ciudad percibiera una mayor amenaza que la que aguardaba en las trincheras enemigas.

—No lo sé, cabo... —había respondido confuso el enlace.

—¡No estoy hablando contigo, cara de remolacha! A lo mejor se dice lo de la huida de Franco para que no pensemos en el ataque final contra Madrid. Acordaros del asalto de la otra madrugada. No fue más que un ensayo...

Rueda recordaba ahora perfectamente la escena, mientras se acurrucaba como un niño asustado en el fondo del refugio. Estaba solo, ya que a sus cuatro compañeros les había tocado hacer la guardia esa noche. El cabo Fraguas había ordenado que la hicieran juntos los cuatro, lo que era algo completamente inusual, pero no les había dado explicaciones. Mateo pensaba que la orden del cabo estaba relacionada con el temor de que el ataque sobre Madrid se desencadenara esa misma noche. Pero también podía tratarse de una medida para evitar las deserciones hacia el enemigo, que en los últimos días se estaban multiplicando en todo el frente de Madrid sin que nadie pudiera o quisiera evitarlo. En su batallón habían terminado por consignar a los desertores en el parte como «soldados en paradero ignorado», para no reconocer su fuga. En el último parte se habían contabilizado treinta y ocho desaparecidos.

—Con tanto hablar de la «paz honrosa» no hay quien mantenga en pie un ejército —había dicho el cabo Fraguas al comentar la cifra de desertores.

Los que se fugaban hacia las líneas rebeldes eran tantos como los que se marchaban a sus casas, con cualquier excusa. Días atrás algunos oficiales y soldados habían solicitado permiso para acudir al sepelio de tres jefes y un comisario del Ejército del Centro fusilados por los comunistas en El Pardo. Rueda había leído en *ABC* la crónica de aquel multitudinario cortejo fúnebre, encabezado por el general Miaja, que recorrió Lista y desembocó en la plaza de Manuel Becerra entre un cordón de fuerzas situado a lo largo de todo el recorrido.

Los féretros, cubiertos con la bandera republicana, fueron despedidos en Manuel Becerra por una gran multitud, antes de ser trasladados al cementerio del Este. Miaja presidió en aquella misma plaza el desfile de las fuerzas que habían acompañado como guardia de honor, en doble columna, la comitiva fúnebre, con banda de música incluida. A Rueda le había conmovido pensar que aquel sería posiblemente el último desfile del Ejército Popular de la República, y que había servido nada menos que para rendir tributo a unos jefes leales asesinados por quienes habían sido, durante cerca de tres años, sus hermanos de armas. Aquel dramático colofón, pensó, no podía ilustrar de mejor manera el desastre militar y político de la República sobre el que había oído clamar siempre a su padre.

Ya habían pasado tres días desde aquel homenaje fúnebre y muchos de los camaradas que habían sido autorizados a asistir al mismo aún no habían regresado a la unidad. Pero no faltaron los cumplidores que volvieron a primera línea después del

entierro y a los que Rueda no sabía si admirar o tachar de locos. Lo mismo pensaba de los servidores de la defensa antiaérea, que aquella misma mañana habían tirado frenéticamente contra una formación de doce «pavas» cuando sobrevolaba Madrid de este a oeste.

Cuando vieron sobre sus cabezas aquellas siluetas negras rugientes, que parecían rasgar el cielo encapotado, todo el mundo pensó que había llegado la hora del ataque final. Pero los Junkers pasaron de largo para su alivio. Nada más situarse en la vertical de Madrid, fueron hostigados por las baterías antiaéreas, entre los aplausos y vivas de algunos soldados de su compañía. Rueda envidió a aquellos artilleros por el sentido del deber que demostraban, no como él que, desde que había llegado al frente, no había dejado de maldecir su suerte por verse obligado a cumplir el suyo.

Ahora, en aquel refugio excavado en las malolientes entrañas de la Casa de Campo, seguía renegando de su suerte. Pensó que su destino no iba a ser otro que morir sepultado por el diluvio de bombas que, según decía todo el mundo en las trincheras, iba a preludiar la ofensiva de los fascistas. Ahora sí que parecía un cordero camino del matadero, como le decía siempre aquel Mateo Linares con el que había llegado al frente. Por si fuera poco, le habían trasquilado el día anterior por los piojos. Y allí estaba, rapado al cero, esperando la muerte tendido sobre una tela de saco como único colchón, vestido con el mismo uniforme que llevaba desde que había llegado a las trincheras y con una manta miserable por toda mortaja.

Su único consuelo era que aquella noche había podido distraer el hambre. Aún podía paladear el sabor de las cebolletas que el cabo Fraguas había traído para repartir entre los hombres de su sección. Hacía dos días que no tenían nada que llevarse a la boca, salvo unos mendrugos de pan negro y unas galletas que parecían hechas con serrín. Nadie les había dado explicaciones por la falta de suministros. En realidad, nadie les había dado tampoco ninguna explicación de cuanto había ocurrido en Madrid en las últimas tres semanas.

A los nuevos mandos ni siquiera se les había visto pasar por allí para revisar las posiciones o animar a los hombres ante el inminente asalto final. Sabían por el cabo Fraguas que al jefe del batallón, el mayor Mercadal, lo habían detenido por haber participado en la sublevación comunista contra el Consejo. Al jefe de la compañía le habían cambiado de destino, pero no habían enviado todavía a su sustituto, y lo mismo había ocurrido con el comisario político.

Todo el mundo se preguntaba por qué al cabo Fraguas no le habían depurado también. No sólo porque era un comunista convencido, sino porque seguía maldiciendo al coronel Casado por haber dado el golpe contra Negrín.

—¡Casado va listo si cree que nos va a poder matar de hambre para ahorrarse trabajo al verdugo de Franco! —había exclamado mientras distribuía las cebolletas, recogidas en un lugar que sólo él conocía.

A Rueda le habían tocado tres de aquellas raíces bulbosas, que devoró ansiosamente con medio chusco porque no había probado bocado desde aquella mañana.

—Mastica despacio, desertor, que te aprovechará más —le había dicho Fraguas.

Aunque seguía llamándole «desertor», el cabo le trataba de otra manera desde que habían rechazado el ataque enemigo junto al lago de la Casa de Campo. Era cierto que le había humillado a las pocas horas, por hacerse pis en los pantalones durante el bombardeo a causa del miedo y de su costumbre de aguantar sus necesidades hasta lo indecible para demorar la visita a las apestosas letrinas. Pero después el cabo cambió de actitud, quizás porque le sorprendió que no se hubiera pasado a los fascistas durante el combate, como habían hecho los de la sección de ametralladoras que guarnecían la Casa de los Pozos.

Desertar había sido su único pensamiento cuando llegó al frente. Pero no se había pasado durante el ataque por no comprometer a Mateo Linares, con el que había estado de guardia aquella madrugada. Si hubiera desertado entonces, Linares se la habría cargado con el cabo Fraguas por no haberle matado por la espalda. Aquel chaval era incapaz de hacer daño a una mosca y además no acertaría con el fusil a un tranvía ni aunque pasara a un metro de distancia. Lo más seguro es que, como castigo por no haber evitado la deserción de su compañero de guardia, el cabo Fraguas habría impedido a Linares jugar en el equipo de fútbol de la brigada, que era su mayor ilusión. Hacía falta estar loco para ir a la guerra pensando en jugar al fútbol. Alguna noche incluso había oído hablar en sueños a Linares del campo de Chamartín.

A Linares no le había vuelto a ver desde el día en que condujeron a El Pardo a los prisioneros capturados durante el ataque rebelde. El cabo le había dado permiso al chaval para quedarse en El Pardo, aunque Rueda nunca había llegado a saber con qué propósito. Algunos rumores lo daban por muerto en los Nuevos Ministerios, pero no había logrado confirmarlos. Al final se vio forzado a preguntarle al cabo Fraguas si sabía algo de Linares, pero este le respondió con una evasiva.

—Estará bordando banderas de Falange como todo el mundo, para cuando los fascistas entren en Madrid...

A Rueda le había molestado aquella respuesta. Al fin y al cabo, Linares había salvado la vida a toda la sección. Si no les hubiera dicho que se echaran al suelo cuando se estaban acercando a la Casa de los Pozos, un segundo antes de que los facciosos empezaran a dispararles, ahora estarían todos muertos, incluido Fraguas. Fue aquel tiroteo el que le había hecho desistir definitivamente de su idea de desertar. Desde entonces se había convencido de que, para los que estaban enfrente, él sólo era un enemigo más. Si se pasaba a sus filas, lo más seguro es que acabara con sus huesos en un campo de prisioneros. Lo mejor era largarse hacia Madrid si las cosas se ponían feas, aunque fuera por los túneles del alcantarillado que daban al Manzanares,

como les había aconsejado un veterano el mismo día que llegaron a primera línea.

Asediado por el silencio sepulcral de la noche en el fondo del refugio, no lograba quitarse de la cabeza que todo cuanto le había ocurrido en los últimos meses había sido por culpa de su padre. Aún recordaba la escena en el salón de su casa en la plaza de Chamberí, con la triste luz del atardecer invernal derramándose por la estancia: su madre arrodillada en la alfombra, llorando a los pies de su padre que, sentado en su butaca, con las manos en las rodillas, se mantenía hierático, inflexible.

Parecían dos personajes de un drama romántico. Su madre imploraba a su marido que le dejara esconderse a él, a su primogénito, en el sótano de la carbonería que tenía en Bravo Murillo, para eludir el llamamiento a filas.

—¡No quiero que me lo maten! ¡No quiero que me lo maten! —sollozaba su madre.

Su padre aguantaba aquel vendaval de desesperación con los ojos clavados en el techo tras sus enormes gafas, como si así pudiera evitar oír los lamentos. Hasta que se puso en pie, grande e intimidante como era, y mirándole a él, que asistía a la escena desde la puerta del salón con lágrimas en los ojos, dijo con voz teatral:

—Si te descubren en la carbonería, nos detendrán a tu madre y a mí, y tus cuatro hermanos pequeños no tendrán nada para comer. Tú eliges...

Aquellas palabras habían cortado en seco los sollozos de su madre, que levantó la cabeza para mirarle con la misma expresión de frialdad de su esposo.

—Tiene razón tu padre —dijo más sumisa que nunca.

Sí, su padre siempre tenía razón. La tenía hasta el punto de que Rueda, para explicarle su decisión de convertirse en un prófugo de filas, había utilizado los mismos argumentos que siempre le había oído a él sobre la inevitable derrota de la República. Cuando se supo del comienzo de la ofensiva de Franco sobre Cataluña, su padre había sido rotundo:

—La República se ha desangrado en el Ebro. El ataque fascista será un paseo militar hasta la frontera, y entonces todo estará perdido.

Le habría gustado que su padre aprobara su negativa a empuñar el fusil en una conversación de hombre a hombre. Si la República estaba acabada, le dijo a su padre para intentar convencerle, no tenía sentido que él fuera a servir de postre a los fascistas. Además, en casa podía ayudar más que sirviendo de diana en el frente a unos de esos malditos aviones nazis, de cuyas bombas su familia había tenido que escapar varias veces refugiándose en la estación del metro de Chamberí. Pero fue en vano. Su padre, con su actitud rígida y fría, hizo lo posible para hacerle sentir como un niño desobediente que no quería ir a la escuela.

Fue entonces cuando su madre se echó a llorar, arrodillada ante su marido. Luego vino el comentario de su padre acerca de las represalias que podía sufrir la familia, pero a él no le pareció un argumento convincente. De quien su padre debía temer más

represalias era de los facciosos, por haber dejado que su hijo se marchara al frente cuando la guerra estaba a punto de acabar. Tener un hijo desertor podía ser una garantía ante los vencedores. Pero prefirió no decir nada.

La negativa de su padre a esconderle en la carbonería, en la que él mismo trabajaba como ayudante, le sorprendió aún más si cabe conociendo sus críticas a la manera en que la República había conducido la guerra y, sobre todo, a sus alianzas internacionales. Su padre había votado a Portela Valladares en febrero del 36, pero se enorgullecía de que su familia hubiera vivido portal con portal con la de Largo Caballero en la plaza de Chamberí. Sin embargo, tanto a Largo como a Negrín les reprochaba su falta de visión por no haberse atraído el apoyo de Estados Unidos frenando los abusos de los revolucionarios. Según él, el único que podía salvar a la República era el presidente Roosevelt.

—Estamos muy lelos de Rusia para que Stalin pueda tener interés en España. A Stalin lo que le interesa de verdad es Polonia, lo mismo que a Hitler —solía decir.

Rueda apenas hablaba de política con su padre. Sabía de sus opiniones por las charlas que tenía alrededor de la mesa camilla con sus amigos. Algunas de sus ideas se las repetía él a su novia María, haciéndole creer que eran originalmente suyas, para que le tuviera por un hombre maduro. El argumento que más le gustaba citar a su padre era el de que, por mala que fuera la situación de España bajo la República, muchísimo peor había sido la decisión de Franco de conducirla a aquellos dos años largos de guerra, con su rosario de muertes, sufrimientos y devastaciones.

La misma noche que su padre se negó a ocultarle, tomó la decisión de fugarse de casa. Fue a esconderse entre las ruinas del último piso de la finca de la calle Viriato donde vivía su novia. Aquel quinto piso había sido destruido por un cañonazo de los rebeldes en los primeros meses del asedio. Ante la proximidad de la línea de combate, que había llegado a la Ciudad Universitaria y al Parque del Oeste, los padres de su novia decidieron refugiarse en la casa de unos familiares de la calle de Toledo. Aquel tampoco era un barrio seguro, por lo que terminaron regresando a Chamberí, pese a que el frente estaba a poco más de un kilómetro de distancia.

Las habitaciones de aquel piso bombardeado habían quedado a cielo abierto por la destrucción del tejado. Mucho antes de que fuera llamado a filas, María y él ya habían decidido que sería su refugio de amor mientras durara la guerra, por lo que Rueda terminó construyendo un pequeño chamizo con ladrillos y unos tablones en lo que había sido el salón de la casa. Allí, sobre un viejo colchón, María y él se entregaban al placer cuando salía de trabajar en la carbonería de su padre, en las tardes de buen tiempo y en las noches cálidas del verano.

Nunca habría imaginado que aquel chamizo pudiera convertirse un día en su escondite para no morir en las trincheras. Había logrado que María siguiera viviendo aquella situación como un juego prohibido, igual que sus encuentros amorosos, ajena

a los peligros que entrañaba ayudar a un desertor. Ella le subía agua y parte de su comida todas las mañanas, a espaldas de sus padres. Lo hacía antes de irse a su trabajo de telefonista en el ayuntamiento, donde la había logrado colocar su padre, que era funcionario de abastos.

A pesar de los rigores del invierno y del angustioso tedio de aquellos días interminables, se había sentido más libre que nunca en aquel escondite. Algunos días, cuando los padres de María salían de paseo, bajaba con sigilo hasta su casa, en el segundo piso, para darse un baño de agua caliente y cambiarse de ropa. Aprovechaba también aquellos momentos de higiene para que su novia le curara con friegas de ajo caliente los sabañones que empezaban a salirle en las manos y los pies.

María solía proporcionarle camisas y pantalones sacados del fondo del armario de su padre, los cuales, además de viejos y en desuso, le quedaban ridículamente pequeños. A pesar de todo, le gustaba mirarse en el espejo vestido con ellos, mientras se repeinaba el pelo hacia atrás con brillantina, que era la forma con que había elegido despedirse de la niñez a falta de poder afeitarse, como hacían todos los chicos de su edad, por ser barbilampiño.

Así fue pasando el mes de enero, sin más sobresaltos que los estampidos de los duelos artilleros en la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria. El tiempo mejoró en febrero, con días soleados y una temperatura más que primaveral, lo que atenuó los rigores de su vida como prófugo. Pero a finales de mes volvieron el frío y la niebla, como un triste presagio.

La última mañana de febrero un vecino subió imprevistamente a su escondite, mientras él estaba durmiendo en su chamizo, bajo un par de mantas. Se despertó al oír ruido. Miró a través de los tablones, conteniendo la respiración, y descubrió a un hombre mayor, con una larga barba blanca, enfundado en un abrigo gris. Vio que estaba recogiendo madera, por lo que decidió salir de su refugio y aparentar que había subido a llevarse los tablones de su chamizo para quemarlos en la estufa.

—Buenos días, señor. Menuda mañanita —dijo apareciendo por detrás del anciano.

—Anda, pero si es el desertor... —dijo el hombre nada más darse la vuelta.

Un calambre de pánico le atravesó de la cabeza a los pies y estuvo a punto de echarse a llorar.

—No te preocupes, muchacho. Si todo el mundo sabe que estás aquí. Tú eres el novio de la chica de los Páez, ¿verdad? —le preguntó el anciano.

Abandonó su refugio aquella misma mañana, después de anunciarle a María, que había subido como todos los días a llevarle comida, su decisión de presentarse a filas. Fue a la caja de reclutas de Chamberí, pero sin pasar por la casa de sus padres. No estaba dispuesto a vivir la humillación de aparecer como el hijo pródigo que volvía a casa después de su frustrada deserción y que se marchaba de nuevo para ir a la

guerra.

En la caja de reclutas mintió como no lo había hecho en toda su vida. Dijo que estaba viviendo en Valencia con unos tíos suyos y que no había recibido la notificación de su llamada a filas y, para colmo, durante el viaje de vuelta a Madrid había perdido la cartilla militar. Creyó haber contado aquella historia con mucha convicción, aunque luego pensó que si hubiera dicho la verdad el encargado tampoco se habría inmutado. Aquel hombre parecía estar de vuelta de todo. A la vez que le entregaba un papel firmado y sellado para que se presentara en el centro de clasificación de reclutas de Atocha, le dijo con voz cansada:

—Cuando acabe todo esto, guarda este papel como un tesoro, muchacho. Lo más seguro es que el día de mañana puedas demostrar con él que fuiste el último quinto de la República.

En Atocha le enviaron a una escuela de la calle de Cea Bermúdez que servía de cuartel de instrucción de la 7.^a División. Allí durmió una noche, sobre el suelo de un aula, y al día siguiente estaba a las puertas del Palacio Nacional, con otros reclutas, para marchar al frente del Manzanares. Nunca llegó a averiguar cómo habían sabido los vecinos de la casa de María que estaba escondido en el último piso. Después de incorporarse a la brigada 42, sospechó que quizá el propio cabo Fraguas tuviera familiares o amigos en aquella casa de Viriato y que por eso conocía su historia como prófugo de filas. La familiaridad con que le había llamado desertor desde el primer día no hizo más que confirmarle esta sospecha. Pero, a pesar de sus continuos desprecios, había llegado al convencimiento de que aquel hombrecillo adusto, un punto despiadado, pero al mismo tiempo generoso como sólo podía serlo un pastor de la dura meseta castellana, era el único ser humano sobre la tierra capaz de garantizar que él saliera con vida de aquella guerra.

Atrapado ahora en la densa oscuridad del refugio, atrajo hacia sí el recuerdo de María para sentirse vivo. Necesitaba abrigar la esperanza de que muy pronto pudiera despertar de aquella pesadilla y mirarla de nuevo a sus grandes ojos negros. Necesitaba pensar en el futuro y buscar sus labios siempre sonrientes y sellarlos con los suyos. Necesitaba sacudirse el miedo y tantear bajo el vestido sus pezones animados por el escalofrío del tacto. Necesitaba olvidarse de la muerte y acompañar sus cuerpos lentamente, para después rozarse, entrelazarse, acoplarse, acometerse y después vaciarse... Vaciarse como se vaciaba ahora la angustiada noche con su respiración jadeante, como se vaciaba su tristeza con la crecida del gozo, como se vaciaba la soledad de su alma en su deseo consumido.

—¡Desertor, qué carajo estás haciendo!

La voz del cabo Fraguas acuchilló la oscuridad desde la puerta del refugio. Se precipitó avergonzado a la realidad, sin tiempo para cubrirse con las mantas, mientras se abotonaba los pantalones. Otra vez su maldita mala suerte...

—Coge el fusil y vente conmigo —le ordenó el cabo sin dar más importancia al asunto.

Se puso el casco francés, se abrigó con el capote y salió del refugio como un animal fiel, aliviado por la indiferencia del cabo, pero de pronto le asaltaron de nuevo todos los temores que había intentado conjurar invocando el cuerpo de María. Decenas de fuegos ardían en la noche a lo largo del laberinto de trincheras y ramales excavados a orillas del Manzanares. Parecían estrellas caídas del cielo, consumiéndose después del impacto. Al otro lado de la carretera de Extremadura, a su espalda, resplandecían también las hogueras, alumbrando desde el interior de las casas en ruinas como fanales gigantes.

—¿Qué es lo que está pasando? —preguntó al cabo sin poder apartar la mirada de aquella constelación de incendios.

—Lo estamos quemando todo. Los documentos, las listas de oficiales y tropa, los mapas, los partes, las órdenes... Todo, hasta el último sello. Ayer se transmitió una orden del jefe del Ejército del Centro para todos los frentes, pero alguien decidió que en este sector debíamos ser los últimos en enterarnos. No nos han perdonado que nos pusiéramos del lado de Barceló para intentar aplastar el golpe de Casado...

—¿Qué orden era esa, cabo?

—La orden de no disparar un tiro e izar bandera blanca en todas las posiciones si los fascistas lanzan su ofensiva final. Ayer mismo cayeron sin lucha las posiciones de la Ciudad Universitaria, abandonadas por nuestras tropas. Seguro que Casado recibirá mañana a Franco en la plaza de la Moncloa para entregarle Madrid, como habían convenido. Si llego a saber que esto iba a acabar así...

Rueda se volvió instintivamente para no dar la espalda a las trincheras enemigas. La noche parecía más negra sobre las posiciones de los que ya eran vencedores. Los imaginó acechando en la oscuridad, dispuestos a abalanzarse sobre los despojos de aquel ejército derrotado. La idea de que el mando hubiera ordenado no combatir ante el asalto final de Franco apenas mitigaba su desasosiego por saberse ya, irremediadamente, parte de los vencidos. Desasosiego que empezaba a convertirse en pánico, al verse rodeado de aquellos resplandores tétricos entre los que adivinaba sombras de soldados deambulando como almas en pena, prisioneros del caos.

—Desertor, toma esto y sígueme. Y no cruces una palabra con nadie —le dijo el cabo tendiéndole una pala.

Se quedó inmóvil, mirando fijamente aquella pala como el objeto más extraño que hubiera visto en su vida, hasta que el cabo Fraguas le golpeó con ella en el pecho, como para despertarle de su mal sueño. Después de colgarse el fusil al hombro, cogió la pala y siguió al cabo por los ramales de la trinchera, entre los pinos altos que dominaban el lago de la Casa de Campo. Recordó con espanto la visión del centinela muerto de un mortero durante el ataque fascista. A pesar de la oscuridad, pudo

orientarse y reconocer el camino cubierto que conducía desde sus posiciones de la Puerta del Ángel hasta la barriada que se levantaba a orillas del Manzanares, junto al Puente del Rey.

Después de cruzar la tapia de la Casa de Campo por una brecha abierta a un centenar de metros de la puerta principal, vieron una decena de soldados que, bajo la luz de un par de linternas, daban cuenta de los restos de un depósito de suministros de primera línea. El cabo Fraguas le hizo entonces una señal para que caminara con sigilo y pasaron sin ser advertidos.

Cuando llegaron a las primeras casas de la barriada del Manzanares, de las que apenas quedaban en pie los muros heridos por la metralla, pensó que el cabo le estaba guiando hacia las alcantarillas, para entrar por una de ellas y llegar hasta el corazón de Madrid, cuya silueta espectral podía apenas intuir como el escenario de un drama a punto de comenzar. Aunque estaba sobrecogido por la cercanía de la ciudad sumida en la negrura, se rio para sus adentros al imaginarse al cabo levantando en cualquier calle la tapa de una alcantarilla, para después emerger del adoquinado como si fuera lo más normal del mundo.

Al girar la esquina de una de aquellas casas en ruinas, encontró por fin la explicación a aquel misterioso paseo nocturno. El cabo Fraguas apartó unos espesos ramajes bajo los cuales se extendía la lona de una tienda de campaña, de la que tiró dejando al descubierto cuatro cajas de madera.

—Ayúdame a enterrarlas, desertor. Tengo ya casi terminada una zanja. La empezaron a cavar tus compañeros de refugio, a los que saqué de la guardia, pero los muy cabrones se largaron aprovechando que me había ido a echar una meada —le dijo el cabo señalándole un punto cercano, bajo el muro de la casa.

Rueda intentó levantar una de las cajas, pero sólo pudo alzarla de un lado. Al dejarla caer otra vez, escuchó un tintineo metálico en su interior. Aquel sonido le hizo pensar que se trataba de un tesoro, producto del saqueo de iglesias y palacios, que el cabo Fraguas había logrado mantener oculto toda la guerra.

—¿Qué hay en las cajas, cabo? —le preguntó.

—Nada de lo que estás pensando. Pero me ha costado mucho reunirlos. En unas pocas horas he logrado dejar sin armas a todo un batallón fascista...

—¿Qué quiere decir?

—Son cerrojos de fusil, desertor. Los he ido recogiendo de todos los fusiles abandonados en nuestras posiciones, y así estarán inservibles cuando los encuentren. Si los facciosos me tienen que fusilar, que no sea con las armas de la República... —dijo el cabo antes de saltar al interior de la zanja, donde había otra pala.

Se conmovió al ver a aquel hombrecillo en la zanja, hiriendo furiosamente la tierra con su pala. Sin saber bien por qué lo hacía, se quitó el casco y se puso a cavar él también. Cuando el cabo consideró que la zanja ya era lo suficientemente

profunda, metieron las pesadas cajas. Antes de cubrir de nuevo el agujero, Fraguas le dijo que enterrara el fusil que llevaba. Al ver que dudaba, se lo quitó del hombro tirando del correaje con violencia, y Rueda se descubrió más vulnerable aún al verse sin él.

—¡Joder, desertor, no me digas que ahora has decidido parar tu sólo a los moros y a los italianos! —le espetó el cabo.

Después de tapan la zanja, el cabo ocultó la tierra removida con ramajes. Después se sentó en el suelo, apoyando la espalda en la pared acribillada de la casa. Se quitó el gorriño ruso, lo ahuecó con el puño derecho y lo observó un instante, suspirando. Después lo arrojó con fuerza lejos de sí.

—Ahora es mejor que nos separemos. No te conviene que los fascistas te encuentren conmigo. Yo soy de los que han tenido las manos manchadas de sangre, como dice Franco, pero de la sangre de las ampollas reventadas de trabajar en el campo desde los cinco años, en vez de ir a la escuela...

—¿Y a dónde voy yo? —le preguntó Rueda azorado.

—A donde te salga de los cojones. Hemos perdido la guerra, así que ya estás licenciado... Mira, mañana va a hacer buen tiempo.

Fraguas se había puesto en pie para contemplar el cielo estrellado. Cuando se estrecharon las manos al despedirse, a Rueda le pareció descubrir que, bajo sus espesas cejas, el cabo tenía los ojos húmedos. Después lo vio marchar en dirección al Puente de Segovia. Tuvo la tentación de seguirlo a cierta distancia para no quedarse sólo en aquel paraje. Pero pensó que era mejor no abandonar el frente de noche, por lo que pudiera pasar, y decidió esperar el amanecer entre aquellas ruinas, cubierto bajo la lona de la tienda de campaña, con el casco como almohada, pensando de nuevo en María, en sus grandes ojos negros...

—Eh, chaval, chaval...

Rueda oyó aquella voz a las puertas del sueño. No quiso abrir los ojos. La claridad que atravesaba sus párpados le indicaba que había amanecido. Se asustó al pensar que aquella fuera la voz de un fascista y que estuviera a su merced. Los rebeldes debían de haber entrado en Madrid mientras él dormía. Otra vez maldijo su suerte...

—¡Me rindo! ¡No dispires! —dijo abriendo los ojos e incorporándose bajo la lona.

—Pero si no tengo con qué...

Descubrió a un muchacho de su edad, que le llegaba hasta los pies. Era rubio y de ojos claros, con el pelo alborotado y la cara ennegrecida por la intemperie. Llevaba un morral colgado del hombro derecho.

—Soy de la brigada 53. Vengo del Puente de los Franceses. Allí casi todos se están marchando a Madrid. El resto se ha quedado a esperar a los fascistas con

banderas blancas para cambiarlas por comida —dijo el muchacho.

—¿Así es que todavía no han entrado en Madrid? —le preguntó Rueda sorprendido.

—No, todavía no. Deben de estar esperando a que llegue Franco para hacerlo.

—Yo soy de la 42. Estaba en la Puerta del Ángel. También han debido de marcharse todos.

—Así que tú también frenaste el ataque de hace unas semanas...

—Sí, y hasta hicimos prisioneros. Pero no creo que ahora nos convenga chulear de ello.

—Y que lo digas.

—¿Tienes algo de comer?

—No tengo ni un mal chusco.

—¿A dónde ibas por aquí?

—Quiero ir a una estación de metro para llegar a mi casa en Ventas. Pero, por lo visto, la de Norte está cerrada.

—La más cercana es la de Fermín Galán, al lado del teatro de la ópera. Si quieres, vamos juntos —le ofreció Rueda.

El muchacho le tendió la mano con una sonrisa y le ayudó a ponerse en pie. Rueda decidió abandonar su casco, como si rompiera la última atadura con su vida de soldado. Se sentía reconfortado por la compañía de aquel chaval, al que parecía conocer de toda la vida. A medida que se alejaban del frente atravesando las ruinas de la barriada del Manzanares, volvió a sentirse dueño de su destino.

Alcanzaron una pasarela junto al Puente del Rey cuando los rayos del sol comenzaban a derramarse sobre la silueta de Madrid. Vieron grupos de soldados cruzando la pasarela en dirección a la ciudad, como atraídos por el resplandor de aquel incendio anaranjado. En la otra orilla había algunos paisanos, incluso mujeres y niños, cuya presencia proporcionaba a la escena la dramática quietud de un grabado antiguo.

Cuando llegaron al otro extremo de la pasarela, Rueda oyó que algunas mujeres preguntaban a los soldados si los rebeldes ya estaban pasando, pero nadie se paraba a responderlas. Los niños rodeaban a los hombres pidiéndoles comida y estos les sonreían y se encogían de hombros. Algunos les regalaban las mantas que llevaban consigo, e incluso había quienes al pasar les dejaban sobre las cabezas sus cascos o sus gorras de plato y después los saludaban con el puño en alto, como un juego.

La afluencia de soldados se convirtió en riada cuando comenzaron a subir la Cuesta de San Vicente. Allí, a los pies del Palacio Nacional, junto al Campo del Moro, confluían los últimos defensores de Madrid. Venían del Puente de los Franceses, del Parque del Oeste, de San Antonio de la Florida, del Puente de Segovia... La mayoría de ellos iban desarmados y portaban hatillos, maletas, macutos

o sacos con todo lo que habían podido salvar de la miseria de las trincheras, aparte de los tabardos, mantas y capotes con los que se abrigan del frío del amanecer. Los pasos de aquellos centenares de hombres resonaban en las fachadas destruidas con el rumor de una marea en retirada.

Al pasar por la esquina de Arriaza, donde estaba el puesto de mando de su brigada, Rueda se entretuvo en contemplar la hoguera donde ardían montones de legajos. Allí perdió de vista al muchacho que le había despertado. Siguió a solas, sin hablar con nadie, como hacía la mayoría, pero dejándose arrastrar por aquella corriente humana, hasta que esta comenzó a dispersarse en todas las direcciones al llegar a la plaza de España.

Allí había muchos más paisanos, que observaban entretenidos las fortificaciones abandonadas junto al cañón de gran calibre que llamaban «El Abuelo», situado al pie del monumento a Cervantes. Unos niños subidos a lomos de las cabalgaduras de Don Quijote y Sancho saludaban a los soldados como triunfadores al confundirlos con las avanzadillas de los rebeldes. Rueda vio cómo a algunos hombres que marchaban a su lado se les llenaron los ojos de lágrimas, conmovidos por aquella equivocación infantil.

Cuando llegó a la plaza de Oriente, donde un mes atrás había sido citado como recluta para marchar al frente, pensó que por fin se había terminado su mala suerte. Se acordó de Mateo Linares y deseó con todas sus fuerzas volver a encontrarse con él, porque no le había agradecido lo suficiente que le salvara la vida en la Casa de los Pozos. Al entrar después en la plaza de Fermín Galán, a la sombra del teatro de la ópera, vio venir por Arenal una multitud que se dirigía al encuentro de los vencedores. Pensó que aquella gente y los soldados que habían abandonado el frente eran ya dos mundos separados, indiferentes el uno al otro. El pueblo ya no reconocía como suyo aquel ejército vencido. Sólo veía una chusma hambrienta y maloliente, que además podía arrebatarse los últimos chuscos de pan que le quedaban para llevarse a la boca.

Rueda se dirigió rápidamente a la boca del metro, asqueado por aquel pensamiento. Nada más bajar las escaleras le saludaron las notas de un acordeón. Un soldado, sentado en el suelo, junto a la taquilla, con una manta mugrienta sobre los hombros, tocaba una melodía triste, mientras a su lado tres jóvenes reclutas compartían una lata de carne. Cuando Rueda pasó junto al soldado del acordeón, este se quedó mirándole y le preguntó a bocajarro:

—¿Te gusta, chaval? Es una canción rusa, «Ojos negros». Como los de tu novia, ¿verdad?

Se zafó de su mirada burlona y dobló la esquina del corredor para bajar a los andenes de la línea z, abarrotados de soldados que parecían haber despertado de una pesadilla dentro de otra pesadilla. En los andenes siguió oyendo el sonido del

acordeón y le pareció el adagio apropiado para el destino de aquel ejército en desbandada cuyo olor a miseria y hambre, a barro y humo de las trincheras, apenas lograba aplacar el fuerte hedor de las alcantarillas reventadas que emanaba de los túneles.

De la vía procedente de Sol, en dirección a Cuatro Caminos, emergió de pronto, perforando la oscuridad del túnel, el faro amarillento de un convoy. Los chirridos de los vagones al entrar en la estación redoblaron la atmósfera de ansiedad de los que esperaban, pero pronto fueron acallados por las exclamaciones alegres y atrevidas con la que los soldados saludaron a la mujer que estaba a los mandos de las puertas del convoy, con el cabello negro rizado, la camisa blanca y un pañuelo verde al cuello, como una aparición esperanzadora.

Rueda entró en el segundo vagón, dejándose llevar por los empujones. Las débiles luces del interior parpadearon después del toque de silbato y el cierre de las puertas. Cuando el convoy se puso en marcha, Rueda descubrió a su alrededor la verdadera prueba de que aquel era un ejército derrotado: de la mayoría de las mangas, bocamangas, solapas, gorrillos rusos y gorras de plato habían desaparecido las insignias y los distintivos. De ellos sólo quedaba el rastro de los hilos descosidos o las roturas del paño. Algunos tenientes y sargentos, sin embargo, conservaban sus estrellas y barretas, aunque Rueda no sabía si las lucían aún por despiste o por orgullo. Al fin y al cabo, no eran unos criminales, pensó. Su único delito había sido cumplir con su deber al servicio de un gobierno legítimo. También él era culpable porque, muy a su pesar, al final había cumplido con aquel deber, aunque no hubiera pegado un solo tiro.

Al llegar a la estación de Quevedo, a cuya entrada se cruzaron con otro tren atestado de soldados camino de sus casas, como si su propio convoy se reflejara en un espejo, descubrió que unos ojos le observaban fijamente desde un extremo del vagón. Aquella mirada bizca, aquella nariz aplastada, aquellas cejas espesas le resultaban muy familiares. Ya estaba a punto de reconocer a su dueño cuando vio que el hombre se abría paso para llegar hasta él.

—¡Desertor, qué sorpresa encontrarte por aquí!

Como activados por un resorte, todos los ocupantes del vagón clavaron sus miradas en el cabo Fraguas, que conservaba sus distintivos sobre la guerrera. Rueda supo que se habían dado por aludidos al oír la expresión humillante con la que siempre le llamaba el cabo. El propio Fraguas se dio cuenta de ello y sonrió a unos y a otros, como si hubiera sido cosa de broma. Cuando se abrieron las puertas con un bufido de aire a presión, Rueda tiró del brazo del cabo y salieron del vagón. Fraguas suspiró aliviado mientras el convoy, con su carga de vidas suspendidas en el vacío, era devorado por el túnel en dirección a Cuatro Caminos dejando tras de sí un lamento metálico.

—Yo me quedo aquí. Estoy a un paso de la plaza de Chamberí, donde viven mis padres —le dijo Rueda.

—Yo no tengo dónde ir. Había una lista en el puesto de mando de la brigada, en Arriaza, para conseguir un pasaporte y poder embarcarse en Cartagena o en Alicante. Pero cuando fui a apuntarme ya no había nadie.

Rueda miró al cabo Fraguas con la misma compasión que la noche anterior, cuando lo había visto cavar la zanja en la barriada del Manzanares para enterrar los cerrojos de fusil. Nunca había sabido el porqué de su gran autoridad en las trincheras, pero siempre había imaginado que era mucho más que un simple militante del partido. Sin embargo, aquel poder no le había servido de nada a la hora de dejar Madrid.

Al salir del metro, la ciudad le pareció más indiferente que nunca ante el destino de los vivos. Siempre había tenido aquel pensamiento desde que pasaba por allí de niño para llegar desde su casa al vecino Campo de las Calaveras, junto a Cea Bermúdez. Allí, en el solar donde antiguamente se levantaba el Cementerio de la Patriarcal, solía jugar al fútbol con sus amigos y era raro el día que no desenterraban, con sus patadas al balón, huesos de sus anteriores moradores.

A pesar de que se acercaba el fin de la guerra, advirtió un presagio funesto en la radiante luz de aquella mañana primaveral. Preguntó al cabo Fraguas qué era lo que pensaba hacer cuando las tropas de Franco entraran en la ciudad.

—Creo que lo mejor será que me saque los ojos y me ponga a pedir limosna, para hacerles creer que soy un pobre ciego —dijo el cabo hundiendo la cabeza en el pecho.

Rueda deslizó entonces su brazo derecho sobre los hombros del cabo y alzó la vista por encima de los tejados del Instituto Homeopático, hacia el profundo cielo de Madrid que tantas veces había admirado desde su refugio de Viriato, en el último piso de la casa de su novia.

—Vamos, cabo, conozco un lugar donde podrá esconderse hasta que vengan mejores tiempos.

XVI

Al alférez Tello le gustaba cumplir las órdenes, fueran las que fueran, pero tenía claro que aquella era un castigo por preguntar demasiado. Para colmo de males, se había despertado de madrugada por el dolor de una muela del juicio y ya no había vuelto a conciliar el sueño. Ahora estaba de mal humor y no podía evitarlo, a pesar de que había llegado el día que tanto habían esperado. Arrebujado en su cazadora de cuero, con la boina calada y los guantes blancos de las grandes ocasiones, aguardaba en un extremo del Puente de San Fernando, en la carretera de La Coruña, a un furgón del Servicio de Prensa y Propaganda. Le acompañaban dos de sus hombres, armados sólo con pistolas como él.

El cielo encapotado de los últimos días había dado paso a un sol radiante, aunque en la Cuesta de las Perdices soplaba el aire gélido del Guadarrama. El frío exacerbaba su malestar tanto como la vista del panorama de destrucción que le rodeaba a uno y otro lado del Manzanares. Aquel escenario se le revelaba paradójicamente aún más tétrico ahora que la muerte, que se había enseñoreado de él durante cerca de tres años, parecía haber levantado el campo.

Hasta el último momento, viendo que no se le pasaba el dolor de muelas, había pensado en solicitar que se le liberara del servicio esa mañana. Pero al final había descartado la idea, porque tendría que habérselo pedido al jefe de su regimiento, el comandante Barrinaga, que era precisamente quien le había encargado la misión de dar escolta durante su entrada en la capital a un furgón del Servicio de Prensa y Propaganda, para evitar que alguien les robara los artilugios de rodar a aquellos aprendices de cineastas para luego venderlos en el mercado negro y ganarle un saco de garbanzos al hambre.

Tello se consoló pensando que el castigo podría haber sido mucho peor, como pasar bajo arresto el día de la capitulación de Madrid. Para eso no se había jugado la vida abriendo brecha en las líneas rojas al frente de la sección ofensiva de su batallón, como en el último ataque frustrado sobre el río Manzanares. En cualquier caso, Barrinaga se había salido con la suya, impidiéndole estar a la cabeza de sus hombres en el avance sobre las posiciones rojas, que habían sido abandonadas de madrugada por sus ocupantes, después de tres años de enconada defensa.

Todo el frente rojo de Madrid, ante el que se habían estrellado uno tras otro todos los intentos de asalto a la ciudad, se había derrumbado en unas pocas horas. Él mismo había sido testigo del principio del fin cuando, al salir de madrugada de su chabola para distraerse del dolor de muelas, había visto el resplandor de las hogueras que punteaban las posiciones enemigas a lo largo de todo el Manzanares, como si los

rojos quisieran hacer desaparecer entre las llamas todo vestigio de su tenaz resistencia. Había oído también, aquí y allá, los altos de los centinelas a los enemigos que seguían llegando a sus líneas a través de la oscuridad. Según las noticias del comandante Barrinaga, el día anterior se habían pasado por todo el sector de la división cerca de dos mil soldados rojos. Aquel aluvión de desertores había desbordado el depósito de evadidos de Carabanchel.

A la salida del sol, mientras se afeitaba en su chabola, el sargento Arrieta había ido a decirle que los rojos habían izado banderas blancas sobre sus trincheras. Terminó de afeitarse a toda prisa y se encaminó con el sargento a la primera línea, bajo el Cerro del Águila. Allí contempló un espectáculo insólito: los hombres de su batallón estaban de pie sobre los parapetos bajo los que habían estado sepultados durante meses. Sus siluetas se recortaban frente al resplandor anaranjado que asomaba sobre los edificios de Madrid. Los soldados observaban con una alegría infantil las banderas blancas izadas sobre las mismas posiciones rojas frente a las que habían sido rechazados en el ataque del 8 de marzo.

Con ayuda de los prismáticos, Tello había logrado ver, más allá de las líneas fortificadas, a numerosos paisanos en los paseos de Moret y Rosales, en lo alto del Parque del Oeste. También descubrió, entre las hileras de árboles astillados, los restos de un kiosco de música en el que los civiles se agolpaban como en un mirador.

—Aquella gente nos está esperando —había dicho el sargento con su serenidad campesina.

Por vez primera se habían dejado de oír los disparos de fusil y de cañón, las ráfagas de ametralladora, las explosiones de los morteros y las granadas, que diariamente marcaban el paso del tiempo. El aire parecía distinto bajo aquel silencio. Fue entonces cuando pensó por primera vez que la guerra había terminado. Abrigaba una emoción confusa, entremezclada con el alivio de saberse vivo y la incertidumbre de no saber qué hacer con su vida después de todo.

Se había alistado en busca de aventura y fama, una intención que juzgaba ahora como frívola y pueril, fruto del apasionamiento de su edad. Sin darse cuenta, la dura prueba de las trincheras, con sus peligros, sus sacrificios y sus privaciones, había ido forjando a golpes aquello que su padre siempre llamaba la madurez. Pero ahora que la guerra había hecho irreconocible a aquel estudiante de Valladolid rebelde y bravucón que había sido una vez, se sentía incapaz de retomar con la misma pasión las riendas de su vida cuando empezara la paz.

Su resignación ante la orden del comandante Barrinaga, que le estaba vetando el honor de entrar victoriosamente con su batallón en el Madrid liberado, no hacía sino demostrarle la dificultad de desprenderse del estado de obediencia y sumisión en que había acabado postrándole la guerra. Y el primero que parecía haberse dado cuenta de ello fue el sargento Arrieta, que intentó reconfortarle al despedirse de él aquella

mañana. Cargado con toda su impedimenta, con la manta en bandolera y las botas increíblemente lustrosas, el sargento tenía la gorrilla entre sus manos sudorosas y la retorció como un paño mojado. Estaba tan nervioso ante la entrada en Madrid como un chaval al que su padre llevara a un prostíbulo a desvirgarse.

—Mi alférez, sólo quería decirle que hizo muy bien al cantarle las cuarenta al comandante por lo del ataque —le había dicho Arrieta, con lágrimas en los ojos.

Aquellas palabras de consuelo resonaban con amargura en su mente mientras esperaba el furgón de Prensa y Propaganda y veía pasar sobre el puente de San Fernando las columnas de soldados de su división, camino de las ruinas de la Ciudad Universitaria. Allí se estaban concentrando para poner el pie en el corazón de Madrid cuando el mando diera la orden. Más allá de la Cuesta de las Perdices, procedentes de Pozuelo y Aravaca, largas filas de coches y camiones aguardaban a que los ingenieros terminaran de reabrir el paso por la castigada carretera de La Coruña. Se figuró que aquel ambiente debía de parecerse mucho al de las jornadas de competición automovilística de antes de la guerra, de las que tanto había oído hablar, cuando los madrileños se agolpaban para ver a los más audaces pilotos subir con sus coches la Cuesta de las Perdices a toda velocidad.

Más que un ejército de vencedores, las fuerzas de su división semejaban una marea de chiquillos en un día de fiesta, y hasta los mulos que conducían los acemileros parecían contagiados de aquel entusiasmo. Aquellos hombres habían ganado la guerra, pero pensaba que para la mayoría de ellos la liberación de Madrid significaría sobre todo la vuelta a sus casas, donde les esperaba, como a él mismo, el abrazo reparador de sus familias, gracias al cual su vida de soldados empezaría a ser sólo un recuerdo.

A Tello le sorprendió ver que en aquellas columnas marchaban también los moros de la división, pese a que se había prohibido la entrada en Madrid a las tropas indígenas y a los legionarios. En prevención de pillajes y abusos, se había dispuesto que estas tropas quedaran en las afueras de la capital como unidades de reserva, sobre las armas y bajo la más severa disciplina. Así rezaban al menos las órdenes del Generalísimo que el comandante Barrinaga les había leído la noche anterior en la reunión de oficiales convocada en el puesto de mando de la Casa de Vacas, en la que les había anunciado que a la mañana siguiente iban «a distribuir los caramelos», como se conocía en clave la orden para la liberación de Madrid.

Ante la euforia que había reinado entre sus camaradas en aquella reunión, Tello se había sentido un aguafiestas al acordarse de la tensión vivida en esas mismas bodegas, hacía tan sólo veinte días, cuando Barrinaga les informó que el mando había ordenado realizar el asalto sobre las defensas de la ciudad para tantear la resistencia de los rojos. El propio Barrinaga se había mostrado exultante ante la inminente entrada en Madrid, sin el nerviosismo de la noche en que se produjo la deserción del

teniente coronel Broto. Embutido en un chaquetón de piel marrón, con un cuello de lana que a Tello le pareció que le daba un aspecto de carnero, Barrinaga comenzó la reunión informándoles de que las fuerzas del segundo regimiento de la división se habían apoderado aquella tarde, sin disparar un solo tiro, de todas las posiciones que los rojos habían mantenido desde el comienzo del asedio en el Puente de los Franceses, el Parque del Oeste y los edificios de Filosofía y Letras, Medicina, Odontología y Farmacia en la Ciudad Universitaria.

Cuando anunció que las avanzadillas de la división habían llegado incluso hasta el paseo de Rosales, la Cárcel Modelo y el estadio Metropolitano, los oficiales prorrumpieron en vivas y aplausos que Barrinaga sólo logró acallar con el anuncio de una gran noticia para la que reclamó la máxima confidencialidad. Casi en un susurro, como si quisiera subrayar el carácter secreto de su información, les comunicó que aquella misma tarde, en las trincheras del Hospital Clínico, se había presentado un emisario rojo para convenir el momento y el lugar en que el jefe de las fuerzas de Madrid debía ofrecer la rendición incondicional de la capital. El coronel Losas había aceptado encontrarse con el mando rojo en el mismo Hospital Clínico, a la una de la tarde del día siguiente, por lo que la 16.^a División iba a tener el honor de recibir la rendición de Madrid. La entrada de las tropas en la ciudad se realizaría después, pero sólo si el mando rojo garantizaba que no habría ningún tipo de resistencia.

A la pregunta de uno de los oficiales sobre la situación que se vivía en el interior de Madrid, Barrinaga había asegurado que los agentes del servicio de información y los miembros de la Falange clandestina estaban llevando a cabo un plan para garantizar el control de los lugares claves de la ciudad, así como de todos sus servicios. Se había intimado al Consejo de Casado a que abandonara Madrid, lo que al parecer habían hecho ya Miaja y el propio Casado, y a que pusiera en libertad a todos los presos afectos a la causa nacional. A muchos jefes rojos se les había convencido personalmente para que facilitaran la capitulación de sus unidades y ordenaran el desarme de las fuerzas que regresaban de los frentes, con indicación de que el material de guerra fuera acumulado en las comisarías.

—La Falange clandestina, por su parte, está dificultando el despacho de gasolina para la salida de coches, de manera que se entorpezca la salida de Madrid de dirigentes rojos con responsabilidades —había informado Barrinaga.

—Me gustaría saber si nosotros, que somos militares, tendremos que hacer funciones de policía —le dijo entonces Tello a bocajarro.

—Nuestra misión, señor Tello, es hacer efectiva la capitulación del ejército rojo y garantizar en lo posible la normalidad de la vida en Madrid. Si algo o alguien entorpece nuestra misión, actuaremos en consecuencia. Y esto vale también para nuestras fuerzas. El mantenimiento de la disciplina ha de ser absoluto. Por lo que respecta a los rojos culpables de delitos, nos limitaremos a detener a aquellos que nos

sean denunciados, para que respondan ante la Justicia. Espero que esto aclare su pregunta —le respondió Barrinaga, visiblemente molesto por tener que dar aquellas explicaciones.

Barrinaga comentó después que se había reforzado el servicio de vigilancia del subsuelo de Madrid para evitar posibles actos de sabotaje o voladuras. En cuanto a las minas que pudieran existir aún en el frente, aseguró que se había conminado a los jefes rojos a la retirada de todos los artefactos colocados para la destrucción de puentes y accesos, así como al desamarre de los cables de las minas terrestres. A pesar de esta orden, aquella tarde los minadores nacionales habían tenido que cortar los cables de cinco minas que el enemigo tenía preparadas para hacer estallar en el Clínico, Agrónomos y Parque del Oeste.

Al informarles de las indicaciones del cuartel general de Burgos para la entrega y el desarme del ejército rojo, Barrinaga señaló que se seleccionaría a los oficiales profesionales del enemigo que ofrecieran más garantías y se les entregaría el mando de las fuerzas rojas que se hubieran rendido. Estos oficiales se encargarían de mantener los servicios de sanidad y cocinas de sus unidades, a las que se suministraría pan y víveres con prudencia, a la vista de las limitaciones que impondría el abastecimiento de la población de Madrid.

Los oficiales rojos designados debían hacerse cargo también de la elaboración de listas con los prisioneros que pudieran tener avales de personas en la zona nacional, para pedir informes a su favor y ponerles en libertad. Por el contrario, se separaría del resto, bajo estrecha vigilancia, a quienes los propios oficiales rojos señalaran como autores de delitos o espías de los comisarios políticos. Barrinaga también concedió la máxima importancia a las instrucciones para que se custodiara convenientemente, hasta su recogida por un servicio especial, toda la documentación que pudiera existir en los organismos rojos de Madrid.

Antes de acabar la reunión, Barrinaga afirmó con gran solemnidad que era justo rendir homenaje, en las horas previas al definitivo triunfo de las armas nacionales, a quienes habían tributado su sangre en la Cruzada desde la creación de la 16.^a División. Entonces ordenó que todos los presentes se pusieran en pie y recitó de memoria el número de bajas de la división: 19 oficiales muertos y 71 heridos, y 667 de tropa muertos y 3710 heridos. Después, sin abandonar el tono solemne, afirmó que también era el momento de reconocer los providenciales méritos del Caudillo, así como el ejemplo de José Antonio Primo de Rivera, del que citó su «Carta a un militar español», calificándola de auténtico aldabonazo a las conciencias de todos los patriotas.

—Siempre ha sido a última hora un pelotón de soldados el que ha salvado la civilización —dijo Barrinaga, recordando una cita de aquel artículo de José Antonio—. Nosotros seremos mañana ese pelotón cuando entremos en Madrid.

Al oír aquella frase, Tello se acordó del pelotón de falangistas que le había detenido en casa de sus padres en los días del alzamiento al confundirle con un francotirador. Y pensó que para salvar la civilización sobraban todos, absolutamente todos los pelotones de soldados, y que bastaba un chaval de doce años despierto y valiente como aquel Josete que le libró de ser pasado por las armas contra las cercas de las huertas del Pisuerga, al demostrar a los falangistas que él no podía ser uno de los «pacos» que andaban buscando.

Cuando Barrinaga había dado ya por terminada la reunión, y antes de que todos salieran del puesto de mando, se dirigió a él con un tono cortante para que se quedara. Tello volvió sobre sus pasos, mientras Barrinaga se sentaba frente a su mesa y se ponía a ordenar sus papeles con el ceño fruncido, como un carnero a punto de embestir.

—Usted debe saber, señor Tello, que la primera regla que ha de cumplir un buen militar es ser leal a sus superiores —le había dicho Barrinaga sin levantar la vista de los documentos.

—Lo sé perfectamente, mi comandante... —dijo él, puesto en alerta.

—Dice usted que lo sabe, pero cometió una falta imperdonable la otra noche, cuando vino a verme. Se permitió dudar de sus superiores e incluso llegó a insinuar que habían incurrido en un hecho gravísimo a propósito de las bajas sufridas en el reconocimiento del pasado 8 de marzo. ¿Lo recuerda usted?

—Lo recuerdo. Y debo decirle que yo no insinué nada. Me limité a constatar ante usted que en el parte entregado a la jefatura de Sanidad con las bajas del día 8, no figuraban las sufridas por nuestro batallón en el ataque contra las líneas rojas del Manzanares. Y que, además, tampoco apareció ninguna mención a las bajas de la división en el parte del mismo día 8, ni en los partes de los días siguientes —dijo con aplomo.

—Veo que es usted incorregible. Sigue llamando «ataque» a lo que no fue más que un simple reconocimiento de las líneas enemigas —dijo Barrinaga con forzada serenidad—. Ya le dije que el mando tenía poderosas razones para no dar cuenta oficialmente de aquellas bajas. Pero usted sigue creyendo que sus jefes quisieron ocultar el supuesto fracaso de la operación, ¿verdad?

—Le repito, con todo respeto, que me limité a constatar el hecho de que las bajas no habían sido recogidas en ningún parte.

—Sí, pero en el fondo sigue poniendo en duda el honor de sus superiores, como si se avergonzaran de aquella heroica acción, en la que usted mismo, sin ir más lejos, dio muestras de un gran coraje.

—Nada más lejos de mi intención que dudar del honor de mis jefes —dijo él precavidamente.

—Entonces, señor Tello, ¿por qué insistió tanto en indagar sobre el asunto? ¿No

fue a hablar con un escribiente de la comandancia de la infantería divisionaria? ¿No le preguntó si se había cursado desde la división el informe sobre la operación al jefe del Cuerpo de Ejército, el general Espinosa de los Monteros? Usted nunca me ha gustado, Tello, pero jamás pensé que pudiera llegar a ser tan desleal...

—Sí, hablé con aquel escribiente, pero sólo para preguntarle cómo se iba a arreglar la cuestión de las distinciones honoríficas a quienes intervinieron en la acción si oficialmente esta no había existido.

—¿Así es que investigó usted sólo por interés personal, para ver si se le reconocía su actuación en su hoja de servicios?

—Lo hice por todos mis camaradas, empezando por el alférez Costales, que en paz descanse. Me parecía de justicia que se les reconociera su valor en aquel día —dijo Tello con mayor aplomo todavía.

—Le voy a enseñar una cosa, y con esto espero que se olvide de este asunto de una vez por todas.

Barrinaga sacó de entre los papeles de su mesa dos folios mecanografiados y se los tendió con una sonrisa forzada.

—Es el parte de guerra sobre el reconocimiento del 8 de marzo enviado por el general Espinosa de los Monteros al general Saliquet, jefe del Ejército del Centro. Están todos los datos sobre las bajas y los nombres de los distinguidos de las divisiones 16, 18 y 20, entre los que figura también el suyo. Verá usted que al final hay una indicación para que el parte sea remitido a la sección primera del Estado Mayor, para recompensas de personal. Como verá, nadie ha querido ocultar nada.

—Pero lleva fecha de ayer, 26 de marzo de 1939. Está hecho dieciocho días después de la operación... —dijo él sin pensarlo, después de echar un rápido vistazo al informe.

—¡Ya estoy hasta los huevos y de sus insinuaciones! ¡Me ha oído bien! ¡Debería hacer que lo arrestaran y juzgaran por rebeldía! —gritó Barrinaga fuera de sí, dando un puñetazo en la mesa y levantándose de la silla como si le hubieran puesto un tizón en el trasero.

Tello permaneció en posición de firmes, mientras Barrinaga giraba a su alrededor, resoplando y balbuceando, hasta que se quedó frente a él, mirándole fijamente, con sus ojos de anfibio a punto de estallarle de ira.

—¡Usted, señor Tello, no se merece el triunfo de mañana! ¡Cuando sus camaradas entren a liberar Madrid, se dedicará a limpiarles el culo a los del servicio de Propaganda!

Así fue como había recibido la orden del comandante Barrinaga y no pudo sino recordar sus gritos cuando por fin vio aparecer un furgón Mercedes verde oscuro, con un gran altavoz sobre la cabina, que rodaba lentamente por una pista abierta a orillas del Manzanares. El furgón tenía escrita encima del parabrisas la inscripción

«Altavoces del Frente» y el rótulo de Prensa y Propaganda y el símbolo de Falange pintados en los laterales. Cuando enfiló el puente, Tello se dirigió hacia él con sus dos hombres, haciendo señales con los brazos a los ocupantes de la cabina. Un hombre con boina y abrigo negros sacó su enorme cabeza por la ventanilla derecha del furgón y le saludó a gritos antes de que este parara en medio del puente.

—¡Suban rápido, alférez Tello! ¡Los rojos van a rendir Madrid ante el coronel Losas! ¡Si no llegamos a tiempo de filmado, Losas se va a poner como una fiera!

Subió al furgón con los dos soldados por la puerta trasera, donde había otro hombre, con la cabeza rapada y vestido con un mono azul en el que llevaba el emblema de Falange bordado en rojo. El hombre estaba sentado sobre un taburete metálico anclado al suelo y ante una mesa también anclada en la que había un enorme micrófono con forma de girasol. Sostenía en sus manos una pequeña cámara de cine y hacía las últimas comprobaciones.

Cuando se estaban acomodando como podían en el suelo del furgón, el paisano de la boina y el abrigo negros abrió el cristal de la cabina y le tendió la mano a Tello. Tenía los ojos rasgados y la nariz puntiaguda, subrayada por un bigotito estrecho, perfectamente recortado sobre el labio.

—Me llamo Jacinto Rubiales y soy el responsable de este servicio —dijo sonriente—. Nos han dicho que podemos llegar con el furgón hasta el Asilo de Santa Cristina, aunque con alguna dificultad porque rodaremos por un camino que los zapadores han abierto para caballos y mulos. Desde allí subiremos andando al Clínico, donde va a presentar la capitulación el jefe de las fuerzas rojas, un tal coronel Prada. ¡Y después liberaremos Madrid!

Tello había oído hablar del coronel Prada, que había sido jefe del ejército rojo del norte después de la caída de Santander. Unos oficiales del Tercio de Montejurra de visita en el frente de Madrid le habían relatado con admiración la resistencia de los batallones asturianos a las órdenes de Prada en el valle de El Mazuco. Allí aguantaron los rojos, durante una semana, los ataques de fuerzas seis veces superiores en número, apoyadas por los bombardeos de la Legión Cóndor y el crucero *Almirante Cervera*, que disparaba sus cañones desde la costa de Llanes.

Empezó a sentirse mucho mejor. Acompañar a los de Prensa y Propaganda al acto de rendición de Madrid no era precisamente un castigo, por más que su jefe de batallón hubiera pretendido que lo fuera. Hasta la muela del juicio había dejado de dolerle. Sin embargo, le seguía produciendo un enorme desasosiego el horizonte de ruinas que iba desplegándose ante el parabrisas del furgón, entre las columnas de soldados que marchaban a ambos lados del camino abierto por los zapadores. Al cruzar el viaducto de Cantarranas aparecieron ante él los restos de la Casa de Velázquez y de las escuelas de Arquitectura y Agrónomos, y más allá las facultades de Medicina, Farmacia y Odontología. Parecía como si un dios colérico hubiera

demolido a manotazos los edificios y aniquilado todo rastro de vida en aquel yermo de la guerra. Algunos lugares resultaban irreconocibles incluso con la ayuda de los planos militares: la guerra los había borrado literalmente del mapa.

—La civilización es una noria que se mueve con la fuerza de la sangre, no con la de las ideas —declamó de pronto Rubiales ante la vista de la Ciudad Universitaria.

Tello pensó que frases como aquella sonaban muy bien dichas en la terraza de un café, en una ciudad de retaguardia, pero no en aquel escenario donde hombres de uno y otro bando habían encontrado la muerte. Era la típica frase que sólo podía salir de la mente de los enchufados, de los «desenfilados», de los cobardes, de todos los que habían pasado la guerra en los dos bandos sin pisar el frente, inventando consignas con las que adornar o justificar la muerte de miles de españoles en las trincheras y en la retaguardia.

El conductor paró el furgón frente a las ruinas del Asilo de Santa Cristina, en una explanada salpicada de cráteres de bombas en la que se erguían los troncos mutilados de unos abetos. Bajo los árboles heridos descansaban grupos de soldados enfundados en sus capotes que apenas hicieron caso de su llegada. Nada más descender del furgón, Tello descubrió sobrecogido la mole del Hospital Clínico, en lo alto del cerro a cuyos pies quedaba el asilo. Algunos pabellones del edificio habían sido demolidos por las minas subterráneas y sus forjados aparecían derrumbados unos sobre otros como fichas de dominó. Otros se sostenían milagrosamente, como si las claridades y sombras que el sol de mediodía arrojaba sobre ellas fueran las que realmente mantuvieran en pie aquel templo de destrucción y muerte.

Tello abrió la marcha, seguido de Rubiales y del cameraman, para ascender hacia el Clínico por un profundo ramal de comunicación excavado en la falda del cerro. Les acompañaba solamente uno de los hombres de escolta, ya que Tello había dado órdenes al otro de quedarse en el asilo con el conductor del furgón. Nadie habló durante el camino, salvo Rubiales, que hizo un comentario sobre las boñigas de los mulos que jalonaban el ramal como único signo de vida:

—Este debía de ser el cordón umbilical que alimentaba a nuestras fuerzas en el Clínico —dijo.

Al cabo de unos minutos, desembocaron por el ramal en otra explanada que se extendía al pie de la fachada oeste del Clínico, bajo la cual se habían abierto varias bocaminas que Tello imaginó que servirían de acceso a las posiciones defendidas por los legionarios dentro del hospital. En la explanada, limitada por unas laderas cortadas a pico sobre las que se levantaban parapetos con troneras, había una gran animación. A Tello le recordó el escenario de una verbena popular en un pueblo polvoriento de Tierra de Campos. Sólo faltaban la banda de música y los colgantes de papeles de colores. Había soldados deambulando por todas partes, divertidos e impacientes, como si esperaran la llegada de las zagalas para el baile.

Pero aquella imagen festiva se le borró a Tello de golpe cuando descubrió en el centro de la explanada, entre un grupo de oficiales, al coronel Losas, jefe de su división, que vestía una chilaba gris que le hacía parecer todavía más enjuto. Losas estaba fumando un cigarrillo con boquilla y se acariciaba con los dedos una cicatriz en la mejilla derecha. Al advertir que el propio Losas comenzó a hacerles señas para que se acercaran al grupo, se le hizo un nudo en el estómago temiendo que el coronel pudiera conocer por Barrinaga sus pesquisas sobre el ocultamiento de las bajas de la división en el asalto sobre las líneas rojas del Manzanares. Se cuadró ante él y le saludó militarmente más rígido que nunca, pero antes de que pudiera presentarse, Losas se había adelantado a estrechar amigablemente la mano de Rubiales.

—Buenos días, Rubiales. A ver qué tal queda la película. Esto lo va a ver el mundo entero —dijo sin perder la gravedad de su gesto.

—Puede estar tranquilo, mi coronel. El cameraman que traigo conmigo es todo un profesional —respondió Rubiales.

—¿Pero no está Bobby Deglané con ustedes? —preguntó Losas con sorpresa.

—¿El chileno del semanario *Fotos*? Creía que estaba aquí, en el Clínico...

—Sí, ha estado conmigo hasta hace un momento —respondió Losas aspirando su boquilla—. Me ha pedido permiso para adelantarse a las fuerzas y entrar él solo en Madrid, pero no se lo he concedido. Le he dicho que con su uniforme de Falange podía atraer la atención de los francotiradores... Pemán, el escritor, ha sido más precavido. Me está esperando en el puesto de mando de la Escuela de Arquitectura para entrar en Madrid conmigo, en mi coche...

Antes de que Losas pudiera terminar la frase, un capitán le avisó que estaba llegando el jefe de las fuerzas rojas. Tello vio que por un extremo de la explanada se acercaban varios militares guiados por un oficial nacional ataviado con una capa oscura. Al frente del grupo marchaba un hombre de baja estatura, con gafas, que cubría su cabeza con una gorrilla de barco y que se abrigaba con un chaquetón de cuero negro que le quedaba grande. Tello no dudó que era el coronel Prada, al que acompañaban tres capitanes y lo que parecía una escolta de tres guardias y tres soldados, aunque todos iban desarmados.

El cameraman empezó a filmar a los militares rojos, mientras el coronel Losas y sus oficiales les veían aproximarse con gesto grave. Al encontrarse unos con otros, empezaron el intercambio de saludos y presentaciones. Después, sin más preámbulos, Tello oyó que Prada le informaba a Losas de que al salir del Ministerio de Hacienda, donde tenía su cuartel general como jefe del ejército rojo del Centro, había ordenado izar la bandera monárquica. Losas pareció no dar importancia a aquel gesto y le preguntó directamente sobre la situación en Madrid y si podía ordenar ya la entrada de sus tropas.

—La entrada puede usted realizarla en cualquier momento —dijo Prada—. La

ciudad presenta un aspecto muy parecido al del 14 de abril, cuando la proclamación de la República. Todo el mundo se ha echado a la calle.

Losas dio una bocanada a su cigarrillo, como para darse tiempo a descifrar el sentido de aquella comparación con el 14 de abril. A Tello le pareció que la alusión del jefe rojo tenía algo de ironía, pero tampoco supo interpretar todo su sentido.

—¿Cree usted que mis tropas encontrarán algún tipo de resistencia? —interrogó Losas fríamente.

—Haría bien en tomar las precauciones necesarias. Aunque es de esperar que no haya resistencias aisladas, lo prudente es pensar en la posibilidad de que existan —le contestó Prada con la misma frialdad.

Losas saludó entonces militarmente a Prada y después hizo un aparte con Rubiales. Al momento, este echó a correr hacia una de las bocaminas del Clínico y se perdió en ella, para salir un minuto después con un pelotón de legionarios. Al regresar a la explanada, Rubiales indicó a dos de ellos que se situaran en lo alto de un desnivel, detrás del grupo de militares rojos, con unas banderas nacionales al hombro. Después, como un director de cine, Losas ordenó al cameraman que volviera a rodar y preguntó de nuevo a Prada sobre la situación en Madrid. El jefe rojo, visiblemente incómodo, repitió lo que ya había dicho. Losas volvió a hacer entonces el saludo militar ante Prada, al que este respondió con gesto confundido.

—Así, con las banderas, está mucho mejor —se oyó decir a Losas.

Tello se sintió decepcionado. Había pensado que iba a asistir a un acto ceremonioso, acorde con el final de un asedio de casi tres años, con miles de vidas perdidas y sus secuelas de destrucción, pero aquella rendición no había tenido ninguna solemnidad. Le pareció una representación teatral en la que ninguno de los actores se había aprendido bien su papel. Rubiales pareció percatarse de su decepción y, echándole un brazo sobre los hombros, le dijo en un tono confidencial:

—Alférez, ya verá como esta cagada parece otra cosa cuando la vea en el cine.

Se sobresaltó ante aquel comentario, temiendo que hubiera podido escucharlo el coronel Losas, que en ese momento comenzaba a descender hacia su puesto de mando en la Escuela de Arquitectura seguido del coronel Prada y sus hombres.

—No se escandalice, alférez —continuó Rubiales—. Nosotros, los de Propaganda, estamos aquí para que todo parezca distinto a como es en realidad. Si no fuera por nosotros, el mundo sólo recordaría la liberación de Madrid como el encuentro de una masa de soldados sucios y con cara de no haber conocido hembra durante meses, con otra masa de civiles hambrientos deseosos de hincarle el diente a los mulos de nuestros acemileros. Nuestra misión es convertir la entrada de nuestras tropas en Madrid en un canto a la gloria del Caudillo y sus ejércitos. Y si no hay suficiente material para conseguirlo, nos lo inventamos.

—¿Y cómo se lo van a inventar? —preguntó Tello, sobrepasado por la

determinación de Rubiales.

—Bueno, ya tengo algunas ideas. Por ejemplo, filmar a unos niños destapando con picos y palas la fuente de la Cibeles, que sabemos que está fortificada contra los bombardeos. Será mi obra maestra, Tello...

—Pero no será creíble...

—Ya, puede que los pobres chavales de Madrid no tengan fuerzas ni para sostener los picos y las palas. Pero nadie se dará cuenta de eso. Todo el mundo verá las imágenes de esos niños y pensará que ha comenzado la paz.

—¿Y tiene alguna otra idea?

—Sí, otra espectacular. Parece que ya la estoy viendo. ¿Conoce usted la calle de Alcalá?

Sí, he estado una vez en Madrid...

—En lo alto del Banco de Bilbao hay dos grandes esculturas gemelas. Son dos cuadrigas, creo que están hechas en bronce. Mi idea es filmar a uno de nuestros oficiales subido a un carro blindado y enarbolando nuestra bandera, con las cuadrigas de fondo. Una imagen moderna de nuestra victoria superpuesta a la imagen clásica del triunfo. ¿No querrá usted posar como modelo?

Tello no pudo responder porque se les acercó uno de los oficiales que habían acompañado a Losas.

—¿Ustedes son los de Propaganda, verdad? —preguntó el oficial—. El coronel Losas va a hacer su entrada en Madrid a las dos y media de la tarde con el cuartel general de la división. Formaremos un convoy en la Escuela de Arquitectura para llegar hasta el edificio Capitol, en Callao, donde el coronel instalará su puesto de mando.

Aún disponían de media hora, por lo que Rubiales le propuso a Tello que subieran a contemplar Madrid desde lo alto de los parapetos que asomaban a la calle de Isaac Peral, por encima de las ruinas del Instituto Rubio. A pesar del sol radiante, Madrid se ofreció ante los ojos de Tello bajo una veladura ocre, como una ciudad de arena, impregnada del tono de la tierra de las trincheras que la defendían y cercaban y del amasijo de ruinas de sus edificios. Se acordó del alférez Costales, con su cara de niño, santiguándose con el cañón de la pistola amartillada, dispuesto para el asalto de aquella ciudad que él tenía ahora al alcance de la mano. Y pensó con tristeza en todos los que habían muerto en aquel absurdo ataque, defensores y asaltantes, españoles al fin y al cabo, a quienes les habría bastado sobrevivir solamente veinte días más para ver el fin de la guerra.

A Tello le sorprendió descubrir que la torre de la Telefónica, que había visto en la lejanía desde la Casa de Campo, quedaba casi a tiro de ametralladora de las posiciones del Clínico. Las calles que llegaban a los descampados de Isaac Peral estaban cerradas por barricadas de cemento y ladrillo con troneras, y aquí y allá se

veían fachadas y tejados destruidos por las bombas, casas enteras convertidas en montañas de escombros. Junto a la plaza de la Moncloa, se erguía aún, milagrosamente, la chimenea de ladrillo de la fábrica de las perfumerías Gal, picada por los impactos de la artillería.

—Parece mentira que los legionarios y los moros no pasaran de aquí en el otoño del 36 —dijo Rubiales.

Emprendieron el camino de vuelta al Asilo de Santa Cristina por el ramal por donde habían sido conducidos el coronel Prada, sus oficiales y escoltas. Cuando llegaron a la explanada del asilo, vieron pasar tres coches por el camino de Puerta de Hierro en dirección a la plaza de la Moncloa. Un motorista iba encabezando la marcha por el camino que los zapadores habían abierto a toda prisa a través de las trincheras y las barricadas rojas.

—Ahí van el coronel Losas y Pemán, a tomar Madrid... —dijo Rubiales.

Los tres coches se detuvieron en la plaza de Moncloa, donde les recibieron numerosos civiles con banderas nacionales. Mujeres y niños pasaban entre los coches y observaban con ansia a sus ocupantes. Después de que la comitiva de Losas enfilara las calles de Madrid, otro convoy, formado por varios camiones cargados de soldados y moros, se puso en marcha junto al Asilo de Santa Cristina en dirección a la calle Cea Bermúdez. A él se sumó el furgón de Propaganda por indicación de Rubiales, quien le anunció a Tello su propósito de ser el primero en dar la noticia de la liberación de Madrid desde los estudios de Unión Radio.

Al mismo tiempo que revelaba sus planes, Rubiales había conectado un receptor del que comenzaron a salir unos pitidos agudos, a los que siguieron unas frases entrecortadas.

—Esta es la frecuencia de Unión Radio. A ver de qué están hablando los rojos... —dijo Rubiales.

Las frases inconexas que se habían oído al principio dieron paso entonces a una voz nítida, con acento sudamericano. Rubiales comenzó a oír aquella voz con la boca entreabierta, y después hundió la cara entre sus manos con desesperación, mientras del aparato fluía una alocución entusiasta:

—Os hablo con la voz hecha un nudo en la garganta, con la emoción de estar en Madrid, en este Madrid torturado y que a pesar de sus dolores se pone en pie jubiloso para recibir a nuestras tropas que, con igual impaciencia, aguardan la tan esperada orden de ¡adelante!, para tomar posesión de este Madrid que ya es del Caudillo y de España. De la España una, grande y libre que soñara José Antonio y por la que han luchado durante tres años nuestros heroicos soldados...

—¡Bobby Deglané! ¡Ya se me ha adelantado Deglané! —gritó Rubiales a la vez que apagaba de un manotazo el receptor, mientras Tello le miraba con extrañeza desde la cabina—. No le ha debido hacer ni puñetero caso a Losas y ha entrado en

Madrid por su cuenta y riesgo. ¿Pero cómo se las ha podido arreglar para llegar a Unión Radio y que le dejaran hablar ante el micrófono? Si no tiene ni idea de lo que es hablar por radio...

Tello escuchó durante un buen rato las protestas de Rubiales por la anticipación de aquel Deglané, pero sin llegar a entender qué importancia tenía que hubiera sido uno u otro el que diera la noticia de la liberación de Madrid. Cosas de periodistas, pensó. Lo importante era que ellos mismos estaban entrando en la ciudad, detrás de una camioneta descubierta, en la que iban veinte moros con los fusiles entre las rodillas.

A medida que el convoy atravesaba las calles de Bravo Murillo y San Bernardo, iban saliéndoles al paso decenas de civiles que enarbolaban un número cada vez mayor de banderas nacionales, lo que a Tello le impresionó tanto como los vivas a Franco, los aplausos y los brazos en alto con los que les saludaban. A Rubiales, sin embargo, aquel entusiasmo no lograba liberarle de su abatimiento por no haber dado la primicia radiofónica de la entrada en la capital.

El instinto de Tello le hacía estar en guardia. A pesar de la ausencia de soldados rojos, que parecían haber desaparecido como por ensalmo, no dejaba de pensar que estaba entrando en una ciudad enemiga y que el bullicio de la población podía tornarse en cualquier momento en una trampa mortal. La expresión grave y reconcentrada con la que los moros de la camioneta delantera miraban ventanas y balcones, muchos de ellos engalanados con la bandera roja y gualda e incluso con mantones de Manila, no hacía más que reforzar su temor de que todo aquel recibimiento fuera sólo un engaño.

Sólo se sintió seguro cuando, después de callejear hasta desembocar en la plaza de España, vio las primeras unidades de infantería nacionales, que supuso llegadas de la ribera del Manzanares y la Casa de Campo. Antes de subir por la Gran Vía, pudo ver cómo un soldado se encaramaba a la grupa del burro de Sancho Panza, junto al monumento de Cervantes, y colocaba en la mano derecha del escudero de Don Quijote una vara con la bandera nacional, entre los aplausos y vivas de militares y paisanos. Delante de él, vio que otro soldado sacaba un plátano de su zurrón y se lo ofrecía a un niño, que lo devoró a mordiscos sin quitarle la cáscara, con cara de felicidad.

La presencia de aquellas tropas, guiadas por falangistas de la «quinta columna» y escoltadas por mujeres de todas las edades que marchaban sonrientes del brazo de los recién llegados, le convenció de que la ciudad había sido definitivamente tomada. Se lo confirmó, apenas un minuto después, el vuelo de dos formaciones de Junkers y Savoias, que pasaron sobre la vertical de la Gran Vía sin que se escuchara el lamento de las sirenas ni el repique de los antiaéreos.

El convoy se detuvo por fin en la plaza de Callao, frente al edificio Capitol, de

aire neoyorquino, en el que compartían espacio un cine y un hotel cuyas entradas estaban protegidas por barricadas de sacos terreros, como todos los portales y comercios de la Gran Vía. La fachada del edificio lucía un gran rótulo de la Paramount Films y varios anuncios luminosos incompletos, destruidos por las bombas, como mensajes escritos en clave. Tello no vio los coches de la comitiva del coronel Losas, pero sí a varios oficiales de su cuartel general conversando a la puerta del hotel. En el cine contiguo se anunciaba la proyección de la película «Pecadores sin careta», protagonizada por Carole Lombard. A Tello le sobrecogió descubrir que, a apenas dos kilómetros de las trincheras desde las que habían estado asediando Madrid, la gente fuera al cine bajo la amenaza de los bombardeos, en aquella Gran Vía devastada, a ver las largas piernas de Carole Lombard en bañador, tal y como la mostraba el cartel que presidía la entrada a la sala.

A la vez que Tello y Rubiales descendían del furgón de Propaganda, un teniente de regulares había empezado a formar un cordón con los moros para contener a la multitud que se agolpaba ante el edificio Capitol al ver a tantos oficiales.

—¿Ha venido Franco? ¿Ha venido Franco? —oyó preguntar Tello a algunos civiles.

Muchas de aquellas personas pedían comida y tabaco, mientras que otras querían conseguir información sobre familiares o solicitar trabajo. No faltaban las que querían hacer denuncias, seguramente contra cabecillas rojos, como una anciana con un abrigo negro a la que la presión de la gente tenía atrapada contra la barrera de moros que le impedía el paso.

—Tengo que denunciar, tengo que denunciar... —decía la mujer.

Tello se acercó entonces a los moros e hizo una seña a uno de ellos para que la dejara pasar. La anciana tenía los labios llenos de pústulas y un ojo velado por una catarata. Tello cruzó con ella la puerta giratoria del hotel y la mujer puso cara de alivio.

—¿Qué tiene que denunciar, señora? —le preguntó en el vestíbulo.

—Que tengo hambre, hijo. No como desde hace dos días...

Tello miró a la mujer desconcertado, sin saber qué hacer. Estuvo a punto de decirle que esperara a la llegada de los camiones del Auxilio Social, pero después le preguntó a un soldado si había víveres en las cocinas del hotel. Este le respondió que los servicios de la división habían traído cajas con conservas y sacos de pan blanco para la alimentación del cuartel general. Entonces ordenó al soldado que se encargara de que le dieran algo de comida a la mujer y salió otra vez a la Gran Vía para reencontrarse con Rubiales, pero al acercarse al furgón sólo vio al conductor y a los dos soldados de la escolta. Uno de estos le dijo que Rubiales y el cámara se habían perdido entre la multitud, en dirección al hotel Florida, que mostraba su fachada devorada por la metralla al otro lado de la plaza. Logró abrirse paso hacia el centro de

Callao, desde donde descubrió de nuevo, a unas pocas manzanas de donde se encontraba, la visión obsesiva del edificio de la Telefónica, en el que ahora advirtió los estragos provocados por la artillería. Al no ver a Rubiales ni al cameraman, decidió regresar al hotel del edificio Capital y esperarlos allí.

Estaba otra vez de mal humor. Había perdido a los tipos que debía escoltar y tenía hambre a pesar del dolor de la muela del juicio, que le había vuelto a agujonear. Ya estaba a punto de entrar otra vez en el hotel para conseguir comida cuando oyó que una voz familiar le llamaba por su apellido. Al reconocer al comandante Barrinaga, que acababa de llegar con otros oficiales de la división, pensó que el dolor de muelas había sido premonitorio.

—Ya veo que no se separa de los de Propaganda. Es usted muy cumplidor, alférez Tello —le dijo Barrinaga sonriente, con el chaquetón de piel entreabierto, bajo el que lucía su pistolón.

—Las órdenes son las órdenes —respondió secamente.

—Un día que da gloria, ¿verdad? —dijo Barrinaga como si no le hubiera oído—. Jamás habría imaginado que entráramos así en Madrid. Es magnífico, magnífico... Hemos liberado a esta gente del infierno marxista. ¡De cuántos horribles crímenes habrán sido testigos! Por cierto, ya sabe la noticia, ¿no?

—¿Qué noticia...?

—Que el coronel Losas va a ser nombrado esta tarde gobernador militar de Madrid. Es un nuevo honor para nuestra división. Me lo ha comunicado él mismo antes de marchar con Pemán a los estudios de Unión Radio, al final de la calle Serrano, para dirigirse por la emisora a los madrileños.

—Sí, es un gran honor... —respondió Tello, queriendo ser amable.

—Losas me ha anunciado también que va a celebrar su nombramiento un día de estos en el bar de Chicote, con todos los jefes y oficiales de la división... Pero falta una persona para que la fiesta sea completa, y quiero que usted me ayude a encontrarla —dijo Barrinaga misterioso, mientras le conducía hacia el interior del hotel—. El Servicio de Información y Policía Militar está muy ocupado con tanto rojo como anda suelto todavía por Madrid. Así es que necesitan refuerzos para otros cometidos, como el de encontrar y detener al teniente coronel Broto.

Volvió a sentir un nudo en el estómago. Estaba convencido de que Barrinaga quería rematar su venganza por sus indagaciones sobre el ocultamiento de las bajas de la división en el último ataque. A la vez, cayó en la cuenta de que el coronel Losas, extrañamente, no había preguntado en el Clínico a los jefes rojos por el paradero de Broto.

—Olvídese de los de Propaganda y vaya ahora mismo al antiguo Ministerio de la Guerra. Pregunte por el asistente del coronel Centaño, a cuyas órdenes se pondrá usted inmediatamente para colaborar en la captura de ese traidor —le dijo Barrinaga

antes de darle la espalda y aproximarse a un grupo de oficiales que bebía y fumaba en un rincón del vestíbulo, a los que saludó con grandes aspavientos.

Salió de nuevo a la Gran Vía, dispuesto a cumplir las nuevas órdenes de Barrinaga. Llamó a sus dos hombres y se alejó con ellos entre el bullicio de la gente, sin hacer caso de las efusiones con que le premiaban los mismos que habían sufrido durante más de dos años el cerco de las fuerzas a las que él pertenecía. Sólo pensaba en la orden que le había dado Barrinaga: detener al que había sido su jefe de regimiento, el teniente coronel Broto, por haber desertado a los rojos.

Al dirigirse desde Callao hacia la Red de San Luis, se quedó mirando nuevamente el edificio de la Telefónica, mientras se preguntaba cómo podría encontrar una aguja en un pajar y dar con el paradero de un loco en aquella ciudad desquiciada por la guerra.

XVII

A la vista del paseo de La Isla, el teniente Arcenillas decidió bajar del coche y seguir a pie, siguiendo las indicaciones del chófer que le había ido a buscar al cuartel donde había pasado la noche. En aquellos parajes a orillas del río Arlanzón, con las arboledas teñidas de ocre, se liberó de la opresión que había sentido a su llegada a Burgos, a donde había viajado en tren desde Madrid.

Burgos le había parecido una ciudad adusta y fría, pero a pesar del desencuentro con la ciudad, salir de Madrid le había sentado bien. Necesitaba cambiar de aires y aquel viaje a Burgos le estaba despejando el ánimo. Sin embargo, el hecho de haber sido llamado al cuartel general del Caudillo sin que le hubieran informado del motivo ni de la persona que le había citado, no le hacía presagiar nada bueno.

Hacía siete meses que la guerra había terminado, pero la vida en Madrid se hacía cada vez más dura. Con el reciente estallido de la guerra en Europa, era difícil abrigar alguna esperanza de que la situación mejorara. Por esta razón, había decidido continuar en el Ejército, con su cargo de teniente del Cuerpo Jurídico Militar, y descartar de momento el regreso a su vida civil de antes de la guerra, en la que había ejercido como abogado.

Pero no las tenía todas consigo. Siempre había pensado que él sería uno de los primeros en ser despachado cuando empezara la desmovilización del Ejército. A lo largo de los últimos meses se había preguntado muchas veces por qué no lo habían expulsado ya, después de su papel en la causa que le había tenido ocupado desde la liberación de Madrid. La respuesta definitiva a aquella pregunta, pensó, iba a encontrarla seguramente en el palacio cuya torre se adivinaba entre los árboles, detrás de la tapia que había empezado a bordear. Por las señas que le había proporcionado el chófer, supo que era el palacio de Muguero, donde se había instalado el Generalísimo en 1937, después de dejar Salamanca.

La verja de entrada al jardín que rodeaba el palacio estaba vigilada aún por dos miembros de la guardia mora, con sus turbantes y sus capas de un blanco cegador. Se sorprendió al verlos, ya que sabía que el Generalísimo había abandonado la ciudad hacía unos días para instalarse definitivamente en Madrid. Al llegar a la verja, se identificó ante un capitán español de la guardia, con un fez blanco y un uniforme de un intenso color azul bajo la capa blanca, quien le informó de que la persona que le había citado, el teniente coronel Basterrechea, de la asesoría jurídica, aún no había llegado.

El capitán le guio después por el jardín hasta el palacio, una construcción modernista pero de resonancias medievales, frente a la que había aparcadas tres

camionetas. Al pie de la escalinata del edificio había una montaña de muebles, lámparas, cajas y arcones que una decena de soldados cargaba en las camionetas bajo las órdenes de dos civiles.

Al entrar en el palacio, le pareció increíble que aquel lugar hubiera podido ser «Terminus», el cuartel general desde donde Franco había dirigido la guerra. Pero más le sorprendió que fuera el sitio a donde había sido llamado. Se encontró en medio de un caserón con las estancias en penumbra, invadidas por el olor a humedad del río. Tuvo la sensación de que aquel lugar llevaba siglos sin ser habitado.

El oficial le hizo pasar a una sala de espera en la que había un gran espejo colgado de la pared, cuyo reflejo aumentaba la atmósfera de abandono. Al quedarse a solas, se miró en él y aprovechó para peinarse el pelo canoso con la punta de los dedos. Llevaba la gorra de plato en la mano izquierda y el abrigo caqui doblado sobre el antebrazo. La guerrera y los correajes siempre le habían caído perfectos, haciéndole parecer más corpulento de lo que en realidad era.

Pensó que sería una de las últimas veces que se vería con aquel uniforme y se imaginó vestido de paisano, como el abogado de éxito que, a pesar de sus cuarenta años, nunca había llegado a ser. Después se sentó en uno de los dos sillones amarillos que había en un rincón de la sala, frente a una mesa baja de mármol y junto a un amplio ventanal que daba al jardín. Sin levantarse, corrió las cortinas para que la luz descolorida de aquel mediodía de aire otoñal devolviera algo de vida a la estancia.

Entonces se abrió la puerta y apareció un oficial bajo y grueso, con un abrigo de color caqui y una boina con las estrellas de teniente coronel. Una barba blanca recortada subrayaba su cara redonda, que dominaban unos ojos verdes, inteligentes. Al quitarse la boina, dejó a la vista un cráneo perfectamente moldeado, calvo y brillante, de antiguo busto romano.

—¿Es usted Arcenillas, verdad? Veo que no es de los que acostumbran a saludar con un maldito taconazo —dijo el viejo oficial después de que el teniente le hubiera hecho el saludo militar al levantarse del sillón—. Aquí, en «Terminus», todo el mundo daba taconazos, como si eso bastara para ganar la guerra. No se imagina qué dolor de cabeza. Siento haberle hecho esperar. Pero, discúlpeme, todavía no me he presentado. Me llamo Antonio Basterrechea. Trabajo en la asesoría jurídica del cuartel general, que hasta ayer estaba instalada en una de las buhardillas de este palacio. Me ocupo de los consejos de guerra contra nuestros oficiales. ¿Ya sabe dónde quiero ir a parar, verdad?

A Arcenillas le palpitaron las sienes. Miró el jardín como si necesitara salir urgentemente a tomar el aire. Sus peores temores se estaban haciendo realidad: aquel Basterrechea le habría llamado a Burgos para anunciarle su expulsión del Ejército, por culpa de su celo en la causa en la que había actuado como defensor en los últimos meses.

—Le he hecho venir —prosiguió Basterrechea— porque estoy firmando los últimos papeles que la asesoría jurídica tenía pendientes en Burgos. Hace dos días llegó a mi mesa la conformidad del Generalísimo a la conmutación de la pena de muerte impuesta en Madrid por delito de traición a su defendido, el exteniente coronel Tomás Broto. Quería que fuera usted el primero en conocerla, antes de enviársela al auditor de guerra de Madrid. Aquí tengo el documento, por si quiere echarle un vistazo. Sólo falta mi firma —añadió sacándose del bolsillo de su abrigo una cuartilla que le tendió con una sonrisa.

La cuartilla tenía el sello en tinta verde del cuartel general del Caudillo. Arcenillas respiró profundamente antes de leerla:

Cuartel General de S. E. el Generalísimo —Asesoría Jurídica. —Número 20 965. —Sumario 507. —S. E. el Jefe del Estado, notificada que le ha sido la parte dispositiva de la sentencia que pronunció el Consejo de Guerra de Oficiales Generales celebrado en esa Plaza para ver y fallar la causa instruida contra D. Tomás Broto Nogales, se ha dignado conmutarle la pena capital impuesta por la inferior en grado. Lo que traslado para conocimiento y efectos a V. I. Dios guarde a V. I. muchos años. Burgos, 28 de octubre de 1939. Año de la Victoria.

Basterrechea, entretanto, se había quitado el abrigo y se había sentado en uno de los sillones amarillos, con gesto cansado pero satisfecho.

—Como bien sabe, teniente Arcenillas, la pena inferior a la de muerte son treinta años de prisión —dijo a continuación—. Pero puede estar seguro de que dentro de muy pocos años Broto estará en libertad. Sé lo que ha supuesto para usted defender al exteniente coronel. No se defiende todos los días a un jefe de regimiento que deserta al bando enemigo veinticuatro días antes de que este pierda la guerra.

—Le agradezco muchísimo su interés por darme a conocer personalmente la noticia. No sé qué decirle. Estoy contento por Broto. El infeliz se veía ya ante el paredón. No tenía ninguna esperanza de que prosperara mi solicitud de recurso contra la sentencia. En realidad, en esa petición no hice más que reiterar los mismos argumentos que rechazó el consejo de guerra en la vista oral —dijo Arcenillas, tomando asiento en el otro sillón amarillo, aún presa de la emoción.

—Lo sé muy bien, teniente. Usted se basó en el examen pericial del jefe de los servicios psiquiátricos del Ejército, el teniente coronel Vallejo Nájera, que demostraba que Broto poseía una personalidad psicopática y presentaba un estado crepuscular propio de los frentes de batalla, con amnesia y falta de control de la voluntad. Según Vallejo, su deserción fue un «acto de corto circuito», con alucinaciones auditivas y visuales, causado por el abuso del alcohol y el impacto de su destitución por el coronel Losas. He releído mil veces el interrogatorio que le hicieron a Broto después de su detención. No dejo de pensar en su visión de la mujer desnuda en el río, a la que identificaba como el Espíritu Santo... Por cierto, ¿cree que

pudo haber una mujer detrás de la enajenación de Broto?

—Lo desconozco. Broto nunca me habló de ello. Bueno, la verdad es que yo tampoco se lo pregunté. Lo más importante del interrogatorio que usted ha mencionado es que Broto dijo que había temido ser fusilado por Losas después de que este le destituyera como jefe de su regimiento. Esto prueba que incluso antes de desertar ya estaba sufriendo el estado patológico descrito por Vallejo Nájera. Además, el doctor Antonio Piga, forense de los juzgados de Madrid...

—¿El mismo que examinó el cadáver de Calvo Sotelo?

—Sí, el mismo... Digo que el doctor Piga realizó a petición del tribunal un informe forense en el que afirmaba que la locura de Broto no era simulada. Que no era una simulación lo confirma el hecho de que los propios rojos decidieran su ingreso en la sala de psiquiatría del Hospital Provincial de Madrid, en Atocha. Allí le hicieron un análisis del líquido cefalorraquídeo para detectar una posible neurosífilis, pero dio negativo. En su hoja clínica, los médicos rojos ya apuntaron que sufría psicosis.

Arcenillas se arrellanó en el sillón después de dar aquellas explicaciones, pensando que su viaje a Burgos había merecido realmente la pena. Era el punto final de los largos meses de trabajo y de estudio con los que había afrontado la instrucción y el juicio sumarísimo contra Broto, en el que había pedido su absolución por la eximente de trastorno mental transitorio. Cuando le visitó por primera vez en los calabozos del juzgado del Paseo del Cisne, Broto parecía haberse recuperado del episodio psicopático sufrido en el momento de la deserción. Sin embargo, seguía siendo un ser atormentado, pero no por el temor a ser fusilado, que aceptaba con una serenidad religiosa, sino por una razón secreta que él no había logrado desentrañar. Tampoco estaba seguro de que Broto supiera ya la motivación última de aquel sufrimiento.

Broto había sido siempre correcto en su trato. Por los detalles que le había contado de su vida, acabó por juzgarle como un buen militar, valiente y sabedor de su oficio, aunque no muy cumplidor. Se había mostrado inteligente y despierto, capaz de retener infinidad de noticias, datos y nombres, pero era también un vividor, con algo de pendenciero. En todo el proceso sólo dos verdades habían relucido: su afición desmedida por el alcohol, heredada de sus años de servicio en África, y la manía persecutoria que sufría respecto de su superior, el coronel Losas.

Todas las acusaciones mantenidas por el fiscal militar se habían revelado completamente absurdas, a pesar de lo cual fueron confirmadas por el consejo de guerra que le condenó por traición. La actuación de Broto en la guerra, donde había cumplido casi treinta meses en el frente, dejaba pocas dudas sobre su adhesión a la España nacional. Nadie en su sano juicio se habría pasado a los rojos cuando el 8 de marzo, fecha de su deserción, era conocida la caótica situación de la zona enemiga.

Ya entonces se había constituido el Consejo de Defensa, después del golpe contra Negrín dirigido por el coronel Casado, de quien el propio Broto sabía que estaba en conversaciones con el Generalísimo. Todo el mundo esperaba la inminente entrega de las fuerzas rojas o el desplome total de sus frentes.

Sólo alguien que no estuviera en sus cabales podía desertar al bando rojo en los instantes previos a su derrumbamiento definitivo. Era algo tan descabellado como si cualquier dirigente rojo que se encontrara en Francia hubiera tenido la ocurrencia de ir a Madrid el mismo día en que se sabía que iba a ser ocupado por las fuerzas nacionales. A pesar de todos estos argumentos, el tribunal consideró que Broto había desertado a los rojos con la plenitud de sus facultades mentales y con absoluto dominio de su voluntad, a pesar de que la sentencia reconocía su personalidad psicopática.

Arcenillas aún sentía sofoco al recordar la vista oral, que había tenido lugar el 10 de agosto, dos meses atrás, en una sala del Palacio de Justicia, en la plaza de París. Había llegado al juicio conmovido ante la vista de los familiares de presos rojos que se arremolinaba en la plaza, a las puertas del edificio. Antes de entrar en el consejo de guerra, había visto pasar, entre guardias armados, a una cuerda de presos. La mayoría de ellos vestía aún prendas militares del ejército rojo, mientras que otros iban vestidos de paisano, con camisas limpias que seguramente sus madres o sus mujeres les habrían hecho llegar a la cárcel.

En la sala donde tuvo lugar el juicio contra Broto hacía un calor asfixiante que parecía que iba a fundir los cristales de las ventanas. Aquel calor hizo aún más irreal la lectura de los cargos contra Broto, donde se relataba que había llegado completamente embriagado a la reunión de mandos convocada por el coronel Losas en la plazoleta de la Casa de Campo para preparar la operación que se iba a realizar aquella madrugada sobre las líneas rojas del Manzanares. Después de ser destituido por Losas, Broto había desaparecido en tierra de nadie sin que volviera a saberse nada más de él hasta que fue detenido en el psiquiátrico del Hospital Provincial once días después de la liberación de Madrid.

Según la propia declaración de Broto, había estado preso de los rojos en un lugar que identificó primero como una checa y después como una logia masónica, donde le tuvieron tres días sin comer ni beber. Dijo que allí el cabecilla Barceló le sometió a hipnosis por el procedimiento de la estufa para que se convirtiera al comunismo, y que se presentó ante él un hombre vestido de falangista para hacerle beber un vaso de leche con veneno. Después, siempre según sus recuerdos confusos y deshilachados, le condujeron a presencia de Casado, que decidió entregarle al servicio de espionaje rojo. Fue interrogado en los sótanos de Hacienda por un antiguo subordinado suyo en el Ministerio de la Guerra, un tal Masip, y dijo que este debía conocer los poderes hipnóticos de Barceló porque le había hecho preguntas sin pronunciar una sola

palabra, metido en su cerebro. Contó que Masip le había amenazado con fusilarle por traición, pero le dijo que él también se iba a dejar fusilar a su lado porque también era un traidor.

Después de aquel interrogatorio, le trasladaron en un furgón desde el Ministerio de Hacienda a un manicomio, donde oía constantemente el ruido ensordecedor de decenas de ollas arrastradas por el suelo. Allí le metieron en una habitación con otros enfermos, todos ellos amarrados a las camas con cuerdas, y le ataron como a los demás. Broto contaba que una noche se le había aparecido José Antonio Primo de Rivera para decirle que ya no lo iban a fusilar, aunque le advirtió que el director del hospital lo había envenenado con la excusa de inyectarle un tranquilizante.

Al ver que iba a morir a causa de aquella inyección, Broto dijo haberse confesado con Jesucristo, que le prometió perdonarle y llevarle, según sus palabras, a la «Tercera Eternidad». «En el Cielo no hay política», le había dicho Jesucristo. Después de confesarse pasó la noche vomitando el veneno, mientras se le aparecía el «Ecce Homo» y la mujer desnuda que identificaba como el Espíritu Santo. Al cabo de un tiempo, le desataron dos falangistas y le condujeron a un despacho donde estaba Barceló, que le dijo que todo lo que había vivido en el manicomio había sido un engaño provocado por su hipnosis, pero que ahora se tenía que dejar fusilar por él porque, según le dijo, fusilaba muy bien y no iba a sentir ningún dolor.

Broto aguantó todo el juicio sin mover una ceja, en posición de firmes, como ausente. Sólo pareció prestar atención cuando el teniente coronel Vallejo Nájera expuso ante el tribunal las conclusiones de su prueba pericial. Se le había visto sudar a chorros por todo su corpachón a causa del calor, con el cuello y la espalda de la guerrera empapados. Al día siguiente del consejo de guerra, le notificaron la condena a muerte previa degradación, por delito de traición.

Basterrechea sacó del bolsillo de su abrigo una cajetilla de tabaco canario y le ofreció un cigarrillo a Arcenillas distraídamente, mientras contemplaba por el ventanal el trajín de los auxiliares con la mudanza del cuartel general del Caudillo. Arcenillas rechazó el cigarrillo con una sonrisa y miró su reloj casi sin darse cuenta.

—Veo que tiene prisa por marcharse —le dijo Basterrechea con gesto serio—. No le he hecho llamar únicamente para notificarle la conmutación de la pena. He pensado que le gustaría desahogarse...

—Con el debido respeto, no entiendo qué quiere decir.

—Sé que la defensa de Broto no ha sido para usted un plato de gusto. Supongo que le llegaron a insinuar que de seguir insistiendo en su inocencia, acabarían acusándole a usted mismo de haber servido a los rojos. ¿No le recordó nadie que, antes de la guerra, tuvo usted entre sus clientes a algunos izquierdistas, y que eso ya podía ser una baza para acusarle?

—Ahora sí que no sé adónde quiere llegar...

—No tema, teniente. Siempre he pensado que la justicia en tiempo de guerra es la menos justa de todas. Se cometen atrocidades, masacres sin cuento, se arrasa impunemente, pero basta con pensar que la causa que uno defiende es la buena para dar por necesarias las barbaridades propias y perseguir las del contrario como la expresión suprema del mal. No me malinterprete. Soy un hombre leal al Caudillo. Lo conozco desde que era jefe de la Legión en África. Pero no soy amigo de los maniqueísmos, de las divisiones categóricas entre buenos y malos. Mi abuelo decía siempre que los maniqueísmos son como los relojes de arena, que sólo funcionan cuando alguien les da la vuelta de vez en cuando. Algún día los cuernos y rabos con los que pintamos ahora a los rojos, nos los terminarán pintando a nosotros.

Basterrechea hizo un silencio, como si quisiera asegurarse de que las palabras que acababa de pronunciar no habían salido de la habitación. Se encendió el cigarrillo y por un momento sus ojos ardieron con el reflejo de la llama del fósforo mientras aspiraba la primera bocanada.

—¿No fue un nuevo Abrazo de Vergara lo que intentaron Casado y Besteiro? — dijo Arcenillas, animado por las reflexiones del viejo oficial.

—Sí, lo fue en cierto modo. Yo mismo fui a recibir a los emisarios de Casado, el teniente coronel Garijo y el mayor Ortega, cuando llegaron a la última entrevista con los representantes del Caudillo en el aeropuerto de Gamonal. Pero el Abrazo de Gamonal, la paz sin vencedores ni vencidos, había dejado de ser posible mucho antes, cuando el Generalísimo aprobó en febrero la Ley de Responsabilidades Políticas, en la que señaló a los cabecillas y militantes rojos y a sus organizaciones como culpables de la guerra. Creo que Besteiro intentaba que los dos bandos reconociéramos que ninguno teníamos razón, y que debíamos unirnos para reconstruir juntos la España destruida por la guerra. Sonaba muy bien, pero hay que reconocer que, desde la insurrección de Asturias, cada cual ha pensado que eran sus muertos, sus mártires, los que le daban la razón para imponerse sobre el otro. Yagüe, que no es santo de mi devoción, acertó cuando el año pasado dijo aquí en Burgos...

—... que había que perdonar para no sembrar una cosecha de odio. Pero Franco nunca estuvo dispuesto a atender la propuesta de Casado y Besteiro. Sólo admitía la rendición sin condiciones...

—En efecto. Pero seamos prudentes, teniente. Estas paredes siguen teniendo oídos. Lo que quería decirle es que a mi mesa no llegaban casi expedientes últimamente. Tan solo algunos casos contra oficiales por violaciones de mujeres, prolongación injustificada de permisos y poco más. Así es que la historia de Broto me ha ocupado el tiempo los últimos meses. Tenía muchas ganas de hablar con usted, teniente, porque siempre he pensado que se habría hecho la misma composición que yo sobre su extraña desertión.

—Le repito que no sé de qué me habla dijo Arcenillas puesto en guardia.

—Se lo diré claramente. Broto no ha sido más que el chivo expiatorio del fracaso de una operación tan desquiciada como él. Me refiero al ataque que el 8 de marzo realizaron sobre las líneas rojas de Madrid las divisiones que cercaban la ciudad.

Arcenillas aflojó la tensión y se derrumbó con placer sobre el respaldo del sillón. La repentina distensión de sus nervios estuvo a punto de jugarle una mala pasada y hacerle reír a carcajadas. Pero prefirió seguir representando el papel de ingenuo.

—Le escucho, mi teniente coronel...

—He intentado recabar toda la información posible sobre la desastrosa operación que siguió a la desertión de Broto. Los mandos la denominaron un «reconocimiento ofensivo», pensado para calibrar la resistencia del frente rojo, en vista de que, según algunas informaciones de nuestros agentes en Madrid, el coronel Casado iba a abrir los frentes a nuestras tropas para que le ayudáramos a sofocar la sublevación comunista en Madrid.

—¿Ha conseguido determinar el verdadero origen de aquellas informaciones?

—No, me ha sido imposible. Aún no he logrado explicarme cómo nuestros servicios en Madrid pudieron manejar una información tan errónea pese a mantener contactos tan estrechos con Casado. Las unidades rojas que cubrían el oeste de Madrid estaban en su mayoría bajo mando comunista. Casado no tenía ningún poder sobre ellas, muy al contrario, pues se habían sublevado contra él, por lo que era imposible que fueran a abrir los frentes a nuestras fuerzas. He conseguido algunos testimonios de evadidos de los batallones rojos que rechazaron nuestro ataque en el sector del lago de la Casa de Campo. En algunos lugares nuestras tropas sobrepasaron las posiciones enemigas, por lo que al verse tiroteados por la espalda, aquellos batallones rojos pensaron que eran los casadistas quienes les atacaban. Está claro que nunca habrían pensado tal cosa si hubieran sido tropas leales a Casado.

—Si la información que sirvió de pretexto para el ataque no pudo ser contrastada, ¿qué es lo que llevó al mando a realizar aquella operación? —preguntó Arcenillas, volviendo a aparentar ingenuidad.

—Ahí es donde quiero llegar. Las unidades que intervinieron en la operación recibieron órdenes de no combatir en caso de que los rojos ofrecieran resistencia. Es decir, había ya serias dudas sobre la veracidad de la información recibida sobre la situación en Madrid. Pero, a pesar de estas dudas, en la operación se empleó una fuerza de cinco mil hombres, el equivalente al potencial de fuego de una división, lanzada además contra tres sectores distintos: la Zarzuela, Casa de Campo y Villaverde. Se contó además con las divisiones 14 y 71 como fuerza de reserva, para explotar el éxito del ataque en caso de que se verificara el derrumbe del frente rojo. Y aquí surgen las primeras contradicciones... Si se trataba realmente de calibrar la resistencia roja sin plantear combate, habría bastado un ataque de medio millar de hombres y contra un solo sector. ¿No le parece? Pero, sin duda, lo más llamativo es

que en los informes posteriores sobre la operación, sus propios responsables no tienen reparos en denominarla una «ruptura del frente», término al que alude incluso el propio auto de procesamiento de Broto. Si el frente iba a ser abierto por Casado, ¿qué necesidad había de «romperlo»?

—Usted piensa que se trataba de una operación con un propósito de mayor alcance, ¿verdad? —dijo Arcenillas, animando al viejo oficial a poner todas sus cartas boca arriba.

—Sí, el objetivo era tomar Madrid, pero disimuladamente —afirmó Basterrechea mientras aspiraba la última bocanada del cigarrillo y aplastaba después la colilla con la punta de su bota, contra el piso de la estancia.

—¿Disimuladamente? —preguntó Arcenillas, mirando el cigarrillo aplastado en el suelo.

—Sí, con disimulo, sobre todo por si la operación fracasaba.

—¿Pero disimulando ante quién? —insistió el teniente, seguro de que sus sospechas habían llegado a su punto de encuentro con las del viejo oficial.

—Ante el Generalísimo, por supuesto —dijo Basterrechea con expresión grave.

Al oír aquella frase, Arcenillas sonrió abiertamente y conjuró, por vez primera, todas las dudas y remordimientos que le habían asediado en los últimos meses. Se sintió aligerado del peso de la sospecha que le había carcomido durante todo el proceso sumarísimo contra Broto, sin que pudiera compartirla y contrastarla con nadie, y mucho menos emplearla a favor de su defendido.

—¿Quiere usted decir que la operación realizada el 8 de marzo en el frente de Madrid no contaba con la autorización de Franco? —preguntó con el fin de conocer el alcance de las indagaciones de Basterrechea.

—Eso es exactamente lo que quiero decir. La derrota de noviembre del 36 a las puertas de Madrid fue la mayor humillación que sufrió el Generalísimo en toda la guerra. En mayo pasado se hizo patente que el Caudillo tenía clavado en el alma aquel «No pasarán». Recuerde que en su discurso radiado con motivo del desfile de la victoria celebrado en Madrid, en la nueva avenida que lleva su nombre, dijo que todos los triunfos del Ejército Nacional a lo largo de la guerra no habían sido más que la «adecuada respuesta al histórico *No pasarán*». Fíjese, incluso lo calificó de lema «histórico», y puede que no le falte razón... Por ese motivo, después de la toma de Cataluña, cuando la guerra ya estaba decidida, ordenó categóricamente que sólo se ocupara Madrid en caso de rendición enemiga o de abandono de los frentes rojos. Así rezan las instrucciones que envió a mediados de febrero a las fuerzas que rodeaban la capital. Está claro que el Generalísimo no quería volver a repetir al final de la guerra el fracaso de noviembre del 36. Y mucho menos cuando tenía la victoria en la mano. Sus órdenes eran tajantes: Madrid debía caer sin disparar un solo tiro.

—Entonces, la operación del 8 de marzo supuso una desobediencia en toda regla

a las órdenes del Caudillo...

—Y algo más que una desobediencia, teniente. La operación no respondía a ninguna de las condiciones impuestas por las órdenes del Caudillo para entrar en Madrid. Ni se había rendido la zona roja ni se había producido el abandono de sus frentes. Además fue una auténtica chapuza de operación —dijo Basterrechea secamente, mientras sacaba otro cigarrillo de la cajetilla—. El ataque fue realizado exclusivamente por las fuerzas que estaban en línea, que además no fueron reforzadas, lo que confirma el deseo de sus responsables de que la operación pasara desapercibida si fracasaba.

—¿Habla usted entonces de una posible insubordinación contra Franco? —dijo Arcenillas, poniendo al descubierto, ya sin ningún temor, todas sus suposiciones.

—Puede ser el término más apropiado para definir lo que sucedió el 8 de marzo a las afueras de Madrid, aunque no me atrevo a ir tan lejos. Pero me alegro de que por fin haya decidido compartir conmigo lo que realmente piensa del asunto. En todo caso, alabo su precaución. Sólo podemos movernos en el terreno de las conjeturas, aunque puedan estar bien fundadas.

—Usted mismo lo ha dicho, mi teniente coronel. Nuestras conjeturas está bien fundadas. Estoy de acuerdo en que la operación del 8 de marzo fue realizada a espaldas del Generalísimo, a quien se le sirve, cuando tiene la victoria al alcance de la mano, una nueva derrota humillante a las puertas de Madrid, como en noviembre del 36.

—Veo que está tan bien informado como yo, teniente Arcenillas, tal y como me suponía. Pero no se confunda. Es una derrota más humillante que la del 36, porque se produce cuando los rojos están luchando unos contra otros en el interior de Madrid. Además, resulta muy heroico pensar que hayamos ganado la guerra perdiendo el que seguramente sea el último combate que enfrentó a los dos ejércitos. La ofensiva final, en los últimos días de marzo, fue en realidad un paseo militar, sobre todo porque los rojos tenían orden de alzar bandera blanca ante el avance de nuestras fuerzas. Aunque entonces hubo algunos enfrentamientos, los rojos no volvieron a presentar nunca más la voluntad de resistencia que acreditaron ante el ataque del 8 de marzo. Para colmo, esta nueva derrota a las puertas de Madrid se produjo un día después de la muerte de más de un millar de nuestros soldados en el desastre del *Castillo de Olite*, hundido por las baterías rojas de la base de Cartagena.

—No lo ha podido usted decir mejor, mi teniente coronel. Pero, me gustaría que volviera al tema de la desobediencia al Caudillo... —dijo Arcenillas para enderezar la conversación.

—Ya veo que prefiere que yo lleve la voz cantante. Pero no creo que lo que yo pueda decir sea una novedad para usted.

Basterrechea volvió a acertar. El viejo oficial sospechaba, al igual que él, que los

coroneles Losas y Ríos Capapé, figuras decisivas en el triunfo del alzamiento en África y que intervinieron en el primer ataque sobre Madrid, debieron de recibir entusiasmados la orden de avanzar sobre la ciudad aquel 8 de marzo. Ambos habían pasado toda la guerra destinados en el cerco a la capital: Losas al frente de la 16.^a División y Ríos Capapé al mando de la 18.^a. Según Basterrechea, era como si el Generalísimo les hubiera impuesto un castigo, condenándoles a permanecer en el frente de Madrid toda la guerra, ante la vista del preciado objetivo que en noviembre de 1936 no habían logrado conquistar. Por si fuera poco, Franco había rematado aquel castigo concediendo a sus divisiones un papel humillante en sus planes para la ocupación de la ciudad: en caso de rendición del enemigo o de que este abandonara el frente, las divisiones 16 y 18 no debían rebasar el río Manzanares. Según las instrucciones aprobadas por Franco en febrero, el honor de ser las primeras fuerzas nacionales en entrar en Madrid quedaría reservado a las divisiones 14 y 71, aunque después estas fueron trasladadas a Toledo para la ofensiva final de marzo.

—Cuando Losas y Ríos Capapé —concluyó Basterrechea— conocieron en febrero que Franco había decidido hurtarles el privilegio de la entrada en Madrid, debieron de ver confirmados sus temores de que el Generalísimo les había hecho pagar a ellos, y solamente a ellos, su humillante derrota del 36 ante la capital. Lo que significa que pudieron aprovechar el ataque del 8 de marzo para su desquite personal. Pensaron que iban a sacar tajada de los combates entre los rojos para entrar fácilmente en Madrid y llevarse los laureles que el Generalísimo les había negado.

—Me consta —interrumpió Arcenillas— que entre todas las divisiones que cercaban Madrid existía desde hacía mucho tiempo una auténtica rivalidad por ver cuál era la primera en poner el pie en la capital. El ataque del 8 de marzo pudo ser también una consecuencia de esta rivalidad. Hace unos meses leí un artículo de Pemán sobre la entrada en Madrid con unas declaraciones muy elocuentes de Losas en este sentido. Losas le dijo a Pemán que el honor de ser las primeras en pisar la capital era una cuenta que se le debía a las fuerzas de la Ciudad Universitaria, es decir, a las fuerzas de su división. Por otro lado, parece como si todo el mundo se hubiera contagiado del espíritu sedicioso que se había propagado por Madrid en aquellos días. Primero fue la rebelión de Casado contra Negrín, luego el levantamiento de los comunistas contra Casado y, finalmente, la desobediencia a Franco de los mandos que cercaban Madrid. Y las tres se sucedieron en poco más de 72 horas.

—Pero le habrá sido imposible confirmar que la idea de la operación partiera de Losas, Ríos Capapé o Caso. Tampoco yo he resuelto esa incógnita, teniente. Aunque no existe ninguna orden por escrito para la realización del ataque, sospecho que esta partió del cuartel general del Primer Cuerpo de Ejército. Su jefe, el general Espinosa de los Monteros, debió de temer que las embajadas y las cárceles de la ciudad fueran

asaltadas por los comunistas si estos vencían a Casado. Un temor natural por su parte, ya que él mismo lo había vivido dentro de Madrid, cuando estuvo refugiado en la embajada francesa en los primeros tiempos de la guerra. De lo que no tengo ninguna duda es que Franco nunca dio la orden. Si hubiera ordenado atacar Madrid, no lo habría hecho con tantas precauciones. ¿Se imagina usted al Caudillo diciendo a sus tropas que no planteen combate en caso de resistencia enemiga? Su principal preocupación en aquellos días era conocer con exactitud lo que estaba ocurriendo dentro de Madrid. Desde aquí, en las mismas horas en que se realizaba la operación, se enviaron instrucciones tajantes para que los servicios de espionaje que actuaban dentro de la capital y las divisiones que la cercaban consiguieran información fiable sobre lo que estaba sucediendo realmente en Madrid con la lucha entre casadistas y comunistas. Aquellas fueron las únicas instrucciones de Franco a sus fuerzas en Madrid durante esas horas.

—Que no haya quedado constancia por escrito de la orden de ataque, ¿no demuestra que desde el principio hubo voluntad de ocultar la operación? —preguntó Arcenillas, dirigiendo la conversación en una dirección que aún no habían abordado.

—Es usted muy hábil, teniente. Hasta ahora no ha dejado de llevarme como un cabestro a donde ha querido. ¿Qué se quiso ocultar la operación, dice? Usted lo debe de saber mejor que yo, deje de disimular de una vez.

Basterrechea miró a Arcenillas con expresión irónica, esperando a que este rompiera el fuego, mientras se encendía su tercer cigarrillo y observaba cómo una de las camionetas de la mudanza de los Franco se ponía en marcha y cruzaba el jardín del palacio.

—Está bien, le contaré lo que yo sé —dijo por fin Arcenillas.

—Así me gusta. Veo que va ganando confianza —dijo entre risas el viejo oficial.

—No me pregunte cómo, pero he podido acceder en estos meses a documentación reservada. El mismo día 8 de marzo, los jefes de las tres divisiones ya habían recibido de sus respectivos comandantes de infantería divisionaria los informes sobre las bajas sufridas por sus unidades. A pesar de esto, evitaron dar a conocer estas bajas en sus respectivos partes de operaciones de aquel día. Era como si el ataque no hubiera existido. Y durante días se intentó mantenerlo oculto para que en Burgos no se enteraran de que se había producido aquella derrota. Por otro lado, hay testimonios de que, durante los combates entre los rojos en Madrid, los comunistas utilizaron la victoria del 8 de marzo en su propaganda de radio para desacreditar a Casado y defender la política de resistencia de Negrín.

—¿Pero, según usted, hasta cuándo se mantiene oculto el ataque? —le interrumpió Basterrechea, incorporándose en el sillón.

—Yo diría que no se hace completamente oficial hasta finales de marzo. Días después de la operación, desde el Primer Cuerpo de Ejército se solicita a las tres

divisiones que envíen informes detallados. Losas es el primero en mandarlo, el 12 de marzo, pero Ríos Capapé y Caso no remiten los suyos hasta el día 17. Finalmente, el 26 de marzo, dos días antes de la liberación de Madrid, el general Espinosa de los Monteros entrega al general Saliquet, jefe del Ejército del Centro, un completo informe en el que por primera vez se consignan todas las unidades que han tomado parte y las bajas que han sufrido: 94 muertos, 364 heridos y 57 prisioneros. En total, 515 bajas en poco más de tres horas de combate. Puede que parezca el balance de una simple escaramuza, pero para mí lo importante es la intención con la que fue planteada la operación: entrar en Madrid desoyendo las órdenes de Franco, como usted mismo dice. No tengo los datos completos de las bajas enemigas, pero es posible que ni siquiera sumaran una cuarta parte de las nuestras.

—No quiero ni pensar que aquellos hombres pudieron ser sacrificados, pocos días antes del final de la guerra, por la vanidad personal de unos jefes de división que competían entre sí por ver quién de ellos entraba primero en Madrid. Además, por lo que usted dice, pasan más de dos semanas sin que Saliquet, el máximo responsable de las fuerzas que cercan Madrid, tenga noticia por escrito de la operación. ¡Y luego hablábamos del caos de las milicias rojas! —sentenció Basterrechea.

Arcenillas sonrió ante el último comentario del teniente coronel Basterrechea. Miró a través del ventanal y vio el jardín bajo la extenuada luz del atardecer. Le pareció que era hora de abandonar el que había sido cuartel general de Franco, antes de que las sombras se apoderaran definitivamente de él.

—Supongo que no querrá marcharse todavía —dijo de pronto el viejo oficial, como si le hubiera leído el pensamiento—. Queda una cuestión por aclarar. El consejo de guerra que condenó a muerte a Broto dio por sentado que había avisado a los rojos de la inminencia del ataque, lo que provocó el fracaso de la operación por la gran resistencia encontrada. ¿Qué tiene que decir a eso?

—Le agradezco que me permita examinar esa acusación, cosa que no pude hacer en el juicio. Como usted recordará, la propia sentencia aseguraba que la resistencia de los rojos fue «totalmente imprevista e inesperada». Sin embargo, la operación se planteó teniendo en cuenta precisamente que podría encontrarse una resistencia encarnizada, por lo que se ordenó a las fuerzas que en ese caso no plantearan combate. Por otro lado, no se ha podido acreditar que Broto diera información sobre el ataque. Solamente conocemos, por lo que relataron a la prensa roja algunos leales a Casado hechos prisioneros por los comunistas, que Broto fue llevado a El Pardo y presentado ante estos prisioneros para hacerles saber que Casado se estaba entendiendo con el Caudillo. Incluso el coronel Losas admitió en su primera declaración que Broto ignoraba los detalles del ataque porque lo expulsó de su puesto de mando antes de que informara sobre los mismos a sus oficiales.

—Sin embargo, en el sumario aparecen los testimonios de dos desertores rojos

que supieron por sus jefes que un oficial enemigo pasado a sus filas había advertido de la inminencia del ataque. Estos evadidos confirmaron que se les ordenó reforzar sus posiciones a las tres de la madrugada a la vista de lo declarado por aquel oficial...

—Con todos mis respetos, aquellas declaraciones nunca habrían tenido validez en un juicio normal. Podían haber sido influidas o dictadas interesadamente, bajo promesa de recompensa o amenaza de castigo, dado que los declarantes eran soldados rojos detenidos en el depósito de evadidos de Carabanchel.

—Es una pena que usted no pudiera decir esto en el juicio —dijo Basterrechea.

—Tampoco pude decir que los propios informes sobre la operación confirmaron el éxito del efecto sorpresa del ataque. Fue tanta la sorpresa en los primeros momentos, que en algún punto, como en el lago de la Casa de Campo, se llegaron a rebasar hasta cinco líneas de trincheras contrarias, profundizando un kilómetro en territorio enemigo. Es inverosímil que los rojos, en el caso de que hubieran sido prevenidos del ataque por Broto, se hicieran fuertes en sus trincheras de evacuación y dejaran que les fueran arrebatadas las líneas mejor fortificadas, ya que nuestras fuerzas llegaron a ocupar incluso trincheras cubiertas sin encontrar resistencia.

—Así es que coincide usted conmigo en que se utilizó la deserción de Broto como excusa para justificar el fracaso de la operación... Por cierto, se me olvidaba una cosa muy importante. ¿Habló usted en el juicio del hermano de Broto, el capitán de Aviación?

Sí, hablé de su hermano Alfonso, del que Broto no había tenido noticias durante toda la guerra. Después se supo que había sido fusilado por los rojos al intentar sublevar la base de Cuatro Vientos. Supongo que será un argumento de peso para no hacer lo mismo con Broto ahora que la guerra ha terminado —dijo Arcenillas, seguro de haber dado en el clavo.

—Por supuesto, teniente. El Caudillo tiene razones de sobra para conmutarle la pena de muerte. Como también las ha debido de tener para destituir al coronel Losas como gobernador militar de Madrid a los veinte días de su nombramiento, destinarlo a Larache en el mes de agosto siguiente y no concederle la medalla al Mérito Militar que había solicitado. Creo que Franco no debe de perdonarle a Losas que arreglara el acto de rendición de Madrid con el jefe de las fuerzas rojas para llevarse los laureles de la toma de la capital, cuando él no había logrado rendir la ciudad en toda la guerra.

—¿Losas arregló con los rojos el acto de rendición de Madrid? —preguntó Arcenillas sorprendido.

—Todo parece indicar que fue así, e incluso tuvo la osadía de filmar su encuentro en el Hospital Clínico con el jefe rojo, el tal coronel Prada. Pudo ser el segundo intento de desquite de Losas ante el Caudillo por haberle forzado a pasar la guerra en el frente de Madrid y por vetarle después el honor de entrar en la ciudad a la cabeza de su división.

—Sin embargo, Losas logró tomarse la revancha finalmente. La 16.^a División fue una de las primeras en liberar la capital...

—Sí, y luego fue una de las últimas en pasar ante la tribuna del Caudillo en el Desfile de la Victoria, el 19 de mayo, por la nueva avenida del Generalísimo. El Primer Cuerpo de Ejército, cuyas divisiones realizaron el ataque del 8 de marzo y después fueron las primeras en entrar en la ciudad, desfiló en los últimos lugares. Los primeros serán los últimos, como dice el Evangelio...

—Veo que el Generalísimo no pasó por alto el ataque del 8 de marzo ni siquiera en la celebración de la victoria —dijo Arcenillas.

—No, no lo pasó por alto. Pero esto tiene que quedar entre usted y yo, lo mismo que toda nuestra conversación. ¿Me ha entendido bien?

El teniente coronel Basterrechea se levantó entonces del sillón y se caló la boina hasta las cejas. Después estrechó la mano a Arcenillas dándole un fuerte apretón, como si quisiera sellar con ello su pacto de silencio.

—En fin, se me hace tarde. Gracias por su ayuda, teniente Arcenillas. Hoy mismo firmaré el papel del Generalísimo con la conmutación de la pena de muerte a Broto. Si quiere, puede dar un taconazo cuando salga de este palacio. A fin de cuentas sigue siendo «Terminus», el cuartel general del Caudillo. Pero, por favor, hágalo después de que yo me haya marchado. No se imagina qué dolor de cabeza...

XVIII

Oyó los pasos lentos y vacilantes del ama, que subía por las escaleras. El ama entornó lentamente la puerta del dormitorio y entró sin hacer ruido, creyéndole dormido. Después de dejar en la mesilla de noche una bandeja con un vaso de agua y el frasco de las medicinas, abrió la ventana para airear la habitación, como cada tarde. Luego se agachó junto a su cama y cogió la pequeña palangana de latón con sus últimos vómitos de sangre.

Volvió a abrir los ojos cuando el ama abandonó la habitación. El rumor del río se confundía con el alboroto de los niños al salir de la escuela, y bajo su ventana, abierta a la plaza, entrechocaban las aguas y las voces, llenando la penumbra de la estancia con los ecos de su infancia, cuando en las crecidas del Cinca saltaba de piedra en piedra, desafiando las corrientes gélidas y cristalinas del deshielo.

Aspiró desde su cama el fuerte aroma de su tierra aragonesa preñada de la nueva vida, mientras contemplaba el vuelo de una rapaz entre las nubes inmóviles en las que espejeaba el anuncio de la primavera. Dejó suspendido su pensamiento por un instante y se sintió ligero, alzado sobre las derrotas de su vida, sobre los paisajes yertos de su memoria, sobre las ruinas de su corazón.

Había buscado refugio en la casa de sus padres para levantar, entre los recuerdos familiares, las viejas fotografías, los objetos antiguos, un muro que pudiera detener el paso del tiempo. Sus padres habían muerto al acabar la guerra, ya muy ancianos, con apenas dos días de diferencia, mientras él estaba en prisión. Esa casa a orillas del Cinca era lo único que le quedaba en el mundo y en ella, a pesar de la cirrosis que le estaba consumiendo, había logrado aquietar el cauce devastador de su vida.

Algunas noches, sin embargo, aún se despertaba sobresaltado, envuelto en un hedor de ciénaga, mientras sentía su cuerpo flotar en aguas viscosas y pestilentes. Y entonces, entre las sombras de su habitación, descubría con espanto a los muertos, mecidos por aquellas mismas aguas. Sólo cuando llamaba a gritos al ama y esta aparecía en la puerta y encendía la luz, lograba ahuyentar aquella visión y calmar de nuevo su alma.

Aquellas noches era difícil que después volviera a conciliar el sueño. Entonces solía pedirle al ama que le trajera una tila y el *Heraldo* del día anterior, en el que releía las crónicas de la guerra en Europa, que se libraba ya en suelo alemán. Un año antes, los aliados habían asaltado las costas de Normandía. Había llegado a su pueblo natal el mismo día del desembarco aliado, después de salir de la prisión madrileña de Porlier al haberle sido conmutada la pena de treinta años de cárcel por la de veinte.

Había conseguido que aquellos cinco años pasados en la cárcel fueran para él el

recuerdo de otra vida. Pero nunca podría olvidar los tres meses que habían transcurrido entre el consejo de guerra que le había condenado a muerte y la notificación de que Franco le había perdonado la pena capital. A la espera de su ejecución había logrado encontrar la paz con lo que empezaba a recordar de sí mismo. Los otros condenados a muerte con los que compartía galería en la cárcel de Porlier, le trataban con respeto, incluso con afecto, a pesar de conocer su condición de oficial enemigo. Él no se consideraba vencedor ni vencido. Se había quedado en tierra de nadie. Era un traidor para los unos, por haber secundado la rebelión contra la República, y para los otros, por haber desertado de las filas nacionales.

La inminencia de la muerte había creado una extraña comunión entre los presos de la galería y él. Muchos de ellos eran jóvenes comunistas que habían combatido como oficiales y comisarios del ejército rojo. Una vez les preguntó si conocían a Francisco Mercadal. Todos hablaron de él con admiración. Uno de ellos le dijo que incluso había luchado a su lado en Madrid contra la traición de Casado, aunque ignoraba qué había sido de él. Cuando les preguntó por Isabel, ninguno sabía que Mercadal tuviera una hermana.

Un día le pareció ver a Isabel desde la ventana de su celda, cruzando el patio de la cárcel junto a otras mujeres. Todas ellas estrechaban entre sus brazos los paquetes de papel de estraza que les acababan de entregar con las pertenencias de sus familiares ejecutados. Las mujeres lloraban mientras los guardias las guiaban con indiferencia hacia la salida de la prisión. La única que se mantenía serena era aquella mujer de cabello rubio, con un abrigo azul oscuro, que caminaba con la cabeza erguida, desafiando el dolor.

Él había gritado su nombre con todas sus fuerzas desde la ventana. La mujer se detuvo en medio del patio y volvió la cabeza hacia su celda, mientras el eco de su nombre parecía restallar más allá de los muros de la cárcel e inundar la mañana gris que envolvía la ciudad invisible. Durante un instante, le pareció que se cruzaban sus miradas. Un guardia tomó del brazo a la mujer y la obligó a seguir, pero ella continuó andando con la cabeza vuelta hacia la ventana de su celda, hasta que él la perdió de vista.

Había sido la última vez que había salido de sus labios el nombre de Isabel. La corriente de la guerra le había arrastrado definitivamente lejos de ella y el tiempo había ido borrando su rostro en su memoria como si fuera una imagen de arenisca erosionada por el viento y la lluvia en el pórtico de una vieja iglesia. A veces pensaba que ella sólo había sido eso: una figura esculpida por sus pensamientos, sus deseos, sus sueños, y que sin estos su destino era deshacerse hasta convertirse en un puñado de polvo.

El día que su defensor, el teniente Arcenillas, le dio la noticia de la conmutación de su condena a muerte, se avergonzó de su suerte frente a sus compañeros de galería

y también frente al recuerdo de su hermano Alfonso. Sabía que había sido este quien, con su sacrificio al comienzo de la guerra, le había salvado del pelotón de fusilamiento. Gracias a él, volvió a ser el dueño de su vida por vez primera desde la noche en que se había adentrado en tierra de nadie, oyendo aquella voz a orillas del río Manzanares que le decía una y otra vez que no temiera nada, que no tenía nada que perder, que no tenía otra elección...

Aquella voz se había acallado del todo cuando estuvo al cuidado de los médicos y enfermeras del Hospital Provincial de Madrid, donde fue detenido unos días después de la entrada de los nacionales en la capital. Aún recordaba las conversaciones en baja voz entre algunas de las enfermeras al pie de su cama, hablando de sus temores por el riesgo que podían correr sus padres, sus hermanos o sus maridos con la llegada de las tropas de Franco.

Tenía grabada también la tarde en que apareció en su habitación del hospital, acompañado por los médicos, el alférez Tello, un joven de Valladolid que mandaba una sección ofensiva de su regimiento. Tello iba acompañado por dos paisanos armados con pistolas que llevaban brazaletes con la bandera nacional, a quienes Broto entonces no reconoció, pero de quienes supo después, durante el juicio, que habían sido sus compañeros de planta en el hospital de Atocha: resultaron ser falangistas, presos en aquel manicomio a disposición de un tribunal como traidores a la causa roja.

—Mi teniente coronel, siento tener que llevármelo detenido —le había dicho el alférez Tello.

Tello había pedido cortésmente a las enfermeras que le afeitaran y cortaran el pelo antes de sacarlo del hospital. Él le había agradecido aquella atención, porque a veces, cuando veía su reflejo en el cristal de la ventana, le parecía que se había convertido en una alimaña. Mientras le aseaban, y aprovechando que los dos falangistas se habían ausentado de la habitación, Tello le había preguntado por la noche en la que se adentró en la tierra de nadie.

—Dígame sólo una cosa, ¿avisó usted al enemigo de nuestro ataque? —le dijo Tello susurrándole al oído.

—Si le digo que no sé de qué me habla, ¿me culpará por ello? —le había respondido.

Sus recuerdos del final de la guerra se iluminaban como fogonazos en su memoria, rodeados de sonidos indescifrables, imágenes fragmentadas, sensaciones confusas, que vagaban por su mente como restos del estallido de su razón. Poco a poco aquellos restos se habían ido sedimentando sobre el vacío de su alma, hasta formar una orilla en la que pudo poner pie, exhausto, desorientado, solitario, como un náufrago devuelto por el mar.

Así imaginaba también, como náufragos después de una galerna, a los hombres

que había tenido a sus órdenes durante la guerra. Habrían vuelto a sus pueblos de adobe, de piedra o de cal, batidos por el viento reseco de Castilla, la tormenta del Finisterre o la calima del Estrecho. Habrían abrazado a sus padres, a sus hermanos, sus esposas, sus novias, sus hijos, como si no hubiera pasado nada. Los domingos jugarían la partida de dominó en la taberna y entonces recordarían la guerra, sin odio ni resentimiento, como algo que no les había sucedido a ellos, sino a los otros, a los vencidos. Se imaginaba a sí mismo en el recuerdo de aquellos campesinos de Tierra de Campos, aquellos pescadores de las Rías Altas o aquellos olivaderos del Guadalquivir, y se veía fragmentado en dos mil voces, en dos mil relatos, en dos mil sueños y en dos mil pesadillas.

Nadie sería capaz de dar un único sentido a todos aquellos fragmentos de sí mismo. Nadie sería capaz de hacerlo salvo su hermano Alfonso, y los jóvenes comunistas de Porlier, y los doscientos soldados que habían caído bajo sus órdenes, y todos los españoles que habían muerto en las trincheras, en las tapias, en las cunetas, en las calles, con los rostros desencajados, los ojos de cera, los dientes tiznados de tierra, una cuajadura de sangre en los labios, como en la visión que le había atormentado desde aquella noche de luna llena en el cerro Garabitas. Miles de españoles a quienes nadie preguntó si querían morir el día que murieron, y que al final de su vida le estaban dando la única respuesta sobre sí mismo que podía esperar: tú eres lo que nosotros ya no somos.

El tiempo en la plaza, al pie de su ventana, pasaba lento, como sus pensamientos ahora, mientras el rumor de las aguas del Cinca le llegaba remansado bajo la luz serena del atardecer. Cerró los ojos cuando empezaron a sonar las campanas de la iglesia. Dieron las seis, la hora en que venía a visitarle el doctor, siempre puntual. Adivinó su llegada al oír los pasos del ama dirigiéndose hacia la puerta. De un momento a otro aparecería el médico en su dormitorio, con la misma expresión de funeral que debía de poner para visitar a los moribundos, aquellos que como él ya sólo esperaban el momento de convertirse en un puñado de polvo.

* * *

Al llegar a la puerta del cementerio hizo un gesto para que le dejaran solo. Siempre había pensado que sería mejor así. Había decidido reabrir por un instante aquella página de su pasado, aprovechando aquella nueva visita a Madrid, pero no quería que el presente ni el futuro se vieran mezclados con aquello que había perdido hacía tanto tiempo. El destino había puesto en sus manos otra vida y durante años se había intentado convencer a sí mismo de que era la única que merecía la pena ser vivida, porque era la única que le quedaba.

Al salir de España había dejado atrás su propia muerte en la cárcel o ante un

pelotón de fusilamiento, pero también la muerte como suma de todas las vidas que ya nunca podría llegar a vivir. En el fondo, su exilio en Suiza, donde se acaba de jubilar como contable de una fábrica de maquinaria pesada, había significado la resurrección de todas y cada una de esas vidas por vivir que la victoria de Franco le había arrebatado.

Ahora, mientras caminaba a solas por el cementerio, le vino a la memoria la frase de un compañero de la fábrica, también exiliado, que había sido jefe de batallón en el Ejército Popular:

—Lo que ocurre siempre con las causas perdidas es que se olvidan las causas por las que se perdieron.

Aquel compañero le había dado la noticia de la última hospitalización de Franco, que había contraído la gripe en un acto por el 12 de octubre en el Instituto de Cultura Hispánica, junto a la Ciudad Universitaria.

—Franco ya no saldrá del hospital, ya lo verás —le había dicho su amigo—. ¿Te das cuenta dónde ha ido a ponerse enfermo? En plena línea del frente de Madrid, junto al Clínico, el lugar donde más cerca estuvieron sus moros y legionarios del centro de la capital.

—Sí, ya sé de qué sitio hablas. Allí estaba entonces el Instituto del Cáncer o el Instituto Rubio, no lo recuerdo bien...

—O el Instituto de Higiene, yo tampoco me acuerdo. Pero es el escenario de su gran derrota de la Guerra Civil... ¡No pasarán!

Después de la muerte de Franco no había querido volver a España, aunque podía haberlo hecho mucho antes. En los años sesenta se había informado en la embajada española de que no había causas pendientes contra él. Por aquel entonces, conoció la muerte en Madrid del coronel Casado, quien había regresado a España al igual que el general Rojo, y lo mismo que este fue juzgado y condenado por «auxilio a la rebelión», y aunque a ambos se les conmutó luego la pena, se les forzó a una muerte civil, apartados y olvidados del mundo. Casado había abrigado incluso la vana esperanza de ser readmitido en el ejército y de que se le reconociera su grado de coronel en la reserva.

Por fin, al doblar una calle con un gran mausoleo modernista en la esquina, tal y como le habían indicado, vio el furgón de los servicios funerarios. Tres empleados del cementerio le aguardaban fumando a la sombra de un ciprés reseco, junto a una tumba abierta. Antes de que pudiera leer la inscripción de la lápida para asegurarse, el conductor de la furgoneta le tendió unos papeles para que los firmara.

—Es para certificar que se ha hecho el traslado de los restos desde el antiguo Cementerio del Este, según su solicitud —le dijo el conductor.

Después de firmar los papeles, los enterradores se aproximaron al furgón y sacaron un ataúd de madera por la puerta trasera.

—Parece mentira lo que resisten el tiempo estos ataúdes —oyó comentar a uno de ellos.

Era verdad. La fabricación de aquellas cajas de madera de pino, rudimentaria pero digna, había alcanzado la perfección durante la guerra. Pero no todos habían tenido esa suerte. A muchos la tierra les había servido a la vez de mortaja y de féretro, como a los hombres que vio en la cuneta del camino forestal de Valsaín, alineados como fardos de ropa vieja.

Cuando los empleados dejaron el ataúd en el suelo, junto a la tumba abierta, descubrió sobrecogido la inscripción en pintura negra sobre su tapa, hecha seguramente a toda prisa, pues de los bordes de las letras y los números había chorreado la pintura, como lágrimas secas: «F. Mercadal García 4-6-1940».

Nunca había sabido la fecha exacta del fusilamiento del hermano de Isabel. Conoció su detención por Casado en los Nuevos Ministerios, después de sofocada la sublevación comunista, así como su traslado a Valencia, a la cárcel de San Miguel de los Reyes. Allí, junto con otros militares y dirigentes comunistas, implicados o no en el levantamiento contra Casado, como Guillermo Ascanio, Eugenio Mesón, Domingo Girón, Raimundo Calvo, Pedro Sánchez Vázquez o Fernando Barahona, seguía preso cuando las fuerzas de Franco entraron en Valencia al final de la guerra. Los nacionales los llevaron de nuevo a Madrid y allí los juzgaron y fusilaron.

Aquel episodio le había perseguido durante toda su vida. No había dejado de pensar en la suerte de aquellos que habían sido sus hermanos de armas, y que habían quedado a merced de los vencedores en las propias cárceles de la República. Era el único recuerdo del pasado que aún le hacía sangrar el alma, junto con el de la última vez que había visto a Isabel.

Había tenido noticias de ella por la carta de un antiguo amigo del Club Canoe, a quien escribió desde Suiza, dos años después de la guerra, pidiéndole información sobre las amistades compartidas que habían sobrevivido al naufragio de la guerra. Aquel amigo le escribió contándole que Isabel vivía, que había vuelto a su casa de Sagasta y que seguía dedicándose a los huérfanos de guerra. Él la escribió enseguida, presa de la emoción y la nostalgia, y ella le contestó a las dos semanas, distante, fría, como a un extraño. Durante unos meses siguieron escribiéndose, hasta que ella dejó de contestar a sus cartas.

Así fue cómo supo que los agentes del SIM que fueron a buscar a Isabel a su casa durante el levantamiento comunista en Madrid, la habían conducido a Valencia para que pudiera ver a su hermano detenido. Los agentes resultaron ser amigos de Francisco, y actuaron al margen de los dirigentes casadistas que controlaban el SIM. Aquella había sido la verdadera razón de que nadie le hubiera dado explicaciones de la desaparición de Isabel, que ya no volvió a separarse de Francisco, a quien atendió durante toda su estancia en prisión, para que no le faltara nada, primero en Valencia y

luego en Madrid, hasta su fusilamiento con veinticinco años.

A él jamás le había reprochado nada. Nunca le dijo en sus cartas que él fuera culpable de la suerte de su hermano. Nunca le pidió cuentas por no haber hecho todo lo que estaba en su mano para liberarlo, utilizando su influencia ante Casado. Nunca le recriminó que se hubiera refugiado en la embajada de Cuba ante la entrada de los franquistas en Madrid y que hubiera podido salir de España por la frontera portuguesa, escondido en el maletero del coche de aquel ejemplar diplomático cubano con el que estaría siempre en deuda, Ramón Estalella, que había salvado la vida a tantos perseguidos en el Madrid asediado y que después salvó la de tantos republicanos, incluida la suya, cuando los rebeldes tomaron la capital.

Ahora estaba allí, frente a los empleados que bajaban el ataúd de Francisco a la tumba de su hermana Isabel, que había muerto soltera a los cincuenta y tres años, en el año 1970, como rezaba su lápida. Había conseguido una autorización especial con el fin de unir a los dos hermanos para siempre y hacerse perdonar aquel pasado, enterrando juntas definitivamente las vidas que él no había llegado a vivir y aquellas por las que no hizo lo suficiente para que otros pudieran vivirlas.

Tomó una bocanada de aire para deshacer el nudo de tristeza que se le empezaba a cerrar en la garganta y se dirigió lentamente hacia la salida, apoyado en su viejo bastón, con el que remediaba a duras penas su antigua cojera de la rodilla izquierda, recuerdo de la herida recibida en los jardines del palacio de La Granja, donde había luchado en la guerra, y cuyo dolor le reaparecía de cuando en cuando, envuelto aún en el aroma de los setos de boj de los parterres.

A la sombra de una hilera de cipreses, una bandada de gorriones se alborotó a su paso. Parecían disputarse una hembra o algo de comida con un gorgojeo alegre, casi orquestal. No lograba recordar que en Madrid, durante la guerra, hubiera habido pájaros: quizá el estruendo de los cañones los espantaba o tal vez los cazaba la gente para llevarse algo de comer a la boca. En el fondo ya no era capaz de acordarse de casi nada. A su edad, pensó, tenía que ser así. Al fin y al cabo, a su edad, sólo la nada se acordaba de él. Ya únicamente le quedaba esperar el día en que no tuviera más fuerzas para asirse a la vida y se dejara caer hasta que su cuerpo, convertido ya en un fardo de silencio, tocara fondo.

Nada más salir del cementerio, se abrazó a su hija Alice, que le estaba esperando con su marido a la sombra de la tapia, y en sus ojos humedecidos descubrió la mirada azul y serena de su mujer Juliette, fallecida sólo dos meses antes, que le decía que su vida, todas sus vidas, a pesar de todo, habían merecido la pena.

Al doblar la esquina para volver al coche de su yerno, vio aparecer la silueta de Madrid, suavemente recortada por el tímido resplandor del sol. Se detuvo un instante a contemplar la ciudad y le pareció que nunca había estado allí.

Agradecimientos

A Julián Peteira, *in memoriam*, que me puso tras la pista de muchos de los insólitos sucesos relatados en estas páginas. A Claudio Temprano Vidal, Magdalena de la Peña García y Emilio Arenado Bringas por compartir conmigo sus recuerdos de aquellos días, desde dentro y fuera del Madrid en guerra. A mi mujer Coca Valdelomar, mis hermanos Mercedes, Berta y Eduardo, Regino García-Badell, Rosario Baquero Alonso, Ignacio Olivares y Javier Damboriena por sus consejos. Y a quienes me descubrieron los escenarios secretos de esta novela en Madrid: Agustín Torreblanca, que me guio por los sótanos del Ministerio de Hacienda, y Laura Pérez Mediavilla, Isabel González y José Carlos Alonso, que me abrieron las puertas del búnker de la finca «El Capricho» en la Alameda de Osuna.